



punto de fuga

Sadie Matthews

Fuego
en la
oscuridad

'Adam acababa de destrozar me el corazón. Me lo había roto en tantos pedazos que apenas podía unirlos para volver a ser una persona medianamente feliz. Pero todo iba a cambiar cuando conocí a Dominic. Dominic me enseñó una manera de dejarme llevar, de abandonarme, que nunca había conocido. Me mostró un sendero de puro placer, pero también de dolor... Su amor me iluminaba, aunque tenía un lado oscuro. Y, me llevara donde me llevara, yo no tenía más opción que seguirle.'

La historia de Beth te cautivará y te seducirá como nunca habías soñado. Intensa y romántica, sensual y embriagadora, Fuego en la oscuridad te conducirá por unas sendas en las que el amor y el sexo juegan libremente ajenos a cualquier límite.

SADIE MATTHEWS

Fuego en la oscuridad

En la oscuridad N°1

Traducción de María del Puerto Barruetabeña Díez

Alianza

Sinopsis

'Adam acababa de destrozarme el corazón. Me lo había roto en tantos pedazos que apenas podía unirlos para volver a ser una persona medianamente feliz. Pero todo iba a cambiar cuando conocí a Dominic. Dominic me enseñó una manera de dejarme llevar, de abandonarme, que nunca había conocido. Me mostró un sendero de puro placer, pero también de dolor... Su amor me iluminaba, aunque tenía un lado oscuro. Y, me llevara donde me llevara, yo no tenía más opción que seguirle.'

La historia de Beth te cautivará y te seducirá como nunca habías soñado. Intensa y romántica, sensual y embriagadora, Fuego en la oscuridad te conducirá por unas sendas en las que el amor y el sexo juegan libremente ajenos a cualquier límite.

Título Original: *Fire after dark*

Traductor: Barrietabeña Díez, María del Puerto

©2012, Matthews, Sadie

©2013, Alianza

ISBN: 9788420682891

Generado con: QualityEbook v0.75

Para X. T.

Capítulo 1

La ciudad me deja sin habla: se extiende al otro lado de las ventanillas del taxi y va pasando como un gigantesco decorado desplegado por un tramoyista invisible. En el interior del taxi hace fresco, estoy tranquila y me siento intocable. Solo soy una observadora. Pero fuera, en el bochorno de una tarde de julio, Londres se mueve con rapidez: los coches invaden todos los carriles y las calles están abarrotadas de gente. Cada vez que un semáforo se pone en verde, un tropel cruza la calle. Hay gente por todas partes: de todo tipo, edad, tamaño y raza. Millones de vidas siguen su curso en este día y en este lugar a una escala sobrecogedora.

¿Pero qué he hecho?

Mientras bordeamos una enorme zona verde colonizada por cientos de personas tomando el sol, me pregunto si será Hyde Park. Mi padre me dijo que Hyde Park es más grande que Mónaco. Qué barbaridad. Por pequeño que sea Mónaco... Me estremezco solo de pensarlo y comprendo que estoy asustada. Es curioso, porque no me considero una persona cobarde.

Cualquiera estaría nervioso, me digo con firmeza, aunque no me sorprende que mi seguridad en mí misma esté bajo mínimos después de todo lo que ha pasado últimamente. Una sensación familiar de náusea me revuelve el estómago, pero la reprimo.

Hoy no. Tengo demasiadas cosas en que pensar. Además, ya estoy harta de pensar y de llorar. Por eso mismo estoy aquí.

—Ya falta poco, señorita —dice una voz de pronto. Caigo en la cuenta de que es la voz del taxista, distorsionada por el intercomunicador. Lo veo mirándome por el retrovisor—. Conozco un buen atajo desde aquí —añade—. No se preocupe por todo este tráfico.

—Gracias —contesto, aunque no esperaba menos de un taxista de Londres; al fin y al cabo, son famosos por conocerse al dedillo las calles de la ciudad, y por eso decidí derrochar mi dinero en un taxi en lugar de pelearme con el metro. No es que mi equipaje sea enorme, pero no me seducía la idea de tener que tirar de él de un vagón a otro y subir escaleras mecánicas con este calor. Me pregunto si el taxista se estará formando un juicio sobre mí, si estará intentando adivinar por qué demonios me dirijo a una dirección tan prestigiosa con lo joven y normal que parezco; una chica con un vestido de flores, una rebeca roja, chanclas y las gafas de sol sobre la cabeza, con el pelo recogido en una coleta descuidada de la que se escapan algunos mechones.

—Es su primera vez en Londres, ¿verdad? —pregunta sonriéndome en el espejo.

—Sí, eso es —contesto. No es del todo cierto. Cuando era pequeña vine unas Navidades con mis padres y recuerdo una imagen borrosa y llena de ruido de tiendas enormes, escaparates muy iluminados y un Papá Noel con unos pantalones de nailon que crujieron cuando me senté en sus rodillas y cuya barba blanca de poliéster me picó en la mejilla. Pero no me apetece embarcarme en una conversación extensa con el taxista; de todos modos, es como si no conociese la ciudad. Al fin y al cabo, es la primera vez que vengo sola.

—¿Ha venido sola? —pregunta, y me hace sentir un poco incómoda, aunque solo intenta ser amable.

—No, voy a quedarme en casa de mi tía —contesto, mintiendo de nuevo.

El taxista, satisfecho, asiente con la cabeza. Nos alejamos del parque y pasamos con una agilidad estudiada entre autobuses y coches, adelantamos como una flecha a ciclistas, doblamos rápidamente las esquinas y cruzamos volando los semáforos en ámbar. Luego abandonamos las transitadas calles principales y nos internamos por vías estrechas flanqueadas por mansiones de ladrillo y piedra con ventanas altas, puertas esmaltadas, lustrosas verjas de hierro negras y jardineras en las ventanas llenas de flores de intensos colores. Se nota que abunda el dinero, no solo en los coches caros aparcados junto a

las aceras, sino también en los edificios perfectamente conservados, las aceras limpias, las empleadas del hogar apenas entrevistadas cuando cierran las cortinas para que no entre el sol.

—Pues a su tía no le va nada mal —bromea el taxista mientras doblamos la esquina para entrar en una calle pequeña y luego giramos en otra que lo es aún más—. Vivir aquí no sale barato.

Me río, pero no contesto porque no sé qué decir. A un lado de la calle hay unas antiguas caballerizas convertidas en casas diminutas, pero dolorosamente caras; al otro lado hay un bloque enorme de apartamentos que ocupa casi toda la manzana y tiene al menos seis plantas. A juzgar por su aspecto *art déco*, yo diría que lo construyeron en la década de los treinta; el exterior es gris y está dominado por una grandísima puerta de cristal y madera de nogal. El taxista para justo delante.

—Hemos llegado. Randolph Gardens.

Echo un vistazo y solo veo piedra y asfalto.

—¿Dónde están los jardines? —pregunto sorprendida. La única vegetación visible es la de las cestas de geranios rojos y morados que cuelgan a ambos lados de la puerta de entrada al edificio.

—Alguno habría hace años, digo yo —contesta—. ¿Ha visto las viviendas de las caballerizas? Antes eran establos. Supongo que por aquí cerca habría un par de mansiones. Las demolerían o les caería alguna bomba encima durante la guerra. —Le dirige una mirada al taxímetro—. Doce libras con setenta, por favor.

Busco a tientas el bolso y le doy quince libras.

—Quédese el cambio.

Confío en haberle dejado la propina adecuada. Como el taxista no se desmaya de la sorpresa, supongo que he acertado. Espera mientras salgo del taxi, dejo el equipaje sobre la acera y cierro la puerta. Luego realiza una experta maniobra de cambio de sentido en tres movimientos en la calle estrecha y se aleja acelerando para volver al trabajo.

Levanto la vista. Ya estoy aquí. Mi nuevo hogar. Temporalmente, al menos.

Una vez dentro, el portero de pelo blanco me mira inquisitivamente mientras penetro por la puerta jadeando y me acerco al mostrador con mi enorme bolsa de viaje.

—Vengo a quedarme en el apartamento de Celia Reilly —le explico, aguantándome las ganas de secarme el sudor de la frente—. Me dijo que aquí me darían la llave.

—¿Nombre? —pregunta con brusquedad.

—Beth. Bueno, Elizabeth. Elizabeth Villiers.

—Déjeme ver... —Resopla sobre su bigote mientras busca en una carpeta que hay en el mostrador—. Ah, sí. Aquí está. La señorita E. Villiers. Va a ocupar el 514 en ausencia de la señora Reilly. —Me mira fijamente, aunque no con antipatía—. Viene a cuidar de su apartamento, ¿no?

—Sí. Bueno, en realidad vengo a cuidar de su gato. —Le sonrío, pero él no me devuelve la sonrisa.

—Ah, sí. Es verdad, tiene un gato. No entiendo que una criatura como esa quiera pasarse la vida encerrada en una casa, pero en fin... Tome, las llaves —dice empujando un sobre por el mostrador—. Haga el favor de firmar en el registro.

Firmo obedientemente y me explica algunas de las normas del edificio mientras me guía hacia el ascensor. Se ofrece a subirme luego el equipaje, pero le contesto que prefiero hacerlo yo sola. Al menos así tendré todo lo que necesito. Un minuto después ya estoy en el pequeño ascensor, contemplando el reflejo de mi cara roja y acalorada mientras subo despacio hasta la quinta planta. Ni de lejos tengo un aspecto tan refinado como todo lo que me rodea, pero mi cara en forma de corazón y mis ojos azules y redondos nunca se parecerán a esos rasgos con pómulos marcados que tanto admiro. Y mi pelo, rubio oscuro, suelto y cortado a la altura de los hombros, nunca será la melena brillante y con volumen que siempre he ansiado. Me cuesta mucho domar mi pelo y, como no suelo tener paciencia para eso, me limito a recogermelo descuidadamente en una coleta.

—No parezco una señora de Mayfair precisamente —digo en voz alta.

Al mirar mi reflejo, veo el efecto de todo lo que me ha sucedido últimamente. Se me nota la cara demacrada, y en mi mirada se percibe una tristeza que parece que no vaya a desaparecer. No sé por qué, pero también me veo algo más baja, como si me hubiese encorvado un poco bajo el peso de mi propia desgracia.

—Sé fuerte —susurro para mis adentros, intentando encontrar la antigua chispa en mis ojos sin brillo. Al fin y al cabo, para eso he venido. No porque esté intentando escapar (aunque también haya algo de eso), sino porque quiero recuperar mi antiguo yo, el que tenía entereza, valor y curiosidad por descubrir el mundo.

A menos que esa Beth haya sido aniquilada por completo.

No quiero pensar así, pero me cuesta mucho esfuerzo no hacerlo.

El número 514 está en mitad de un pasillo tranquilo y enmoquetado. La llave se introduce suavemente en la cerradura y un segundo después ya estoy dentro del apartamento. Mi primera impresión es de sorpresa cuando me da la bienvenida un suave ronroneo, seguido por un maullido agudo y la leve y cálida sensación de pelo rozándome las piernas y un cuerpo serpenteando entre mis pantorrillas que casi me hace tropezar.

—¡Hola, hola! —exclamo. Al mirar hacia abajo, veo una pequeña cara negra con bigotes y un halo de pelo oscuro, aplastado como un cojín sobre el que se hubiese sentado alguien—. Tú debes de ser De Havilland.

Maúlla de nuevo y me enseña unos afilados dientes blancos y una pequeña lengua rosa.

Miro a mi alrededor mientras el gato ronronea como loco, restregándose con fuerza contra mis piernas, muy contento de verme. Estoy en el salón, y salta a la vista que Celia ha sido fiel a la estética de los años treinta del edificio. El suelo tiene baldosas blancas y negras y una alfombra de cachemir en el centro. Hay una consola negra como el azabache debajo de un grandísimo espejo *art déco* flanqueado por unas lámparas de cromo geométricas. Sobre la consola hay una enorme vasija de porcelana blanca con el borde plateado y un jarrón a cada lado. Todo resulta elegante y discretamente hermoso.

No me esperaba otra cosa. Mi padre ha sido insufriblemente impreciso al hablar del apartamento de su madrina, que ha visto en alguna de las escasas ocasiones en que ha visitado Londres, pero por sus palabras siempre me ha dado la impresión de que era tan elegante como la propia Celia. De joven empezó trabajando de modelo, profesión en la que tuvo mucho éxito y ganó mucho dinero, pero luego lo dejó y se convirtió en periodista de moda. Se casó y se divorció, aunque después volvió a casarse y se quedó viuda. No tuvo hijos, y quizá por eso ha conseguido mantenerse tan joven y radiante. Con mi padre ha sido una madrina despreocupada, y ha ido entrando y saliendo de su vida según le apetecía. A veces mi padre se ha pasado años sin saber nada de ella, pero entonces aparecía de la nada cargada de regalos, siempre elegante y vestida a la moda, colmándolo de besos para intentar compensar el descuido. Recuerdo haberla visto en contadas ocasiones, cuando yo era una tímida niña patizamba vestida con pantalones cortos y camiseta y el pelo hecho un desastre, que no podía ni imaginarse llegar a ser tan elegante y refinada como aquella mujer que tenía delante, con su pelo corto y gris, una ropa increíble y unas joyas magníficas.

¿Pero qué digo? Ni siquiera ahora puedo imaginarme siendo como ella. Ni por un momento.

Aun así, aquí estoy, en su apartamento, que ahora es todo mío durante cinco semanas.

La llamada llegó sin previo aviso. No presté atención a la conversación hasta que mi padre colgó el teléfono con cara de desconcierto y me dijo:

—¿Qué te parece pasar una temporada en Londres, Beth? Celia tiene que marcharse, necesita a alguien que cuide de su gato y ha pensado que a ti te vendría bien quedarte en su apartamento.

—¿En su apartamento? —repetí, levantando la vista del libro que estaba leyendo—. ¿Yo?

—Sí. Creo que está en un sitio bastante pijo. Mayfair, Belgravia... algo así. Hace años que no voy por allí. —Fulminó a mi madre con la mirada, levantando las cejas—. Celia se ha ido de retiro a un bosque

de Montana durante cinco semanas. Parece que necesito renovarme espiritualmente. Igual que tú.

—Bueno, eso hace que se mantenga joven —contestó mi madre mientras limpiaba la mesa de la cocina—. No todas las personas con setenta y dos años pueden plantearse eso. —Se levantó y se quedó mirando con nostalgia la madera recién fregada—. Me parece muy bien, a mí también me encantaría hacer algo así.

Por su mirada se notaba que estaba reflexionando sobre otros caminos que podría haber tomado y otras vidas que desearía haber llevado. A mi padre se le veía con ganas de hacer algún comentario burlón, pero desistió al observar la expresión en su cara: mi madre había renunciado a su carrera al casarse con él y se había dedicado a cuidar de mis hermanos y de mí. Supongo que tenía derecho a soñar.

—¿Qué te parece, Beth? ¿Te interesa? —me preguntó mi padre.

Mi madre me miró y enseguida se lo noté en los ojos. Quería que fuese. Sabía que, dadas las circunstancias, era lo mejor que podía hacer.

—Deberías hacerlo —dijo en voz baja—. Después de lo que ha sucedido, será como pasar página.

Casi me estremecí. No soportaba que me hablasen del tema. Me puse roja de vergüenza.

—No sigas —susurré mientras se me llenaban los ojos de lágrimas. La herida seguía abierta y en carne viva.

Mis padres se miraron el uno al otro.

—Creo que tu madre tiene razón —dijo mi padre en un tono áspero—. Te vendría bien salir y viajar.

Hacía más de un mes que apenas salía de casa. No soportaba la idea de ver a Adam y a Hannah juntos. Solo de pensarlo, se me revolvía el estómago y me daba vueltas la cabeza, como si fuese a desmayarme.

—Puede ser —contesté en voz baja—. Me lo pensaré.

No tomamos una decisión esa misma noche. Bastante esfuerzo me costaba levantarme por la mañana como para tomar una decisión de ese calibre. Mi seguridad en mí misma estaba hecha unos zorros, y ni siquiera estaba segura de poder tomar la decisión correcta sobre lo que debía almorzar, mucho menos decidir si debía aceptar el ofrecimiento de Celia. Después de todo, había elegido a Adam y había confiado en él, y mira lo mal que me había ido. Al día siguiente mi madre llamó a Celia y hablaron de algunos de los temas prácticos; esa misma noche la llamé yo. Solo de oír su voz fuerte y llena de entusiasmo y de seguridad en sí misma, ya me sentí mejor.

—Me harás un favor, Beth —dijo con firmeza—, pero creo que tú también lo vas a disfrutar. Ha llegado el momento de que salgas de ese lugar sin porvenir y veas un poco de mundo.

Celia era una mujer independiente que vivía su vida como mejor le parecía, y, si ella pensaba que yo podía hacerlo, es que seguramente podía. Por eso le dije que sí. Y aunque empecé a acobardarme a medida que se iba acercando el momento de irme de casa, planteándome si habría alguna manera de echarme atrás, sabía que tenía que hacerlo. Si era capaz de hacer la maleta e irme sola a una de las ciudades más grandes del mundo, quizá aún había esperanza para mí. Me encantaba el pequeño pueblo de Norfolk donde había vivido toda la vida, pero si lo único que podía hacer era quedarme recluida en casa, incapaz de enfrentarme al exterior por culpa de lo que había hecho Adam, mi única salida era rendirme y alejarme de ese mundo. Además, ¿qué me ataba a aquel lugar? Solo estaba mi trabajo a tiempo parcial en una cafetería, un trabajo que llevaba haciendo desde los quince años y que solo había abandonado el tiempo que estuve fuera, estudiando en la universidad, pero que retomé al volver mientras me planteaba qué hacer con mi vida. ¿Mis padres? No. Ellos no querían verme todo el día en mi habitación, siempre deprimida. Me deseaban algo mejor.

En realidad, había vuelto por Adam. Mis amigos de la universidad estaban viajando por ahí antes de ponerse a trabajar en algo emocionante o irse a vivir a otros países. Les había oído hablar de todas las aventuras que tenían por delante, sabiendo que mi futuro me esperaba en el pueblo. Adam era el centro de mi mundo, el único hombre al que había querido, y no me planteaba nada que no fuese estar con él. Desde que terminó el instituto, Adam había estado trabajando para la empresa de construcción de su padre, de la

que algún día esperaba convertirse en propietario, y se contentaba con la idea de vivir durante el resto de su vida en el mismo lugar donde se había criado. Yo no sabía si era eso lo que deseaba, pero lo que sí sabía era que quería a Adam y que podía aparcar temporalmente mis deseos de viajar y explorar para que pudiésemos estar juntos.

Pero ahora no tenía elección.

De Havilland maúlla entre mis tobillos y me muerde suavemente para recordarme que está ahí.

—Perdona, gatito —digo a modo de disculpa, y dejo la bolsa de viaje en el suelo—. ¿Tienes hambre?

El gato sigue enroscado alrededor de mis piernas mientras intento encontrar la cocina. Abro una puerta que da a un armario y otra que da a un cuarto de baño antes de descubrir por fin una pequeña cocina, larga y estrecha, con los cuencos del gato cuidadosamente colocados debajo de la ventana, en el otro extremo. Están vacíos, y resulta evidente que De Havilland está esperando ansiosamente su siguiente comida. Sobre la pequeña mesa blanca que hay en la otra punta de la cocina, lo bastante grande para que puedan comer dos personas, veo algunos paquetes de pienso para gato y un fajo de papeles. Encima hay una nota escrita a mano con una letra muy grande.

¡Hola, querida! Ya has llegado. Me alegro. Esta es la comida de De Havilland. Dale de comer dos veces al día, rellenándole el cuenco con su pienso como si estuvieses preparando aperitivos. Qué suerte, ¿eh, De H.? También necesitará agua limpia. Las demás instrucciones útiles están en el fajo de hojas de aquí debajo, pero en realidad no hay normas, querida. Pásatelo bien. Nos vemos dentro de cinco semanas, BesosC. Debajo hay páginas mecanografiadas con toda la información necesaria sobre el cajón de arena del gato, el funcionamiento de los electrodomésticos, dónde encontrar el calentador y el botiquín y con quién hablar si tengo algún problema. Parece que con quien tengo que hablar primero es con el portero de la entrada. Seguro que va a ser una entrada triunfal. Oye, si ya se me ocurren chistes, aunque sean malos, quizá este viaje esté sirviendo para algo.

De Havilland suelta un gemido largo y agita su pequeña lengua rosa cuando levanta la vista y me mira con sus ojos amarillos.

—Marchando esa cena —le digo.

Mientras De Havilland devora felizmente su comida, y tras cambiarle también el agua, echo un vistazo al resto del apartamento. Admiro el cuarto de baño blanco y negro con sus accesorios de cromo y baquelita e intento que no se me escape ningún detalle del precioso dormitorio: la cama de cuatro postes con su dosel plateado, la colcha blanca como la nieve con cojines también blancos, las paredes forradas con un papel con recargados motivos chinos donde unos loros de intensos colores se miran a través de las ramas de un cerezo en flor. Un enorme espejo de plata dorada está colgado sobre la chimenea, y junto a la ventana hay un tocador antiguo con espejo al lado de un sillón de terciopelo morado con botones en el respaldo.

—Es precioso —digo en voz alta. A ver si aquí me empapo de la elegancia de Celia y se me pega algo de estilo.

Mientras recorro el pasillo para entrar en el salón, comprendo que esto es mejor que cualquier cosa que hubiera podido soñar. Me imaginaba un lugar elegante que reflejase la vida de una mujer independiente y adinerada, pero esto es algo distinto y no se parece a ninguna otra casa que haya visto antes. El salón es una habitación enorme pintada con colores frescos: verde pálido y piedra, con tonos de negro, blanco y plateado. Los años treinta se evocan maravillosamente en las formas de los muebles: los sillones bajos con grandísimos brazos curvos, el largo sofá donde se amontonan unos cojines blancos, la línea limpia de un flexo cromado y los bordes afilados de una mesa baja moderna lacada en negro. En la pared del fondo destaca una enorme librería de obra llena de volúmenes y de adornos, incluidas unas maravillosas piezas de jade y esculturas chinas. La larga pared que hay frente a la ventana está pintada con el mismo verde pálido y sereno, interrumpido por paneles de laca plateada con grabados de delicados saucucuya superficie brillante actúa casi como un espejo. Entre panel y panel hay apliques

con pantallas de vidrio esmerilado y, sobre el suelo de parqué, una inmensa alfombra antigua de piel de cebra.

Me encanta esta deliciosa evocación de una época elegante. Me gusta todo lo que veo, desde los floreros de cristal que sostienen los oscuros y gruesos tallos y las flores de color marfil de los lirios hasta los jarrones chinos anaranjados a juego a ambos lados de la brillante chimenea cromada, sobre la que hay colgado un enorme cuadro moderno con pinta de caro. Al mirarlo de cerca, compruebo que es obra de Patrick Heron: grandes pinceladas de color (escarlata, naranja oscuro, ocre y bermellón) que crean una maravillosa sensación de dramatismo en medio del oasis de blanco y fresco verde hierba.

Me quedo mirando boquiabierta todo lo que me rodea. No tenía ni idea de que la gente pudiera crear en sus casas habitaciones como esta, conservadas impecablemente y llenas de objetos hermosos. No se parece en nada a mi casa, que es cómoda y encantadora pero que siempre está hecha un desastre y llena de un montón de cosas que nunca utilizamos.

Me llama la atención la ventana que ocupa toda la pared. Hay unas persianas venecianas como las de antes, que normalmente dan un aspecto anticuado pero que aquí quedan de maravilla. Aparte de eso, las ventanas no tienen nada más. Me sorprende, ya que dan directamente a otro bloque de apartamentos. Me acerco para echar un vistazo. Sí, a unos metros hay otro bloque de apartamentos idéntico.

Qué curioso. Están muy cerca. ¿Por qué los habrán construido así?

Miro al exterior para intentar orientarme. Entonces empiezo a entenderlo. Construyeron el edificio en forma de U alrededor de un enorme jardín. ¿Será este el jardín de donde proviene el nombre de Randolph Gardens? Lo veo justo debajo y a la izquierda: es un gran cuadrado verde lleno de arriates con flores de intensos colores, flanqueado por plantas y árboles en plena floración veraniega. Hay caminos de grava, una pista de tenis, bancos y una fuente, además de una amplia extensión de césped donde hay sentadas unas cuantas personas, disfrutando del último rato de calor del día. El edificio rodea el jardín por tres lados, para que casi todos los residentes tengan vistas a él. A lo largo de toda la U hay un pequeño corredor estrecho que conecta los lados que dan al jardín con un tercero que da a la calle, y los apartamentos que hay a ambos lados quedan los unos frente a los otros. Hay siete en total, y el de Celia está en la quinta planta y justo delante del apartamento de enfrente, mucho más cerca de él que si los separase una calle.

¿El apartamento sería más barato precisamente por eso?, pienso despreocupadamente, mirando a la ventana de enfrente. Ahora no me extraña lo de todos estos colores pálidos y los paneles plateados que parecen espejos: al estar tan cerca de sus vecinos de enfrente, al apartamento no le entra mucha luz. *Aun así, lo importante es donde está, ¿no? Al fin y al cabo, estamos en Mayfair.*

Los últimos rayos de sol han abandonado esta parte del edificio y el salón está sumido en una cálida oscuridad. Cuando me acerco a una de las lámparas para encenderla, me llama la atención un cuadrado iluminado al otro lado de la ventana. Es el apartamento de enfrente, donde están encendidas las luces y el interior queda iluminado como la pantalla de una pequeña sala de cine o el escenario en un teatro. Se ve claramente lo que hay al otro lado. Entonces me paro en seco y contengo la respiración. En la habitación de enfrente hay un hombre. Bueno, quizá eso no sea tan raro, pero me llama la atención el hecho de que está desnudo hasta la cintura y solo lleva unos pantalones oscuros. Caigo en la cuenta de que estoy completamente inmóvil observándole mientras habla por teléfono y se pasea lánguidamente por su salón sin darse cuenta de que está exhibiendo un torso impresionante. Aunque no logro distinguir sus rasgos con total claridad, sí que alcanzo a ver que también es guapo, que tiene una buena mata de pelo moreno y una cara clásica y simétrica con unas pobladas cejas oscuras. Veo que es ancho de hombros, que tiene los brazos musculosos, un pecho y unos abdominales marcados y que está bronceado, como si acabase de volver de algún lugar cálido.

Me quedo mirándolo fijamente y me siento violenta. ¿Sabrá ese hombre mientras se pasea medio desnudo que puedo ver con claridad lo que pasa en su apartamento? Supongo que, como el mío está en

penumbra, no tiene modo de saber que hay alguien en casa observándolo. Eso hace que me relaje un poco y que disfrute de la vista. Es tan fornido y atractivo que casi resulta irreal. Es como mirar a un actor de la tele mientras se pasea por el recuadro brillante que tienes enfrente, una visión deliciosa que puedo disfrutar desde lejos. De pronto, me echo a reír. Celia lo tiene todo: disfrutar de una vista así debe de mejorar la calidad de vida.

Me quedo un rato mirando al hombre de enfrente mientras se pasea y habla por teléfono. Luego se da media vuelta y sale de la habitación.

Quizá haya ido a ponerse algo de ropa, pienso, y me siento vagamente decepcionada. Ahora que se ha ido, enciendo la lámpara y una tenue luz anaranjada inunda el salón. Otra vez vuelve a parecerme precioso, ya que la luz eléctrica destaca nuevos matices, hace que los paneles plateados parezcan moteados y les da a los adornos de jade un tono rosado. De Havilland entra sin hacer ruido, se sube de un salto al sofá y me mira expectante. Me acerco y me siento y él se me sube al regazo, ronroneando sonoramente como si fuese un pequeño motor mientras da varias vueltas y por fin se tumba. Le acaricio el pelo, muy suave, hundo mis dedos en él y encuentro consuelo en su calidez.

De pronto caigo en la cuenta de que sigo imaginándome al hombre de enfrente. Era increíblemente atractivo y se movía con soltura y con una gracilidad involuntaria. Estaba solo, pero desde luego no parecía sentirse solo. A lo mejor estaba hablando por teléfono con su novia. O quizá con otra persona mientras su novia estaba esperándolo en el dormitorio y ahora él se ha reunido allí con ella para quitarse el resto de la ropa, tumbarse a su lado y acercar su boca a la de ella. La mujer estaría abriendo los brazos, atrayendo hacia sí su torso perfecto, abrazando su tersa espalda...

Para. Así no haces más que empeorar las cosas.

Agacho la cabeza. Recuerdo a Adam vívidamente y lo veo tal cual era antes, con su sonrisa de oreja a oreja. Lo que más me atraía de él era su sonrisa, la razón por la que me había enamorado de él. Era asimétrica, hacía que le salieran hoyuelos en las mejillas y que sus ojos azules brillasen de alegría. Nos habíamos enamorado el verano que yo cumplí dieciséis años, durante aquellos largos días de ocio, sin clase y con libertad para hacer lo que más nos apeteciera. Quedábamos en los jardines de la abadía en ruinas y nos pasábamos las horas juntos, paseando, hablando y besándonos. No nos cansábamos el uno del otro. Adam era un adolescente flacucho, prácticamente un crío, y yo aún estaba acostumbrándome a que los hombres me mirasen el pecho cuando me los cruzaba por la calle. Un año después, cuando por fin nos acostamos juntos, fue la primera vez para los dos: una experiencia torpe y titubeante que resultó hermosa porque nos queríamos, aunque ninguno de los dos tenía ni idea de cómo había que hacerlo. Bueno, el caso es que fuimos mejorando y yo no podía imaginarme haciéndolo con nadie que no fuese él. ¿Cómo iba a ser nadie tan dulce y cariñoso como Adam? Me encantaba cuando me besaba y me abrazaba y me decía que yo era lo que más quería. Nunca miré a ningún otro hombre.

¡No te hagas esto, Beth! No lo recuerdes. No dejes que te siga haciendo daño.

Rechazo la imagen, pero aun así se me cuele en el cerebro. La veo tal cual la vi aquella noche horrible. Yo estaba haciendo de canguro en la casa de al lado y esperaba seguir allí hasta pasadas las doce de la noche, pero los vecinos volvieron antes de tiempo porque a la mujer le dolía mucho la cabeza. Estaba libre, no eran más que las diez y me habían pagado la noche entera.

Decidí que le daría una sorpresa a Adam, que vivía en casa de su hermano Jimmy pagando un alquiler muy bajo por la habitación de invitados. Como Jimmy no estaba en casa, Adam había planeado invitar a unos cuantos de sus amigos para tomar unas cervezas y ver una película. Me había dado la impresión de que se había llevado una decepción cuando le dije que no podría ir a verlo, así que pensé que le gustaría que apareciese por sorpresa.

Lo recuerdo tan intensamente que es como si lo estuviese viviendo de nuevo: entro en la casa en penumbra y, sorprendida al no ver a nadie, me pregunto dónde se habrán metido los chicos. El televisor está apagado, no hay nadie repantigado en el sofá abriendo latas de cerveza ni haciendo comentarios

ingeniosos sobre lo que aparece en la pantalla. Caigo en la cuenta de que mi sorpresa se ha ido al traste. Quizá Adam se encuentre mal y se haya ido a la cama. Recorro el pasillo hacia su habitación; la casa me resulta tan familiar que es casi como la mía propia.

Giro el pomo de la puerta mientras digo: «¿Adam?» en voz baja, por si ya está durmiendo. Voy a entrar de todos modos y, si está dormido, lo miraré a la cara, esa cara que tanto me gusta, y me preguntaré con qué estará soñando. Puede que le dé un beso en la mejilla y me acurruque a su lado...

Abro la puerta. Hay una lámpara encendida, justo la que le gusta cubrir con un pañuelo rojo cuando hacemos el amor para que nos rodeen las sombras. De hecho, ahora brilla con un tono rojo oscuro, así que a lo mejor no está dormido. Parpadeo en la penumbra; bajo el edredón se intuye un bulto que se mueve. ¿Qué estará haciendo ahí debajo?

«¿Adam?», repito, pero esta vez en voz alta. El movimiento se detiene, cambia la forma que hay debajo del edredón, alguien lo retira y veo...

Jadeo de dolor al recordarlo y cierro los ojos con fuerza como si así pudiese impedirles el paso a las imágenes que aparecen en mi cabeza. Es como una película antigua que no puedo dejar de reproducir, pero esta vez pulso mentalmente el botón de apagado con todas mis fuerzas, levanto a De Havilland de mi regazo y lo deposito en el sofá, a mi lado. El mero hecho de recordarlo sigue teniendo la capacidad de dejarme fuera de combate y hecha un desastre. Si vine aquí fue para pasar página, y tengo que empezar cuanto antes.

Me suenan las tripas y caigo en la cuenta de que tengo hambre. Entro en la cocina en busca de algo de comer. La nevera de Celia está casi vacía y tomo nota de que mañana no se me puede olvidar comprar comida. Registro los armarios y encuentro unas galletas saladas y una lata de sardinas. De momento bastará. De hecho, tengo tanta hambre que me saben deliciosas. Mientras friego el plato, se me escapa un enorme bostezo. Miro el reloj: aún es temprano, ni siquiera son las nueve, pero estoy agotada. Ha sido un día muy largo. El hecho de que esta mañana me haya despertado en mi antigua habitación me resulta casi increíble.

Decido acostarme. Además, tengo ganas de probar la cama, que tiene una pinta increíble. ¿Cómo no va una a sentirse mejor durmiendo en una cama con dosel? Me parece inconcebible. Paso por el salón para apagar la luz. Apoyo la mano en el interruptor cuando reparo en que el hombre ha vuelto a su salón. Ha sustituido los pantalones oscuros que llevaba por una toalla anudada a la cintura, y lleva el pelo húmedo y repeinado hacia atrás. Se encuentra justo en mitad del salón y está mirando directamente a mi apartamento. De hecho, me está mirando a mí con el ceño fruncido. Yo también lo miro. Nuestras miradas se cruzan, aunque estamos demasiado lejos para interpretar los matices en la mirada del otro.

Entonces, en un movimiento casi involuntario, aprieto el interruptor con el pulgar y la lámpara se apaga obedientemente y deja el salón a oscuras. Me doy cuenta de que ya no puede verme, aunque yo sigo viendo su salón iluminado, con más intensidad que antes si cabe ya que lo miro desde la oscuridad. El hombre da un paso hacia la ventana, se apoya en el alféizar y mira hacia fuera atentamente, intentando vislumbrar algo. Me quedo helada y casi dejo de respirar. No sé por qué me parece tan importante que no me vea, pero no puedo resistir el impulso de seguir escondida. Se queda mirando durante unos segundos más, sin relajar el ceño, y yo le devuelvo la mirada, inmóvil pero todavía capaz de admirar la silueta de la parte superior de su cuerpo y el modo que sus bíceps bien formados tienen de hincharse cuando se inclina hacia delante apoyándose en ellos.

Deja de mirar y se da media vuelta. Aprovecho la ocasión, me escabullo hacia el pasillo y cierro la puerta del salón. Ya no hay ventanas y no puede verme. Suelto un largo suspiro.

—¿A qué ha venido eso? —digo en voz alta, y el sonido de mi voz me reconforta. Me echo a reír—. Vale, basta ya. Ese tipo va a pensar que soy una chiflada si me ve merodeando a oscuras y jugando a las estatuas cuando pienso que puede verme. A la cama.

En el último momento me acuerdo de De Havilland y abro la puerta del salón para que pueda salir si

quiere. En la cocina tiene un cajón de arena cerrado al que necesita tener acceso, así que compruebo que la puerta de la cocina también está abierta. Cuando voy a apagar la luz del pasillo, vacilo durante un segundo y la dejo encendida.

Sé que puede parecer infantil pensar que la luz ahuyenta a los monstruos y mantiene a raya a los ladrones y los asesinos, pero estoy sola en un lugar desconocido y en una gran ciudad y creo que esta noche la dejaré encendida.

De hecho, cuando estoy instalada en la aterciopelada comodidad de la cama de Celia y tengo tanto sueño que me cuesta mantener los ojos abiertos, no soy capaz de apagar la lamparita de la mesilla de noche. Al final, me paso la noche durmiendo iluminada por su tenue luz, pero estoy tan cansada que ni siquiera me doy cuenta.

Capítulo 2

-Disculpe, ¿podría decirme dónde queda Lie Cester Square?

—¿Cómo dice? —pregunto desconcertada mientras parpadeo ante la brillante luz del sol de estas horas de la mañana. El cielo tiene un color azul pálido y las nubes apenas se intuyen a lo lejos.

—Lie Cester Square —repite la mujer pacientemente. Tiene acento americano, lleva sombrero, unas enormes gafas de sol y el uniforme oficial de los turistas: polo rojo, pantalones holgados y zapatillas de deporte, además de la consabida mochila pequeña, y en la mano sostiene una guía. Su marido, vestido prácticamente igual, espera detrás de ella sin abrir la boca.

—¿Lie Cester? —repito, perpleja. He llegado andando desde Randolph Gardens hasta Oxford Street, una de las principales arterias comerciales de Londres, y me la estoy recorriendo dando un paseo y mirando escaparates mientras observo la cantidad tan enorme de gente que hay a pesar de ser tan temprano. Cuesta creer que haya tanto bullicio y tantas tiendas a tan solo cinco minutos a pie del apartamento de Celia—. No... no estoy segura.

—Mire, esto —dice la mujer mostrándome el mapa—. Quiero ver la estatua de Charles Chaplin.

—¡Ah! Leicester Square, claro...

—¿Lester? —repite, perpleja, y se vuelve hacia su marido—. Lo pronuncian «Lester», cariño. La verdad es que aquí todo puede ser una trampa si no te lo conoces.

Estoy a punto de decirle que yo también soy una turista, pero me halaga que piense que conozco la ciudad. Debo de parecer londinense. Cojo el mapa y lo miro atentamente.

—Creo que pueden ir andando desde aquí, mire. Si llegan hasta Oxford Circus, luego bajan por Regent Street hasta Piccadilly Circus y giran a la izquierda, solo tienen que seguir recto para llegar a Leicester Square.

La mujer me sonrío de oreja a oreja.

—Muchas gracias, muy amable. Estamos un poco perdidos. Hay demasiada gente, ¿verdad? ¡Pero nos está gustando mucho!

Le devuelvo la sonrisa.

—De nada. Que disfruten de su estancia.

Los veo marcharse esperando que logren llegar a Leicester Square y que la estatua de Chaplin esté a la altura de sus expectativas. Quizá debería intentar encontrarla yo también, puede que merezca la pena verla.

Rebusco en el bolso, saco mi propia guía y la hojeo mientras la gente pasa por mi lado en tropel en ambas direcciones. A mi alrededor hay un montón de grandes almacenes y de importantes cadenas comerciales: Gap, Disney, tiendas de telefonía móvil, tiendas de ropa, farmacias, tiendas de gafas de diseño, joyerías. A lo largo de las amplias aceras hay puestos donde venden recuerdos, maletas, chucherías y tentempiés: fruta, nueces caramelizadas, gofres, bebidas frías.

Tengo pensado ir a visitar la Colección Wallace, un museo gratuito que no está lejos, donde hay expuesta una cantidad increíble de cuadros y muebles barrocos, y luego quizá compre algo de comer por ahí a la espera de ver qué me depara la tarde. Saboreo esta deliciosa sensación de libertad: no tengo que rendirle cuentas ni complacer a nadie salvo a mí misma y el día se abre ante mí lleno de posibilidades. Londres tiene más cosas que ofrecerme de las que jamás podré aprovechar, pero tengo pensado visitar los principales lugares de interés, sobre todo los que me quedan más cerca: la National Gallery, la National Portrait Gallery y el Museo Británico. Soy licenciada en Historia del Arte y se me hace la boca agua solo de pensar en todas las cosas que voy a ver.

El sol brilla con fuerza y el cielo está despejado. Me siento llena de energía. El número de personas

que me rodean es sobrecogedor, pero también tiene algo de liberador. En el pueblo no podía ir a ningún sitio sin encontrarme con alguien conocido, y una de las razones por las que me costaba tanto salir de casa era que sabía que todo el mundo estaría hablando de lo mío con Adam y de lo que había pasado. Seguro que se habían enterado incluso de lo que habíamos hablado en nuestro último y triste encuentro, cuando Adam me confesó que Hannah y él llevaban meses acostándose juntos, desde antes de que yo volviese de la universidad. Seguro que ese tema también había dado mucho de que hablar. Yo había vuelto al pueblo, ajena a todo aquello, convencida de que Adam y yo seguíamos siendo almas gemelas y que nuestras vidas giraban la una en torno a la otra. Debían de haber estado riéndose de mí, preguntándose cuándo acabaría por enterarme y qué pasaría cuando llegase ese momento.

Bueno, ahora ya lo saben todos.

Pero aquí nadie está al tanto. Aquí a nadie le importan un pimiento mi humillación, ni mi desconsuelo, ni el hecho de que me haya traicionado el hombre del que estaba enamorada. Sonríe e inhala con fuerza el fresco aire veraniego. Un enorme autobús rojo pasa por mi lado y eso me hace recordar que estoy en Londres, la gran capital, que se abre ante mí para que la descubra.

Echo a andar. Hacía semanas que no me sentía tan ligera.

Cuando por fin vuelvo a Randolph Gardens, ya es última hora de la tarde. Llevo una pesada bolsa de comestibles clavándoseme en la palma de la mano y tengo ganas de beber algo fresco y de quitarme los zapatos. Estoy agotada, pero contenta por todo lo que he hecho hoy. Conseguí encontrar la Colección Wallace y me pasé la mañana disfrutando del arte y los muebles rococó en una casa de estilo Regencia extraordinariamente bonita. Me deleité con el esplendor rosa y blanco de Boucher, me empapé de los hermosos cuentos florales de Fragonard y suspiré al ver el retrato de Madame de Pompadour con su fastuoso vestido. Admiré los exquisitos adornos, estatuas y muebles y me entretuve mirando la colección de miniaturas en las diferentes galerías.

Comí en una cafetería cercana, donde el hambre me ayudó a superar mi timidez a la hora de comer sola, y luego decidí vagar sin rumbo y ver dónde acababa. Al final me encontré en lo que resultó ser Regent's Park y estuve un par de horas paseando por cuidadas rosaledas, caminos rodeados de una gran extensión de césped y árboles greñudos, junto a lagos, áreas con columpios y campos deportivos. Luego me quedé asombrada al oír el bramido de los elefantes y vi a lo lejos el cuello moteado y la cabeza de una jirafa: me eché a reír al comprender que estaba cerca del zoo. Después puse rumbo a casa y de camino fui a parar a una calle muy elegante donde había, además de boutiques muy distinguidas y tiendas de artículos para el hogar, cajeros automáticos y un supermercado en el que podía hacer acopio de comida y otros artículos necesarios. Mientras volvía al apartamento de Celia, haciendo tan solo un par de paradas para consultar el mapa, casi me sentí como una auténtica londinense. La mujer que me había parado en la calle por la mañana no tenía ni idea de que yo conocía la ciudad tan poco como ella, pero ahora ya tenía un poco más de experiencia y estaba emocionada por lo que podría hacer mañana. Y lo mejor de todo era que apenas había pensado en Adam. Bueno, tampoco hay que exagerar. El caso es que, al acordarme de él, me había parecido tan lejano, tan distante y ajeno a esta vida que llevaba ahora, que el poder que ejercía sobre mí se había reducido claramente.

—Buenas tardes, De Havilland —le digo alegremente al cuerpo oscuro y familiar que me espera al otro lado de la puerta. Se alegra mucho de verme, ronronea sin parar y se restriega extasiado contra mis piernas para evitar que dé un paso sin tenerle pegado a las pantorrillas—. ¿Has tenido un buen día? ¡Yo sí! ¿Qué tenemos aquí? Mira, he hecho la compra para hacer la cena. Lo sé, lo sé, es increíblemente emocionante. Seguro que pensabas que no sabía cocinar, pero no se me da mal, y esta noche vamos a cenar un delicioso filete de atún bien dorado con un aliño asiático, arroz y verduras rehogadas, aunque me juego algo a que Celia no tiene ningún wok, así que tendremos que arreglárnoslas con lo que encontremos.

Hablo con el animal mientras disfruto de su compañía y de la mirada de sus intensos ojos amarillos. No

es más que un gato, claro, pero me alegro de que esté aquí. Sin él, todo este ejercicio me resultaría mucho más sobrecogedor.

Después de la cena, que he podido preparar perfectamente sin un wok, deambulo hasta llegar al salón. Me pregunto si el hombre del apartamento de enfrente hará acto de presencia, pero su casa está sumida en la oscuridad.

Me acerco a la librería y me pongo a inspeccionar los libros de Celia. Además de tener una gran variedad de novelas, libros de poesía y de historia, dispone de una maravillosa colección de libros de moda que abarca multitud de temas, como la historia de las marcas de ropa más conocidas, biografías de diseñadores famosos y unos enormes volúmenes de fotografías. Saco unos cuantos, me siento en el suelo y me pongo a hojearlos para admirar las increíbles fotografías de moda del siglo XX. Mientras paso las enormes páginas satinadas de uno de los volúmenes, me detengo de repente, pues me llama la atención la modelo de una foto en concreto. Desde una imagen de los años sesenta me mira una chica de una belleza sorprendente, con unos ojos grandes que parecen felinos gracias al efecto que le da en los párpados el perfilador de ojos. Se está mordiendo el labio, y eso le proporciona un aire de vulnerabilidad que contrasta con su elegante belleza, con el pelo moreno primorosamente peinado y con el increíble minivestido de encaje que lleva puesto.

Al recorrer con el dedo la cara de la chica, caigo en la cuenta de que conozco a esa mujer. Levanto la vista para mirar las fotografías enmarcadas que hay en una mesa auxiliar. Sí, es inconfundible. Es Celia en una foto como modelo tomada al comienzo de su carrera. Paso las páginas rápidamente: hay tres fotos más de Celia, y en todas destaca esa apariencia delicada sin perder el aire de alta costura. En una de ellas lleva el pelo moreno muy corto con un estilo a lo *garçon* que la hace parecer aún más joven.

Qué curioso —pienso, perpleja—. Siempre me he imaginado a Celia como una mujer fuerte, pero en estas fotos parece... no exactamente débil, pero sí... frágil. Como si la vida ya le hubiese dado algún duro golpe. Como si el mundo fuese un lugar peligroso y ella tuviera que hacerle frente sola.

Pero vivió para contarlo, ¿no? Otras fotografías muestran a Celia en diversas etapas de su vida y, a medida que avanza el tiempo, esa vulnerabilidad resulta algo menos evidente. La Celia resplandeciente y risueña a los treinta años parece más fuerte, más segura de sí misma, más preparada para enfrentarse al mundo. A los cuarenta años se la ve refinada e inteligente; a los cincuenta, glamurosa y experimentada en un mundo previo al bótox y a los rellenos, cuando a una mujer se le notaba la edad que tenía, tanto si le gustaba como si no. Y a Celia la edad le sentaba muy bien.

Quizá se dio cuenta de que una siempre recibe golpes. La clave está en cómo los afrontas, en cómo te levantas de nuevo y sigues adelante.

Doy un respingo y reprimo un grito al oír un timbrazo estridente que hace añicos el silencio, pero me doy cuenta de que es mi móvil que está sonando. Son mis padres, que quieren saber cómo estoy y qué he estado haciendo.

—De verdad que estoy bien, mamá. El apartamento es precioso. He tenido un día estupendo, no podría haberlo pasado mejor.

—¿Estás comiendo bien? —pregunta mi madre preocupada.

—Pues claro.

—¿Tienes suficiente dinero? —dice mi padre. Supongo que estará hablando desde el teléfono del salón mientras mi madre usa el de la cocina.

—Tengo suficiente, papá. De verdad. No te preocupes.

Cuando termino de ponerlos al corriente con todo lujo de detalles, de contarles cuáles son mis planes para el día siguiente y de asegurarles que estoy sana y salva y que soy perfectamente capaz de cuidar de mí misma, nos despedimos y me quedo sumida en ese silencio incómodo que se impone cuando la cháchara y el ruido cesan bruscamente.

Me levanto y me acerco a la ventana para intentar aliviar la soledad que siento crecer en mi interior.

Me alegro de que hayan llamado mis padres, pero sin proponérselo han hecho que me deprima de nuevo. Es como si me pasase el tiempo esforzándome al máximo para salir de la tristeza que se apoderó de mí la noche en que sorprendí a Adam; necesito luchar con todas mis fuerzas para alejarme tan solo unos pasos, y luego el detalle más insignificante me devuelve a las profundidades.

El apartamento de enfrente sigue a oscuras. ¿Dónde estará el hombre que vi anoche? Me doy cuenta de que, inconscientemente, he estado deseando volver para verlo de nuevo; es más, llevo todo el día pensando en él sin darme cuenta. La imagen de ese hombre medio desnudo, su manera de moverse grácilmente por su salón y de mirarme... todo se me quedó grabado en la retina. No se parecía a ningún hombre que hubiera visto antes, al menos en la vida real.

Adam no es un hombre especialmente alto y, aunque es fuerte por su trabajo en la empresa de construcción de su padre, resulta más robusto que musculoso. Desde que lo conozco se ha ido poniendo cada vez más cuadrado, quizá porque basa su dieta en muchos fritos y copiosos desayunos. Además, lo que más le gusta en su tiempo libre es beberse varias cervezas y hacer una visita nocturna a la freiduría más cercana. Cuando lo vi aquella noche, incorporándose apoyado en el codo y mirándome horrorizado, con la cara asustada de Hannah debajo de él, sobre la almohada, lo primero que pensé fue: *Qué gordo se ha puesto*. Su pecho blanco parecía rechoncho y su barriga desnuda colgaba flácida sobre Hannah, que estaba tan desnuda como él, con sus pechos grandes, su enorme barriga paliducha y sus anchas caderas a la vista.

—¿Beth! —dijo, jadeando, y su expresión fue pasando de la confusión a la culpabilidad y del bochorno, por increíble que parezca, a la irritación—. ¿Qué coño haces aquí? ¿Tú no estabas haciendo de canguro?

Hannah no dijo nada, pero noté que su desconcierto inicial se transformaba en una desagradable actitud de desafío. Me fulminó con la mirada como si estuviese buscando pelea. Sorprendida mientras cometía un acto infame, tenía intención de arremeter contra mí. En lugar de representar el papel de la malvada seductora, iba a adjudicarme a mí el de la tonta inocente decidida a interponerse entre Romeo y Julieta y su amor verdadero. Más que en un símbolo de vergüenza, su desnudez se estaba convirtiendo en uno de honor. «Pues sí, estamos follando —parecía querer decir—. Estamos locos el uno por el otro, no podemos resistirlo. ¿Se puede saber qué coño haces *tú* aquí?»

No sé cómo pude ver todo eso en los pocos segundos que pasaron desde que entré hasta que comprendí qué era lo que tenía delante, pero el caso es que lo vi. Que la intuición femenina sea un tópico no quiere decir que no exista. También descubrí que todo aquello en lo que había creído hasta un minuto antes estaba muerto y enterrado, y que el terrible dolor que sentía en el pecho era mi corazón, que estaba recibiendo una paliza de muerte.

Al final, logré decir algo. Miré a Adam con ojos suplicantes y me limité a preguntar:

—¿Por qué? ¿Por qué?

Suelto un largo suspiro. Ni siquiera después de pasar un día perdida en la inmensidad de Londres dejo de reproducir aquella espantosa escena. ¿Cómo puedo escapar de esta situación? ¿Cuándo acabará todo? Porque, sinceramente, sufrir cansa mucho. Nadie habla nunca de lo agotador que resulta estar triste.

El apartamento de enfrente sigue a oscuras. Supongo que el hombre debe de estar fuera, disfrutando de una vida glamurosa, haciendo un montón de cosas emocionantes, relacionándose con mujeres como él: guapas, elegantes y de gustos caros.

—Necesito un helado —decido de pronto. Aparto la mirada de la ventana y le digo a De Havilland, que está hecho un ovillo sobre el sofá—: Voy a salir. Quizá tarde un rato.

Luego cojo las llaves y echo a andar hacia la puerta.

Al salir del apartamento, parte de la confianza que he ido ganando durante el día me va abandonando poco a poco, como el aire que se escapa lentamente de un neumático pinchado.

Los edificios que me rodean son altos e intimidan bastante. No tengo ni idea de dónde estoy ni adónde voy. Había pensado preguntárselo al portero al salir, pero el mostrador estaba vacío, así que vuelvo

hacia las calles principales. No es que escaseen las tiendas, precisamente, pero ninguna tiene nada que ofrecerme; además, están todas cerradas, con las persianas bajadas y el candado puesto. Al otro lado de los escaparates hay alfombras persas, enormes jarrones y candelabros de porcelana y ropa de factura exquisita. ¿Dónde puedo comprarme un helado? Echo a andar sin rumbo fijo en medio del calor de una noche de verano, intentando recordar por dónde he venido. Paso por delante de bares y restaurantes, cada uno más elegante que el anterior, donde unos tipos fornidos con chaquetas negras y pinganillos en las orejas montan guardia junto a la puerta. Detrás de unos cuidados setos de boj veo gente inconfundiblemente rica sentada a la mesa con gafas de sol y fumando por encima de cubiteras con champán y platos blancos con restos de comida de aspecto delicioso.

Empiezo a temblar por dentro. ¿Qué hago aquí? ¿Qué me hace pensar que puedo sobrevivir en un mundo como este? Debo de estar loca. Esto es ridículo. Aquí no pinto nada; ni ahora, ni nunca. Me dan ganas de echarme a llorar.

Entonces veo un toldo de colores intensos y echo a correr hacia él, aliviada. Salgo de la tienda unos minutos después con una tarrina de helado muy caro en una bolsa y sintiéndome mucho mejor. Ahora lo único que tengo que hacer es encontrar el camino de vuelta.

Caigo en la cuenta de que aún no he visto un televisor en el apartamento de Celia, ni tampoco un ordenador, la verdad. Me he traído mi vetusto portátil, pero no sé si en la casa habrá conexión a Internet. Probablemente no. No estoy segura de poder sentarme a comer helado sin ver algo en la tele al mismo tiempo, pero supongo que lo lograré. El sabor seguirá siendo el mismo, ¿no?

Doblo la esquina para entrar en Randolph Gardens y no sé cómo, pero casi me estampo contra un hombre que está en la acera. Debía de ir andando por delante de mí y se habrá parado sin que yo me haya dado cuenta, así que he seguido andando hasta que me ha faltado poco para golpearme la nariz contra su espalda.

—¡Oh! —exclamo. Retrocedo un paso y pierdo el equilibrio. Me caigo sobre un sumidero y acaba también en el suelo la bolsa con la tarrina de helado, que se aleja rodando hasta llegar a una alcantarilla cubierta de polvo y llena de basura y hojas secas.

—Lo siento —dice el hombre, dándose media vuelta. Me doy cuenta de que tengo delante el rostro atractivo del hombre del apartamento de enfrente—. ¿Estás bien?

Me pongo roja como un tomate.

—Sí —contesto, casi sin aliento—. Pero ha sido culpa mía. En serio. Debería tener más cuidado.

Visto de cerca, es alucinante. De hecho, apenas puedo mirarlo a la cara, así que me concentro en su traje oscuro de factura perfecta y en el ramillete de peonías blancas que lleva en la mano. *Qué curioso* — pienso—, *lleva mis flores favoritas*.

—Deja que te recoja la compra —dice. Tiene una voz profunda y grave y un acento culto y refinado. Da un paso al frente como si fuese a agacharse para recoger el helado de la alcantarilla.

—No, no —contesto atropelladamente, poniéndome aún más colorada—. Ya lo cojo yo.

Los dos nos agachamos y estiramos el brazo al mismo tiempo y su mano, cálida y pesada, se encuentra con la mía. Doy un respingo y, al retirarla, pierdo el equilibrio de nuevo y empiezo a caer hacia delante. Inmediatamente me agarra del brazo con fuerza y evita que me caiga de bruces.

—¿Estás bien? —pregunta mientras intento recobrar el equilibrio, pero no me suelta y me pongo aún más roja de vergüenza.

—Sí... gracias... —contesto con un hilo de voz, incapaz de pensar en otra cosa que no sean los dedos de hierro que me rodean el brazo y me levantan—. Ya puedes soltarme.

Me suelta y me agacho para recuperar la bolsa con la tarrina de helado, que asoma claramente. La bolsa tiene pegadas unas cuantas hojas secas. Me paso la mano por la cara y noto la sensación del polvillo en la piel. Debo de parecer un adefesio.

—Hace la temperatura ideal para tomar un helado —dice sonriendo.

Levanto la vista tímidamente. ¿He detectado un tono burlón en su voz? Supongo que no soy más que una chica cualquiera plantada junto a una alcantarilla, con rastros de suciedad en la cara y sosteniendo un helado igual que una niña pequeña sostendría su tesoro. Pero él es algo fuera de lo normal. Tiene los ojos tan oscuros que parecen casi negros, pero son sus cejas lo que más me llama la atención: dos líneas negras muy marcadas con un toque perverso en la zona en la que se curvan. La nariz es recta con un bulto en el puente que, curiosamente, solo contribuye a su perfección, y justo debajo una boca carnosa y sensual, aunque ahora sus labios se curvan para formar una sonrisa y revelan unos dientes blancos y bien alineados.

Lo único que alcanzo a pensar, a duras penas, es: *Caray*. Y no soy capaz más que de asentir con la cabeza. Me he quedado sin habla.

—Buenas noches. Que disfrutes del helado —dice. Se da media vuelta, sube rápidamente los escalones de entrada al edificio de apartamentos y desaparece en el interior del portal.

Lo veo marcharse, todavía junto a la alcantarilla y notando algo de arenilla entre los dedos de los pies. Respiro hondo; necesitaba tomar aliento desesperadamente, porque he estado conteniendo la respiración todo el tiempo que ha estado mirándome. De hecho, ahora me siento muy rara, algo sobrecogida, y me da vueltas la cabeza.

Entro lentamente en el edificio de apartamentos y vuelvo a subir a casa de Celia. Al llegar, voy directa al salón. En el apartamento de enfrente está encendida la luz y veo al hombre con claridad. Cojo una cuchara de la cocina, vuelvo al salón y acerco una silla a la ventana, lo bastante cerca como para ver bien pero no tanto como para que me vea él a mí. Abro la tarrina de helado y veo al hombre entrar y salir de su salón. Se ha quitado la chaqueta y la corbata y ahora se pasea con una camisa azul y unos pantalones oscuros. No necesita esforzarse por parecer sexy, ya que la camisa resalta sus anchos hombros y los pantalones le marcan la esbelta figura masculina. Es como si se hubiese vestido para una sesión de fotos de moda para una revista. Veo que tiene una mesa y unas sillas de comedor. Tiene sentido. Si todos los apartamentos tienen la misma disposición, su cocina será larga y estrecha, como la de Celia. Aunque está claro que Celia no le da tanta importancia al hecho de comer como para instalar algo más grande que la mesa para dos que tiene en la cocina, se nota que ese hombre busca algo un poco más refinado.

¿*Sabrás cocinar? ¿Quién será? ¿A qué se dedicará?*, me pregunto. Necesito ponerle nombre. «El hombre» no me resulta lo bastante evocador. ¿Cómo puedo llamarlo? Obviamente «señor algo», porque no nos han presentado y los nombres de pila son algo muy característico de un individuo. Me resultaría raro llamarlo Sebastian, o Theodore, y luego averiguar que se llama Reg, o Norm, o yo qué sé. No, necesito algo misterioso y flexible, algo que pueda abarcar todas las posibilidades...

Señor R.

Sí, eso es. Lo llamaré señor R.

R de Randolph Gardens. Le pega.

El señor R vuelve a su salón con una cubitera y un par de copas. Un cuello de botella cubierto con un papel de aluminio dorado de aspecto muy prometedor asoma de la cubitera. Dos copas... así que espera compañía, a menos que quiera sostener una copa en cada mano. No hay ni rastro de las flores. Me arrellano en la silla, cruzo las piernas sobre el asiento como una niña y destapo el helado. Paso la cuchara por la superficie haciendo que el helado se rice y se enrosque, me lo llevo a la boca y lo chupo lentamente para que se me derrita en la lengua y saborear cada gota que baja, dulce y fría, por la garganta. Es de vainilla, mi favorito.

El señor R vuelve a desaparecer, esta vez durante un buen rato. Ya me he comido más o menos una cuarta parte de la tarrina y De Havilland se ha acurrucado en el hueco entre mis rodillas y se ha dormido instantáneamente sin dejar de ronronear. Cuando vuelve el hombre, resulta evidente que se ha duchado y cambiado de ropa; ahora lleva unos pantalones holgados de lino y una camiseta azul que, obviamente, le quedan de maravilla. Y no está solo.

Doy un grito ahogado al verla y mentalmente pongo los ojos en blanco. *¿Qué? ¿Es que no puede tener novia? ¡Si ni siquiera sabe quién eres! ¿Te has pasado dos noches espiándole y solo por eso ya te pertenece?*

Casi me echo a reír de mi propia locura. Aun así, la extraña intimidad de ser capaz de ver lo que sucede en el interior de su apartamento me ha hecho sentir que hay algo que nos une. Ese algo, obviamente, solo está en mi imaginación, pero no puedo quitármelo de la cabeza. Me inclino hacia delante para ver mejor a su novia.

Vale. Tal como sospechaba, estoy muy mal de la cabeza por pensar que alguna vez podría competir con una chica como esa.

¿Chica? Es una mujer. Una mujer adulta, de esas que me hacen sentir una niña torpe y desaliñada en comparación. Es alta y delgada, hace gala de una elegancia innata y lleva un traje pantalón de lino claro con una camiseta blanca debajo de la chaqueta. Tiene el pelo moreno peinado en una melena ondulada. También lleva los labios pintados de rojo, pero, en lugar de parecer una fulana, revela que es una mujer con estilo. Veo que es de huesos finos y muy guapa, como salida de las páginas del *Vogue Paris*. Es la clase de mujer que nunca parecería extenuada, ni llevaría manchas de sudor en la ropa, ni se recogería el pelo en una cola que le colgase lánguidamente por la espalda. Nunca tropezaría y se caería en una alfombrilla, ni andaría por ahí con rastros de mugre en la cara.

Es la clase de mujer a la que le ofrecen un ramo de peonías blancas y champán en un apartamento de Mayfair. Y seguro que nunca había tenido que comer helado con un gato como única compañía porque su novio prefería tirarse a otra.

Solo de pensar en Hannah (Dios mío, nunca olvidaré la pinta que tenía allí desnuda, con los pechos coronados por unos pezones oscuros y el vientre húmedo de sudor), hasta el helado me sabe mal. Dejo la tarrina en el suelo y, al apoyarme en De Havilland para inclinarme hacia delante, le incomodo. El gato saca las uñas y me las clava ligeramente en la pierna, lo justo para darme a entender que no le ha gustado mi cambio de postura, y luego vuelve a retraerlas.

—¡Ay! Gato malo —digo sin enfadarme. Los pequeños pinchazos de sus uñas afiladas no me resultan desagradables y, en cierto modo, me hacen volver al presente—. Para ya. Perdona, no volveré a hacerlo. Quiero seguir mirando.

El señor R saca la botella de la cubitera. La mujer coge las copas de la mesa y las sostiene en la mano. Se está riendo y diciendo algo mientras el señor R arranca el papel de aluminio del cuello de la botella y se pone a aflojar el alambre que recubre el corcho. Él también se ríe. Está claro que, además de guapo y elegante, también es ingenioso e inteligente. ¿Se puede saber por qué a algunas personas se les aparecen todas las hadas buenas y descargan sobre ellas todas sus bendiciones? No es justo.

Resulta curioso verlos sin oír nada de lo que dicen. Estoy viendo imágenes sin sonido y casi me dan ganas de ponerme a buscar el mando a distancia y comprobar si no habré apretado el botón de silencio por error.

El corcho sale sin hacer ruido y la botella escupe una espuma blanca. La mujer le acerca las copas y el señor R vierte el líquido espumoso en ellas y espera a que se asiente y adquiera un tono dorado. Deja la botella, coge una de las dos copas y ambos las levantan en dirección al otro antes de dar un sorbo. Los miro tan atentamente que casi puedo sentir el picor de las burbujas en la lengua mientras beben. ¿Por qué habrán brindado? ¿Qué estarán celebrando?

Me imagino al hombre diciendo: «Por ti, querida». Me juego algo a que ella se estremece al oír su voz diciéndole algo tan íntimo y excitante. Deseo tan intensamente formar parte de su mundo que me cuesta reprimir el impulso de levantarme de un salto y saludarlos con la mano; entonces, cuando me viesen y abriesen la ventana, les preguntaría si puedo unirlos a ellos. Parecen tan tranquilos, tan felices, tan... adultos. Beben y hablan, se sientan en el sofá y siguen hablando, y luego el señor R abandona el salón y deja sola a la mujer, que contesta a una llamada en el móvil y se recuesta en el sofá mientras habla y

escucha. De repente, le cambia la cara. Su expresión se vuelve dura, cruel y orgullosa y empieza a hablar rápidamente y, según me parece intuir, en voz muy alta. Después de soltar una buena diatriba al teléfono, cuelga dando un enérgico toque en la pantalla y echa la cabeza hacia atrás.

El señor R vuelve a entrar en el salón con varios platos de comida. Seguramente la habrá oído, porque se notaba que estaba hablando en voz muy alta, quizá incluso gritando, pero se comportan con toda naturalidad y siguen sonriéndose entre sí. Ella se levanta del sofá y se acerca a la mesa para echarle un vistazo a la comida mientras él vuelve a salir y regresa por segunda vez con más platos. No veo qué contienen, pero cuatro ya parecen suficientes. Se sientan a la mesa mientras yo los contemplo casi anhelante, deseando poder estar ahí. No solo con ellos, sino formando parte de un mundo diferente, uno con más gracia y estilo que mi rutinaria existencia.

La luz del atardecer se desvanece y el salón que estoy contemplando se vuelve más intenso y colorido a medida que la penumbra se acentúa a su alrededor. Entonces el señor R se levanta, se acerca a un lado de la ventana y mira hacia fuera. Contengo la respiración. Me está mirando directamente, seguro que puede verme...

¿Qué va a hacer?

Y, de repente, la vista se desvanece. Una persiana blanca baja bruscamente sin hacer ruido y me oculta la imagen en un abrir y cerrar de ojos.

Suelto el aire que contenía en los pulmones y me siento huérfana. Ya no están. No los he apagado yo a ellos, sino ellos a mí. Detrás de esa persiana su maravillosa vida sigue su curso y yo me he quedado fuera, sola.

No me puedo creer lo sola que me siento. Apoyo una mano en De Havilland para sentir su calor e intento consolarme con el sueño sereno que lo invade, pero lo que de verdad me apetece es echarme a llorar.

Capítulo 3

El día siguiente me quedo durmiendo hasta tarde, algo inusual en mí. Cuando descorro las cortinas, el cielo es de un azul inmaculado y la cálida luz del sol lo inunda todo. Me paso la mañana haraganeando y haciendo cosas sin importancia, cantando al son de la música que suena en un antiguo transistor mientras acabo de deshacer la maleta y ordeno la cocina. Tenía intención de visitar la National Gallery y luego ir paseando hasta la abadía de Westminster, pero la mañana se me pasa volando. A la hora de comer me preparo un sándwich, cojo una manzana y decido bajar a los jardines para comer allí.

El portero me explica amablemente cómo salir a los jardines por la puerta de atrás. El único modo de entrar es a través del edificio de apartamentos, así que los jardines son de uso exclusivo para los residentes. Salgo por la puerta, echo a andar por el camino de grava, donde da la sombra, y levanto la vista para mirar el apartamento de Celia y, enfrente, el del señor R, pero enseguida me da el sol en los ojos. El edificio se abre alrededor de la enorme zona verde que han transformado en un magnífico jardín, casi como un parque en miniatura. Hay una zona muy cuidada con arriates y plantas, bancos y una fuente, y también una parte con hierba que han dejado crecer, como un césped descuidado a punto de convertirse en un prado. Al otro lado hay un par de pistas de tenis, muy bien mantenidas; salta a la vista que se usan a menudo. En una de ellas hay un par de señoras peloteando tranquilamente.

Saco la manta, que he encontrado en el armario del pasillo de Celia, y la extiendo sobre el césped fresco, cerca de las pistas de tenis. El sonido de la bola al golpear las cuerdas de las raquetas y algún grito esporádico de «¡Perdón!» me resultan reconfortantes. Dejo la comida y el libro sobre la manta. El sol cae a plomo y su luz va avanzando lentamente por el césped hasta llegar primero a mis pies y después subir por mis pantorrillas. Para cuando me alcanza los muslos, ya he acabado de comer y me tumbo sobre la manta, somnolienta, medio leyendo el libro, medio dormitando. Apenas me doy cuenta de que las señoras se han marchado y de que su suave peloteo ha sido sustituido por unos golpes diferentes, enérgicos, y unos gritos y gruñidos masculinos.

—Bien... Sigue ese derechazo. ¡Acércate a la red! ¡Volea, volea, volea! Excelente, muy bien.

Es un entrenador de tenis gritándole instrucciones a su alumno. Oigo su voz en un extremo de mi consciencia. Estoy concentrada en la intensidad de la luz sobre mis párpados cerrados y el calor del sol y no soy consciente de cuándo cesan las voces y los golpes. Solo lo percibo cuando se oscurece la luz que me da en los ojos y noto el ligero frescor de una sombra proyectándose sobre mí. Abro los ojos, parpadeo, y reparo en que hay alguien plantado delante de mí. Tardo un par de segundos en fijar la vista. Quienquiera que sea, resplandece como un ángel; caigo en la cuenta de que el efecto se debe a que va vestido de blanco. Lleva ropa blanca de tenis.

Ay, Dios mío. Es él. Es el señor R.

Solo me da tiempo a levantar la vista para mirarlo y darme cuenta de que lleva el pelo húmedo y repeinado hacia atrás, que le brilla la nariz, perlada de sudor (*así impresiona todavía más*), y que me está mirando a los ojos, cuando abre la boca para hablarme.

—Hola de nuevo —dice, y sonrío.

—Hola —contesto, casi sin aliento, como si fuese yo y no él quien ha estado jugando al tenis.

—Eres la chica a la que vi ayer, ¿verdad?

Me incorporo con dificultad para sentarme; no quiero hablar con él tumbada, pero me sigo sintiendo en desventaja al ver que se alza por encima de mí.

—Sí —alcanzo a decir.

Se agacha para situarse a mi nivel y se pone en cuclillas a mi lado. Ahora puedo ver de cerca esos ojos impresionantes debajo de sus pobladas cejas negras, y él también parece estar dándome un repaso. Me

siento muy vulnerable ante su mirada.

—Y estás en el apartamento de Celia. Ya te ubico: te vi allí hace un par de noches. —Su sonrisa se esfuma y adopta una expresión de preocupación—. ¿Le ha pasado algo a Celia? ¿Se encuentra bien?

Su voz suena grave y musical, y en su acento culto capto una ligera entonación extranjera, pero no consigo identificarla. Quizá eso explique su aspecto tan moreno. Al moverse, me llega una oleada de su calor corporal. Resulta dulce y salado al mismo tiempo como consecuencia del ejercicio.

—Sí, se encuentra bien. Se ha marchado durante una temporada y estoy cuidando de su apartamento.

—Ah, vale —contesta, y se le despeja el rostro—. Por un momento, me has dejado preocupado. Ya sé que se conserva muy bien para la edad que tiene, pero... en fin, me alegra saber que está bien.

—Se encuentra bien, sí —repito torpemente. *Vamos, dile algo, ¡impresiónalo!* Pero la imagen que me ronda la cabeza es la de la mujer elegante que había noche en su apartamento. Tirada sobre la manta, aturdida todavía por el sueño, soy todo lo contrario a esa imagen.

—Bien. —Me dedica otra sonrisa deslumbrante—. Bueno, espero que disfrutes de tu estancia. Si necesitas algo, dímelo.

—Vale —contesto preguntándome si alguna vez lograré reunir el valor suficiente para hacerlo.

—Lo digo en serio. No dudes en pedírmelo.

—Sí... Gracias...

—Hasta otra —dice. Se levanta, me mira durante un par de segundos como si estuviera esperando a que le dijera algo y luego se da media vuelta.

—Adiós.

¿No se te ocurría nada mejor que decir? —estoy a punto de preguntar en voz alta—. ¿A eso lo llamas tú causar impresión, Beth? Tienes tanta capacidad de conversación como ese banco de ahí enfrente. Hasta la fuente le habría parecido más ingeniosa.

Seamos sinceras: ¿pero qué creo que puede suceder? ¿Que un hombre como ese se va a interesar por mí? Si ni siquiera soy capaz de conservar a mi novio. Además, está pillado.

Mientras se aleja y vuelve al edificio de apartamentos una vez terminada su clase de tenis, se detiene de repente, se da media vuelta y me mira de nuevo. Su mirada dura tan solo unos segundos antes de retomar su camino, pero es suficiente para hacerme sentir una agradable emoción que se extiende por todo mi cuerpo. ¿Ha sido cosa de mi imaginación o en su mirada había algo más que simple simpatía? Su proximidad está teniendo un importante efecto en mí. Mi sopor ha desaparecido y el murmullo que me envuelve, el de la vida en verano, me hace sentir más ligera de lo que me he sentido en mucho tiempo. Aprieto los dedos de los pies contra el césped fresco que me hace cosquillas mientras lo veo desaparecer por la puerta que da al bloque de apartamentos; luego miro hacia la pista de tenis, donde el entrenador está recogiendo pelotas.

Afortunadas pelotas de tenis, que os ha golpeado el señor R —pienso, y me echo a reír—. Vale, estoy colada por él. Hasta podría pasármelo bien. Le añado algo de picante al verano. Además, no veo qué tiene de malo.

Ese pequeño intercambio de palabras baña todo mi día con su resplandor dorado. Por la tarde salgo a pasear y descubro la grandiosidad de Piccadilly, con sus imponentes y famosas instituciones: el Ritz, Fortnum & Mason, la Royal Academy. Bajo paseando por St. James Street, y dejo atrás tiendas antiguas: sombrererías, vinaterías, proveedores de maletas de piel y puros; camino entre magníficas casas almenadas y llego a la amplitud de The Mall. En un extremo veo el palacio de Buckingham y delante de mí se abre un parque de aspecto idílico. He encontrado el centro del Londres más turístico, el sueño de la bandera tricolor y la monarquía. Esta ciudad enorme tiene muchas facetas, y esta no es más que una de ellas. Atravieso el parque y veo niños correteando, dando de comer a los patos y jugando en los columpios. Luego me encuentro con otra cara de Londres: el Parlamento, oscuro, gótico e inquebrantable, situado junto a la antigua y pálida majestuosidad de la abadía de Westminster, que tenía intención de

visitar esta mañana. Los turistas pululan por la zona y hacen cola para entrar en la iglesia. Decido no unirme a ellos y me quedo mirándolos durante un rato, preguntándome qué significado le dan a este lugar. Pasado un rato, me vuelvo a casa por donde he venido.

Por la noche la mujer vuelve al apartamento de enfrente.

La persiana está subida y veo de nuevo con claridad lo que hay dentro, así que ceno sentada en el sillón ante la ventana, observando al señor R y a su novia representando su película muda para entretenerme. Se sientan a la mesa y comparten una cena de aspecto delicioso mientras hablan y se ríen. Estoy preparada para que la escena siga el mismo patrón que anoche y alguien baje la persiana repentinamente justo cuando la cosa podría ponerse interesante, pero entonces sucede algo inesperado. Se levantan de la mesa, la mujer coge una chaqueta, se la pone y, acto seguido, salen del salón y el señor R apaga la luz.

¿Adónde van? ¿Qué está pasando?

Me sobresalta el repentino cambio de los acontecimientos, ya que no me lo esperaba. Entonces me dejo llevar por un impulso descabellado. Me levanto de un salto, le doy un ligero golpecito a De Havilland, que estaba durmiendo, para que se baje de mi regazo y voy corriendo hasta el armario del pasillo. Ya he visto que Celia tiene una variopinta colección de gorros, abrigos y chaquetas, así que cojo una gabardina Burberry antigua y salgo corriendo del apartamento. El pequeño ascensor está en mi planta y, unos segundos después, tras haber mejorado mi disfraz dejándome el pelo suelto y subiéndome el cuello de la gabardina, salgo al vestíbulo justo cuando se cierra la puerta principal y el señor R y su novia bajan los escalones que dan a la calle.

¿Pero qué hago? ¿Es que ahora soy una espía? Estoy entusiasmada, pero también avergonzada de mí misma. ¿Y si me ven? ¿Y si él me reconoce y quiere saber por qué coño le estoy siguiendo? ¿Se me ocurrirá algo que decir para salir del apuro? Quién sabe... El caso es que ya es demasiado tarde. Es una locura, pero ya que he empezado, voy a ver en qué acaba. Quiero saber adónde van. Curiosamente siento que ahora formo parte de sus vidas y ellos de la mía. Además, seguramente pararán un taxi en cualquier momento, se alejarán de mí a toda velocidad y tendré que volver al apartamento, donde intentaré recobrar la cordura.

Pero siguen caminando.

Recorren algunas de las calles secundarias mientras hablan en un tono de voz tan bajo que no alcanzo a distinguir nada de lo que dicen y siguen un camino que a ellos les resulta familiar, aunque para mí es totalmente desconocido.

Si los pierdo de vista, voy a tener un problema. El plano lo tengo en la mochila, en el apartamento, y no tengo la menor idea de dónde estoy.

La oscuridad hace que me resulte más difícil distinguir en qué dirección vamos y fijarme en algún lugar de referencia, sobre todo porque al mismo tiempo intento que sus figuras no salgan de mi campo de visión sin acercarme demasiado. Los sigo a una distancia que espero que sea la adecuada. No tengo ni idea de si me estoy fundiendo con el paisaje o si se me ve descaradamente. Confiamos en que no decidan dar media vuelta de repente...

Siguen andando y los zapatos de tacón alto de la mujer se oyen claramente repiqueteando sobre la acera. Hoy lleva un vestido oscuro con una chaqueta entallada y el señor R sigue llevando su traje, para el que no necesita abrigo ni chaqueta con este calor. De hecho, soy yo quien va llamando la atención con una gabardina, teniendo en cuenta que casi toda la gente que nos rodea lleva camisetas y *tops* ligeros.

Da igual; si alguien me pregunta, solo tengo que hacerme pasar por la típica británica excéntrica.

Nadie me va a preguntar nada, me recuerdo a mí misma. A nadie le importa un comino. Eso es lo que más me gusta de esta ciudad: puedo ser quien quiera o lo que quiera. Es justo lo contrario a lo que pasa en el pueblo, donde un cambio de color de pelo puede desencadenar un debate desenfrenado que capte el interés de toda la población.

Recorremos calles oscuras y salimos a una calle principal muy transitada por la que pasan zumbando

coches, taxis y autobuses. La cruzamos y llegamos a unas elegantes calles secundarias peatonales, con inusuales tiendas de ropa, bares y pubs donde se arremolina una multitud de jóvenes en las aceras bebiendo y fumando. Me preocupa perder de vista al señor R y a la mujer mientras avanzan zigzagueando entre el gentío, pero van a una velocidad constante, ya que obviamente no sospechan que los están siguiendo. Nos dirigimos hacia otra zona de la ciudad, donde enseguida veo unos bares de aspecto más atrevido. En el exterior de algunos ondean banderas arcoíris (son bares gays, reconozco el emblema) y otros tienen unas discretas entradas con pesadas cortinas. Veo mujeres vestidas con minifaldas y corpiños de pie ante unas puertas en cuyos umbrales hay cortinas de cintas de colores brillantes.

¿El barrio rojo? —pienso incrédula—. ¿Es aquí adonde vienen?

Pasamos junto a un par de tiendas sórdidas y, justo cuando empiezo a preguntarme qué demonios está ocurriendo, llegamos a una zona bulliciosa y rebosante de actividad con una identidad diferente. En esta se da una curiosa mezcla de negocios y entretenimiento. Por todas partes veo los típicos edificios de oficinas dedicados a actividades mediáticas (cine, televisión, publicidad y marketing), pero a su alrededor hay muchísimos bares y restaurantes. Hay gente por todas partes, vestida con ropa que va desde la desaliñada e informal hasta la más elegante y cara. Muchos están cenando todo tipo de comida en los restaurantes más variados, o beben vino, cerveza o cócteles sentados a las mesas que hay en la acera. En el ambiente flota un curioso aroma a noche de verano mezclado con el olor acre de los gases de los tubos de escape y del humo de los cigarrillos, sumado al tufillo de la cocina de cientos de restaurantes. Este lugar es un hervidero de esa clase de actividad que no empieza a perder fuerza hasta la madrugada, mucho después de que hayan cerrado los cines y los pubs.

Pero veo que este lugar no solo está dedicado al trabajo y al consumo de comida y bebida: aquí se desarrolla otra actividad. Noto el primer indicio al pasar junto a un *sex shop*, uno de esos que pueden encontrarse en las calles principales donde venden sobre todo boas de plumas, bombones con formas picantes y ropa interior subida de tono para despedidas de soltera. Aunque tienen una buena selección de artilugios vibratorios de plástico de intensos colores, solo parece interesarles el sexo como broma para mujeres. Pero pronto veo una tienda donde venden objetos de otra clase. Los maniqués del escaparate iluminado llevan brillantes botas de plástico con cremalleras o con cordones y tacones vertiginosos, medias de rejilla, bragas de encaje abiertas por la entrepierna, ligeros con tachuelas y sujetadores de cuero, unos con tachuelas y otros con pinchos, pero todos con agujeros para los pezones. Las modelos llevan gorras de cuero o máscaras y sostienen látigos en la mano. Dentro de la tienda veo estantes llenos de conjuntos y más ropa interior y por un momento me dan ganas de entrar para tocarlos.

Cuando apenas lo he asimilado, paso por delante de otra tienda distinta, esta vez una librería. En el escaparate hay expuestos volúmenes con fotos en blanco y negro que parecen artísticas, pero todos ellos están dedicados sin reparos al cuerpo humano: desnudo, con toda clase de accesorios sexuales exóticos, abrazado a otro cuerpo...

El señor R y la mujer siguen caminando por la acera llena de gente algo por delante de mí. Intento no perderlos de vista mientras me doy cuenta de que estoy pasando por delante de un *sex shop*, uno con una presentación preciosa y con alas doradas de ángel sobre la puerta, pero un *sex shop* al fin y al cabo, donde se advierte a todo el que quiera entrar de que debe ser mayor de edad y que dentro hay material solo para adultos que puede herir sensibilidades.

Ya sé dónde estoy. Esto debe de ser el Soho.

No soy tan inocente como para no haber oído hablar del famoso barrio rojo de Londres, pero sus días sórdidos claramente quedaron atrás. Todo esto no tiene nada de furtivo ni de asqueroso. Las calles destilan dinero y elegancia, están abarrotadas de toda clase de gente y albergan todos los estilos de vida. No hay nadie a quien parezca molestarle esta flagrante exhibición de parafernalia sexual; simplemente existe junto a las demás facetas del placer humano.

Aun así, me siento como una pueblerina entre todo esto. La verdad es que nunca he visto nada igual y

me siento rara solo por mirar estas cosas en público. Adam y yo nos sentíamos cohibidos cuando nos cogíamos de la mano, e incluso estando solos apenas hablábamos con mucho detalle de lo que hacíamos juntos. No me imagino entrando en una tienda de estas y cogiendo como si nada unos objetos que le anunciarían a todo el mundo que acostumbro a mantener relaciones sexuales, a ponerme esa clase de accesorios o a usar los juguetes y otros artilugios que tienen de oferta. A ver, embadurnarse el cuerpo de chocolate es una cosa, y un vibrador gigantesco, otra muy distinta. No me imagino de pie ante el mostrador entregando un juguete sexual y pagándolo sin morir de vergüenza. Al fin y al cabo, solo hay una manera de usarlo, y la idea de que alguien pueda saberlo es más de lo que puedo soportar.

En ese momento el señor R gira repentinamente a la izquierda y cruzamos una plaza oscura, luego otra calle y cogemos un desvío por una calle pequeña iluminada únicamente por una farola que desafía a la noche con su luz naranja. Es como retroceder en el tiempo: casas altas estilo Regencia apartadas de la calle y protegidas por verjas de hierro, cada una con su escalera metálica que lleva al sótano. No sabría decir si se trata de casas particulares, hoteles o negocios; casi todas las ventanas están cerradas, solo en algunas se ve una línea dorada que da a entender que en el interior hay luz y hay vida.

Las dos personas a las que sigo se dirigen a una de las casas de ladrillo rojizo, bajan las escaleras con sus pasos retumbando contra el metal y, un segundo después, se abre una puerta y desaparecen en el interior. Cuando estoy segura de que ya han entrado, voy hasta la verja y echo un vistazo por encima. A mis pies hay dos ventanas grandes, sin persianas porque están por debajo del nivel de la calle, y veo que la habitación que hay al otro lado está iluminada por una luz tenue y que dentro se mueven unas figuras. ¿Qué lugar es este? ¿Un bar? ¿Una casa particular?

No tengo ni idea, y soy demasiado tímida para intentar averiguar más cosas. Cuando una voz grave dice: «Disculpe» y un hombre vestido con un traje elegante pasa junto a mí, baja a buen paso las escaleras con una actitud muy resuelta y entra por la puerta, doy un paso atrás y me puede la vergüenza. Ya no puedo seguirlos más, y tampoco me voy a quedar esperando a que salgan. Tendré que encontrar yo sola el camino de vuelta. Tengo la sensación de que Oxford Street no debe de andar lejos, y si consigo dar con ella, podré volver a casa sin problema.

Te estás comportando de una manera muy rara, me digo severamente. El caso es que no puedo evitarlo. Intuyo que existe un mundo de aventura en algún lugar, muy cerca, y anhelo formar parte de él. A mí me está vedado, pero el señor R y su novia tienen acceso a él. En alguna parte están llevando una vida mil veces más emocionante que la mía, más emocionante que cualquier cosa que haya conocido durante mi tranquila vida provinciana. Debería dejarlos en paz, pero no puedo. Es como si hubiese encontrado un pequeño hilo brillante y no pudiera evitar tirar de él por más que mi vida corra el riesgo de deshilacharse.

Me quito la gabardina.

Ya es hora de volver a casa.

Desando el camino fijándome en los nombres de las calles hasta que veo algunos que reconozco de haberlos leído antes en el mapa. Mientras camino por una calle que creo que me lleva de vuelta a Oxford Street, veo una tienda que sigue abierta junto a unos pequeños restaurantes y cafeterías. Parece una librería, pero también tiene unos bonitos adornos, y decido entrar dejándome llevar por un impulso.

Una sonriente mujer de pelo gris me saluda al entrar y da a entender con un gesto que puedo echar un vistazo sin que nadie me agobie. Ya entiendo por qué; los libros tratan todo tipo de temas, pero son principalmente eróticos: novelas, ilustraciones y poemas picantes. Doy una vuelta, me fijo en los títulos y reprimo el impulso de abrir las tapas. No puedo, y menos con alguien delante que pueda ver lo que me interesa. Me aparto de los libros y me pongo a echar un vistazo a los preciosos dibujos que cuelgan de las paredes, pero doy un respingo, me ruborizo y me giro rápidamente para comprobar si alguien se ha dado cuenta. Los dibujos son representaciones gráficas de escenas sexuales. Los cuerpos no tienen cabeza y el artista se concentra únicamente en los torsos de los sujetos y en cómo están unidos: hay una

mujer sentada a horcajadas sobre un hombre, con la espalda arqueada y las manos sobre el pecho de él y otra arrodillada e inclinada hacia delante sobre un diván, con un hombre penetrando por detrás su sexo hinchado.

Me pongo roja como un tomate. Mire a donde mire, veo alguna escena por el estilo: unas manos sujetando un enorme pene en erección con una mujer inclinándose hacia él como si estuviera a punto de adorarlo; las partes más íntimas de una mujer totalmente abiertas y tentadoras con unos dedos separándolas para obtener un acceso completo. Una mujer y dos penes gigantescos, uno penetrándola por delante y otro por detrás...

¡Dios mío! ¿Qué es todo esto?

Miro a mi alrededor en busca de alguna otra cosa en la que concentrar mi atención y me acerco a una enorme vitrina de madera de nogal con la puerta de cristal que tiene unos objetos preciosos en los estantes. Veo mármol, jade y cristal tallados, cuero y terciopelo.

Vuelvo a dar un respingo. ¿Cómo puedo ser tan tonta? Lo que tengo delante es una gran variedad de juguetes sexuales obscenamente hermosos. Junto a cada uno de ellos veo unas tarjetas escritas a mano.

Consolador de jade 545 £ Tapón anal de cristal 230 £ Huevos de mármol 200 £ tres Sarta de perlas de ónice 400 £ En el estante de debajo hay una colección de fustas y un bastón antiguo con el mango tallado que, visto de cerca, tiene la forma de un largo falo con sus testículos en la base.

En el último estante hay unos utensilios metálicos que me desconciertan hasta que leo las tarjetas que los acompañan: son unas pinzas y prensas para los pezones que ejercen presión sobre las partes más sensibles del cuerpo. A su lado hay unas esposas de cuero negro forradas de piel blanca y unas finas cuerdas trenzadas de diferentes colores.

—¿Busca algo en concreto? —pregunta alguien. La mujer se me ha acercado y me mira amablemente, pero inmediatamente me siento turbada.

—Eh... no, gracias... solo estaba mirando.

—De acuerdo. —Me mira como si entendiese perfectamente mi bochorno y enseguida me encuentro más relajada. Señala unos estantes en la otra punta de la tienda—. Allí hay otros artículos, por si estos le parecen algo caros. En este pasillo están nuestros objetos artísticos. Aquellos son más asequibles.

Me lleva hasta allí. Hay una gran variedad de juguetes de goma y látex; algunos parecen unos cohetes enormes con todo tipo de protuberancias y otros son lisos y delgados a la manera de elegantes plumas estilográficas en intensos tonos de verde, azul y rosa.

—Seguramente ya habrá oído hablar de alguno de estos —dice al ver donde estoy mirando—. Esos más finos son más bien para uso anal, por si no lo sabe. Los vaginales son estos, más grandes. Este, por ejemplo —añade cogiendo uno de los enormes—, es bastante famoso y es uno de los que mejor se venden.

Me quedo mirándolo e inhalo por la nariz audiblemente sin querer. Qué largo y grueso es. ¿De verdad cabe ahí dentro? Nunca he utilizado un juguete sexual; de hecho, jamás me lo había imaginado siquiera, y ahora no puedo concebir cómo podría caberle eso a alguien, y mucho menos a mí. Solo he tenido relaciones sexuales con un hombre y, aunque estaba bien dotado, su tamaño no tenía nada que ver con esto.

La mujer señala una de las protuberancias más grandes en el falo.

—Este es el estimulador del clítoris. Puede dejarlo tal como está o... —Aprieta un interruptor en la base y la protuberancia con forma de pulgar comienza a zumbir y moverse describiendo círculos. En su interior también parpadean unas lucecitas, como si estuviese bailando en su discoteca particular. La mujer me sonrío—. Este funciona de maravilla. Es una de las razones de que sea el más vendido. Y fíjese en esto.

Aprieta otro interruptor y todo el falo comienza a vibrar mientras un ancho anillo interior sube y baja, sobresaliendo y después volviendo a retraerse. Zumba bajito y de una forma rítmica que me recuerda a

los ronroneos de De Havilland y que hace que ese objeto de repente me parezca alegre. Parece curiosamente vivo, sobre todo con las luces que brillan por dentro... como si se tratase de una medusa densa y extraordinaria. No puedo evitar tragar saliva al verlo. Unos segundos después, la mujer lo apaga y deja aquella enormidad en su sitio.

—Tenemos muchos más. Si necesita que le explique cualquier otra cosa, dígamelo. Estoy aquí para ayudar.

—Gracias.

Me quedo mirando fijamente el estante de los vibradores y siento una curiosa excitación. Hay gente que hace esto. Gente normal. No pervertidas ni ninfómanas, sino mujeres normales con necesidades sexuales. La verdad es que el sexo es una de las cosas que más echo de menos. Con la infidelidad de Adam no solo he perdido a mi amigo y al hombre al que entregué mi corazón, sino también a mi amante, al hombre que me tocaba, me besaba y me abrazaba. El hombre que me deseaba, que anhelaba acariciarme los pechos y tocarme las caderas, que quería conocer mis zonas más íntimas y amarlas con la lengua, los dedos y la polla. Ahora ya no está y mi cuerpo pide a gritos sus atenciones. Las veces que he llorado contra la almohada de noche por la traición de Adam y por saber que ahora estará haciendo todas esas cosas con otra persona, también estaba lamentándome por la pérdida del amor físico y el placer que me daba. ¿Podrían aquellas cosas, aquellos pequeños aparatos zumbadores que había que aplicar al más sensible de los bultitos y los incansables falos de goma a pilas equipados con estimuladores del punto G ser la solución al problema?

Podrías comprarte uno. Nadie va a enterarse. La mujer es amable y, además, nunca volverás a verla. Le da igual lo que vayas a hacer con él...

Si existe un lugar adecuado para explorar y experimentar, ese es el apartamento de Celia, a solas.

Entonces me acuerdo de que he salido sin dinero. No tengo modo alguno de comprar nada. Todos esos pensamientos deliciosamente tentadores desaparecen y, de pronto, me apetece estar en casa.

—Gracias —le digo a la señora de la tienda. Me doy media vuelta, meto las manos en los bolsillos de la gabardina y salgo a toda prisa con la campana de la tienda sonando detrás de mí al cerrarse la puerta.

Me concentro en encontrar el camino de vuelta a Randolph Gardens, pero mientras avanzo a grandes pasos hacia la calle más concurrida, soy consciente de que algo ha cambiado en mí. Me siento viva pero de otro modo, noto un hormigueo y soy consciente de la brisa que me roza la mejilla y de cómo me hace cosquillas. Por debajo de la gabardina tengo calor y me siento necesitada.

Capítulo 4

A la mañana siguiente aún estoy excitada. Es una sensación bastante sensual, como si quisiera restregarme contra las sábanas de la cama, o estar desnuda delante de la ventana abierta para sentir la brisa en la piel. Por un momento, mientras estoy tendida sobre la cama, me paso la mano por encima del vientre hasta llegar a la zona de vello que tengo entre las piernas. Con la punta de un dedo acaricio suavemente el bultito pequeño pero muy sensible que sobresale ligeramente de los labios. El efecto es electrizante. Cobra vida y se hincha bajo la punta del dedo como si suplicase atención y una agradable sensación se extiende desde mi vientre hacia el exterior.

No consigo olvidarme de la imagen de aquel falo vibratorio y palpitante, con su estimulante pulgar que se movía en círculos y estaba situado en el punto justo, por no hablar de los dibujos que vi anoche. Trago saliva y respiro hondo. Por las ingles se me extiende una humedad caliente. Primero me imagino al señor R con su ropa de tenis, empapado en sudor, y luego desnudo hasta la cintura y envuelto en una toalla. Hundo la punta del dedo un poco más entre el calor y reacciono estremeciéndome un poco. El clítoris se hincha, haciéndose notar, y hasta la última terminación nerviosa demanda estimulación.

¿Debería...?

Obviamente no es la primera vez que tengo un orgasmo por mi cuenta.

Los largos meses en la universidad sin Adam me enseñaron las virtudes de esta actividad solitaria. Pero desde aquella noche no he podido soportarlo. Soy incapaz de tocarme. Me he sentido demasiado rechazada para dejarme llevar a ese lugar placentero de la imaginación que me permitiría llegar al orgasmo.

¿Y ahora? ¿Podría...?

Vuelvo a pasar la punta del dedo por encima del bultito hinchado y esta vez un escalofrío me recorre las piernas y el vientre. Mi cuerpo lo está deseando y me suplica esa liberación. Me estimulo una y otra vez y la intensidad de la sensación me hace empezar a jadear.

Entonces vuelve a suceder. Recuerdo esa dichosa imagen horrible otra vez: Adam se gira para mirarme y veo a Hannah tumbada debajo de él. Veo su barriga flácida que acaba en esa zona de pelo rizado y áspero y las piernas abiertas de Hannah con el triángulo de vello húmedo y aplastado. Recuerdo de nuevo, con una sensación de horror algo amortiguada por la repetición, que no han llegado a separarse y su polla rojo oscuro está metida hasta el fondo entre los brillantes labios color rubí de ella.

Suelto un quejido. El deseo que me recorría hace unos segundos ha desaparecido.

¿Por qué coño tuve que verlo? ¿Por qué coño no puedo olvidarlo? Esa imagen siempre me atormentará. La visión de su deseo animal y jadeante acaba con mi excitación. Ver la polla de Adam, que antes era mi preciada posesión, nuestra alegría compartida, hundida en el cuerpo de Hannah hace que mi deseo se desvanezca y se esfume.

Vuelvo a tocarme el clítoris, que reacciona esperanzado al tacto. Es inútil. Aunque mi carne siga deseándolo, tengo el ánimo por los suelos. Me levanto rápidamente y me ducho para deshacerme de cualquier resto de excitación.

A pesar de haber sido incapaz de satisfacer el evidente anhelo de mi cuerpo de tener un orgasmo, no puedo librarme de esa sensación de sensualidad. Tenía planeada una jornada repleta de visitas culturales a galerías de arte y museos y había pensado llevar ropa cómoda, zapatillas de deporte y comida para no tener que comer en una cafetería de las caras, de esas que atraen a muchos turistas. Pero hoy ya no me apetece. De hecho, no dejo de pensar en los grandes almacenes de Oxford Street. Hace tan solo unos días, cuando llegué, me habría sentido demasiado intimidada para plantearme ir a esos sitios yo sola, pero algo ha cambiado sutilmente.

Me pongo a hablarle a De Havilland mientras hago café y echo cereales en un cuenco. Él se acerca a un rascador que Celia ha instalado en la puerta de un armario y se pasa unos cuantos minutos muy feliz destrozándolo con las uñas mientras yo lo aburro con mi parloteo.

—¿Crees que Londres está logrando que recupere la valentía? —le pregunto mientras clava las uñas y rasca—. Lo creas o no, antes era valiente. Me fui a la universidad yo sola, sin conocer a nadie, y acabé haciendo un montón de amigos. Recuerdo con añoranza a Laura, una compañera de estudios que se convirtió en mi mejor amiga. Ahora está viajando por Sudamérica, pasando sus últimos meses de libertad antes de ponerse a trabajar en Londres en una empresa de consultoría. Me prometió enviarme algún email cuando pasase por algún sitio donde hubiese conexión a Internet, pero llevo tiempo sin mirar el correo. Es curioso, pero apenas he pensado en eso. Normalmente estoy pegada al portátil, navegando por Internet, cotilleando y poniéndome al día de lo que hace todo el mundo. Ahora lo tengo abandonado dentro de una bolsa en el dormitorio, prácticamente olvidado. A ver si hoy puedo conectarme aquí o llevarme el portátil a algún sitio donde haya conexión. Al fin y al cabo, ahora tienen wifi en todas las cafeterías.

Mientras me visto, me pregunto qué pensaría Laura de mi ruptura. Lo sentiría por mí y se mostraría comprensiva, pero sé que en el fondo se alegraría. Intentó que le cayese bien Adam solo por complacerme, pero cuando se conocieron, la única vez que Adam me vino a ver a la universidad y se quedó en mi casa compartida con otros universitarios, no le gustó. Vi cómo lo miraba mientras hablaban y en sus ojos se notaba que apenas podía contener la irritación. Luego intentó morderse la lengua, pero acabó diciéndome: «¿No te parece un poco... un poco aburrido, Beth? ¡Se ha pasado la noche hablando de sí mismo y no te ha nombrado ni una sola vez!».

Yo lo defendí, claro. Es verdad que Adam podía ser un poco egocéntrico y divagaba más de la cuenta... pero yo estaba segura de que me quería.

«Me preocupa que no te quiera lo suficiente y que no sepa valorarte —me dijo, mirándome preocupada—. No sé si te merece, Beth. Eso es todo. Pero si te hace feliz, me parece bien.» Laura no dijo nada más sobre lo que pensaba de Adam, pero cuando un estudiante de tercero de Derecho se mostró interesado en mí, ella insistió en que le diera una oportunidad a ver qué pasaba. Por supuesto, no lo hice: yo ya estaba con alguien.

El hecho de pensar en Laura me hace añorar la compañía. Llevo sola bastante tiempo, y necesito relacionarme con alguien. Inmediatamente, mi plan toma forma. Eso de pasearme sola por galerías de arte puede esperar a otro día.

—¡Te queda divino! ¡Divino de verdad!

Estoy segura de que es el discurso típico de vendedora (supongo que la dependienta se lo dice a todas las clientas; a todas les queda de maravilla la ropa de su tienda), pero veo algo de sinceridad en su mirada que me hace creerla.

Además, a juzgar por el reflejo que me devuelve el espejo, el vestido me queda sorprendentemente bien. No se parece a ninguna otra cosa de las que tienen y, aunque no es más que un vestido negro bastante normal, parece sacar a relucir mis encantos ocultos, ya que se me ajusta muy bien al pecho y sigue la curva de la cintura y las caderas describiendo una línea suave perfecta hasta llegar a las rodillas. El tejido lleva una mezcla de seda que hace que se pegue al cuerpo, pero al mismo tiempo es resistente y tiene un brillo sutil.

—Tienes que llevártelo —susurra la dependienta junto a mi hombro—. Te queda taaan bien. —Sonríe al ver mi reflejo—. ¿Es para una ocasión especial?

—Para una fiesta —miento sin pensármelo—. Esta noche.

—¿Esta noche? —Abre los ojos como platos. Intuye alguna historia interesante detrás del hecho de que una chica compre un vestido de fiesta el mismo día del acontecimiento—. ¿Y quieres hacerte el *look* completo?

Me quedo mirando fijamente mi reflejo. El vestido es precioso. Me siento genial con él puesto, atractiva y elegante. Lo que no le hace justicia es mi aspecto, con la cara lavada y el pelo desaliñado, y además no tengo zapatos. ¿Un *look* completo? ¿Cuánto podría costar algo así?

Siempre he sido una persona prudente y cuidadosa con el dinero. No soy nada derrochadora y nunca he utilizado las compras como pasatiempo. Es más, a diferencia de la mayoría de mis compañeros, salí de la universidad sin ninguna deuda, aparte de los típicos préstamos de estudiante, y con mis ahorros gozando de muy buena salud.

¿Por qué no disfrutas un poco? —pregunta una voz en mi cabeza—. ¿Por qué no te dejas llevar por una vez?

—¿Por qué no? —contesto lentamente.

La dependienta da palmas de alegría. Está claro que es el tipo de trabajo que le gusta.

—Déjame ayudarte. Primero tienes que llevarte el vestido, y no lo digo por decir. Estás preciosa. Puedes dejarlo aquí, yo te lo aparto. Por si no lo sabías, aquí tenemos todo lo que puedes necesitar: spa, tratamientos de belleza...

—Será mejor que nos lo tomemos con calma —me apresuro a decir.

—... Peluquería, centro de manicura —prosigue mientras le brillan los ojos solo de pensar en reformar mi cuerpo imperfecto hasta que sea digno del vestido. Entonces pone cara de preocupación—. Aunque a lo mejor tenemos el día completo. Voy a hacer unas llamadas, seguro que puedo mover algunos hilos.

Antes de que me dé tiempo a impedirselo, se marcha corriendo al mostrador y coge el teléfono. Le indico por señas que lo deje, pero me hace un gesto con la mano para quitarle importancia y me reserva un tratamiento facial.

—Te va a encantar —dice muy segura de sí misma mientras marca otro número—. Estaba pensando que tienes una piel estupenda, pero parece un poco seca. ¿Utilizas crema de noche? Pues deberías. Conozco una estupenda que le devolverá la hidratación interna a tu piel y restablecerá la capa subepidérmica. — Sin darme tiempo a decir nada, ya está hablando con la peluquería y pidiéndome cita para cortar y peinar. De pronto me mira el pelo y añade—: Y creo que unos reflejos no le vendrían mal, Tessa, si tienes tiempo.

Para cuando cuelga el teléfono, tengo varias citas, la primera dentro de unos minutos.

La dependienta se encuentra en su salsa y se lo está pasando bomba. Le pide a alguien que la sustituya en la caja mientras me acompaña al sótano donde están los salones de belleza. Todo el mundo parece tan amable que me dejo llevar por el entusiasmo, y cuando me deja en manos de Rhoda, en el centro de belleza, ya he renunciado a tener ningún tipo de control sobre lo que queda de mi día. Enseguida me encuentro tendida en una camilla con Rhoda masajeándome la cara, extendiéndome no sé qué mezcla de arcilla y poniéndome unos discos frescos sobre los ojos. Después me deja para que se endurezca durante un rato. Es una maravillosa experiencia relajante, de esas que siempre he dado por sentado que estaban reservadas para otras personas y no para mí, pero mientras unos dedos delicados comienzan a retirarme la mascarilla y me extienden otros bálsamos y cremas, pienso: ¿Y por qué no? ¿Por qué no iba a poder disfrutar de esto?

—Lista —dice Rhoda, ofreciéndome un fajo de muestras de cortesía—. Y has quedado estupenda.

Me veo fugazmente la cara reflejada en el espejo mientras pago (no invita la casa, precisamente, por más que alguien me haya hecho el favor de mover algunos hilos) y es verdad que estoy radiante. ¿O será cosa de mi imaginación? Qué más da. La experiencia ha sido increíble.

—Te esperan en la última planta —me informa Rhoda—. En la peluquería.

Me subo en el ascensor y minutos después estoy instalada en una silla alta, con una capa de nailon negra ajustada al cuello y un montón de revistas de moda delante. Un chico delgado con camiseta negra y un flequillo rubio imposible que le cubre la frente me comenta lo que podríamos hacer con mi pelo. En el pasado he experimentado con diferentes cortes y colores, pero durante los últimos meses me he

descuidado. El resultado: tengo una gradación de colores por todo el pelo, desde el color paja seca en las puntas hasta el color topo en las raíces, y cualquier intento de peinado degeneró en greñas hace tiempo.

Cedric se pone manos a la obra. Con una soltura producto de la práctica, me pinta el pelo con el contenido de unos platitos de plástico, lo envuelve en papel de aluminio y luego me deja en una campana bajo un disco de neón giratorio con una revista para entretenerme. Media hora después paso al cuidado de una chica con las manos deliciosamente suaves que me frota, enjuaga y masajea la cabeza para quitarme todos los productos químicos que llevo y los sustituye por algo que me deja el pelo liso y suave y con olor a coco.

Cedric reaparece blandiendo unas tijeras. Ha llegado el momento de cortar y peinar, y se pone a parlotear mientras levanta largos mechones oscuros y corta las puntas con las finas hojas de acero. Me miro en el espejo y me pregunto qué imagen veré allí cuando haya acabado todo esto. Cuando termina de cortar, Cedric me pulveriza el pelo con algo, coge el secador y pregunta:

—¿Cómo quieres ir de glamurosa?

Me miro en el espejo y contesto:

—Glamurosa.

Me imagino quedando con el señor R para cenar. Esta noche no va a quedar con la mujer con la que lo he visto hasta ahora. Esta noche me verá a mí y se quedará helado. «¿Eres tú la chica que está en el apartamento de Celia? —preguntará asombrado, incapaz de creer lo que ven sus ojos—. ¿La chica de la quinta planta, justo enfrente de mi apartamento? Pero si estás... estás...»

Me pierdo en ese sueño feliz mientras el secador ruge a mi alrededor, me quema las puntas de las orejas hasta dejarlas rojas y me chamusca el cuero cabelludo. Ahora Cedric blande un cepillo de púas con el que me enrolla bien el pelo y luego tira de él hasta tensarlo, lo somete al aire caliente y finalmente lo libera desenroscándolo para dejar como resultado un tirabuzón suelto. Cuando ya me ha hecho lo mismo en toda la cabeza, me rodea una aureola de ondas doradas y brillantes. Se echa fijador en la palma de la mano, se frota las manos y luego me estruja el pelo, me lo alisa, me lo aparta hacia atrás y al final lo suelta. El resultado es una melena larga y un flequillo sobre la cara que me cae seductoramente sobre un ojo. Todo en un cálido e intenso color dorado.

—¿Te gusta? —pregunta Cedric retrocediendo un paso. Ladea la cabeza y examina su trabajo con ojo crítico.

—Es... precioso —digo con la voz un poco ahogada. Recuerdo el aspecto que tenía hasta hace muy poco, cuando me miré en el espejo de mi habitación tras pasarme días llorando por Adam y vi a una chica con el pelo lacio, los ojos hinchados y la piel pálida a la que no le quedaba nada de su antigua chispa. Ahora veo esa imagen muy lejos y me siento aliviada de que ya solo sea un recuerdo.

Cedric sonrío.

—Estoy encantado, cielo. Sabía que podía hacerte destacar. Y ahora... creo que te esperan en la planta baja para maquillarte y hacerte las uñas.

Me da igual, no me importa lo que me cueste, pienso imprudentemente mientras entrego la tarjeta de crédito en el mostrador. Todos están siendo encantadores conmigo. No tienen por qué, pero son encantadores. Y sienta de maravilla.

Cuando llego en ascensor a la planta baja, me siento como un miembro de la realeza. Hay alguien esperándome que me lleva hasta el mostrador de maquillaje que me han reservado. Entonces comienza otra sesión. Una joven maquilladora, que aparenta más años de los que tiene con el uniforme de la tienda y la obligatoria capa gruesa de maquillaje, se pone conmigo. Me hidrata la piel, me pone sérum y me pulveriza la cara con líquido ionizado para continuar con hidratantes con color, bases y correctoras secretas. Mientras tanto me hace cumplidos sobre mi piel, mis ojos, mis pestañas, mis labios. Casi estoy pensando que me he convertido en una de las mujeres más bellas del mundo, y, aunque conservo un sano

escepticismo, la sensación me resulta agradable.

Me aplican color en las cejas, las pestañas, las mejillas y los labios. Me dan brillo y polvos y algo llamado «estallidos» de color. Al final, cuando ya ha pintado todo lo que podía pintar, la chica se aparta, muy contenta, y me dice que ha terminado. Acto seguido, me pasa el espejo.

Me quedo sin habla. Entonces me digo: *Su trabajo consiste en hacer que tengas este aspecto para que compres sus productos. Son artistas del maquillaje.*

Aun así, tengo un aspecto que no he tenido nunca. Mis ojos azules, con unas largas pestañas oscuras, resaltan de un modo que yo nunca he conseguido con mi fiel kohl, y brillan de una manera muy atractiva. Llevo las mejillas destacadas con un tono de oro rosa y los labios pintados de un rojo cereza apetitosamente húmedo. Me siento como si acabase de salir de las páginas de una revista.

Compro un montón de productos de los que me han aplicado en la cara, que a fin de cuentas es de lo que se trata, y luego me llevan a pintarme las uñas de rojo intenso mientras una chica muy animada del East End me cuenta todos sus problemas con su novio. A decir verdad, apenas la escucho. Estoy pensando en el señor R. Me pierdo en un mundo de fantasía donde avanzo hacia él por el restaurante y él se levanta, boquiabierto de asombro, y luego, cuando llego a su altura, es incapaz de resistirse a cogerme en brazos y...

—¡Ya estás, cielo! —anuncia satisfecha la chica de las uñas—. Y ahora déjalas secar durante veinte minutos, ¿vale?

Aún queda una última cosa por hacer antes de que me dejen marcharme. Tengo que comprar unos zapatos que peguen con el vestido negro. De tanto usarla, la tarjeta de crédito me quema en las manos, pero, llegada a este punto, ya no hay vuelta atrás. En el departamento de calzado, una dependienta me trae un par de zapatos negros de tacón acabados en punta. Y entonces, después de todo lo que me han hecho, vuelvo al punto de partida con la dependienta que me atendió al principio.

—¡Oh! —exclama, dando palmas—. Estás... *¡increíble!* No me imaginaba que el resultado sería tan espectacular. Sinceramente, ha sido una transformación impresionante.

Tiene razón. Lo sé. El efecto del vestido con los zapatos, el peinado y el maquillaje hace que aumente mi seguridad en mí misma. Quizá sí haya vida después de Adam. Algún otro hombre podría llegar a quererme, a desearme... El señor R es una quimera, claro, pero ese puesto podría ocuparlo algún otro.

—Gracias —digo con toda sinceridad—. Ha sido muy amable. Se lo agradezco mucho.

—No seas tonta, te lo mereces —contesta, y se inclina hacia mí con una sonrisa de complicidad—. ¡Ahora sal ahí fuera, disfruta de la fiesta y déjalos boquiabiertos!

Salgo de los grandes almacenes con la sensación de que todo el mundo me está mirando y fijándose en lo bonitos que son mi vestido nuevo y mi pelo recién peinado. Hace tres días llegué a Londres sudorosa y mal vestida. Ahora no hay más que mirarme: espero parecer alguien que haría que Celia se sintiera orgullosa.

Me encuentro por casualidad con una placita escondida a la que se accede por un callejón que sale de la vía principal y decido comer algo en uno de los restaurantes que hay en ella. El tratamiento ha durado varias horas y tengo tanta hambre que no me importa comer sola. Mientras devoro un plato de pasta delicioso, recuerdo que cuando llegué a Londres estaba demasiado asustada para plantearme hacer algo así. Y aquí estoy, comiendo sola sin que haya ningún problema. Nadie me ha abordado para preguntarme cómo me atrevo a hacer algo así, ningún camarero me ha mirado con una sonrisita de desprecio ni se ha negado a tomar nota de mi pedido. Me han tratado amablemente y con respeto y me ha sentado muy bien.

Después de comer, aunque ya sea última hora de la tarde, no me siento con ganas de volver a casa todavía. Me dirijo hacia el norte, hacia la zona elegante que descubrí el primer día, donde fui a comprar comida. No voy a encontrarme con el señor R, claro, ese sueño solo existe en mi imaginación, pero no quiero poner fin a esta agradable fantasía. Y es solo porque me encuentro en este estado de ánimo por lo que, cuando veo el cartel en el cristal, me decido a entrar. Al otro lado del escaparate hay una galería

amplia, luminosa y con el suelo de madera clara, en cuyas paredes blancas cuelgan grandes cuadros de arte moderno. Me llaman la atención inmediatamente porque una parte importante de mi carrera se centró en el desarrollo del expresionismo y el arte en general en el período de entreguerras. Los cuadros expuestos parecen tener una clara influencia de esa época.

En el escaparate hay pegado un cartelito blanco, escrito a mano con una letra muy bonita:
Se necesita ayudante de galería con experiencia.

Puesto temporal. Razón en el interior.

Me quedo mirándolo unos segundos y veo mi reflejo impreciso en el cristal. Vine a Londres con idea de buscar algún trabajo para el verano y así estar ocupada y también dar un primer paso en una nueva dirección. Después de todo, no puedo pasarme la vida trabajando en la cafetería del pueblo. Además, tengo tantos amigos que se han venido a vivir a Londres para empezar la siguiente fase de sus vidas ya postuniversitarias que tiene sentido intentar labrarme un futuro aquí. Tenía la sensación de haber perdido el tren por no haber organizado nada antes, pero quizá no sea demasiado tarde. Laura me pidió que me viniese a vivir con ella a Londres para compartir un apartamento o una casa, pero no veía cómo iba a pagar el alquiler sin tener trabajo; además, quería quedarme con Adam.

Veo movimiento dentro de la galería y alcanzo a distinguir a un hombre alto y delgado con los pómulos marcados y la nariz aguileña. Lleva un traje oscuro y se mueve de acá para allá cerca de un escritorio que hay en mitad de la galería. ¿Me habrá visto?

Decido marcharme y olvidarme del tema, pero algo me lo impide. Nunca volveré a estar tan elegante y arreglada como ahora. Si con esta pinta no consigo impresionar a una persona que podría darme trabajo, no lo conseguiré de ninguna manera. Antes de ser consciente de lo que estoy haciendo, ya he abierto la puerta y avanzo hacia el hombre con mucha seguridad en mí misma y los tacones resonando sobre el suelo de madera. Se vuelve para mirarme y veo que tiene el pelo rubio y algo encanecido cortado muy corto por los lados y con una calva en la coronilla. Tiene los párpados caídos y, por debajo de su prominente nariz, los labios finos y una barbilla marcada. Lleva unas gafas con montura dorada tan discretas que resultan casi invisibles. Tiene las manos extremadamente gráciles y, en general, proyecta una imagen de hombre elegante y culto.

No dice nada mientras me acerco a él, pero arquea las cejas inquisitivamente.

—He visto el cartel del escaparate —digo con toda la seguridad en mí misma de la que soy capaz—. ¿Aún está buscando a alguien? Me preguntaba si podría optar al puesto.

Arquea las cejas aún más mientras me mira de arriba abajo fijándose en el vestido, los zapatos y el maquillaje.

—Sí, aún estoy buscando, pero luego tengo algunas entrevistas... —Sonríe con amabilidad, aunque algo distante—. De todas formas, me temo que estoy buscando a alguien con experiencia.

Se nota que no piensa ni por un momento que yo esté a la altura. Quizá mi imagen esté actuando en mi contra. Se piensa que soy un bombón, una chica demasiado interesada en las barras de labios para tener ni idea de arte. Eso me molesta. Cualquier hombre moderno debería saber que no se debe juzgar a una mujer únicamente por su físico. A veces te sorprende quien menos te lo esperas.

Siento que recupero la chispa de mi antigua seguridad en mí misma.

—Si lo que necesita es experiencia en el trato con la gente, he pasado varios años trabajando con clientes en un ambiente comercial. —Esto no es del todo cierto; ¿una cafetería es un ambiente comercial? Sí que vendíamos algunas chucherías, postales y una colección de lo más variopinta de antigüedades de porcelana, así que, bueno, más o menos. Prosigo sin arredrarme—: Y si lo que busca es conocimiento del tema, me licencié en Historia del Arte y estudié a fondo las escuelas de principios del siglo XX, los movimientos fovistas y cubistas anteriores a la Primera Guerra Mundial y su evolución después de la

guerra hasta convertirse en una variedad de movimientos expresionistas y en el modernismo. A juzgar por el artista que tiene en exposición, veo que podría interesarle también ese tema. En este artista resulta evidente la influencia del postexpresionismo y del Grupo de Bloomsbury: me encantan esas formas sencillas, esos tonos apagados y esa ingenuidad. El cuadro de la silla y el jarrón de flores podría ser un original de Duncan Grant.

El dueño de la galería se me queda mirando, esboza una sonrisa con sus labios finos y acto seguido se echa a reír.

—Vaya, no se puede negar que eres entusiasta. Conque licenciada en Historia del Arte, ¿eh? No está mal. Siéntate, vamos a charlar un poco. ¿Te apetece una taza de té o de café?

—Genial.

Le sonrío de oreja a oreja y me siento donde me indica. A partir de entonces congeniamos a la perfección. Resulta fácil hablar con él porque es encantador y tiene unos modales exquisitos, y no siento los típicos nervios de las entrevistas de trabajo. Se parece más bien a una charla agradable con un amable profesor, salvando el hecho de que tiene muchísimo más estilo que cualquiera de mis antiguos profesores. Se le da increíblemente bien sonsacarme información sin que yo me entere, así que le cuento todo lo que hay que contar sobre mi licenciatura, mi vida en la universidad, mis artistas favoritos y por qué siempre me ha atraído el arte a pesar de que se me da fatal dibujar y pintar.

—El mundo no solo necesita personas que hagan cosas, sino también personas que sepan apreciarlas — comenta—. El teatro, por ejemplo, no está compuesto solo de actores y directores. También están los representantes, los productores, los empresarios y los financieros, que son quienes lo mantienen vivo. Los libros no existen solo gracias a los escritores, sino también a las editoriales, los editores y todos los libreros a quienes les apasiona su trabajo. El arte, claro está, no es diferente en ese sentido. No hace falta pintar como Renoir para saber apreciar el arte, ni para trabajar en el delicado pero importante negocio de promocionar artistas y comprar y vender sus obras.

Me entusiasma la posibilidad de forjarme una carrera en el mundo del arte y supongo que él también percibe mi emoción, porque me mira por encima de sus gafas con montura dorada y añade sin mala intención:

—Pero es muy difícil trabajar en todos estos mundillos, porque hay mucha competencia. Lo más importante es lograr meter la cabeza. Ya ha habido una docena de personas que se han interesado por el puesto del cartel del escaparate. La gente sabe que es una excelente oportunidad para obtener experiencia.

Debo de parecer abatida, porque sonrío y me dice:

—Pero me has caído bien, Beth. Y está claro que adoras tu especialidad y que sabes mucho. De hecho conozco a uno de los profesores de tu facultad, es un viejo amigo mío, así que me consta que tienes una sólida base en arte moderno. Te diré lo que vamos a hacer. Hoy tengo que entrevistar a otras personas, pero te aseguro que tendré muy presente esta conversación. —Se pone serio durante un segundo—. Tengo que hacer hincapié en que el puesto es temporal. Mi ayudante habitual ha tenido que ingresar inesperadamente en el hospital y estará indispuesto durante varias semanas, pero volverá a su trabajo cuando se haya recuperado.

Asiento con la cabeza.

—Entiendo.

No le digo que yo también soy una londinense temporal. Eso ya lo solucionaré si consigo el trabajo, algo que no parece muy probable.

Me entrega una tarjeta de visita color marfil con unas palabras grabadas en cursiva y en color azul marino.

James McAndrew

Debajo están sus datos de contacto. Le doy mi número de móvil y mi dirección de correo electrónico, que escribe en un bloc de notas que tiene sobre la mesa. Su letra es como él: comedida, elegante y un poco anticuada.

—Estaremos en contacto —dice James con otra de sus sabias sonrisas, y, unos segundos después, ya estoy de nuevo en la calle, exultante. Sonrío al verme reflejada en los escaparates cuando paso por delante, acostumbándome todavía a mis ondas rubias y a la curvilínea figura que me hace el vestido negro. Aunque no consiga el trabajo, me alegro de haber tenido el valor de entrar sin pensármelo y de intentarlo. Decido que, pase lo que pase, volveré para hablar con James y para que me aconseje sobre lo que debería hacer si quiero trabajar en el mundo del arte.

Me llevo una sorpresa al mirar el reloj y comprobar que se está haciendo tarde. Vuelvo andando a casa. Es increíble la cantidad de tiempo que puedes pasarte comprando y poniéndote guapa si te dejas llevar.

El apartamento de enfrente está a oscuras. Me quedo mirándolo un rato con la esperanza de que se encienda de pronto la luz y aparezca el señor R. Me muero por verlo. No he dejado de pensar en él durante todo el día, casi como si hubiera estado observándome en secreto mientras yo iba de acá para allá. Esta noche estoy lista para encontrarme con él de otro modo. Antes de entrar en el salón para ver qué está sucediendo en el apartamento de enfrente, me he retocado el maquillaje, me he pasado los dedos por el pelo y me he estirado el vestido, alisándolo con las manos por las caderas. Me siento elegante y atractiva, como si hubiese dado un pequeño paso en la dirección correcta para ser tan refinada como su novia.

¡Como si él fuera a darse cuenta!

Cuando veo que su apartamento permanece sumido en la oscuridad, siento una punzada de decepción. La ventana de enfrente permanece opaca durante mi cena en soledad y también después. Hay algo muy solitario en un apartamento vacío, porque parece verse envuelto en un letargo inútil sin un habitante que le haga cobrar vida. Nada tiene sentido sin alguien que lo mire, que lo utilice, que viva en él. De Havilland está enfadado conmigo porque no le dejo sentarse en mi regazo, pero no quiero que el vestido nuevo se me llene de pelos de gato. Se va al sofá, malhumorado, se hace un ovillo dándome la espalda y me ignora deliberadamente.

Entonces cristaliza en mi mente un plan que llevo tramando todo el día sin darme cuenta.

Capítulo 5

Beth Villiers, espía consumada.

No. *¿Qué tal Beth Villiers, la Mata Hari de Mayfair?*

Me río de mí misma. He salido del apartamento y voy caminando de nuevo con mis tacones. Los zapatos deberían estar matándome, pero ni los noto. Voy envuelta en la gabardina de Celia y ensayo frases mentalmente.

¿Qué casualidad encontrarte aquí! Sí, he quedado con un amigo, se llama James. James McAndrew. Es el propietario de una galería de arte que está por aquí cerca y me ha propuesto quedar a tomar algo en este bar. No tengo ni idea de por qué tardará tanto. ¿Que quieres invitarme a tomar algo? Vaya, gracias, me parece estupendo. ¿Este vestido? ¿Me queda bien? Eres muy amable...

Cuando por fin llego a las calles del Soho, muy iluminadas y animadas, el señor R y yo nos llevamos divinamente en mi imaginación. Me he acordado perfectamente del camino. De hecho he seguido exactamente la misma ruta que anoche. Hasta recuerdo los escaparates que miré y las caras de las personas con las que me crucé. Esa debe de ser la razón por la que la policía hace que la gente participe en recreaciones en la escena del crimen tan pronto como sea posible tras el suceso en cuestión, antes de que los recuerdos se vuelvan borrosos y confusos.

Doblo la esquina y entro en la oscura y discreta calle flanqueada de casas estilo Regencia. Curioso lugar para montar un bar. Nadie que no sepa de su existencia se puede tropezar con él por casualidad, y, aun así, no es fácil acceder a él, ahí metido como está en un semisótano.

Me paro junto a la verja de hierro, respiro hondo y recurro a toda la seguridad en mí misma que he ido acumulando a lo largo del día.

Voy a hacerlo. Voy a aprovechar la oportunidad. No tendré miedo.

Bajo la escalera metálica y mis pasos suenan con más seguridad de la que siento en realidad. Al llegar abajo ya puedo ver el interior a través de las ventanas, pero sea lo que sea lo que hay al otro lado, está muy mal iluminado. Distingo gente sentada a unas mesas sobre las que parpadean unas llamas. Hay otras siluetas que se mueven por la sala. Me quedo mirando la puerta de entrada. Es negra como el azabache y en la parte frontal pone EL MANICOMIO pintado con letras blancas.

Demasiado tarde para dar media vuelta. Confiemos en que ahí dentro no haya ningún lunático esperándome.

Estoy nerviosa y me tiemblan un poco los dedos al abrir la puerta. No está cerrada con llave y se mueve lenta y pesadamente al empujarla. Dentro hay un pequeño vestíbulo. De una cadena cuelga un farol con forma de estrella que proyecta una luz tenue. Hay un pequeño letrero enmarcado donde pone *ABANDONAD TODA ESPERANZA QUIENES ENTRÁIS AQUÍ* con letra de imprenta.

¿Qué lugar es este?

Entro y avanzo unos cuantos pasos. No hay nadie que me impida pasar, aunque sí hay una silla y una mesa sobre la que descansa abierto un libro encuadernado en piel, una pluma plateada en un soporte anticuado y un tintero. También hay una caja metálica negra donde aparece escrito EL MANICOMIO en letras doradas.

No hay nadie en la puerta que da al bar, así que avanzo cautelosamente y parpadeo para acostumbrarme a la penumbra del interior del local. Unas cuantas personas sofisticadas que visten con elegancia están sentadas a las mesas, bebiendo, y se oye un débil murmullo de conversación. Las copas de vino y de champán y los vasos de cóctel centellean cuando la luz de las velas se refleja sobre ellas. Pero lo que me llama la atención está más allá, al fondo del bar, donde alcanzo a ver una fila de jaulas que cuelgan del techo por medio de cadenas. Dentro de cada una hay una persona. Las miro detenidamente a través de la

penumbra.

¿De verdad estoy viendo lo que creo que estoy viendo?

Y lo que veo es una mujer, vestida solo con ropa interior negra y con las muñecas inmovilizadas por unas esposas unidas por una larga cadena. Lleva zapatos de tacón de aguja con unas correas de cuero que le suben entrecruzándose por las piernas y tiene la cara medio cubierta por una máscara brillante con incrustaciones metálicas, y el pelo tirante y recogido en una coleta. Está agarrada con fuerza a los barrotes de la jaula y se mueve con sensualidad y sutileza, estirando las extremidades todo lo que puede en ese espacio tan reducido. Los ocupantes de las otras jaulas no se diferencian mucho de ella: son mujeres ligeras de ropa, con las caras cubiertas y todas encadenadas de un modo u otro. Solo hay un hombre, que lleva el torso desnudo y unos diminutos pantalones cortos de cuero. Está encadenado mediante un collar de púas al techo de la jaula y mira constantemente al suelo.

Mientras los observo e intento asimilar lo que estoy viendo, un hombre con un traje elegante se acerca a una de las jaulas. La chica que la ocupa se incorpora y se mantiene erguida para que el hombre pueda examinarla. Él se inclina hacia delante y le murmura algo y ella agacha la cabeza y se deja caer ante él haciendo una especie de reverencia. El hombre sigue hablándole a través de los barrotes y ella asiente levemente con la cabeza. Unos segundos después, él abre la jaula y la saca agarrándola por la cadena que le une las muñecas. La chica lo acompaña sin oponer resistencia mientras él la conduce entre las mesas.

¿Qué está pasando? ¿Esto es una especie de burdel? ¿Al señor R y a su novia les gusta frecuentar este tipo de locales?

—¿Qué haces aquí? ¿Quién eres?

La voz es cortante y agresiva. Doy un respingo y al girarme veo a un hombre. A primera vista, parece normal (es de altura media y viste de negro), pero resulta aterrador. Lleva la cabeza afeitada al cero y tiene la mitad de la cara y la cabeza tatuadas con un diseño lleno de espirales con apariencia de primitivo. El efecto es extraño y espeluznante. Me fulmina con la mirada, furioso y amenazante. Tiene los ojos tan claros que casi parecen blancos.

—¿Cómo has entrado? —pregunta. Unas cuantas personas de las que tengo más cerca se giran para mirar, pero en el fondo no les interesa la escena que se está desarrollando junto a la puerta. Quizá están acostumbradas a estas cosas.

—Pues... eh... la puerta estaba abierta —contesto tartamudeando. Me ruborizo y noto que las manos me tiemblan de nuevo—. Creía que...

—Este es un club privado, solo para miembros —dice entre dientes—. No puedes entrar. Lárgate y deja de fisgonear. No deberías estar aquí.

Me dirige una mirada pálida llena de rencor. Me siento como una niña traviesa, humillada delante de todo el mundo. Estúpida e indefensa, me encojo de miedo ante su actitud amenazante.

—Ya me has oído —añade en un susurro desagradable—. O te largas ya, o te saco yo.

Encuentro las fuerzas para moverme, paso tambaleándome junto a él, llego al pequeño vestíbulo y salgo por la puerta. Me agarro a la barandilla de la escalera que sube a la calle con lágrimas en los ojos, temblando y horrorizada por lo que acaba de suceder.

¿Qué sentido tiene? ¿Por qué me he molestado en pensar que podría encontrar mi sitio en esta horrible ciudad? ¿Por qué me habré gastado tanto dinero para hacerme pasar por una mujer de verdad cuando en el fondo no soy más que una estúpida?

Me siento un caso perdido. Adam hizo bien en dejarme. Nunca llegaré a ser aquello en lo que anhelo convertirme. De pie debajo de una farola, ya en la calle, rompo a llorar y doy gracias porque haya tan poca gente a mi alrededor. Rebusco en el bolsillo de la gabardina con la esperanza de encontrar un paquete de pañuelos de papel mientras los lagrimones me resbalan por la cara. Me sorbo la nariz sonoramente y me seco las lágrimas con el dorso de la mano. Solo han hecho falta unas cuantas palabras desagradables para hacerme sentir fatal y más sola que nunca.

—¿Te encuentras bien?

Levanto la vista para ver de dónde proviene la voz, pero las lágrimas no me dejan ver. Aun así, me resulta familiar. Estoy segura de que ya la he oído antes...

—Estás llorando. ¿Puedo ayudarte? ¿Te has perdido?

Ahora veo su cara iluminada por la luz de la farola. Me mira con preocupación. Justo cuando me doy cuenta de a quién tengo delante y me da un vuelco el estómago, el señor R cambia de expresión. Frunce el ceño y sonríe al mismo tiempo, desconcertado.

—Pero si tú eres la chica que está en el apartamento de Celia. ¿Se puede saber qué estás haciendo aquí?

—Pues... eh... —Parpadeo. Está muy cerca, y su cercanía me impide pensar racionalmente. Solo puedo pensar en lo bonitos que tiene los ojos, tan intensos y vivos bajo sus marcadas cejas negras, y lo perfecta que es su boca. ¿Qué se debe sentir al besar esos labios, al acariciar esa hermosa cara? Me dan ganas de alargar la mano y acariciarle la mandíbula con un dedo para sentir la aspereza de la sombra de barba que se le dibuja en la cara.

—¿Te has perdido? —pregunta preocupado.

Asiento con la cabeza e intento no volver a sorber por la nariz.

—He salido a dar un paseo —alcanzo a decir. *Ay, Dios. Que no me dé hipo, por favor...*—. Debo de haberme alejado más de lo que pensaba.

—No pasa nada. —Sus ojos oscuros parecen resplandecer a la luz de la farola—. No llores, por favor. Voy a acompañarte a casa.

—Pero... —Estoy a punto de preguntarle si tenía intención de entrar en el club cuando caigo en la cuenta de que así me delataría—. ¿No estás ocupado? No quiero interrumpir tus planes.

—No seas tonta —contesta casi con brusquedad—. No pienso dejarte aquí sola. Ya te he dicho que voy a acompañarte a casa.

Me preocupa haberlo molestado. Se saca un móvil del bolsillo, escribe un mensaje, lo envía y vuelve a mirarme. Tiene una expresión extrañamente seria.

—Ya está. Hecho. Y ahora, te acompaño adonde deberías estar.

Mis lágrimas dejan de caer cuando comprendo, para mi asombro, que voy de camino a casa por las calles del Soho con el señor R. Lleva uno de sus impecables trajes y, como va caminando a mi lado, puedo calcular que mide más de 1,80, lo bastante alto como para llamar la atención al lado de mi 1,67. Camina tranquilamente junto a mí sin dar zancadas demasiado grandes para que yo no tenga que acelerar el paso y no me quede rezagada. Me invade una sensación de calidez y ligereza que me recuerda a un globo relleno de helio. Si no me ando con ojo, en cualquier momento voy a empezar a flotar.

Cuando atravesamos un grupo de turistas adolescentes que ocupan toda la acera arremolinándose ante un local de comida rápida, me apoya una mano en la parte baja de la espalda para guiarme. Tras cruzar el grupo, estoy sin palabras por la emoción que me embarga por el hecho de que me esté tocando. Cuando aparta la mano, me siento como si hubiese perdido a un ser querido.

—Te has alejado mucho de casa —dice frunciendo el ceño—. ¿No llevas un mapa? ¿No tienes uno en el móvil?

Niego con la cabeza y me siento idiota.

—Ha sido una estupidez.

Durante un segundo, parece fulminarme con la mirada.

—Pues sí, una estupidez. Este barrio puede llegar a ser peligroso —murmura, pero enseguida parece calmarse—. Algo me dice que no estás acostumbrada a moverte por Londres.

—No, es mi primera visita.

—¿En serio? Entonces, ¿de qué conoces a Celia?

Si se ha enfadado conmigo, parece que ya se le ha pasado. Ahora su mirada parece más cálida.

—Es la madrina de mi padre. Ha formado parte de mi vida desde que tengo uso de razón, pero no la conozco demasiado. Bueno, solo la he visto unas cuantas veces, y nunca había venido a visitarla. Aluciné cuando me pidió que le cuidase el apartamento.

—No me extraña que aproveches la oportunidad.

¿Pensará la gente que somos pareja? A lo mejor piensan que es mi novio, ¿no? Pero es tan guapo que...

Mientras seguimos caminando hacia el oeste, en dirección a Mayfair, no puedo evitar fijarme en él. Tiene las manos preciosas: fuertes, anchas y con largos dedos muy cuadrados. Me pregunto qué sentiría al notarlos sobre la piel de mi espalda desnuda. Me estremezco ligeramente solo de pensarlo. Su ropa parece muy cara y se mueve con soltura, sin rastro de la arrogancia que se podría esperar de un hombre como él.

Se pone a hablar de Celia y de cómo llegó a conocerla, por casualidad, porque sus apartamentos están el uno frente al otro.

¿En serio? ¡No me digas...!

Intento aparentar inocencia y él no parece sospechar que he estado espíándolo.

—¿A que su apartamento es increíble? —dice—. Me ha invitado a tomar café un par de veces. Es una mujer asombrosa. ¡Tiene un montón de historias que contar sobre su carrera! —Se ríe negando con la cabeza y yo también me echo a reír. Cualquiera diría que conoce a Celia mucho mejor que mi padre. Por cómo habla de ella, me dan ganas de conocerla mejor.

—Es la clase de persona que me gustaría ser cuando tenga su edad —prosigue—. De las que envejecen con dignidad y no pierden las ganas de vivir. Pero a veces me preocupa. Por activa que parezca, ya no es ninguna chiquilla. Ella no permitiría que nadie la viese como una persona vulnerable, pero yo estoy pendiente de ella desde la distancia, por si acaso.

¡Y encima es un encanto! ¡Dios mío, es para morirse!

—Pero ya conoces a Celia —dice en tono de broma—. Es una muchacha de setenta y dos años. Algo me dice que no le va a pasar nada. Seguramente nos sobrevivirá a todos y aún será capaz de escalar el Everest cuando los demás ya estemos demasiado cansados para subir las escaleras.

Ahora que he dejado de llorar y que el enfado que él parecía sentir ante mi estado de desamparo ha desaparecido, el ambiente entre nosotros se ha relajado un poco. Nos estamos acercando a Randolph Gardens. Reduzco el paso un poco con la esperanza de alargar el tiempo que estamos pasando juntos. En cualquier momento llegaremos al bloque de apartamentos y tendremos que separarnos. No quiero que eso suceda. Estoy disfrutando de las chispas que siento con total seguridad que saltan entre nosotros.

Entonces se detiene y se vuelve para mirarme.

—Estás sola, ¿no?

Asiento con la cabeza. Se queda mirándome durante unos segundos con una expresión pensativa.

—¿Te apetece subir a mi apartamento? —pregunta con voz suave—. Creo que te vendría bien un café y no quiero que vuelvas a casa de Celia así de disgustada. Además, como no he parado de hablar, no has podido contarme nada sobre ti.

Me encanta oír su voz. Es cálida, agradable, grave y envolvente. *¿Que si me apetece subir a tomar un café?* El corazón se me acelera y empiezo a temblar.

—Es muy amable por tu parte —digo en un tono de voz algo más agudo de lo que pretendía—. Sí, gracias.

—Bien. ¡Decidido! Vamos. —Se da media vuelta para subir los escalones de la entrada, pero entonces se para en seco y se gira para mirarme. Me quedo helada por si eso significa que ha cambiado de idea, pero añade—: Ni siquiera sé cómo te llamas.

—Beth. Me llamo Beth.

—Beth. Qué bonito. —Me dedica una de esas sonrisas que pueden hacer que te derritas—. Yo soy

Dominic.

Se da media vuelta y entra en el bloque de apartamentos y yo le sigo.

En el ascensor, la cercanía de nuestros cuerpos me resulta tan electrizante que me cuesta respirar. No puedo levantar la vista para mirarlo, pero soy muy consciente de cómo su brazo roza el mío y de que, con un leve movimiento, estaríamos apretados el uno contra el otro.

¿Y si se parase el ascensor? ¿Y si nos quedásemos atrapados aquí? De repente me lo imagino con su boca contra la mía y abrazándome con fuerza. *¡Oh, Dios mío!* Hace que en mi vientre exploten toda clase de extraños fuegos artificiales. Lo miro furtivamente a través de las pestañas. Estoy casi segura de que él también está notando esta curiosa electricidad.

Casi me alegro cuando el ascensor se detiene con una sacudida y puedo volver a respirar con normalidad. Salgo al pasillo detrás de él. Me resulta muy curioso estar justo en el lado contrario del edificio. Ahora que ya no estamos en la calle, me noto cada vez más tímida. A eso hay que añadirle el hecho de que aquí todo es igual que en el otro extremo del edificio, solo que está justo al otro lado. Mientras lo sigo a su apartamento, me siento como en *Alicia a través del espejo*.

Dominic abre la puerta y sonrío.

—Pasa. Y no te preocupes, antes se me ha olvidado decirte que no me dedico a matar gente con un hacha. Al menos los jueves.

Me echo a reír. Ni por un segundo se me había ocurrido pensar que podría no estar a salvo con él. Es amigo de Celia, ¿no? Sé dónde vive. No pasa nada.

Dentro del apartamento, lo primero que veo es mi reflejo en el espejo del recibidor; una expresión de horror aparece cuando compruebo lo que le ha pasado a mi elegante aspecto. El pelo, que tenía esas ondas maravillosas antes, ahora me cae lacio a ambos lados de la cara. El maquillaje se ha ido desvaneciendo y ahora tengo las mejillas pálidas, los ojos rojos e hinchados y, por debajo, el rímel corrido. Genial. Adiós a Doña Elegancia.

—Oh —digo en voz alta.

—¿Pasa algo? —pregunta mientras se quita la chaqueta. Alcanzo a ver el seductor contorno de sus brazos musculosos por debajo de la camisa.

—Se me ha corrido el rímel, estoy desastrosa.

—Espera. —Se me acerca y, para mi asombro, me pasa la base del pulgar por debajo del ojo y frota suavemente.

Me contengo para no gritar. Su contacto es suave y cálido. Me doy cuenta de que me está mirando a los ojos con una expresión intensa. Deja de mover el pulgar, pero no aparta los dedos de mi mejilla. Pienso que va a acariciarme la cara y no se me ocurre nada que me apetezca más. Parpadeo y tomo aire poco a poco; inmediatamente él parece volver en sí, aparta la mano y desvía la mirada.

—Voy a preparar café —dice. Y se va hacia la cocina dejándome a solas para recuperarme.

¿Ha sido solo cosa mía o acabamos de tener uno de esos momentos mágicos?

—¿Cómo tomas el café? —grita mientras se calienta el agua.

—Eh... con leche nada más, gracias —contesto. Me vuelvo hacia el espejo e intento arreglarme el pelo como loca, pero él ya vuelve y tengo que dejarlo como está.

—Dame la gabardina. Hace demasiado calor para llevarla, ¿no? —Me la quita por los hombros. Me siento como si estuviese siendo especialmente formal a propósito, para que no se repita otro momento extraño como el que hemos tenido antes.

—Yo... eh... soy friolera —contesto torpemente—. Y muy sensible a los cambios de temperatura.

Me lleva hasta el salón y me señala un sofá moderno, largo y cuadrado.

—Siéntate. Voy a acabar de preparar el café.

Me acerco lentamente al sofá mirando todo lo que me rodea. El salón ya me resulta familiar gracias a la vista que tengo de él desde el apartamento de enfrente, pero estar ahí ya es otra cosa. Para empezar, es

mucho más lujoso y elegante de lo que parece desde lejos. No me sorprende que un hombre con un apartamento en esta zona de la ciudad pueda permitirse decorarlo con lo mejor. Todo es muy moderno y de colores marrón topo y gris con toques de negro. El sofá es de color hueso con unos cojines mullidos grises y blancos, tiene forma de L y rodea una gran mesa baja de cristal que parece sostenerse en equilibrio sobre unos pedruscos de granito. Dos elegantes sillones negros quedan frente al sofá, al otro lado de la mesa. Sobre unas lustrosas mesitas auxiliares de madera en tonos claros hay unas enormes lámparas de cristal con pantallas negras. Por todo el perímetro del salón hay elegantes piezas de cerámica (tríos de jarrones blancos de varios tamaños, un adorno enorme con forma de bóveda con espirales negras por todas partes) y arte indígena. Una máscara de madera negra tallada ocupa buena parte de la pared principal junto a una imagen muy grande en blanco y negro que primero me parece un cuadro abstracto hasta que me doy cuenta de que se trata de una fotografía enorme de una bandada de pájaros volando, con las alas y los cuerpos emborronados por la velocidad del movimiento. Las paredes están forradas de algo que no es papel, sino un material basto, similar al cáñamo. El suelo tiene una moqueta de lana gruesa de color claro que solo te puedes plantear si no tienes niños pequeños ni animales de compañía. Un enorme televisor de pantalla plana cuelga sobre la chimenea, que está llena de gruesas velas de iglesia sin encender. Junto a la ventana hay un mueble-bar bien surtido de bebidas.

Me siento, observando el conjunto.

¡Vaya! Es un piso de soltero, no cabe duda.

Resulta masculino, pero no agobiante. Todo es de un gusto exquisito. En realidad, no esperaba menos.

Me llama la atención un mueble curioso. Parece un taburete o un asiento bajo, pero no es nada de eso. En lugar de tener un reposabrazos a cada lado, parece tener dos en un extremo, situados bastante lejos entre sí, y en el otro lado una especie de asiento ancho con un respaldo ligeramente echado hacia atrás.

¿Qué objeto tan raro. ¿Para qué será?

Sin pretenderlo, me viene una imagen a la cabeza. Es un recuerdo de esta misma noche, de la escena del club. Veo a la chica en la jaula, contorsionándose contra los barrotes y con los ojos brillándole desde detrás de la máscara con tachuelas y después siguiendo al hombre, dócil como un poni domesticado. Ese es el local al que fue Dominic con su novia. Siento los primeros indicios de algo parecido a la duda. He estado embelesada con su físico, con su aura y con la amabilidad de la que ha hecho gala, pero a lo mejor tiene más caras que no se ven a primera vista.

En ese momento Dominic entra sosteniendo una bandeja con una cafetera, una jarrita y dos tazas. La deja sobre la mesa de cristal y se sienta en el sofá adyacente al mío, de modo que estamos cerca, pero no demasiado.

—Bueno... —dice mientras sirve el café. Le añade leche y me pasa la taza—. Háblame de ti, Beth. ¿Qué te trae por Londres?

Estoy a punto de decir: «Me han roto el corazón y he venido a ver si consigo pegar los pedazos», pero me parece algo demasiado personal.

—He venido a vivir aventuras. Soy de un pueblo pequeño y necesitaba levantar el vuelo.

El café está caliente y es muy aromático. Es justo lo que necesito. Le doy un sorbo; está delicioso.

—Pues has venido al lugar adecuado. —Asiente sabiamente con la cabeza—. Esta es la mejor ciudad del mundo. Bueno, a mí me gustan Nueva York y París, y me entusiasma Los Ángeles, diga lo que diga la gente, pero Londres... no tiene rival. ¡Y estás justo en el centro! —exclama señalando la ventana. Cientos de ventanas de los edificios circundantes brillan con su luz amarilla en la oscuridad de la noche de verano.

—Tengo mucha suerte —digo sinceramente—. Si no fuera por Celia, no estaría aquí.

—Seguro que tú también le estás haciendo un favor. —Me sonrío de nuevo y siento esa extraña tensión. ¿Está coqueteando conmigo?

Disfruto de la sensación de estar cerca de él. La proximidad de sus anchos hombros por debajo de la

camisa blanca me resulta desconcertante. Puedo intuir su piel morena irradiando calor. La forma de su boca me incita a respirar con dificultad y algo que parece excitación hace que sienta mariposas en el estómago y produce una respuesta en mi entrepierna. Dios, espero que no se dé cuenta del efecto que tiene en mí. Le doy otro sorbo al café caliente con la esperanza de que me haga volver a poner los pies en la tierra. Cuando levanto la vista, esos ojos negros me están mirando y apenas logro contener una exclamación.

—Cuéntame qué te parece Londres hasta el momento.

No debería mostrarme tan tímida, pero su magnetismo me está convirtiendo en la Beth de antes, la Beth torpe que he estado intentando dejar atrás. Empiezo a contarle lo que he visto en la ciudad, pero me cuesta encontrar las palabras para describir bien las cosas. Quiero impresionarlo hablando de obras de arte y de los lugares que he visitado, pero parezco una turista cualquiera recitando de un tirón una lista de lugares emblemáticos. Aun así, él se muestra increíblemente encantador, se interesa, me hace preguntas y parece fascinado por lo que le estoy contando. No se da cuenta de que así no hace más que empeorar mi torpeza.

—Y me encantó la colección de miniaturas de la Colección Wallace, y el retrato de Madame de Pamplémousse —digo, intentando parecer una entendida.

Él me mira perplejo.

—¿Madame de Pamplémousse?

—Sí... —Me alegro de poder demostrar mis conocimientos—. La amante de Luis XV.

—¡Ah! —Ahora parece comprender—. Querrás decir Madame de Pompadour.

—Sí. Claro. Madame de Pompadour. A esa me refería. —Me siento incómoda—. ¿Qué he dicho?

—Madame de Pamplémousse —contesta, y suelta una carcajada—. ¡La señora Pomelo! Qué gracioso —Se ríe con la cabeza echada hacia atrás, mostrando sus perfectos dientes blancos, y el grave sonido de su risa retumba en el salón.

Yo también me echo a reír, pero me muero de vergüenza por haber dicho algo tan tonto. Me pongo roja de bochorno y, aunque intento alejar esa sensación con la risa, me doy cuenta de que me pican los ojos de nuevo. *¡Ay, no, por favor! ¡Ni se te ocurra! ¡No te pongas a lloriquear, esto es ridículo!* Pero cuanto más me regaño, más empeora la situación. Me he puesto en ridículo y ahora voy a echarme a llorar como una niña. Intento evitarlo con todas mis fuerzas y me muerdo el interior de la mejilla para sofocar el llanto.

Al ver mi expresión, deja de reírse instantáneamente y su sonrisa desaparece.

—No te enfades. No pasa nada, sé lo que querías decir. Lo que pasa es que tiene gracia, nada más. No me estoy riendo de ti —dice, y estira la mano para ponerla sobre la mía.

En cuanto se tocan nuestras manos, sucede algo curioso. La sensación de su piel sobre la mía es electrizante y casi me quema. Fluye entre nosotros una especie de corriente que casi me hace estremecer y levanto la vista, asombrada, para mirarlo a los ojos. Por primera vez lo veo de verdad y él se queda mirándome fijamente, sorprendido, casi desconcertado, como si también estuviese sintiendo cosas que no esperaba sentir. Es como si pudiese ver cómo es de verdad, despojado de la máscara de la amabilidad y los convencionalismos, y a la vez como si él también pudiese verme a mí del mismo modo.

A diario, mientras nos ocupamos de nuestras cosas, cientos de caras pasan por nuestro lado y no son más que un parpadeo en nuestra conciencia. Cruzamos nuestras miradas con la de otras personas en el tren, en el autobús, en el ascensor, en la escalera mecánica, en tiendas, ante mostradores, de camino al trabajo y de vuelta a casa, y establecemos una precaria conexión que se rompe y se pierde casi al instante. Durante un segundo reconocemos la existencia de otras personas, comprendemos que tienen vida propia, una historia y un pasado que las han llevado inexorablemente hasta ese momento en que establecemos contacto con ellas; acto seguido, igual de rápido, desconectamos, miramos hacia otro lado y cada uno sigue su camino, siempre hacia delante, hacia futuros diferentes.

Pero en estos momentos, mientras miro a Dominic a los ojos, es como si ya lo conociese, por más que sea un desconocido. Es como si nuestra diferencia de edad y distintas experiencias vitales no importasen lo más mínimo. En cierto modo, me siento como si ya nos conociésemos el uno al otro.

El mundo que hay más allá de nosotros dos se derrumba y desaparece. Únicamente soy consciente de su mano sobre la mía, del torrente de emoción que me recorre por dentro, de la profunda sensación de conexión. Lo miro fijamente a los ojos, unos ojos que parecen penetrar hasta lo más profundo de mi ser, que parecen conocerme íntimamente. Estoy convencida de que me entiende. Estoy segura de que él también lo siente.

Me parece que pasamos una eternidad así, inmóviles, pero solo deben de haber transcurrido unos segundos. Comienzo a darme cuenta de la situación, a volver a la realidad como una nadadora que emerge del agua después de una larga zambullida, y me pregunto, nerviosa y temblorosa, qué pasará a continuación.

Dominic parece incómodo y sorprendido, como si le estuviese pasando algo que jamás habría imaginado. Abre la boca y está a punto de decir algo cuando oímos un ruido en la entrada. Dominic mira inmediatamente hacia la puerta y yo también me vuelvo a tiempo de ver entrar a una mujer. Lleva un largo abrigo de pieles oscuro a pesar del calor que hace esta noche y tiene cara de enfadada.

—¿Dónde coño te has metido? —pregunta al entrar, y se queda parada en seco cuando me ve. Me examina de arriba abajo, fulminándome con la mirada—. Ah —exclama, y se gira hacia Dominic—. ¿Y esta quién es?

El hechizo y nuestra conexión se rompen. Dominic se apresura a retirar la mano que tenía puesta sobre la mía.

—Vanessa, te presento a Beth. Beth, mi amiga Vanessa.

Murmuro un saludo en voz baja. Es la mujer que había visto antes con él. Así que se llama Vanessa. Le pega.

—Beth está pasando una temporada en el apartamento de ahí enfrente —prosigue Dominic. Está muy sereno, pero detecto un ligero rastro de nerviosismo bajo esa superficie tranquila—. Me he portado como un buen vecino y la he invitado a tomar café.

Vanessa me saluda con un movimiento de cabeza.

—Qué cortés —dice fríamente—. Pero tú y yo habíamos quedado hace dos horas.

—Sí, perdona. ¿No has recibido el mensaje?

Me doy cuenta de que no hace mención del hecho de haberme rescatado en medio de las oscuras calles del Soho.

Ella se queda mirándolo fijamente para indicarle claramente que no quiere hablar del tema delante de mí. Me levanto de inmediato.

—Muchas gracias por el café, Dominic. Has sido muy amable, pero tengo que volver. No puedo dejar a De Havilland solo durante mucho tiempo.

—¿De Havilland?

—El gato de Celia —explico.

A Vanessa parece que le hace gracia la respuesta.

—Ah, conque tienes que cuidar del gato, ¿eh? Qué amable. Bueno, no queremos entretenerte.

Dominic también se levanta.

—¿Estás segura, Beth? ¿No quieres acabarte el café?

Niego con la cabeza.

—No, creo que no. Gracias de todos modos.

Me acompaña hasta el pasillo y, cuando me da la gabardina, vuelvo a mirarlo a los ojos. ¿De verdad ha tenido lugar ese momento entre los dos? Ahora parece el mismo de antes: un desconocido amable y educado, pero... todavía intuyo algo de lo que he visto en esos dos pozos negros.

—Cuídate, Beth —dice en voz baja mientras me despide desde el umbral—. Seguro que volvemos a vernos pronto.

Entonces se inclina hacia mí y me roza levemente la mejilla con los labios. Al tocarse nuestras caras, tengo que hacer un esfuerzo enorme para no girarme hacia él y que me bese en los labios, que es lo que más deseo. Aun así, la piel me arde donde me ha tocado.

—Me gustaría —contesto casi con un suspiro. Luego, mientras se cierra la puerta, regreso hacia el ascensor preguntándome si mis rodillas temblorosas lograrán sostenerme hasta llegar al apartamento de Celia.

Capítulo 6

Tengo la bandeja de entrada llena de mensajes, pero casi todos son basura. Examino la pantalla y voy borrando sobre la marcha mientras me pregunto por qué me suscribí a tantas páginas de compras y de cotilleos. Un enorme café se está enfriando delante de mí y el chocolate en polvo de la parte de arriba se funde con la espuma de la leche. He encontrado una de esas cafeterías de una cadena donde todo el mundo está sentado con un café a medio beber y un portátil, aprovechando la red wifi gratis. Veo que tengo un mensaje de Laura, y ese sí lo abro. Está viajando por Panamá y me ha enviado un email con varios adjuntos donde se la ve doblada bajo el peso de una mochila enorme, sonriendo a la cámara, con una vegetación selvática de fondo y unas vistas increíbles.

El email dice:

Te echo mucho de menos. Estoy deseando verte cuando vuelva. Espero que estés disfrutando del verano y que sigas muy enamorada de Adam. Abrazos y besos, Laura. Me quedo mirándolo mientras pienso qué contestarle. Ella piensa que sigo en el pueblo, trabajando de camarera durante el día y quedando con Adam por la noche. Ya me siento muy alejada de todo eso y algo me dice que mi propia aventura no ha hecho más que empezar. Por un momento pienso en escribir eso y contárselo todo, pero aún no estoy preparada para compartirlo. Mi secreto es demasiado delicado y extraño, y ni siquiera existe en el mundo real. Si hablo de ello, podría estropearlo sin querer.

Me estremezco por un placer dulce al recordar el momento que compartí con Dominic anoche. Es increíble lo rápido que se ha convertido en «Dominic»; lo de «señor R» ahora me parece ridículo e infantil. Con solo recordar esa mirada, la extraña e inmediata sensación de intimidad hace que todo me dé vueltas, como si mis entrañas se hubiesen subido a una montaña rusa y estuviesen dando vueltas por todo mi cuerpo. Resulta agradable e insoportable a partes iguales.

Claro que luego está... Vanessa. Su novia. La mujer con quien lo había visto antes y que anoche había quedado con él.

Pero él no le dijo que nos habíamos encontrado en el Soho, ni que le había dado plantón para estar conmigo.

Eso no significa nada, idiota.

Bueno... pero soñar es gratis, ¿no?

Le escribo un mensaje rápido a Laura diciéndole que parece que se lo está pasando en grande y que estoy deseando verla para contarle todas las noticias que hay por aquí. Mientras escribo, veo que me entra otro mensaje en la bandeja de entrada y, cuando envío el de Laura, hago clic para ver qué es. Es de james@ridinghousegallery.com. ¿Quién? Por un momento no caigo en quién es, hasta que por fin me acuerdo. *Ay, madre. Mi entrevista en la galería.*

Abro el email.

Estimada Beth: Fue un placer conocerte ayer. Entrevisté a los demás candidatos después de nuestra conversación, y tengo que reconocer que ninguno tenía tu entusiasmo ni ese algo que me hace pensar que trabajaríamos bien juntos. Si sigues interesada, me encantaría que ocupases el puesto de ayudante de galería durante el verano. Dime cuándo tienes tiempo para hablar de los detalles y te llamaré. Espero tener noticias tuyas pronto. Saludos, James McAndrew. Me quedo mirando el mensaje y lo leo tres veces antes de asimilar lo que pone. James me está ofreciendo el trabajo. *¡Vaya! Es increíble.* Estoy encantada, triunfante. Después de todo, el día de ayer no fue un desastre absoluto, y mi cambio de imagen al menos sirvió para algo. Sé que he tenido un golpe de suerte al encontrar ese trabajo en una galería de verdad.

Quién sabe adónde me puede llevar algo así.

Contesto rápidamente diciendo que por supuesto que sigue interesándome, que me hace mucha ilusión

trabajar para él y que puede llamarme al móvil cuando quiera. En cuanto envió el email, suena el móvil que está sobre la mesa a mi lado.

—¿Sí? —digo al descolgar.

—Beth, soy James.

—¡Hola!

—Entonces, ¿vas a ser mi nueva ayudante? —pregunta, e intuyo que está sonriendo.

—¡Sí, por favor! —exclamo también con una sonrisa.

—¿Cuándo puedes empezar?

—¿Qué te parece el lunes?

Se echa a reír.

—Desde luego muestras mucho entusiasmo. El lunes me parece estupendo.

Me habla un poco sobre el trabajo y el sueldo (que apenas supera lo que gano como camarera, pero supongo que esa es la triste realidad de los trabajos precarios) y dice alegremente que me verá el lunes. Después de darle mil gracias por haberme brindado esta oportunidad, cuelgo sintiéndome animada y positiva. ¿Estará Londres empezando a abrirme sus puertas? Les envío un email rápido a mis padres para contarles las buenas noticias, tranquilizarles y asegurarles que todo va a salir bien. Al otro lado de la ventana de la cafetería la luz dorada del sol resplandece sobre la ciudad.

Estos son mis últimos días de libertad antes de empezar a trabajar. Más me vale salir ahí fuera y aprovecharlos.

Me acabo el café, guardo el portátil y echo a andar hacia el apartamento. Después de dejar mis cosas, salgo para visitar la National Gallery y algún otro de los museos que tengo pendientes. Todo me parece luminoso y emocionante. «Es increíble cómo un cambio de humor puede tener un efecto global.» La National Gallery es demasiado grande para verla en una visita, así que me centro en las salas de arte europeo del siglo XX para prepararme para mi nuevo trabajo y luego voy a ver algunas magníficas obras maestras del Renacimiento para acabar con una buena dosis de dramatismo y de colorida suntuosidad.

Vuelvo a Trafalgar Square, con sus leones negros montando guardia junto a las fuentes, y pienso que sería una lástima pasar el resto del día en interiores. Me abro paso a través de los grupos de turistas y visitantes y vuelvo al apartamento, donde cojo la manta, las gafas de sol, un libro, una botella de agua y algo de fruta. Luego salgo al jardín del edificio y me sitúo en el mismo sitio del otro día, cerca de las pistas de tenis. Dominic no está, las pistas están vacías y me siento vagamente decepcionada, aunque ya me había dicho para mis adentros que él estaría trabajando. Me pregunto a qué se dedicará. El otro día estaba jugando al tenis por la mañana, así que quizá tenga un horario flexible. Quién sabe.

Me tumbo con el libro y me pongo a leer mientras disfruto del calor del sol en los brazos y las piernas. Por más que intento concentrarme en la lectura, no puedo dejar de pensar en Dominic y en el momento que compartimos anoche. Él también tuvo que sentirlo, estoy segura. Recuerdo que parecía confundido, perplejo por la fuerza de la conexión que habíamos establecido, como si estuviese pensando: *¿Con esta chica? Pero... estas cosas no pasan...*

Dejo escapar un largo suspiro. Suelto el libro y, con los ojos cerrados, me entrego al recuerdo de su cara, sus ojos, el tacto de su piel sobre la mía y la descarga eléctrica que me recorrió el cuerpo.

Beth.

Oigo su voz con tanta claridad como si lo tuviese delante. Es difícil no estremecerme ante su sonido grave y musical. Suspiro de nuevo y bajo la mano por mi pecho, deseando que estuviese de verdad a mi lado.

—¿Beth?

Ahora la voz suena más alta y encierra una pregunta. Abro los ojos y doy un respingo. Dominic está justo delante de mí, mirando hacia abajo y sonriendo.

—Siento haberte asustado —dice.

Me incorporo, pestañeando.

—No esperaba verte aquí.

Lleva unos vaqueros holgados y una camiseta blanca. Está increíble; le sienta igual de bien ir de sport que llevar traje. En sus ojos veo una expresión de curiosidad indescifrable.

—No sé qué hago aquí, la verdad —contesta—. Estaba trabajando arriba cuando he tenido la intuición de que debía bajar al jardín y que te encontraría aquí —explica extendiendo ambas manos para señalarme—. Y aquí estás.

Nos miramos sonriendo, algo incómodos, pero solo en apariencia. El momento de conexión que tuvimos anoche aún burbujea entre nosotros.

—¿Qué haces?

—Tomar el sol. Disfrutar del buen tiempo. Holgazanear descaradamente, la verdad.

Se queda allí sin moverse, mirándome.

—Hoy ya he trabajado bastante. ¿Te apetece ir a tomar algo? Conozco un pub estupendo cerca de aquí, tiene jardín y sirven un licor Pimms fantástico. No se me ocurre un sitio mejor para holgazanear descaradamente en buena compañía.

—Me encantaría.

—Bien. Puedo enseñarte algunas cosas de Londres que no son fáciles de descubrir por tu cuenta. Voy a subir a casa para coger unas cosas. ¿Nos vemos en la puerta dentro de veinte minutos?

—Estupendo —contesto sonriendo de oreja a oreja. Me siento ligera y feliz.

En esos veinte minutos tengo el tiempo justo de cambiarme: me quito los pantalones cortos y la camiseta y me pongo un vestido veraniego de flores y sustituyo las zapatillas de lona por unas chanclas con brillo. Tras unos segundos de duda, cojo un chal de encaje de una percha del armario de Celia y me lo echo por encima de los hombros. Con el pelo, ahora rubio, recogido en una coleta y las gafas de sol estoy muy sesentera. Tengo la corazonada de que el chal de Celia me va a dar buena suerte, aunque no sé por qué. ¿Le importará a ella que establezca una amistad con su vecino? Algo me dice que no, que le encantaría la idea. Casi la oigo susurrándome: «¡Adelante, Beth! ¡Pásatelo bien! ¿Por qué no?».

Dominic está esperándome al otro lado de la puerta de entrada al edificio. También lleva gafas de sol, unas Ray-Ban negras y cuadradas, y está leyendo un mensaje en el móvil cuando levanta la vista y me ve. Instantáneamente se le ilumina la cara con una enorme sonrisa y se guarda el móvil en el bolsillo de los vaqueros.

—Por fin. Fantástico. En marcha.

Conversamos tranquilamente mientras paseamos por las calurosas calles de Mayfair. Como Dominic sabe adónde vamos, le sigo sin preocuparme por nada mientras recorremos calles tranquilas, callejones frescos y pequeñas plazas escondidas. Hay gente sentada en la acera frente a bares y cafeterías, que tienen las puertas y las ventanas abiertas para aprovechar hasta el menor soplo de brisa. De unos soportes cuelgan cestas con flores de intensos colores, unas pinceladas de escarlata y magenta en las fachadas. Me encanta la sensación de caminar a su lado, como si fuésemos novios y así pudiera pegármeme algo de su glamour... o al menos eso me gustaría a mí.

—Es aquí —dice Dominic mientras nos acercamos a un pub. Es un edificio tradicional cuya fachada exterior ha sido invadida por plantas trepadoras y coloridas flores. Entra él primero en el local en penumbra, un sitio limpio, moderno y algo minimalista, y salimos a un patio convertido en un precioso jardín con árboles plantados en macetas, barreños llenos de flores y mesas de madera a la sombra de unas sombrillas verdes. Sale una camarera y Dominic pide una jarra de Pimms, que nos sirven casi al instante. Tiene el color del té frío y va acompañado de hielo y fruta. Trocitos de fresa, manzana y pepino y unas ramitas de menta que flotan en la superficie espumosa.

—Un verano sin Pimms no es verano —comenta Dominic sirviéndomelo en un vaso alto. El hielo y la fruta caen con un ruido agradable—. Es una de las cosas que mejor saben hacer los ingleses.

—Por cómo hablas, se diría que no eres inglés —digo tímidamente—. Tienes acento inglés, pero a veces me parece oír un eco de algún otro idioma.

Me muero por saber más de él. Le doy un sorbo al Pimms. Está delicioso: dulce y aromático, fresco y con un penetrante sabor a menta. Ya lo había probado antes, pero no estaba tan rico como este. Se nota que es material peligroso: apenas se intuye la cantidad de alcohol que sé que tiene.

—Eres muy perspicaz —contesta Dominic, mirándome pensativo—. En realidad soy inglés y nací aquí en Londres, pero mi padre pertenecía al cuerpo diplomático y lo destinaban constantemente al extranjero, así que desde que tengo uso de razón he estado viajando. Pasé buena parte de mi infancia en el sudeste asiático. Vivimos en Tailandia durante unos años y luego a mi padre lo destinaron a Hong Kong, que era un sitio genial. Pero justo cuando empezaba a interesarme por el mundo que me rodeaba, me enviaron de vuelta a Inglaterra. —Pone mala cara y hace una mueca—. A un internado.

—¿No te gustaba? Siempre he pensado que los internados tienen algo de romántico.

Recuerdo que de pequeña deseaba ir a un internado y me apasionaba la idea de las fiestas a medianoche, los dormitorios comunitarios y todo lo demás. Ser una alumna más en el instituto del pueblo y tener que volver andando a casa día tras día con la mochila llena de deberes siempre me pareció muy aburrido en comparación con lo que sucedía en la literatura.

—No es que no me gustara —dice Dominic encogiéndose de hombros—. Estaba el tema de la distancia. Montarse en un avión para volver a casa a pasar las vacaciones está bien, pero hacerlo para volver al instituto es lo más horrible que puedas imaginarte.

Puedo imaginarme a un niño pequeño esforzándose por no llorar e intentando ser valiente al despedirse de su madre en el aeropuerto. Una azafata se lo lleva mientras su madre, elegante con su sombrero y sus guantes, le dice adiós con la mano. Cuando ya no alcanza a verlo, el niño no puede evitar que se le escapen unas cuantas lágrimas, pero no quiere que la azafata vea cuánto le afecta. Luego lo conducen hasta su asiento para empezar el largo y solitario viaje de vuelta a Inglaterra. Después, una señora pechugona de mirada severa y con el pelo gris recogido en un moño lo recibe en el aeropuerto y lo acompaña hasta el instituto. Me lo imagino como un lugar imponente, situado en un páramo desierto sin nada ni nadie en kilómetros a la redonda, con la única compañía de otros niños que echan de menos a sus madres. De pronto, la idea del internado ya no me parece tan romántica como antes.

—¿Te encuentras bien?

Dominic me está mirando fijamente.

—Sí, sí. Estoy bien.

—Es que tienes una expresión de lo más trágica.

—Solo estaba pensando en cómo sería volver al internado, echar tanto de menos tu casa y estar tan lejos...

—Una vez que llegaba, no estaba tan mal. En muchos sentidos me lo pasé estupendamente. Compartía habitación con otros dos chicos y teníamos nuestros edredones traídos de casa, las paredes llenas de pósteres y nuestros libros favoritos en las estanterías. Me encantaban los deportes, y de eso había en abundancia. Casi todos los fines de semana jugaba al rugby, al fútbol o al críquet en el equipo del instituto. —Sonríe al recordarlo—. Si hay algo que puede decirse de los internados ingleses, es que suelen tener unas instalaciones magníficas con piscinas, pistas de tenis, aulas de arte y de todo, y yo lo aproveché todo lo que pude.

El castillo gótico dickensiano que acabo de imaginarme como un suplicio desaparece y lo sustituye un alegre campamento de vacaciones. De pronto, los internados vuelven a parecerme estupendos.

—Pero por más que me gustase el instituto —prosigue—, cuando llegó la hora de ir a la universidad decidí que quería levantar el vuelo. Por eso me fui al extranjero.

—¿Volviste a Hong Kong?

Dominic niega con la cabeza.

—No, decidí irme a Estados Unidos. Fui a Princeton.

He oído hablar de esa universidad. Es una de las mejores de Estados Unidos, como Oxford y Cambridge para nosotros. La Ivy League, así llaman a ese grupo de universidades tan buenas.

—¿Y te gustó?

—Sí, fue genial —contesta sonriendo.

Al oírle ahora, detecto un leve acento nasal americano en su voz, como si el hecho de recordar Princeton le hubiera devuelto el acento que se le pegó allí y que le borraron después todos los años pasados en Londres.

—¿Qué estudiaste?

Le doy otro sorbo al Pimms. Un trozo de fresa flota junto a mis labios y abro la boca hasta que lo noto sobre la lengua. La bebida le ha dado un sabor delicioso. Lo mastico despacio mientras me imagino a un Dominic más joven, atractivo con su ropa americana de chico bien, sentado en un aula tomando apuntes mientras un profesor habla sin parar de...

—Empresariales —contesta Dominic.

Empresariales, de eso habla. El profesor explica entusiasmado el tema de su clase y Dominic lleva unas gafas de pasta negra que lo hacen parecer una versión especialmente atractiva de Clark Kent. Está muy concentrado y frunce el ceño ligeramente, de modo que las gafas se sitúan sobre el bultito que tiene en el puente de la nariz. Mientras toma apuntes de las sabias palabras de su profesor sobre la naturaleza de las grandes corporaciones y la función de la regulación, una chica que está sentada cerca de él lo mira fijamente con deseo y sin el menor rastro de vergüenza, incapaz de concentrarse porque su cercanía le está poniendo todos los nervios de punta...

Me revuelvo en el asiento inconscientemente y abro un poco la boca al imaginarme lo que debe de estar sintiendo. Quizá algo parecido a lo que estoy sintiendo yo ahora. Rozo una pierna contra la otra y siento un hormigueo por el contacto de mi propia piel caliente.

—¿Beth? ¿En qué estás pensando?

—Eh... —Vuelvo a la tierra. Dominic está inclinado hacia delante y sus ojos negros brillan de pura diversión—. Nada. Solo estaba... pensando.

—Me encantaría saber en qué exactamente.

Noto que me arde la cara.

—Ah, no era nada.

Maldigo mi fértil imaginación. Siempre me pasa lo mismo; me arrastra hacia otro universo que parece tan real que casi puedo tocarlo.

Dominic se echa a reír.

—¿Y qué hiciste después de Princeton? —me apresuro a preguntar, con la esperanza de que no sea capaz de leer el pensamiento. *Eso sí que sería embarazoso.*

—Hice un postgrado de un año en Oxford y, gracias a algunos contactos que hice entonces, conseguí el trabajo que tengo actualmente. Primero me pasé un par de años trabajando con fondos de alto riesgo para ir consiguiendo algo de experiencia en el mundo de las finanzas.

—¿Cuántos años tienes?

—Treinta y uno —dice cautelosamente—. ¿Y tú?

—Veintidós. En septiembre cumplo veintitrés.

Parece aliviado. Supongo que de pronto le habrá preocupado que pudiera ser una de esas chicas que parecen mayores de lo que son.

Le doy otro sorbo al Pimms y Dominic también. Estamos muy cómodos los dos, por más que la conversación que estamos teniendo deje claro que en realidad somos unos desconocidos el uno para el otro.

—¿Y en qué consiste tu trabajo? —pregunto. Supongo que debe de ser algo que dé mucho dinero para

que un hombre tan joven se pueda permitir vivir en Mayfair. A menos que sea un rico heredero, claro.

—Finanzas. Inversiones —contesta sin dar más detalles—. Trabajo para un empresario ruso. Tiene mucho dinero y yo le ayudo a administrarlo. Tengo que viajar por todo el mundo, pero sobre todo trabajo aquí, en Londres, y tengo un horario muy flexible. Si necesito tomarme la tarde libre, como hoy —añade sonriéndome—, no hay problema.

—Parece interesante —digo, aunque no he averiguado gran cosa sobre la naturaleza de su trabajo. A decir verdad, sea cual sea, seguro que lo encuentro fascinante.

—Basta de hablar de mí. Soy muy aburrido. Quiero saber algo más de ti. Por ejemplo... ¿a tu novio no le importa que hayas venido a Londres tú sola?

Tengo la impresión de que está siendo malicioso y que disfruta de mi incomodidad cuando las mejillas me traicionan y se me ponen coloradas de nuevo.

—En realidad, estoy soltera —contesto torpemente.

Dominic arquea las cejas.

—¿De verdad? Me sorprende.

No sé si me está tomando el pelo; esos ojos oscuros pueden ser muy opacos. Confío en que no haya parecido que le estoy invitando a aprovecharse de mi condición de soltera. Me daría una vergüenza enorme que lo pensase. Además, él ya tiene pareja. En cuanto caigo en la cuenta, me digo que esta es mi oportunidad de averiguar más cosas sobre ese tema en particular.

—¿Y cuánto tiempo lleváis juntos Vanessa y tú? —pregunto con la esperanza de que ya haya desaparecido el enrojecimiento de mi cara.

Inmediatamente me preocupa haberme pasado de la raya. Su expresión se ensombrece, como si estuviese intentando no mostrar ningún sentimiento. La amabilidad y la transparencia de un momento atrás desaparecen y las sustituye una expresión fría e inexpresiva.

—Lo siento... —digo tartamudeando—. He sido una maleducada. No creí...

De pronto es como si alguien hubiese apretado de nuevo un interruptor. Su frialdad se desvanece y vuelve a ser el Dominic de antes, aunque su sonrisa parece algo forzada.

—Qué va —contesta—. No has sido maleducada.

Qué alivio.

—Solo me preguntaba qué te ha hecho pensar que ella y yo estamos juntos.

—Bueno... Al verla me pareció que teníais mucha intimidad, como unos novios...

Dios, qué mal se me da expresarme en los momentos importantes.

—Vanessa y yo no estamos juntos —contesta pasados unos segundos—. Solo somos muy buenos amigos.

Me viene a la cabeza la imagen del club privado. Sé que fueron allí los dos juntos. Deben de ser muy, pero que muy buenos amigos para ir a un lugar como ese. Sigo sin poder conciliar lo que vi allí con la conducta aparentemente normal de Dominic. Es un misterio que dejo archivado para más adelante.

Se queda mirando la mesa y pasa un dedo por la superficie lisa de madera.

—No voy a mentirte, Beth —dice muy despacio, casi pensativamente—. Vanessa y yo estuvimos juntos en el pasado, pero eso fue hace mucho tiempo. Ahora solo somos amigos.

Recuerdo cómo entró anoche en su apartamento. Ni siquiera se molestó en llamar a la puerta. Tiene llave propia. ¿De verdad no son más que amigos?

—Vale —contesto en voz baja, tímidamente—. No era mi intención ser indiscreta, Dominic.

—Lo sé. No pasa nada. Escucha... —Se nota que quiere cambiar de tema—. ¿Qué te parece si nos tomamos otra y luego te invito a cenar?

—Pues... —Me pregunto cuál será la forma correcta de actuar. Creo que no puedo dejar que me invite un hombre al que apenas conozco—. Me encantaría, pero pagamos a medias, eso no es discutible.

—Bueno, eso ya lo veremos —dice con un tono que me hace sospechar que no va a dejarme pagar. Me

da igual. Lo único que importa es que voy a pasar toda la tarde con Dominic para mí sola y, a menos que ocurra algo muy raro, no tendré que preocuparme de que Vanessa vaya a entrar a robármelo.

Dejo escapar un suspiro de felicidad.

—Al menos déjame invitar a la siguiente ronda.

—Hecho —responde Dominic sonriente, y me levanto para ir a la barra.

Paso la más feliz de las tardes. Me encanta estar cerca de Dominic, regalándome la vista con su físico moreno y estupendo. No solo me hace feliz poder mirarlo, sino que además parece que le intereso de verdad. Eso me hace pensar que quizá no fuese tan feliz con Adam como quería creer. Antes de cortar, Adam no se había esforzado conmigo en absoluto. Cuando volví de la universidad, resultó evidente lo que él esperaba de mí: que intentase encajar en la vida que ya se había organizado junto con sus amigos y que se limitaba a ir al pub, pasarse las horas viendo la tele, beber cerveza y comprar comida para llevar.

Mientras estamos sentados en el precioso jardín del pub, con el sol a punto de ponerse y bañándolo todo con su luz dorada, Dominic me pregunta:

—Dime, Beth, ¿cuáles son tus sueños para el futuro?

—Me encantaría viajar —contesto—. Apenas he ido a ninguna parte. Quiero ampliar mis horizontes.

—¿En serio? —Su expresión es inescrutable, pero sus ojos negros brillan de un modo peligroso—. Pues habrá que ponerle remedio a eso.

El estómago me da un vuelco. ¿Qué habrá querido decir? Trago saliva e intento pensar en algo divertido que decir, pero mientras me pongo a hablar de los países que me gustaría visitar, la emoción que me quema por dentro no se reduce.

El alcohol avanza por mi torrente sanguíneo y, cuando empiezo a relajarme por fin, se derrite el último vestigio de timidez. Hago bromas, le cuento a Dominic cómo es la vida en el pueblo y algunas de las historias más ridículas de mi época de camarera. Se ríe a carcajadas cuando le describo a algunos de los excéntricos que frecuentan la cafetería y lo locos que están todos en general.

Cuando salimos del pub y echamos a andar hacia el restaurante, estoy tan embelesada por cómo se divierte conmigo que no tengo ni idea de adónde vamos. Hasta que no estamos sentados a otra mesa en una terraza, esta vez bajo un emparrado, y el olor a carne a la parrilla me recuerda el hambre que tengo, no soy consciente de que estamos en un restaurante iraní, con una botella de vino blanco bien frío sobre la mesa y una ensalada de verduras deliciosamente frescas, un plato de humus y pan ácimo recién sacado del horno. Todo está riquísimo, y los dos nos ponemos a comer con apetito. Ya estoy llena cuando llega el siguiente plato: cordero a la brasa, más ensalada fresca, que está increíble, y un arroz que tiene pinta de insulso pero que sabe de maravilla, dulce y salado al mismo tiempo.

Durante la cena nuestra conversación se vuelve más personal. Le hablo de mis hermanos y mis padres, de cómo fue criarme en un pueblo pequeño y por qué me atrajo la historia del arte. Él me cuenta que es hijo único y cómo fue criarse en una cultura de criados y niñeras.

En medio de un ambiente tan íntimo, me sale natural hablarle de Adam. No mucho (no hago mención de aquella noche horrible ni de la espantosa escena de Adam y Hannah juntos), solo lo justo para que entienda que mi primera relación importante ha terminado recientemente.

—Es un momento delicado —dice amablemente—. Es una de esas cosas tristes que nos toca vivir a todos. Cuando te pasa, te parece el fin del mundo, pero te prometo que luego la cosa mejora.

Lo miro fijamente. El vino y la embriagadora tarde que he pasado con él me arman de valor.

—¿Fue eso lo que pasó cuando cortaste con Vanessa?

Se sobresalta y, acto seguido, se echa a reír, pero algo forzosamente.

—Bueno... fue diferente. Vanessa y yo no éramos el primer amor del otro, ni habíamos sido novios desde niños...

Insisto, inclinándome hacia él.

—Pero ¿fuiste tú quien cortó?

Veo un atisbo de esa sombra que, según parece, surge con facilidad en la cara de Dominic, pero esta vez no llega a oscurecerle la expresión como antes.

—Lo dejamos de mutuo acuerdo. Decidimos que estábamos mejor como amigos.

—Entonces... ¿ya no estabais enamorados el uno del otro?

—Descubrimos que no éramos tan... compatibles como pensábamos, nada más.

Frunzo el ceño. ¿Qué significará eso?

—Teníamos necesidades diferentes. —Dominic mira por encima del hombro en busca del camarero y le hace un gesto para indicarle que traiga la cuenta—. La historia no daba para más. Ahora somos amigos, eso es todo.

Me doy cuenta de que se está poniendo un poco irritable y lo último que quiero es echar a perder esta velada tan íntima, casi romántica.

—Vale —digo, pensando en cómo cambiar de tema—. Ah, hoy he conseguido trabajo.

—¿No me digas? —pregunta interesado.

—Sí. —Le hablo de la galería Riding House y se nota que se alegra por mí.

—¡Me parece estupendo, Beth! Un trabajo así es muy difícil de conseguir, hay mucha competencia. Entonces, a partir de ahora vas a estar muy ocupada, ¿no?

—Se acabó eso de estar tirada en el jardín —contesto con fingida desesperación—. Al menos en horario laboral.

—Seguro que aún habrá tiempo para pasárselo bien —dice, y le brillan los ojos a la vez que arquea una ceja. Antes de que me dé tiempo a preguntarle qué ha querido decir, aparece el camarero con la cuenta y Dominic la paga después de rechazar mi tarjeta de crédito con un gesto de la mano.

Casi es de noche cuando volvemos paseando hacia Randolph Gardens. El aire tiene el típico olor de una ciudad en una noche de verano: la fragancia de las flores, el olor a asfalto enfriándose y el polvo seco del día flotando en la brisa nocturna. Me siento muy feliz. No puedo evitar mirar a Dominic.

¿Estará tan extasiado como yo? Supongo que no tiene motivos. Para él no será más que una cena con una chica que ha venido a pasar el verano en su edificio y que le distraerá de los fondos de alto riesgo o de lo que quiera que sea que haga en su trabajo.

Yo deseo que no sea solo eso, pero no quiero hacerme ilusiones.

Al acercarnos a casa, el ambiente que hay entre los dos se vuelve más cargado. Al fin y al cabo, volver juntos a casa después de una cena deliciosa regada con vino es algo muy romántico que debería acabar con algo como...

Casi ni me atrevo a pensarlo.

Un beso.

Después de todo está soltero, según me ha dicho. Y es hetero, porque antes salía con Vanessa. Además... ¿seré yo la única que nota que hay química entre nosotros?

Llegamos a Randolph Gardens. Dominic se para junto a los escalones de entrada al edificio y yo me quedo de pie a su lado. En cuanto crucemos el umbral, ya no sucederá nada. El portero estará ahí, observándonos, e impedirá cualquier inesperado abrazo de buenas noches.

Me vuelvo alzando la cara para mirarlo, consciente de que la brisa me despeina algunos mechones de pelo. *Vamos, vamos*, ruego, desesperada, deseando que pose sus hermosos labios sobre los míos.

Dominic me mira, examinándome la cara como si quisiera memorizarla.

—Beth —susurra.

—¿Sí? —Espero que mi voz no delate demasiado mi deseo.

Hace una larga pausa. Se acerca un poco hacia mí y me invade una oscura excitación. *¿Es lo que parece? Por favor, Dominic, por favor...*

—Mañana estoy ocupado —dice por fin—, pero ¿te gustaría que pasásemos juntos el domingo?

—Me encantaría —contesto casi jadeando.

—Bien. A mí también. Te recogeré a eso de las doce y buscamos algo para hacer.

Se queda mirándome el tiempo suficiente para hacer que me pregunte si va a suceder algo y entonces se inclina rápidamente hacia mí y me roza la mejilla con los labios.

—Buenas noches, Beth. Te acompaño al ascensor.

—Buenas noches —susurro sin estar muy segura de cómo voy a controlar el géiser de deseo que acaba de explotarme dentro—. Y gracias.

Me mira con unos ojos negros inescrutables.

—De nada. Que duermas bien.

Será un milagro si consigo pegar ojo, pienso mientras entramos en el edificio.

Capítulo 7

Al final resulta que duermo muy bien, sin duda gracias al efecto de la emoción y el vino. Tengo un sueño agitado y excitante en el que Dominic y yo estamos en una fiesta. Hay gente con máscaras brillantes por todas partes y yo no dejo de perderle el rastro entre la multitud, localizarle de nuevo e intentar alcanzarlo, porque sé que si lo consigo sucederá algo maravilloso. Después de pasarme horas intentando alcanzarlo, por fin lo encuentro y, justo cuando está a punto de fundir sus labios con los míos, me despierto con una gran turbación.

Me planteo volver a aquella tienda y pedirle a la señora que me venda uno de sus vibradores para poder desahogarme y librarme de esta frustración que me atormenta, pero antes de que me dé tiempo a intentar solucionarlo por mis propios medios, De Havilland entra en el dormitorio, se sube a la cama de un salto y se pone pesado para que me levante a servirle el desayuno. Cuando termino de hacerlo, ya se me ha pasado la excitación.

Decido que hoy voy a ir a comprarme algo de ropa para mi nuevo trabajo, así que echo a andar hacia las calles principales. Sin embargo, la experiencia es muy diferente de la que tuve el otro día, aquel delicioso día en que todo el mundo se desvivía por atenderme. Es sábado, brilla el sol, Oxford Street está atestada de gente y, en las tiendas, las dependientas están sofocadas a pesar del aire acondicionado. Tardo horas en encontrar algo, y cuando vuelvo a casa con mis compras, me siento tan agobiada como las dependientas. Randolph Gardens parece un remanso de paz comparado con la muchedumbre que he tenido que soportar todo el día. Vuelvo a darle gracias mentalmente a Celia por haberme prestado una casa tan encantadora para vivir. Si no, seguramente tendría que haber estado a expensas de los autobuses y el metro, compartiendo una casa diminuta a kilómetros del centro o en una habitación solitaria en algún tipo de alojamiento. Aquí, sin embargo, puedo disfrutar de un oasis de tranquilidad.

Y, por si eso fuera poco, mientras desenvuelvo mis compras pienso en lo de mañana y en que tengo todo el día para ilusionarme con ello.

Además de la falda y las blusas cómodas que me he comprado para el trabajo, no he podido evitar comprar algo un poco más sexy para lo que vamos a hacer mañana Dominic y yo, sea lo que sea. Es un vestido, muy decente con su estampado rosa y azul marino y de tela sedosa, pero un poco provocativo por cómo va atado a la cintura y por la forma que tienen las mangas de caer formando volantes sobre mis brazos. El cuello barco es lo bastante bajo como para insinuar el comienzo del escote.

Me lo pongo y me quedo mirando en el espejo. Sí, creo que es apropiado para la ocasión. Además, en el armario de Celia he visto un sombrero de paja que parece antiguo que combinará muy bien con él. Satisfecha, me desvisto y me doy un buen baño para quitarme de encima todo el polvo de la ciudad. Después me pongo una bata de seda que cojo de detrás de la puerta del cuarto de baño y me paseo por el apartamento sin parar de hacer cosas. No me doy cuenta de que he dejado apagadas las luces del salón y que eso permite que la oscuridad se instale y se adueñe de la habitación. Constantemente desvío la mirada hacia la ventana del apartamento de enfrente, que está a oscuras, donde confío en que aparezca Dominic en cualquier momento. Quiero ver cómo se enciende de pronto y la luz dorada lo invade todo para deleitarme con la visión, ya familiar, de él moviéndose por la casa. Deseo verlo con todas mis fuerzas. Llevo todo el día pensando en él y más de una vez me he sorprendido hablando con él en mi imaginación. Ahora estoy ansiosa por volver a verlo.

Ceno un sencillo plato de pasta con alcachofas, pimientos y queso de cabra que he comprado en una tienda de camino a casa, le presto a De Havilland la atención que me reclama y me siento en el sofá con unos cuantos de los libros de moda de Celia sobre el regazo y una copa de vino. No suelo beber sola, pero me siento muy adulta dándole sorbos a un líquido de sabor fuerte mientras paso las páginas.

Consigo abstraerme en la historia fotográfica de Dior y el New Look y pasa un rato hasta que vuelvo a levantar la vista, pero al hacerlo se me escapa una exclamación.

El apartamento, por fin, tiene luz. Y están encendidas las lámparas de las mesitas auxiliares, veo su brillo. Sin embargo, por primera vez no veo lo que hay dentro. Las persianas siguen subidas, pero alguien ha corrido unas cortinas muy finas que me pasaron inadvertidas cuando estuve en la casa, ocultando parcialmente la visión del interior. El efecto de las cortinas lo convierte en una habitación llena de siluetas, algo distorsionadas y de un tamaño extraño, pero aun así reconocibles. Alcanzo a distinguir los muebles, la mesa y las sillas. Todo tiene un toque diferente cuando lo veo desde aquí; algo de lo más normal me parece exótico e inusual. Veo una forma rara, un rectángulo bajo con unos pinchos que salen hacia arriba, como un animal tumbado boca arriba con las patas flacas y largas en el aire. Tardo unos segundos en recordar que se trata del asiento bajo que vi cuando estuve allí.

Me levanto y me acerco a la ventana lentamente y en silencio. Estoy segura de que quien esté en el apartamento de enfrente no puede verme, y mucho menos oírme, pero prefiero tener cuidado de todos modos.

Entran dos siluetas en el salón. Una pertenece a una mujer y la otra a un hombre, eso resulta evidente, pero es imposible saber a quién, aunque el hombre debe de ser Dominic. No son más que sombras negras recortadas contra el velo blanco de las cortinas, que se pasean, se sientan y se mueven tranquilamente. Debe de haber una ventana abierta en alguna parte, porque la cortina ondea como empujada por la brisa y eso hace que las sombras se vean aún más distorsionadas. La cortina se queda inmóvil durante unos segundos y puedo hacerme una idea más clara de lo que veo, pero enseguida se arruga y se hincha, y todo desaparece.

—¡Mierda! —digo entre dientes—. ¡No te muevas!

Me resulta increíblemente seductor saber que Dominic está ahí con alguien. ¿Quién será? Debe de ser Vanessa, que es la mujer a quien siempre he visto ahí, pero su silueta carece de definición y no puedo distinguir si se trata de ella o no. Sé que es una mujer porque distingo su contorno y la forma del vestido, pero todo lo demás lo veo borroso. Qué frustración.

De Havilland se ha despertado y se sube al alféizar de un salto. Se sienta, enrosca el rabo alrededor de las patas, parpadea y se queda mirando unas palomas que se alejan revoloteando desde el tejado hasta los árboles. Luego levanta una pata y comienza a lamérsela. Ojalá pudiese estar yo así de tranquila, pero soy incapaz de despegar los ojos de la casa de enfrente mientras intento adivinar lo que está sucediendo dentro.

¿Acaso estoy celosa? ¡Pues claro que sí!

Entre Dominic y yo no ha pasado nada más allá de una cita, pero aun así no puedo evitar que me invada una furibunda actitud posesiva. Anoche, mientras cenábamos, me dijo que lo suyo con Vanessa era cosa del pasado. Entonces, ¿por qué está con una mujer en su apartamento?

Pero no le pregunté si estaba saliendo con alguna otra.

El mero hecho de pensarlo ya es un jarro de agua fría que me corta la respiración. Qué tonta he sido al dar por hecho que debía de estar soltero. Y solo me faltó suplicarle que me besase al final de la tarde; hasta le acerqué la cara, esperanzada, con los labios entreabiertos... Pensé que la tensión que había entre nosotros era sexual, pero quizá no fue más que su vergüenza al darse cuenta de que estaba colada por él.

Quizá se lo esté contando a ella en estos momentos.

—Sí, es muy maja, pero creo que he sido demasiado imprudente —estará diciéndole, mientras le sirve a su acompañante una copa de champán helado—. Está claro que anoche pensó que iba a besarla. No sabía qué hacer, así que le di un beso en la mejilla. Me ofrecí a llevarla por ahí mañana; ha venido sola y pensé que le gustaría que alguien le enseñase la ciudad. Pero solo intentaba ser amable y me preocupa estar dándole falsas esperanzas.

Su novia se ríe y coge la copa.

—¡Ay, Dominic, a veces eres demasiado bueno! Deberías haber sabido que una chiquilla ingenua como ella se enamoraría de ti con solo mirarte.

A Dominic le entra la timidez.

—Puede ser...

—¡Anda ya, cielo! Eres rico, guapo y has triunfado en la vida. Aunque solo le dedicases una sonrisa, ya pensaría que eres su príncipe azul. —Se inclina hacia delante y hace un mohín con los labios perfectamente pintados—. No la hagas sufrir más, cariño. Dile que lo sientes mucho, pero que tienes que cancelar lo de mañana.

—Quizá tengas razón...

La maldad de esa mujer misteriosa me corta la respiración y hace que me hierva la sangre. Estoy a punto de ir hasta allí para defenderme cuando percibo un cambio en lo que sucede al otro lado de la cortina. La brisa deja de soplar durante un rato y lo veo todo con más claridad. Las personas que hay detrás de la cortina ahora están diferentes y comprendo que ahora el hombre (Dominic) está desnudo o, como mínimo, lleva muy poca ropa. Por su contorno sé que lleva el torso desnudo. Lo que no alcanzo a distinguir es si la mujer está vestida o no, pero, si lo está, lleva algo muy ceñido. Su silueta es delgada, pero está definida perfectamente. Ahora las figuras están juntas y, a juzgar por las apariencias, están examinando algo.

El enfado que me ha invadido al pensar en la conversación imaginaria desaparece. Se me acelera el corazón, pero ahora es por miedo. Estoy horrorizada. *¿Está desnudo? ¿Por qué?*

¿Por qué iba a estar un hombre desnudo con una mujer? No necesito tres intentos para adivinarlo. Basta con uno.

A menos que se trate de un masaje... —pienso, esperanzada—. *Sí, quizá sea eso. Puede que sea un masaje.*

Desde luego, su comportamiento no parece indicar que estén a punto de hacer el amor salvajemente. Parece que están hablando sin más. Luego, de pronto, el ambiente que hay entre las dos figuras cambia. Lo noto inmediatamente. El hombre se arrodilla y agacha la cabeza ante la mujer. Ella se alza ante él con los brazos en jarras y lo mira altiva. Le está hablando. Empieza a rodearle, una y otra vez, pero él no se mueve. Así pasan varios minutos. Respiro superficialmente y estoy inmóvil, mirándolos. Me pregunto qué coño estarán haciendo y qué va a suceder a continuación.

No tengo que esperar demasiado para comprobarlo. La mujer va hasta el curioso asiento y se sienta en él. El hombre se pone a cuatro patas y acude a gatas hasta ella, que le dice algo con actitud severa e inflexible. Él se postra ante ella. La mujer adelanta un pie y él se inclina obedientemente y parece tocarlo con la boca. Luego ella coge algo de la mesa auxiliar y se lo pone delante a él. Tiene la forma de un espejo de mano, con un mango largo y la parte de arriba ovalada. El hombre vuelve a inclinarse hacia delante e, igual que antes, acerca los labios al objeto.

¿Lo está besando?

Ni siquiera sé qué pensar. Lo único que puedo hacer es mirar. Un segundo después, vuelve a arrojarse a sus pies y va subiendo agarrado a sus piernas, de forma que parece que está reptando. El hombre se tumba cruzado sobre el regazo de la mujer, de tal modo que el torso le queda encima de los muslos de ella y los hombros, el cuello y la cabeza cuelgan a un lado. Su culo queda expuesto junto a la mano derecha de ella.

La mujer coge el instrumento y, con un movimiento suave, casi delicado, lo deja caer sobre él. El hombre no se mueve. Unos segundos después repite la acción, pero esta vez deja caer el instrumento con un movimiento seguro y firme. Y lo hace unas cuantas veces más.

Vale, esto no me lo estoy imaginando. Le está dando azotes. Le está dando azotes con un cepillo o algo parecido.

Se me reseca la boca y la cabeza me da vueltas. Desde aquí no consigo distinguir todo lo que pasa, y

menos cuando la brisa agita la cortina y me oculta la vista, pero aun así sigue siendo la cosa más rara que he visto en mi vida. Me parece ridículo que un hombre adulto se ponga sobre las rodillas de una mujer y le permita que le dé un azote tras otro. He oído hablar de estas cosas, pero solo en plan de broma, ¿o no serían bromas? En todo caso, son cosas que solo hacían pusilánimes de clase alta que nunca superaron que los castigase su niñera o que su profesor de ciencias les azotase con la regla. Pero ya no se hacen esas cosas. Y menos cuando se trata de un hombre como Dominic: rico, guapo, fuerte...

Me siento confusa y de pronto me apetece echarme a llorar. ¿Qué pinta él ahí? Los azotes se han vuelto más fuertes, eso salta a la vista. La mujer ha cogido un ritmo y sus golpes son cada vez más enérgicos. Juraría que casi puedo oír el sonido que hace el objeto al estrellarse contra la carne. Debe de doler, y mucho. ¿Cómo puede alguien someterse a eso voluntariamente? ¿Qué clase de persona quiere algo así, por el amor de Dios?

La escena cambia bruscamente. La mujer obliga al hombre a bajar de encima de sus rodillas y abre las piernas. Él se arrodilla entre ellas; esta vez se cuelga sobre su pierna izquierda y tiene los pies metidos detrás de la pierna derecha de la mujer, que acaba de coger un nuevo instrumento, más grande y plano. Comienza de nuevo a azotar las nalgas del hombre con él. Cada vez que lo golpea, suena como una castañuela; caigo en la cuenta de que hay dos cabezas planas que se golpean entre sí en el momento del impacto contra la carne. Deben de provocar un escozor increíblemente doloroso, pero él sigue sin moverse, boca abajo, aceptando el castigo. Parece estar agarrando el muslo izquierdo de la mujer con una rendición absoluta ante lo que ella le está haciendo. Durante unos veinte minutos lo azota a un ritmo constante, casi mecánico. Los golpes me retumban en la cabeza: arriba, golpe; arriba, golpe.

Luego la escena vuelve a cambiar: el hombre rueda hasta el suelo y se queda allí tumbado. Ella se levanta y se pone a pasear. Se le debe de haber dormido la pierna después de tener todo su peso sobre ella tanto tiempo. Le está hablando otra vez. El hombre se sube al asiento y se tumba boca abajo, con una pierna colgando a cada lado. Levanta los brazos y los apoya en los dos extraños reposabrazos en los que reparé la primera vez que lo vi. Conque son para eso. Por eso están ambos en el mismo lado.

La mujer se acerca a él, coge unas tiras de tela de la mesa auxiliar (¿unos fulares, quizá?) y le ata las muñecas a los reposabrazos. Luego coge otra herramienta de la mesa. Esta vez es una especie de correa larga, como un cinturón, salvo que no le veo la hebilla. Golpea el aire con ella unas cuantas veces, sin duda para que el silbido sirva para atormentar aún más a su víctima. Sé lo que va a suceder a continuación y me duele hasta mirar, pero no puedo evitarlo. La correa corta el aire y golpea con fuerza las nalgas desprotegidas del hombre atado al taburete. Una vez, dos, tres... ella no deja de azotarle con mano firme. No puedo ni imaginarme lo que debe de doler cada contacto del cuero contra la piel... sobre todo cuando la piel ya ha sido torturada con otros instrumentos. Tiene que ser prácticamente insoportable. El hombre debe de estar a punto de desmayarse o de volverse loco de dolor.

¿Debería llamar a la policía? Se me pasa la idea por la cabeza y miro el teléfono. *¿Y qué les digo? ¿Es una emergencia, hay una mujer dándole una paliza a un hombre en el apartamento de enfrente, tienen que detenerla!* Si algo queda claro en esa escena, es que él está de acuerdo. *¿Es ilegal darle una paliza de muerte a alguien que te lo está pidiendo?*

Algo me dice que llamar a la policía sería una mala idea. Está claro que el hombre podría decirle que parara en cualquier momento... o al menos podría haberlo hecho antes de que le atase las manos. Pero lo está consintiendo.

Cierro los ojos, horrorizada. *Dominic... ¿de verdad es eso lo que quieres?* Recuerdo que fue a un internado. Quizá cuando era pequeño alguien le dio una paliza y eso le creó este incomprensible deseo. Como teoría no es gran cosa, pero no se me ocurre nada más.

Cuando abro los ojos, la brisa hace que las finas cortinas se muevan tanto que las figuras que hay al otro lado se convierten en un borrón indefinido.

Doy gracias por ello. No quiero seguir mirando. Ya he visto suficiente.

Después de lo que acabo de presenciar, no tengo ni idea de con qué cara voy a mirar a Dominic mañana.

La segunda semana

Capítulo 8

La mañana siguiente ya estoy lista cuando Dominic llama a la puerta a mediodía. El sol brilla con fuerza y es otro día caluroso del verano. No recuerdo cuándo llovió por última vez, y esta mañana en las noticias de la radio decían que, si seguía mucho tiempo sin llover, ya estaríamos entrando en un período de sequía.

Cuando le abro la puerta, el tiempo es la última de mis preocupaciones. Parece recién duchado y lleva una camisa blanca, unos pantalones cortos de color marrón claro y unas alpargatas blancas. Sus Ray-Ban negras le ocultan los ojos, pero sonrío de oreja a oreja al verme.

—Vaya, estás muy guapa.

Me doy una vuelta para que me vea.

—Gracias. Espero llevar la ropa adecuada para lo que vamos a hacer hoy.

—Es perfecta. En marcha. Tenemos una agenda muy apretada.

Parece de buen humor. Bajamos en ascensor hasta la planta baja, y cuando veo su espalda reflejada en el espejo, no puedo evitar preguntarme qué habrá por debajo de esa camisa limpia y fresca. ¿Se le habrán quedado las marcas del cinturón en la espalda? Y las nalgas... ¿las tendrá doloridas y llenas de moratones como consecuencia del duro castigo que recibió anoche?

Deja de pensar en eso —me digo severamente para mis adentros—. *Ni siquiera sabes si era él.*

¿Y quién iba a ser? —dice una voz en mi cabeza—. *Es su apartamento, por el amor de Dios. Pues claro que era él.*

Me he pasado toda la noche preocupada, preguntándome qué podía significar lo de ayer. Lo que vi no tenía nada que ver con el sexo. El hombre y la mujer no parecían tener ese tipo de relación. Lo suyo se basaba en dar y recibir una buena paliza, y eso era algo que me desconcertaba. Durante la noche, mientras estaba tumbada pensando, decidí que lo mejor que podía hacer era olvidarlo y disfrutar de mi día con Dominic. Si se presentaba la oportunidad de sacar un tema así con él sin que resultase inadecuado o violento... Bueno, en ese caso las cosas habrían cambiado bastante entre él y yo, sin duda.

De hecho, en cuanto estamos juntos, todo el juego de sombras que presencié anoche se vuelve inverosímil e irreal. Si alguien me dijese que todo fue producto de mi imaginación, casi podría creérmelo. El hombre sin rostro sentado a horcajadas sobre el taburete con las muñecas atadas no tiene nada que ver con la persona de carne y hueso, cálida y atractiva, que tengo delante, cuya cercanía me hace sentir un hormigueo de excitación. No puedo imaginarme nada más maravilloso que un precioso día de verano en compañía de Dominic.

Vamos paseando hasta Hyde Park y, cuando ya estamos cerca, recuerdo haberlo visto de pasada el día que llegué a Londres. Aquella Beth ya me parece otra persona. Aquí estoy yo, con un bonito vestido de seda y un sombrero de paja antiguo y de diseño, paseando junto a un hombre increíblemente atractivo, dispuesta a que me mime y me entretenga. Mi vida ha experimentado una mejora considerable. Además, hace días que apenas me acuerdo de Adam.

—¿Conoces este parque? —pregunta Dominic cuando entramos por una de las puertas.

Niego con la cabeza.

—Tiene muchos tesoros ocultos, y pienso enseñarte algunos.

—Estoy impaciente —digo, y nos sonreímos.

Concéntrate en este momento. Disfruta. Podría no volver a suceder.

El parque es enorme y caminamos un buen trecho antes de ver el destello azul claro del agua, y luego un cobertizo con hileras de barquitas verdes con el interior blanco y, en la parte de delante, botes de pedales azules.

—Vaya... —susurro.

—Es el lago Serpentine, diseñado para el disfrute de la reina Carolina. Ahora podemos disfrutarlo todos.

Dominic lo tiene todo bajo control y, en cuestión de minutos, ya estoy sentada en uno de los pequeños botes de remos, de espaldas a la proa y de cara a él, que coge los remos y comienza a bogar hasta el centro del lago.

—Entonces, ¿todo esto es artificial? —Miro la enorme superficie de agua, tan larga y serpenteante como sugiere su nombre, y el puente de piedra en forma de arco que lo cruza a lo lejos.

—Sí —contesta Dominic esbozando una sonrisa—. Los placeres más efectivos casi siempre lo son. La naturaleza nos marca la pauta y luego nosotros aprendemos a mejorarla. Y gracias a los caprichos y debilidades de varios monarcas, ahora podemos disfrutar de todo esto.

Rema con facilidad, se nota que tiene práctica; levanta los remos por encima del agua, los pone paralelos a la superficie, vuelve a hundirlos con un movimiento limpio y tira de ellos. Nos deslizamos por el agua y solo noto una mínima sacudida cuando Dominic hace fuerza para tirar de los remos. Saco la mano por un lado del bote y mojo las puntas de los dedos en el agua fría.

—¿Sabes muchas cosas de este lugar?

—Siempre procuro aprender cosas de los lugares donde vivo —contesta—. Y la historia de Londres es especialmente fascinante. Para empezar, hay por todas partes. La ciudad rezuma historia. Carlos I fue quien abrió este parque al público; hasta entonces estaba reservado solo para uso real. Y menos mal que lo hizo. Cuando la peste asoló la ciudad, la mitad de la población de Londres se refugió aquí con la esperanza de escapar a la enfermedad.

Echo un vistazo a la extensión de césped bien cuidado, algo seco y amarillento después de la última quincena sin llover, con sus preciosos árboles y los elegantes edificios que solo se ven de vez en cuando. Hay gente sentada en la terraza de una cafetería cercana, disfrutando de helados y bebidas frías. Me imagino a una enorme muchedumbre de londinenses pobres del siglo XVII acampando por millares, desesperados por miedo a la enfermedad: unos se pelean y otros charlan, reina la suciedad y los malos olores, hay niños y mujeres con cofias y delantales mugrientos intentando cocinar en fogatas mientras los hombres fuman en pipa y piensan en cómo mantener a sus familias con vida.

En la soleada orilla hay una familia: la madre empuja un cochecito con pinta de caro con un bebé dentro y el padre intenta embadurnar a su hija con crema solar mientras la niña lucha por soltarse y escapar en su patinete rosa.

Cambian los tiempos, cambian las preocupaciones.

Vuelvo a concentrarme en la barca. Ver a Dominic remar es todo un placer. Los músculos de sus brazos se hinchan cuando hace fuerza con los remos y, cuando se inclina hacia delante, la camisa blanca se le abre un poco y alcanzo a distinguir un poco de vello oscuro en su pecho. Solo de verlo se me acelera el corazón. Respiro hondo y dejo escapar el aire lentamente. Tengo que controlarme. No quiero que se dé cuenta del efecto que tiene en mí, así que desvío la mirada con la esperanza de ocultar mi respuesta involuntaria a su cercanía, al efecto magnético que me produce y a cómo hace que todo me dé vueltas. Mientras rozo el agua fresca con los dedos, me fijo en que él también me está mirando. Por el rabillo del ojo compruebo que desde detrás de esas gafas de sol no me quita ojo. Quizá crea que no puedo saber que me está mirando. El efecto en mí es electrizante; es como si su mirada fuese un láser capaz de quemarme la piel. La sensación es tan increíblemente intensa, placentera y casi dolorosa al mismo tiempo, que no quiero que termine nunca. Se pasa un buen rato remando, tirando con fuerza de los remos una y otra vez para hacer que nos deslicemos por la superficie del lago. Luego me pregunta si quiero probar yo y la tensión se rompe.

—No, creo que no —digo entre risas—. No soy tan fuerte como tú. —No puedo evitar dedicarle una mirada insinuante—. ¿Haces mucho ejercicio?

—Me mantengo en forma —contesta—. No me gusta descuidarme. Paso mucho tiempo sentado ante el ordenador, necesito un poco de actividad.

—¿En el gimnasio?

Me mira fijamente y de manera inescrutable, con unos ojos oscuros que vuelven a parecerme casi negros.

—Donde puedo —dice en voz baja, y el doble sentido que deja entrever en su respuesta hace que un escalofrío me recorra la espalda. Por primera vez empiezo a sentirme muy especial bajo esa mirada. Hoy percibo algo diferente. No se trata de un hombre que saca a una chica de paseo como gesto de amistad. Siento que él me desea y me estremezco de placer al darme cuenta de que el día de hoy está lleno de la clase de tensión que te hace disfrutar del mundo y de la vida.

—Estoy agotado —comenta Dominic. En la frente y en la nariz le han aparecido unas diminutas gotitas de sudor. Me gustaría limpiárselas con la punta del dedo, pero logro contenerme. Luego amarra los remos a los escálamos y quedamos un rato a la deriva bajo el sol abrasador. Mantenemos un silencio cordial hasta que él dice—: No sé tú, pero a mí ya se me ha abierto el apetito. ¿Comemos?

—Me parece estupendo.

—Bien. Pues vamos a volver.

Pone de nuevo los remos en el agua y comienza a remar hasta la orilla, algo que requiere de todo su esfuerzo, así que evita hablar y me permite el lujo de verlo en pleno ejercicio. Sus movimientos rítmicos hacen que me venga un recuerdo a la cabeza: Adam. Su imagen, antes tan nítida y dolorosa en su claridad, ahora se ha difuminado extrañamente. Es como si me costase recordarlo. Recuerdo que antes sentía algo por él, pero parece que de eso haya pasado mucho tiempo. Lo que no recuerdo es que él me hiciese sentir jamás ni una mínima parte de este deseo increíble. Con él el sexo era dulce, sincero y romántico, pero nunca tan excitante, ni me hacía temblar como el mero hecho de contemplar a Dominic remar. ¿Qué sentiría si me tocase? La intensidad de esa idea hace que algo se caliente y empiece a latir con fuerza en mi entrepierna. Me revuelvo un poco en el asiento, un tanto incómoda.

—¿Te encuentras bien?

Asiento con la cabeza sin decir nada. Los ojos oscuros de Dominic me miran pensativos, pero tampoco dice nada. Afortunadamente logro controlarme para cuando llegamos a la orilla y devolvemos la barquita.

—Su pedido ya ha llegado —le dice el hombre del quiosco a Dominic—. Lo han dispuesto siguiendo sus instrucciones.

—Gracias. —Dominic se vuelve hacia mí y me sonrío—. ¿Vamos?

Me guía por el césped hasta un roble enorme cuyas ramas ofrecen una zona de fresca sombra. Debajo, sobre una manta de cuadros, alguien ha dispuesto un picnic fabuloso. Hay un camarero apostado junto a la manta, vigilándola a la espera de que lleguemos.

—¡Dominic! —Me giro hacia él y sé que al mirarlo me brillan los ojos—. ¡Es maravilloso!

Al acercarnos, voy distinguiendo lo que nos espera: salmón cocido, unas ensaladas fabulosas salpicadas con los intensos colores del tomate, el pimiento y los granos de la granada, langostinos rosados con su cáscara, pequeños huevos de codorniz moteados, un cuenco con una mayonesa amarillo brillante, tajadas de rosbif, brie fundido y unas barras de pan crujiente. Hay unas copas de postre muy elegantes llenas de algo cremoso con frutas. También hay una cubitera que contiene una botella de algo que parece champán. Es una comida de ensueño.

El camarero le hace una discreta reverencia a Dominic al acercarnos.

—Todo está listo.

—Tiene una pinta excelente. Eso es todo, gracias. —Con un movimiento hábil y discreto, le da propina al camarero, que vuelve a hacer una reverencia y se aleja sin llamar la atención. Nos quedamos a solas con el banquete.

—Espero que tengas hambre —me dice, sonriendo.

—Un hambre voraz —contesto muy contenta, y me siento sobre la manta.

—Bien. Me gusta verte comer. Tienes buen apetito, eso está bien.

Saca la botella de la cubitera. Es un Dom Pérignon Rosé, que sé que es una famosa marca de champán.

La descorcha rápidamente y sin esfuerzo y vierte el líquido espumoso en dos copas.

Me pasa una y él levanta la suya.

—Por un día de verano inglés. Y por la chica guapísima con quien lo estoy pasando.

Me pongo roja, pero me echo a reír. Levanto mi copa hacia la suya mirándolo a los ojos y ambos bebemos un sorbo del líquido burbujeante.

¿Hay algo que pueda superar esto?

Comemos hasta hartarnos y, después, saciados y bastante achispados debido al delicioso champán rosado, nos tumbamos sobre la manta y conversamos en voz baja. Dominic ha cogido un tallo de hierba y lo está mordisqueando con aire ausente. Lo miro con los párpados entornados. Siento que todo mi cuerpo bulle por su cercanía, pero hay algo que lucha por salir a la superficie de mi conciencia, algo en lo que no quiero pensar, pero que no puedo evitar que ocupe mis pensamientos.

Es la imagen del hombre tumbado boca abajo en aquel extraño asiento de su apartamento mientras Vanessa, fuerte y decidida, lo azota con una correa de cuero, dejando que el extremo se estrelle contra sus nalgas, golpeando la piel una y otra vez hasta que se pone roja y en carne viva...

—Beth...

Doy un ligero respingo.

—¿Sí?

Me giro para mirarlo. Se ha puesto de costado y ahora está muy cerca de mí. Me llega la fragancia de una dulce colonia con un toque cítrico desde su piel caliente. El estómago me da un vuelco de pura excitación y los dedos empiezan a temblarme.

Me mira fijamente a los ojos, como si quisiese explorar mi alma.

—La otra noche... la noche que te encontré llorando en la calle porque te habías perdido. He estado dándole vueltas. ¿Era por eso por lo que llorabas? ¿Porque te habías perdido?

Me quedo boquiabierta y ya no puedo sostenerle la mirada. Bajo la vista para mirar los pálidos cuadros de la manta.

—No exactamente —digo en voz baja—. Había intentado entrar en un bar. Un lugar muy raro llamado El Manicomio.

Cuando levanto la vista, su mirada se ha enfriado. *Dios, ¿por qué lo habré dicho? A quién se le ocurre mencionar ese lugar... ¡Mira lo que ha pasado!*

—¿Por qué fuiste allí? —pregunta bruscamente.

—No... no lo sé. Vi que entraban algunas personas y las seguí... —*No es mentira* —me digo a mí misma con firmeza—. *Fue exactamente lo que pasó*—. Pero el portero se enfadó muchísimo conmigo. Me dijo que era un club exclusivo para miembros y que tenía que largarme.

—Entiendo.

Dominic frunce el ceño mirando el fino tallo de hierba que frota entre el pulgar y el índice.

—En mi pueblo no tenemos muchos clubes privados —digo, intentando bromear—, así que no se me ocurrió pensar que podrían prohibirme la entrada.

—¿Y... qué fue lo que viste?

Respiro hondo y niego con la cabeza.

—Nada. Gente bebiendo y hablando. Solo estuve un momento.

Quiero contarle lo que vi de verdad y preguntarle qué significaba, pero no me atrevo. Su expresión se ha velado de nuevo y deseo con todas mis fuerzas que vuelva a despejarse. Quiero recuperar el ambiente cálido y sensual, la expectación nerviosa de que algo podría suceder en cualquier momento.

—Bien —dice quedamente—. No creo que sea lugar para una chica como tú. Eres tan dulce, tan increíblemente dulce...

Estira el brazo y, para mi asombro, pone su mano sobre la mía y me acaricia la piel con el pulgar. La piel me quema al contacto con la suya. Me mira a los ojos y noto que tiene sentimientos enfrentados.

—No debería. De verdad que no debería...

—¿Por qué no? —susurro.

—Eres demasiado... —Suspira—. No sé...

—¿Joven?

—No —contesta negando con la cabeza. Ojalá pudiese enterrar los dedos en ese pelo moreno—. No tiene nada que ver con la edad. He conocido adolescentes muy maduras para su edad y mujeres de cuarenta años tan ingenuas como Blancanieves. No es eso.

—Entonces, ¿qué es? —pregunto con una voz llena de deseo.

Entrelaza sus dedos con los míos. El contacto es casi insoportable. Me cuesta mucho reprimir el impulso de agarrarle la cara y atraerlo hacia mí.

Dominic baja la voz aún más y no es capaz de mirarme a los ojos. El corazón se me acelera.

—No suelo dejarme llevar muy a menudo, Beth. Pero tú tienes algo... algo fresco y maravilloso, impetuoso e inspirador. Me haces sentir vivo.

Todo mi cuerpo reacciona ante sus palabras. Apenas puedo respirar.

—Hacía mucho tiempo que no me sentía así —dice aún más bajo—. Había olvidado lo hermoso que es... y tú has logrado que lo sienta. Pero...

Tiene que haber un pero, claro. ¿Por qué las cosas nunca son sencillas? Si acabas de decir que te hago sentir vivo..., pienso, pero no me atrevo a hablar para no romper el hechizo.

—Pero... —parece angustiado.

—¿Te preocupa hacerme daño? —digo por fin.

Me lanza una mirada indescifrable y, acto seguido, ríe, y en su risa detecto algo parecido a la amargura.

—No me harás daño —le aseguro—. Te lo prometo. No estaré aquí durante mucho tiempo. Al menos, no el tiempo suficiente para que esto se convierta en una relación seria.

Dominic se lleva mi mano a los labios y me da un beso. La sensación es maravillosa. Es el beso más excitante que me han dado nunca (y ni siquiera se ha acercado a mi boca). Despega los labios de mi mano y me mira.

—Oh. Tenemos tiempo de sobra, Beth. Créeme.

Entonces sucede. Me atrae hacia él y un segundo después ya me está abrazando y apretando contra la calidez de su pecho, envuelta en su delicioso olor y en sus fuertes brazos. Con una mano me aprieta el hombro y con la otra me rodea la parte baja de la espalda. Nuestros labios se tocan y no puedo hacer otra cosa que abrir la boca. Sus labios son tan deliciosos como esperaba, pero el beso es mejor de lo que jamás habría imaginado, cálido, profundo y envolvente; siento como si me hundiera en la marea de sensaciones que provoca su lengua al explorar mi boca. Mi cuerpo responde al estímulo, no tengo elección. Nuestras lenguas se encuentran y el contacto es exquisito. En ese momento comprendo que nunca me habían besado de verdad. Me invade una perfecta sensación de compatibilidad, como si nuestras bocas estuviesen destinadas a amoldarse la una a la otra.

Tengo los ojos cerrados y estoy perdida en la oscuridad, consciente solo de la profundidad de nuestro beso, que va creciendo en intensidad a cada momento, y de la presión de sus manos sobre mis brazos y mi espalda. Mientras me besa, su mano recorre la parte baja de mi espalda, descendiendo hasta acabar en mi culo, y suelta un leve gemido cuando llega a tocarlo.

Por fin, nos separamos. Estoy jadeando y sé que me brillan los ojos. Dominic me mira y su mirada arde por la intensidad de lo que acabamos de compartir.

—Llevo deseando hacerlo desde la primera vez que nos vimos —dice sonriendo.

—¿Desde que se me cayó el helado?

—Sí, desde entonces. No pude evitar fijarme en ti. Pero fue más tarde, cuando te vi tumbada sobre la manta en el jardín, cuando me di cuenta de lo preciosa que eres.

Me siento incómoda y violenta.

—¿Preciosa? ¿Yo?

—Por supuesto —contesta asintiendo con la cabeza. Me cuesta creer que alguien tan guapo como él piense que yo soy preciosa—. Te seré sincero: me ha costado mucho contenerme. Y cuando te vi llorando en la calle, necesité de toda mi fuerza de voluntad para no besarte allí mismo.

—¿Pensaba que te habías enfadado conmigo! —exclamo entre risas.

—No. —Me pone la mano debajo de la barbilla y acerca mi cara a la suya—. Dios. Tendrás que perdonarme, pero voy a tener que besarte de nuevo.

Funde su boca con la mía y la cabeza me da vueltas otra vez al entregarme a la deliciosa sensación de su lengua acariciándome, al dulce sabor de su boca y a la sensación de plenitud. Nos apretamos el uno contra el otro todo lo que podemos y entonces noto algo duro contra el vientre. La evidencia de su deseo me resulta intensa y excitante y mi propio deseo empieza a crecer con un latido intenso y doloroso.

Volvemos a separarnos.

—Tenía algunas actividades fascinantes programadas para esta tarde, pero no sé cómo demonios voy a ser capaz de hacer otra cosa que no sea esto.

—Pues no dejes de hacerlo. ¿Quién ha dicho que tenemos que hacer otra cosa?

—No podemos quedarnos aquí toda la tarde. —Me coge la mano de nuevo y me mira fijamente a los ojos—. Siempre podríamos ir a casa... si quieres.

¿Que si quiero? ¿No se me ocurre otra cosa que pudiese desear más!

—Sí, por favor —susurro y mis palabras están llenas de deseo.

Vemos claramente la necesidad en la cara del otro y nos ponemos en pie de un salto. Recojo el sombrero y el chal de encaje.

—¿Y qué pasa con la comida? ¿La dejamos aquí y ya está?

Dominic escribe algo en su móvil.

—Llegarán dentro de un par de minutos para recogerlo todo.

—Ha sido maravilloso —digo, con la esperanza de que no interprete mi urgencia por irme de allí como un rechazo a lo que había organizado.

—No tanto como lo que está por venir —contesta. Se me hace un nudo en el estómago y siento ese dolor placentero que ya empiezo a conocer muy bien.

No sé cómo llegamos a casa tan rápidamente, pero en un abrir y cerrar de ojos ya estamos en el ascensor subiendo al apartamento de Dominic. Volvemos a besarnos, cálida y apasionadamente. Alcanzo a ver nuestro reflejo en el espejo: nuestros cuerpos entrelazados, nuestras bocas apretadas la una contra la otra, hambrientas... Me recorren oleadas de excitación. Lo deseo desesperadamente, mi cuerpo lo llama a gritos y anhela sentir su contacto.

Aturdida, me pregunto hasta dónde va a llegar esto, pero no veo cómo podríamos contenernos. Su ansia parece más fuerte aún que la que se ha apoderado de mí. Me besa por todo el cuello, su barba incipiente roza mi piel suave y me hace jadear por la sensación antes de regresar a mi boca. Las puertas del ascensor pasan varios segundos abiertas antes de que nos demos cuenta.

—Vamos —dice entre dientes, tirando de mí. Me lleva hasta la puerta de su apartamento. Un segundo después ya estamos dentro y la puerta se cierra detrás de nosotros. Por fin estamos en la más absoluta intimidad. Todo mi cuerpo tiembla de deseo mientras avanzamos dando tumbos hacia el dormitorio, incapaces de quitarnos las manos de encima el tiempo suficiente para caminar con normalidad.

El dormitorio está envuelto en sombras, a pesar del intenso sol que brilla en el exterior. La cama de Dominic es enorme, de más de dos metros de ancho, con cabecero de terciopelo acolchado, almohadas

de un blanco inmaculado, sábanas azul pálido y a los pies una colcha gris de cachemir.

Ahora que ya estamos dentro, se vuelve hacia mí y su mirada oscura y penetrante me abrasa. Puedo ver el deseo en su cara, y eso me resulta excitante hasta un punto insoportable. Nunca me habían mirado así.

—¿Es esto lo que quieres? —pregunta con voz ronca.

—Sí —contesto, y mi voz es en parte un suspiro y en parte una dolorosa expresión de necesidad—. Sí, Dios, sí.

Se acerca más a mí y me examina la cara intensamente.

—No sé qué es lo que me has hecho... Solo sé que no puedo seguir conteniéndome.

Me pone las manos en la espalda y desliza los dedos por encima de los omóplatos hasta encontrar la cremallera del vestido. La baja hábilmente y, al abrirse el vestido, noto mi piel desprotegida. Con un movimiento rápido, desabrocha el cinturón y el vestido cae suavemente al suelo. Llevo ropa interior muy sencilla: un sujetador blanco con borde de encaje y unas bragas a juego, con una recatada pieza de encaje blanco en la parte delantera.

—Qué hermosa eres —dice, pasándome un dedo por la cadera—. Eres increíble.

Lo más extraordinario de todo es que me siento hermosa: madura, exquisita y lista para él. Más hermosa de lo que he estado nunca.

—Quiero tenerte ya —susurra, y funde sus labios con los míos. Me acaricia la boca con la lengua mientras me recorre el cuerpo con las manos, primero la espalda y luego el culo, donde sus manos se entretienen un rato explorando las generosas curvas.

—Tu culo está hecho para mí —murmura contra mis labios—. Es perfecto.

No puedo evitar acercar el culo a las palmas de sus manos y eso le hace gemir suavemente. Me besa ardientemente en la mandíbula, baja por el cuello y luego pasa al hombro. Ahora me toca a mí gemir cuando me roza la piel con su barba incipiente. Necesito tocarlo con todas mis fuerzas, sentir esa piel morena y cálida bajo las puntas de mis dedos e inhalar su aroma. Quiero arrancarle la camisa y besar el vello moreno de su pecho oscuro, pero me agarra los brazos con fuerza y me impide moverme.

—Ahora me toca a mí —susurra sonriente—. A ti ya te tocará.

Promesas, promesas... Pero, Dios, esto es divino...

Su boca seductora avanza hacia mis pechos, que suben y bajan al ritmo de mi respiración acelerada, pero él se toma su tiempo y se entretiene en besar cada centímetro cuadrado de piel entre el cuello y el borde de encaje del sujetador. Se me han endurecido los pezones y se han vuelto exquisitamente sensibles al contacto del algodón. No puedo evitar echar la cabeza hacia atrás y adelantar los pechos cuando, por fin, su boca llega al borde del sujetador. Entonces entran en acción sus dedos, esos elegantes dedos más bien cuadrados, llenos de promesas de lo que me van a hacer, y retiran el encaje; mi pecho derecho escapa de la prenda que lo contenía y el pezón sale duro y erecto como si suplicase que su boca tire de él. Dominic avanza lentamente hacia él, pasando la lengua por encima de la suave curva hasta que sus labios lo encuentran y se mete el pezón en la boca. La sensación hace que mi aliento se vuelva tembloroso, como si una corriente al rojo vivo saliese disparada del pezón y conectase directamente con la ingle. Me invade un intenso deseo.

—Por favor —digo suplicante—. Por favor, no puedo esperar más...

Dominic se echa a reír.

—La paciencia, jovencita, es una virtud —contesta insinuante.

Yo me siento de todo menos virtuosa: lujuriosa, disoluta, con ganas de él, necesitada. Me está dejando sin aliento. Apenas puedo soportarlo.

Con la otra mano me agarra el pecho izquierdo y con los dedos juguetea con el pezón a través de la tela. Respiro pesadamente y no puedo evitar que se me escapen unos pequeños suspiros mientras la sensación de placer hace que se me cierren los ojos y mi boca se abra.

Le pongo las manos sobre los hombros.

—Por favor, déjame tocarte —le suplico.

Tira del pezón con los dientes, rozando la punta con ellos antes de retirarse. Retrocede un paso, me mira y esboza una sonrisa. Luego se desabrocha la camisa y la deja caer al suelo. Me maravilla la vista de su ancho pecho con los pezones oscuros, la piel morena y el vello negro, los hombros anchos y los músculos de los antebrazos.

¿De verdad es todo para mí?

Cuando Dominic se descalza, centro toda mi atención en sus pantalones cortos. Se nota que está excitado, pero cuando se abre la bragueta y se quita primero los pantalones y luego los calzoncillos, tengo que reprimir un grito de asombro. Tiene una erección impresionante: hermosa en su tersura, orgullosa en su longitud. Con esa polla erecta me está diciendo sinceramente lo mucho que me desea.

Dominic da un paso hacia mí con los ojos entornados por la fuerza del deseo. Me rodea con sus brazos y me besa apasionadamente. Noto la dureza de su erección entre los dos, presionándome el vientre. Está caliente y dura y no puedo pensar en otra cosa que no sea en la increíble y cautivadora necesidad que tengo de sentirlo dentro de mí.

Me desabrocha el sujetador, que cae al suelo. Aprieto los pechos contra él y por fin puedo envolverlo con los brazos y sentir la ancha y tersa amplitud de su espalda bajo mis manos. La acaricio con las palmas, saboreando el tacto de su superficie musculosa, y bajo hasta notar la dureza de sus nalgas firmes.

Ahí no hay nada.

Ese pensamiento me viene a la cabeza espontáneamente. ¿Qué habré querido decir? ¿Qué me está diciendo mi subconsciente?

La paliza que presenciaste. No tiene marcas. Si las tuviese, las notarías al tacto.

Entonces, está claro que no era él —pienso aliviada—. No sé quién era, ni por qué estaban en su apartamento, pero no era él.

Solo de pensarlo algo se libera en mi interior. Mi deseo pasa de ser algo tembloroso y estático a convertirse en una fuerza que expresa una necesidad que nunca antes había sentido. Lo abrazo con más fuerza, le araño suavemente la piel, hundo la cara en su pecho y le recorro la piel con los dientes y con la lengua, mordisqueándole ligeramente la carne. Me meto el pezón oscuro en la boca y tiro de él.

—Dios —dice mientras lo chupo y tiro de él con los dientes. Y añade bruscamente un momento después—: ¿Quieres que te folle?

Le tiembla la voz. Asiento con la cabeza y dejo que el bultito de su pezón se me escape de entre los labios. Se queda brillante por la saliva.

—¿Quieres?

—¡Sí!

—Pídemelo...

Nunca he dicho algo así en voz alta, pero a estas alturas ya no me preocupa.

—Sí, por favor. Fóllame. Te deseo con locura...

De repente me demuestra su fuerza: me levanta en el aire y me lleva en volandas hasta la cama con un esfuerzo mínimo, como si yo no pesase nada, y me deja tumbada de espaldas, con el pecho y el vientre a la vista. Noto el frescor de las sábanas contra la piel caliente.

Dominic se acerca a una mesilla de noche, abre la portezuela y saca un paquete de condones. Con un rápido movimiento, abre el envoltorio, saca el preservativo y se lo coloca en el pene.

Esto va a pasar de verdad.

Lo deseo con fuerza, estoy lista y desesperada por sentir cómo me llena. Ya ha vuelto y está a los pies de la cama. Me agarra las bragas con los dedos y tira suavemente de ellas para bajármelas hasta los tobillos. Cuando me las quita, se arrodilla, me abre los muslos con cuidado y acerca los labios a esa pequeña zona de vello púbico. Siento que me abro para él como una flor mientras todo se hincha y se llena de un calor húmedo. Lo necesito desesperadamente. Mi cuerpo está suplicando con todas sus

fuerzas.

—Eres preciosa —dice en voz baja, y la sensación de su aliento sobre mi clítoris hinchado me hace jadear y suspirar. A continuación pasa los labios por la punta y deja que la lengua se recree en él hasta hacerlo temblar en una agonía exquisita.

—No puedo esperar —digo jadeando—. Por favor...

Dominic se incorpora y se queda ahí durante unos segundos, con su magnífica polla erguida ante mí. Luego se inclina otra vez sobre mí y, al presionar su miembro duro contra mi clítoris, yo me retuerzo debajo de él. Qué bien sienta notar su peso. Abro las piernas aún más para facilitarle la entrada, levanto las caderas para ir a su encuentro, y todo sin hacerlo conscientemente. Mi cuerpo responde con autonomía, instintivamente. Lo único que sé es que en este momento deseo y necesito su masculinidad.

Se retira un poco y la punta de su pene presiona la entrada de la vagina.

—Por favor, *por favor* —digo, casi gimoteando y con los ojos llenos de deseo.

Dominic me mira intensamente. Se nota que está saboreando este delicioso momento. Noto mis labios menores expandirse de pura necesidad y mi cuerpo latiendo de excitación. Me incorporo ligeramente, estiro los brazos, apoyo las manos en su firme trasero y tiro de él hasta que, por fin, me penetra. Entra suavemente porque estoy muy mojada, aunque sigue moviéndose con una lentitud exquisita, y empuja para llenarme con una sensación deliciosa.

Gimo y me agarro a él cuando entra aún más en mi interior. Su cara está tensa, como si estuviese concentrándose para no correrse. Me empuja con fuerza y mis caderas suben para acudir a su encuentro. Disfruto de la sensación de Dominic moviéndose con fuerza y entrando cada vez más profundamente. Nunca he sentido nada igual. Ahora va más rápido, y yo también estoy encontrando mi ritmo, levantando las caderas y arqueando la espalda con cada nueva arremetida. Entonces cambia de postura ligeramente; apoya el peso sobre sus rodillas y desliza las manos por debajo de mis nalgas para agarrarlas y tirar de mí. La sensación en mi interior también cambia: es más intensa, más profunda, y me deja sin aliento cada vez que me embiste. Jadeo y grito y él me agarra el culo con ambas manos, empujando con fuerza hacia delante para hacer presión sobre mi clítoris, caliente e inflamado. Una increíble sensación me recorre por dentro: es algo que llega en oleadas cada vez más intensas y crece sin cesar, un éxtasis insoportable y progresivo que me arrastra como un maremoto hacia el clímax. Abro las piernas todo lo que puedo y noto la tensión en ellas por la necesidad de correrme. Dominic aumenta el ritmo y su deseo se intensifica por mi evidente cercanía al orgasmo. Además, le brillan los ojos al mirarme y ver que estoy a punto de correrme. Los espasmos se apoderan de mí y me estremezco con unas fuertes sacudidas de placer. Solo soy consciente de la exquisita satisfacción de mi liberación, pero, justo entonces, oigo a Dominic gemir de placer cuando se corre y lo siento eyacular. Se deja caer hacia delante, sobre mi pecho, y nos quedamos ahí tumbados durante un buen rato, todavía unidos, jadeando y exhaustos.

Finalmente levanta la cabeza y me sonrío, feliz y satisfecho.

—¿Has disfrutado de tu día en el exterior, Beth?

—He disfrutado de mi día aquí, *en el interior* —contesto entre risas.

—Pues yo he disfrutado de mi día dentro de ti —dice él, y los dos nos echamos a reír. Es un momento de intimidad absoluta. Sale de mí, se tumba de lado y hábilmente se quita el condón y se va para deshacerse de él. Luego vuelve a abrazarme y me besa con ternura.

—Ha sido increíble, Beth. Eres una caja de sorpresas.

Suspiro felizmente.

—Te aseguro que ha sido extraordinario.

—¿Quieres quedarte a pasar la noche? —pregunta.

—¿Qué hora es?

—Más de las ocho.

—¿En serio? —Me parece increíble. Me acurruco al calor de su brazo—. Sí, por favor, me encantaría.

—Luego nos levantamos a cenar algo —dice, pero en la cama hace un calor delicioso y, pasado un rato, los dos nos dormimos, agotados.

Capítulo 9

Por la mañana me despierto con el sonido de la ducha en el cuarto de baño del dormitorio y, unos minutos después, sale Dominic envuelto en una toalla. Está guapísimo con el pelo moreno húmedo y con esas gotas de agua que le caen sobre los hombros.

—Hola —dice sonriente, con un brillo en la mirada—. ¿Cómo estás? ¿Has dormido bien?

—Muy bien —contesto con una sonrisa de oreja a oreja mientras me desperezo de una forma sensual.

—Estás increíble —dice mirándome apreciativo—. Ojalá hoy no tuviese que ir a la oficina. No se me ocurre nada que me apetezca más que volver ahí contigo para repetir lo de anoche.

—¿Y qué te lo impide? —pregunto, mirándolo con coquetería. Solo de verlo, mis terminaciones nerviosas se han activado de nuevo y un hormigueo me recorre toda la piel.

—Tengo trabajo, cielo. Y ya llego tarde. —Coge una toalla más pequeña y se pone a secarse el pelo—. Oye, ¿tú no tienes también un trabajo al que ir hoy?

Por un segundo no sé de qué me está hablando, pero de pronto me incorporo en la cama.

—¡Dios mío! ¡La galería! —El torbellino de emociones que me ha arrastrado ha hecho que se me olvide por completo lo de mi nuevo trabajo—. ¿Qué hora es?

—Casi las ocho. Tengo que irme.

Me relajo un poco.

—¡Uf! Yo no empiezo hasta las diez.

Dominic niega con la cabeza, riéndose.

—Menuda vida os pegáis los artistas.

Justo cuando estoy pensando que debería volver al apartamento de Celia para vestirme, me tapo la boca con la mano y doy un grito ahogado.

—¿Qué pasa? —pregunta Dominic, arqueando una ceja.

—¡De Havilland! ¡Anoche no le di de comer! —Salgo de la cama y cojo mi ropa—. ¡Pobre De Havilland! ¿Cómo pude olvidarme de él?

—No te preocupes, algo me dice que seguirá vivo. Además, me alegro de que anoche no interrumpieses el desarrollo de los acontecimientos por culpa de tu gato.

—El gato de Celia... ¡Por eso es tan terrible! —Me pongo el vestido a toda velocidad y me acerco corriendo hasta Dominic—. Gracias, muchas gracias por lo de ayer. Y por lo de anoche.

Me acerca a su pecho, que aún está húmedo. Noto los latidos de su corazón y me llega el olor a una deliciosa mezcla de jabón, loción para después del afeitado y su propia tibieza almizclada.

—Debería ser yo quien te diese las gracias a ti —murmura, y el sonido de su voz le reverbera en el pecho. Acto seguido se agacha y coge el móvil—. No tengo tu número de teléfono, dámelo.

Se lo recito de un tirón y él lo guarda en el móvil.

—Genial. Te mandaré un mensaje y así tendrás el mío. —Me da un beso de lo más dulce en los labios. Sabe a menta y a miel—. Venga, vete. No vayas a llegar tarde el primer día.

De Havilland, naturalmente, está furioso conmigo. Aúlla de enfado en cuanto oye la llave en la cerradura y, mientras entro, parece fulminarme con sus ojos amarillos.

—¡Vale, vale, lo siento! Me olvidé de ti. No estuvo bien, pero ya estoy aquí.

Entra en la cocina corriendo delante de mí, con el rabo negro y sedoso levantado como para indicarme su descontento. Se queda delante de su cuenco, maullando, mientras la echo la comida. Luego se pone a comer, masticándola encantado, como si llevase varias semanas sin probar bocado.

Miro la hora. Tengo que darme prisa. Necesito una ducha, y ya. Pero cuando me meto en la ducha, casi me resisto a quitarme el olor de lo que sucedió anoche. Fue tan maravilloso que solo con recordarlo

fugazmente me da un vuelco el estómago. No se pareció a nada de lo que experimenté con Adam, eso está claro. Adam y yo hacíamos el amor, claro, pero era siempre igual: placentero, tranquilo, pero predecible. Él nunca me hizo sentir ni una décima parte de la excitación y del éxtasis desinhibido que se apoderó de mí anoche. Cuando Dominic me penetró, tuve una sensación de profunda intimidad, y el clímax me provocó una satisfacción que nunca había sentido. Me hizo estremecerme hasta lo más íntimo de mi ser. Me miro el cuerpo, los pechos cubiertos de jabón resbaladizo, el vientre suave, el montículo inferior cubierto de vello rubio, y siento que, por primera vez, he descubierto de lo que soy capaz.

¿Aquella de verdad era yo? ¿Podría volver a hacerlo? Dios mío, espero que sí.

Ya estoy deseando volver a tenerlo dentro con una necesidad profunda e interna, como cuando tienes sed en una tarde calurosa.

Dominic.

Su nombre me hace estremecerme de placer.

Pero tienes trabajo, ¿recuerdas? ¡Ya es hora de sacar el cerebro de la cama, señorita! ¡Enjuágate y ponte manos a la obra!

Llego a la galería Riding House a las diez en punto. Veo que James ya está dentro y, cuando me oye llamar, acude a la puerta para abrirme.

—¡Buenos días! ¿Cómo estás, Beth? ¿Has pasado un buen fin de semana? —Está muy elegante con su estilo de caballero inglés, con unos pantalones de algodón color caqui, una camisa rosa y un chaleco de punto azul oscuro. Es más alto y delgado de lo que recordaba, y sus gafas reposan sobre su nariz aguileña mientras me dedica una sonrisa amable.

—Sí, gracias —digo animadamente—. Lo he pasado de maravilla.

—Me alegro. Voy a enseñarte cómo funciona esto. Por norma general, lo primero es el café. El primero que llega lo prepara... Y nada de cafés para llevar, eso también es una norma de la casa.

—¿Hay muchas normas? —pregunto sonriendo mientras me guía por la galería hasta llegar a una pequeña cocina en la parte de atrás.

—No, qué va. Esto es muy informal. Pero tengo mis principios.

No me sorprende oírlo; parece un hombre que tiene sus particulares filias y fobias. El café colombiano recién molido con un tueste fuerte y especiado es una de sus filias, y hay una cafetera Gaggia plateada para prepararlo. Unos minutos después me ofrece un café con leche que huele de maravilla, mientras él se toma el suyo solo en una taza de porcelana.

—Ya está —dice—. Ya somos humanos de nuevo. Ya podemos empezar.

A medida que avanza la mañana, sé que este trabajo me va a encantar. Tras su apariencia tranquila y elegante, James resulta ser ingenioso y divertido, y tiene una inesperada faceta juguetona que le hace bromear y reírse sin parar mientras me lo enseña todo. Mi trabajo es bastante sencillo. Tengo que contestar al teléfono, ofrecer mi ayuda a los clientes que entren y ocuparme de la administración en general. Como de momento no sé nada, James lo hace todo, pero enseguida aprendo su sistema.

—Siento mucho que todo esto sea un poco básico —dice disculpándose—. Con el tiempo ya te ocuparás de cosas más interesantes, te lo prometo.

—No me importa empezar por abajo —contesto.

—Bien dicho. —Sonríe de nuevo—. Creo que vamos a llevarnos muy bien.

Y así es. De hecho, congeniamos de maravilla. Resulta cómodo estar cerca de él y me hace reír a todas horas. Si tenía alguna sospecha sobre si podía estar coqueteando conmigo, todo se aclara por la tarde, cuando entra un hombre rubio de mediana edad de rostro curtido y bastante estropeado, que contrasta abiertamente con el elegante traje blanco que lleva. Se acerca a James, le da un beso en la mejilla y se pone a hablar con él en un idioma que no reconozco. James le contesta y luego me mira.

—Beth, te presento a Erlend, mi pareja. Debes disculparle, es noruego.

Erlend se gira y me saluda amablemente.

—Encantado, Beth. Espero que disfrutes trabajando con James. No dejes que se ponga muy mandón, siempre le gusta controlarlo todo.

—No le dejaré —contesto sonriendo.

Obviamente, James no estaba intentando ligar conmigo.

Mientras los dos hombres conversan en noruego, me doy un paseo por la galería, luminosa y limpia, y me entran ganas de abrazarme de felicidad.

Tengo este trabajo y tengo a Dominic. ¿Podría sonreírme más la vida?

A última hora de la tarde, recibo un mensaje de texto.

Hola, ¿a qué hora sales? ¿Quieres ir a tomar algo al salir del trabajo? D. Le contesto:

Me parece genial. Salgo a las 6. B. La respuesta llega enseguida:

Nos vemos en la puerta de la iglesia de All Souls en la calle Regent, junto a la BBC. 6.30. Besos. —
¿Buenas noticias? —pregunta James arqueando una de sus finas cejas por encima de sus gafas de montura dorada.

Me pongo colorada y asiento con la cabeza.

—Ajá.

—¿Novio?

Me pongo aún más roja.

—Eh... no...

—Aún no —contesta con una sonrisa—. Pero no te importaría.

A estas alturas, ya debo de parecer un tomate.

—Más o menos. Sí.

—Es un tipo con suerte. Espero que te trate bien.

Se me viene una imagen a la cabeza de lo bien que me trató Dominic anoche y siento una oleada de excitación, como si acabase de caer a una piscina desde un trampolín muy alto. Asiento de nuevo, incapaz de volver a hablar.

La galería cierra a las seis y, a pie, no está lejos de la iglesia donde he quedado con Dominic. James me dice cómo ir, así que llego allí con tiempo de sobra. La iglesia es antigua y está construida con piedra de tonos dorados. Doy vueltas por el pórtico circular con su hilera de columnas que da a Regent Street. El tráfico, abundante, pasa zumbando por delante de la imponente fachada de la BBC, que está junto a la iglesia. Me gusta ver pasar a la gente, pero estoy deseando que llegue Dominic. La sensación me recuerda a la de despertarse y recordar que es Navidad, o una ocasión especial: la deliciosa anticipación del placer.

Al final, estoy leyendo la información del tablón de anuncios de la iglesia cuando llega, y doy un respingo al oír su voz.

—¿Beth?

—¡Hola! —Me doy media vuelta, sonriendo de oreja a oreja—. ¿Qué tal has pasado el día?

Dominic está guapo, como siempre. Esta vez lleva un traje azul oscuro, muy elegante incluso para mis ojos de profana en la materia, y me sonrío al darme un beso en la mejilla y ponerme una mano en la parte baja de la espalda.

—Muy bien, gracias. ¿Y tú?

Empiezo a contarle cómo me ha ido en mi primer día en la galería mientras él me guía por Regent Street y hacia el oeste, a Marylebone. Dominic escucha, pero no dice gran cosa. Parece algo ensimismado.

—¿Estás bien? —le pregunto, preocupada, al entrar tras él en una bodega, que está muy concurrida; tiene el techo de piedra abovedado y mesas metidas discretamente en una especie de nichos. Las velas parpadean en unos soportes de cristal cobrizos y proyectan curiosas sombras en las paredes. No me contesta hasta que estamos sentados en nuestra mesa y ha pedido algo de beber para los dos: unas copas de Puligny-Montrachet frío. Cuando habla, me doy cuenta de que no me mira a los ojos.

—Estoy bien —contesta—. De verdad.

—¿Dominic? —Pongo mi mano sobre la suya y, durante un segundo, la agarra, pero la suelta enseguida

—. ¿Qué te pasa?

Se queda mirando fijamente la mesa con el ceño fruncido.

—Me estás preocupando. Vamos, dime qué te pasa.

La camarera llega con las bebidas, pero Dominic no dice nada hasta que se marcha. Los nervios me han hecho un nudo en el estómago. ¿Por qué está tan frío y distante? Esta mañana todo era calidez, coqueteo, intimidad. Y ahora ha levantado un muro, eso salta a la vista.

—Dominic —digo cuando nos quedamos solos—. Por favor, dime qué te pasa.

Por fin me mira a los ojos y me horrorizo al comprobar que los suyos están llenos de tristeza y arrepentimiento.

—Beth —dice lentamente—. Lo siento mucho...

Lo entiendo todo al instante, como si me hubiesen dado un puñetazo horrible.

—¡No! —exclamo antes de darme cuenta. Estoy furiosa. No me puedo creer que vaya a hacerme esto.

—Lo siento —repite. Une las manos, entrelaza los dedos y se queda mirándolos fijamente, con el rostro crispado como si le doliese algo—. Llevo todo el día pensándolo y...

—No lo digas. —No quiero que parezca que le estoy suplicando, pero no puedo evitarlo—. Ni siquiera nos has dado una oportunidad.

Levanta la vista para mirarme de nuevo.

—Lo sé, pero esa es la cuestión. Es que no puedo dárnosla.

—¿Por qué no? —Me siento como si me hubiese arrastrado una avalancha, envuelta por una fuerza poderosa que no para de darme vueltas, pero me recuerdo que debo conservar la calma—. Lo que hicimos anoche fue alucinante, increíble... ¿No soy más que una chica tonta e ingenua o es que tú tienes esa clase de experiencias constantemente? Pensaba que significaba algo, que para ti también había sido especial...

—¡Y lo fue! —exclama angustiada—. Dios, claro que lo fue. No es eso, Beth. Ojalá fuera eso.

—Entonces, ¿qué es? —Aquello en lo que había estado intentando no pensar y que me había negado categóricamente de repente aparece en primer plano en mi mente. *Ya sabes por qué* —me susurra una vocecilla, casi regodeándose—. *Has visto algo que él no sabe que has visto...*—. ¿Hay otra persona? ¿Alguien de quien no me has hablado?

Dominic cierra los ojos y niega con la cabeza.

—No. No.

—Entonces...

Vamos —susurra esa vocecilla malvada—, *no te hagas la tonta. Sabes más de lo que él cree. Díselo.*

Me dan ganas de contestar a gritos a esa voz: *¡Pero si sé que no era él, no tiene marcas!*

Quizá ella sepa cómo pegar para no dejar marcas, sugiere la voz.

Ay, Dios, eso no se me había ocurrido... Todo parece estar derrumbándose a mi alrededor. Cuando abro la boca, mi voz suena vacilante, casi temerosa.

—¿Es por lo que Vanessa y tú hacéis juntos?

Lo dejo alucinado. Se queda petrificado durante un segundo, y luego abre la boca como si quisiera decir algo, pero no se le ocurre nada.

Me armo de valor y se lo digo.

—Lo vi.

—¿Que viste el qué?

Pensaba que podría enfadarse conmigo, pero parece perplejo. Me quedo callada. Dudo, pero me está mirando fijamente, atravesándome con la mirada. Parece tenso, y sus ojos han adquirido esa frialdad que he aprendido a temer.

—Beth, quiero saberlo. ¿Qué has visto?

Me vienen imágenes a la cabeza: el hombre en cuclillas besando aquel instrumento, el movimiento rítmico del brazo de la mujer, el vívido teatro de sombras de la paliza.

—Vi... —bajo la voz. Ahora soy yo quien no se atreve a mirarlo a los ojos—. El sábado por la noche vi algo en tu apartamento. Las cortinas estaban echadas, pero son transparentes cuando las atraviesa la luz y... Os vi a Vanessa y a ti. Al menos, creo que era ella. No lo sé. —Levanto la vista y miro las hermosas profundidades de sus ojos negros moteados de luz dorada procedente de la vela, y desearía no tener que decir lo que estoy a punto de decir—: Vi cómo te daba una paliza. Primero sobre su rodilla, como si fueses un niño travieso. Luego en una postura diferente, y después vi cómo te azotaba con un cinturón mientras tú estabas tumbado en ese curioso asiento tuyo.

Sigue mirándome fijamente. Juraría que se ha puesto blanco como el papel.

—Lo vi —repito cansinamente—. Sé lo que hacéis juntos. ¿Por eso quieres cortar conmigo antes de habernos dado una oportunidad?

—Ay, Beth. —Se nota que está intentando buscar las palabras—. Dios, no sé qué decir. ¿Viste eso en mi apartamento?

Asiento con la cabeza.

—¿Y diste por hecho que éramos Vanessa y yo?

—¿Qué quieres que piense? Es tu apartamento. Os he visto allí juntos. ¿Quién si no iba a ser?

Dominic se queda pensativo durante unos segundos.

—Vale, creo que ya sé lo que ha pasado. Tienes razón en una cosa: la mujer que viste era Vanessa. Tiene la llave de mi apartamento, seguramente lo supusiste cuando entró la otra noche. Pero... —añade mirándome fijamente— el hombre que viste no era yo. Te lo prometo.

—Entonces... ¿a quién le permites que vaya a tu apartamento para que le peguen?

—Bueno, en realidad no es que lo haya permitido. Es decir, no me gusta. Pero Vanessa sabía que esa noche estaba fuera y tiene un cliente cuya fantasía consiste en fingir que es un magnate adinerado al que dominan en su lujoso apartamento. Vanessa lo llevaría allí para aprovechar el decorado. —Niega con la cabeza—. No se lo he prohibido, pero le tengo dicho que no lleve trabajo a mi casa. Digamos que abusa bastante de nuestra antigua relación.

Estoy confusa.

—Espera... ¿Su *cliente*? ¿Su *trabajo*? ¿Vanessa es una... prostituta?

No me lo puedo creer. ¿La guapa, elegante y refinada Vanessa es una puta? No puede ser. ¿Por qué iba a necesitar hacer algo así?

Dominic deja escapar un largo suspiro y se reclina en la silla.

—Madre mía. Parece que se ha destapado el pastel. Estoy viendo que voy a tener que sincerarme contigo.

—De verdad que te lo agradecería —digo con un cierto sarcasmo en la voz.

—De acuerdo. Iba a empezar hablándote de mí, pero empezaremos por Vanessa.

Coge la copa de vino y le da un sorbo, como si necesitara que el alcohol le insuflase una inyección de coraje. Yo también levanto mi copa, fría y llena de gotas de condensación, y le doy un sorbo al vino, prácticamente transparente y de un blanco mineral. Algo me dice que yo también voy a necesitar hacer acopio de valor.

Dominic endereza los hombros, junta las manos y me mira.

—Para empezar, Vanessa no es una prostituta; al menos, no lo que tú entiendes por una prostituta. Cobra por sus servicios, pero rara vez, por no decir nunca, tiene relaciones sexuales con sus clientes. Ofrece un servicio muy diferente. Vanessa es un ama y una dominatriz profesional y está especializada en ofrecerles a las personas con ciertas necesidades un lugar privado y seguro donde puedan representar sus fantasías y disfrutar de ellas.

No digo nada mientras lo asimilo. He oído hablar de las dominatrices, pero solo como figuras cómicas en películas y relatos. Nunca me había planteado que pudiesen existir en el mundo real. ¿A eso se dedica Vanessa?

—Casi todo el mundo se plantea el sexo y el amor de un modo muy sencillo: normalmente, un hombre y una mujer que se desnudan y practican relaciones sexuales convencionales. El sexo vainilla, como se suele decir. Seguro que habrás visto revistas para hombres en algún quiosco, esas que ofrecen las fantasías masculinas más ampliamente aceptadas: grandes fotografías a color de tetas y coños abiertos para que los tíos se hagan una paja.

Me resulta muy raro oír esas palabras en boca de Dominic, pero las pronuncia con una especie de desdén que hace que todo me resulte aún más desconcertante.

Se inclina hacia delante y me mira fijamente.

—Pero hay muchas, muchísimas personas que no somos así, para quienes la fantasía no es esa. Necesitamos algo más y no queremos limitarnos a imaginarlo. Queremos vivirlo.

Ha dicho «somos». Se está refiriendo a él. Ay, madre. ¿Qué irá a contarme?

—¿Te acuerdas del bar en el sótano, El Manicomio? —pregunta de repente. Al ver que asiento con la cabeza, prosigue—: Vanessa es la dueña de ese bar. De hecho, es la dueña de toda la casa. Allí va la gente para disfrutar de sus fantasías y satisfacer sus necesidades sin miedo. En realidad, es un piso franco. Lo creó para gente como ella.

Mientras lo escucho, me acuerdo de los sumisos de las jaulas.

—Es una dominatriz... —digo, perpleja.

—Todo dominador necesita sumisos. Si no, no hay nada que hacer —contesta y, casi por primera vez en toda la tarde, sonrío—. Arriba y abajo. El yin y el yang. —Se queda pensativo; debe de estar evocando alguna escena del pasado. Pasados unos segundos, prosigue—: Vanessa y yo nos conocimos en Oxford cuando yo estaba estudiando allí. Me gustó de inmediato, hubo una increíble atracción entre nosotros. Acababa de volver de Estados Unidos y no conocía a nadie, así que me encantó conocer a una mujer como ella. Además, Vanessa tenía actitudes muy inusuales. No tardó mucho en iniciarme en sus... gustos. Todo empezó como un juego. Comenzó a atarme a la cama mientras follábamos, me excitaba, me dejaba atado durante un buen rato y casi me torturaba con sus técnicas... y aquello me gustó mucho. No tardó en introducir otros objetos en el dormitorio: pañuelos, cuerdas, máscaras. Le gustaba amordazarme, vendarme los ojos y practicar sus juegos conmigo. Luego me inició en los azotes. Suavemente al principio (algunos golpes fuertes en las nalgas con las manos), y luego más en serio. Trajo las paletas y los cinturones y comenzó a pasar más tiempo azotándome que haciendo cualquier otra cosa. Le encantaba. Dios, le encantaba. —Los ojos le brillan al recordarlo.

Después de todo, no es diferente del hombre del asiento. No me gusta la sensación que tengo cuando me imagino a Vanessa y a Dominic en la cama: en parte me abrasan los celos y en parte me excita en secreto pensar en él tendido desnudo en la cama con alguien llevándolo hasta el límite del placer.

—¿Y... a ti? ¿Te gustaba a ti?

Vuelve a suspirar y le da otro sorbo al vino.

—No es fácil explicarlo si no lo has hecho nunca. Parece increíble, lo sé, pero la línea que separa el dolor del placer es muy fina. El dolor no tiene por qué ser lo peor del mundo... puede estimularte, excitarte y hacer que el placer sea muy, muy intenso. Al relacionarlo con ciertas fantasías o aprendizajes que ya existen en tu cabeza (el deseo de que te controlen, por ejemplo, o de que te castiguen, o de que te traten como a un niño malo o a una niña descarada a la que hay que domar... en fin), el cóctel puede ser explosivo.

Intento imaginármelo, pero no alcanzo a comprender qué puede tener de divertido que te peguen y te hagan daño. Yo, al menos, no le veo la gracia. Creo que no tengo fantasías en las que me castigan. Estoy segura de que todas mis fantasías son fantasías románticas.

Dominic prosigue, muy interesado en sincerarse del todo.

—Yo no estaba dispuesto a llegar tan lejos, pero Vanessa quería ir más allá: deseaba representar conmigo una flagelación real, pero a mí no me entusiasmaba la idea. Hasta cierto punto me habían gustado sus juegos, pero después dejaron de interesarme. Entonces fue cuando descubrimos El Club.

—¿El Club?

Dominic asiente con la cabeza.

—Una reunión secreta de gente con ideas afines. El Club se reunía en un antiguo cobertizo cerca del río que, desde fuera, no parecía nada fuera de lo normal, pero que por dentro estaba dedicado al arte y la práctica de la flagelación. Estaba provisto de todo el material que resulta difícil tener en casa: barras de separación, cruces, potros de castigo... de todo.

Reprimo un grito. *¿Una cámara de tortura? Dios mío, pero ¿no estábamos intentando acabar con esas cosas en lugar de fomentarlas? ¿Está al corriente Amnistía Internacional?*

Dominic ve mi expresión.

—Ya sé que suena mal, pero todo es consensuado. No se hace nada sin el consentimiento del azotado. La primera experiencia que tuve allí fue alucinante. Vi a un hombre azotando a una mujer, pero azotándola de verdad. —Tiene la mirada ausente y sé que está reproduciendo la escena en su imaginación—. Estaba encadenada a una cruz de San Andrés... ya sabes, de esas que son como una X, atada de pies y manos, y el hombre utilizó siete instrumentos diferentes. Empezó con algo suave, un látigo de crin, y acabó con un látigo muy bestia conocido como gato de nueve colas... salvo que aquel tenía unas veinte. Para entonces ella estaba prácticamente destrozada. Fue increíble.

Intento imaginármelo: una mujer gritando de dolor, con la espalda llena de sangre y verdugones, y un hombre enloquecido de poder dándole una paliza con todas sus fuerzas. *¿Qué tiene eso de divertido?*

—¿Y cuándo follaron? —pregunto tímidamente.

Dominic parece sorprendido.

—¿Cómo que cuándo follaron?

—Es una especie de actividad sexual, ¿no? ¿O no estoy entendiendo nada? ¿Cuándo follaron?

—Las normas del Club prohíben las relaciones sexuales y la penetración, a menos que los miembros estén en privado y consientan hacerlo como parte de la escena. Pero hay mucha gente que obtiene placer sexual sin necesidad de lo que tú identificas como sexo. El sexo son los latigazos; los latigazos son sexo. O no. Todo depende. La relación y el intercambio de poder entre los participantes bastan a menudo para procurarles la liberación que buscan.

Me quedo mirándolo fijamente. Tiene razón: jamás me había imaginado algunas de las cosas que me está contando.

—Entonces, ¿os hicisteis miembros de ese Club?

Dominic asiente con la cabeza.

—Vanessa lo adoraba. Era el ambiente que había estado buscando, había encontrado a su familia. El Manicomio es una especie de filial del Club, pero más elaborado, porque proporciona algo más que la simple dominación.

—¿Hay más? —pregunto en voz baja.

Dominic se echa a reír.

—Oh, sí. Hay mucho más. Pero no nos desviemos del tema. Lo que intento explicarte es por qué yo nunca sería el hombre que viste en mi apartamento.

—¿Por qué no?

Me mira a los ojos.

—Porque cuando presencié aquella flagelación, me quedó claro que no quería que me esposasen a la cruz, ni recibir los dolorosos golpes y el feroz castigo de los instrumentos. —Hace una ligera pausa y añade—: Yo quería ser el hombre del látigo. No quería recibir el castigo, quería aplicarlo.

No sé qué decir. Me quedo mirándolo con los ojos como platos.

Dominic deja escapar un suspiro. De pronto, parece derrotado.

—No tenía intención de contártelo así. Todo ha salido al revés.

Apenas lo oigo porque estoy ocupada estableciendo conexiones mentales.

—A eso te referías al decir que tus necesidades y las de Vanessa no eran compatibles.

Asiente lentamente.

—Sí, me temo que sí. En una relación no puede haber dos personalidades dominantes, no cuando eso representa una parte vital de la dinámica sexual. En realidad, lo que pasó fue que dejamos de estar enamorados el uno del otro. La relación se había agotado y nos convertimos en lo que teníamos que ser: amigos. Además, nuestra exploración del ambiente nos unió mucho.

—Con esposas, según parece —digo con aspereza, y me ofende un poco cuando empieza a reírse—. No intentaba hacer un chiste. Para mí todo esto es muy raro. —Me inclino hacia él y lo miro fijamente. Debería haber sospechado que un hombre así de guapo sería cualquier cosa menos convencional—. ¿Me estás diciendo que necesitas azotar a las mujeres?

Le da otro sorbo al vino. *¿Lo estoy poniendo nervioso?*

—Para mí esto es muy raro, Beth, porque no sabes nada de este mundo, y las cosas que son muy normales para mí a ti van a sonarte extrañas. Lo creas o no, hay muchas mujeres que disfrutan mucho siendo sumisas. Y yo disfruto muchísimo dominándolas.

No sé qué decir. Intento imaginarme a este hombre, tan normal en apariencia, blandiendo un látigo y descargándolo sobre la espalda de una mujer vulnerable. Me invade una mezcla de rabia y de tristeza, pero no entiendo del todo de dónde proceden esos sentimientos. Antes de que me dé tiempo a decidir qué voy a hacer, me levanto con dificultad y aparto la silla, arrastrándola con un chirrido sobre las losas de piedra.

—Ya entiendo por qué querías poner fin a lo nuestro —digo con la voz temblorosa—. Supongo que lo de anoche no te bastó. A mí me pareció increíble, pero supongo que sin darme una buena paliza no fue suficiente para ti. Gracias por contármelo.

Noto el dolor en su mirada.

—No, Beth, no es eso.

Lo interrumpo.

—No, ya lo entiendo. Será mejor que me vaya.

Me doy media vuelta y corro hacia la puerta. Dominic se levanta y grita mi nombre, pero no puede seguirme sin pagar la cuenta, así que salgo a la calle y le hago un gesto a un taxi que pasa por delante.

—A Randolph Gardens, por favor —digo sin aliento mientras me instalo en el asiento de atrás. Y durante todo el camino hasta Mayfair, tiemblo como si la temperatura hubiese bajado a cero grados.

Capítulo 10

James me nota cambiada en cuanto llego al trabajo al día siguiente.

—¿Te encuentras bien? —pregunta, mirándome por encima de las gafas—. No pareces tan contenta como ayer.

Intento sonreír.

—Estoy bien. En serio.

—Ah. Mal de amores, si no me equivoco. Tranquila, querida, yo también pasé por eso. No sabes lo contento que estoy de que Erlend y yo seamos una pareja de viejos que hace mucho que dejamos atrás los tiempos de amoríos. La tranquilidad compensa lo que se pierde en emoción. —Me mira con comprensión—. Pero eso no quiere decir que se me haya olvidado lo que duele. No te haré preguntas... solo intentaré distraerte.

No estoy muy segura de que James pueda hacerme olvidar las revelaciones de anoche. Desde entonces no he pensado en otra cosa. Me he pasado la noche tumbada en la cama, con los ojos como platos y sin poder dormir, mientras me imaginaba a Dominic blandiendo todo tipo de instrumentos y riéndose como loco al descargarlos sobre la espalda de una mujer.

Un hombre al que le gusta pegar a las mujeres. ¿Cómo puede ser así? No lo entiendo. Ni siquiera sé si quiero entenderlo.

Intento autoconvencerme, pero la verdad es que no puedo evitar sentir lo que siento por él. Sigo deseándolo a todas horas y me paso el día pensando en él, a pesar de los esfuerzos de James por mantenerme ocupada trabajando en las pruebas del catálogo para la próxima exposición. Pasan las horas y sigo sin saber nada de Dominic. Cada vez estoy más deprimida solo de pensar que quizá no vuelva a verlo nunca.

Por la tarde me voy a casa tras parar a comprar algo de comer, e intento engañarme pensando que no estoy vigilando el apartamento de enfrente con la esperanza de ver algún signo de vida. Necesito ver a Dominic tanto como un drogadicto necesita su siguiente dosis. De hecho, me preocupa que, si lo veo, no sea capaz de contenerme y vaya directa hacia él.

A las ocho, el apartamento sigue sumido en la oscuridad. Yo estoy como loca, paseándome arriba y abajo, cogiendo el móvil para mandarle un mensaje pero logrando contenerme, imaginándome todo el rato dónde podrá estar y qué estará haciendo. Cuando estoy a punto de volver a El Manicomio a ver si lo veo allí, llaman a la puerta.

Me quedo helada. *Dominic. Tiene que ser él. A menos que sea el portero...*

Abro la puerta tímidamente y el corazón me late como loco. Ahí está, apoyando un brazo en el marco de la puerta, con un aspecto lamentable por primera vez desde que lo conozco. Va sin afeitarse, tiene ojeras, y los ojos, cansados y enrojecidos. Cualquiera diría que apenas ha dormido esta noche. Su aspecto también parece descuidado, con unos vaqueros arrugados y una sudadera gris. Está mirando el suelo fijamente, pero levanta la vista cuando salgo lentamente de detrás de la puerta.

—Hola —dice en voz baja—. Lo siento, probablemente sea la última persona a la que quieras ver ahora, pero tenía que venir a hablar contigo.

—No —contesto esbozando una sonrisa—. Yo también quería verte. Te he echado de menos.

Parece muy abatido.

—Pero a juzgar por cómo saliste corriendo anoche... Estabas horrorizada. Afectada. Asqueada. —Se pasa los dedos por el pelo oscuro y las puntas se le quedan todas hacia arriba. Aunque parezca absurdo, está muy atractivo. Pensaba que me gustaba el Dominic refinado y elegante, pero puede que así de desaliñado me guste más. Me mira suplicante con esos ojos negros—. Todo salió al revés, Beth. No

debería habértelo contado así. Te llevaste una idea equivocada.

Se me seca la garganta. Trago saliva y pregunto:

—¿Y qué idea tendría que haberme llevado?

—Piensas que solo quiero pegar a las mujeres, pero no es así, te lo prometo. ¿Me dejarás que te lo explique, por favor?

Me quedo mirándolo fijamente. Está claro que podría negarme y decirle que se vaya por donde ha venido, pero estoy tan anonadada al encontrarme de nuevo en su presencia que lo proceso todo a medio gas.

—Claro. Pasa.

Doy un paso atrás hacia el oscuro recibidor y él entra conmigo. No nos hace falta más. En cuanto lo siento a mi lado, inhalo su maravilloso olor: dulce, cítrico, almizclado y completamente irresistible. Ahora que vuelvo a tenerlo cerca se me licuan las entrañas, me tiemblan las rodillas y me quedo mirándolo a la boca mientras abro los labios por el torrente de deseo que estoy sintiendo.

—Beth —dice con voz ronca, acerca su boca a la mía y nos besamos apasionadamente, como si no tuviéramos nunca suficiente el uno del otro. La sensación es maravillosa, como verte arrastrada por un tornado de terciopelo: poderoso, emocionante, mareante, pero suave y oscuro al mismo tiempo. Su sabor y la intensidad de su deseo despiertan una lujuria en mí que no había experimentado nunca. Me muero de deseo, y en cuanto su lengua entra en contacto con la mía, sé que estoy lista para él: caliente, mojada y necesitada. Por la dureza de su entrepierna, que se aprieta contra mí, se nota que él también lo está. Es como si ambos fuésemos incapaces de controlarnos y actuásemos llevados por el instinto, arrastrados por la fuerza del deseo que sentimos por el otro.

Metes las manos por debajo de mi camiseta, la levanta, me la quita por encima de la cabeza y me deja solo con el sujetador. Hunde la cabeza en mi pecho durante unos segundos y cubre de besos calientes los suaves montículos de carne que se escapan de las copas, pero inmediatamente regresa a mi boca y yo lo recibo hambrienta; no puedo soportar dejar de notar su sabor en mi boca. Yo también le levanto la camiseta, pero me la quita de las manos y se la arranca él mismo con un movimiento rápido; nuestros pechos quedan el uno contra el otro, carne contra carne, creando las sensaciones más intensas y placenteras.

Sus labios y su lengua están de nuevo ocupados con mi boca, mordisqueándome los labios y chupándome la lengua. Su pasión es más intensa que antes, y la mía aumenta hasta ponerse a su nivel. Araño ligeramente su ancha espalda musculosa y le hago gemir en mi boca; acto seguido, paso a los botones de sus vaqueros y los desabrocho rápidamente. Su erección irradia calor, y ya noto su gran polla presionando contra el suave algodón de los calzoncillos. Meto la mano por la abertura; está caliente, dura y suave al tacto. Acaricio toda su longitud con la mano, frotando la piel suavemente con la palma, hasta que vuelve a gemir. Con una mano me suelta la falda y, un segundo después, cae al suelo. Sus dedos se cuelan en mis bragas y alcanzan mi sexo, caliente y húmedo. Cuando acaricia los labios hinchados e introduce los dedos en lo más profundo de mí, yo también jadeo y, extasiada, le meto la lengua en la boca. Desliza los dedos hasta llegar al clítoris y frota el bultito, que se retuerce bajo las puntas de sus dedos y reacciona con tanta intensidad que me hace estremecerme y apretarle más fuerte la polla. Nos estamos dando placer el uno al otro. Entonces vuelve a deslizar los dedos hacia el interior de la entrada húmeda; mete uno primero y luego el otro. Echo la cabeza hacia atrás y gimo con fuerza por esa sensación exquisita. Dominic empuja una y otra vez con los dedos, proyectándolos cada vez más profundamente.

—No he podido pensar en otra cosa desde que follamos —dice—. No puedo dejar de desear tocarte y lamerte.

En respuesta a sus palabras, empiezo a tirar de sus pantalones. Tiene que sacar las manos de mis bragas para que pueda bajarle los pantalones y los calzoncillos por los musculosos muslos y pantorrillas. Cuando llego al suelo, me arrodillo ante él. Aprieto la cara contra su entrepierna. Tengo su polla dura

contra la mejilla mientras inhalo el suave y delicioso aroma de su vello púbico. Noto sus dedos en la cabeza, acariciándome el pelo, enredándose entre mis mechones. Su pene es increíble, y quiero darle todo el amor que espero que no tarde en darme él a mí. Acaricio con los labios toda la longitud de su erección y vuelvo a maravillarme de la suavidad de su piel y de la dureza que recubre. Cuando llego a la parte de arriba, se lo sujeto con una mano mientras, con la otra, le agarro los pesados testículos y los acaricio con sumo cuidado. Oigo que se le entrecorta la respiración cuando los acaricio con el índice y entonces, con un rápido movimiento, me meto la punta en la boca, la chupo y paso la lengua alrededor y por encima, sin dejar de mover la mano a lo largo, arriba y abajo. Dominic comienza a proyectar las caderas y me agarra con fuerza del pelo mientras chupo y acaricio, consciente de que estoy haciéndole disfrutar intensamente. Su placer hace que me excite aún más, y no sé cuánto tiempo podré aguantar cuando se retira bruscamente.

—Vas a hacer que me corra —dice con voz ronca.

Se tumba junto a mí en el suelo y vuelve a besarme. Me besa con fuerza y me empuja suavemente hacia atrás hasta que quedo tendida sobre el frío mármol. El contraste entre nuestros cuerpos calientes y el suelo frío resulta estimulante y me hace retorcerme y jadear. Entonces le noto presionando para entrar en mí y, un segundo después, ya está dentro, llenándome con esa sensación exquisita y lujuriosa. Le rodeo la cintura con las piernas para que pueda meterla más adentro; deseo... no, *necesito* sentirlo en lo más profundo de mí, empujándome hacia el placer incontrolable que busco.

Es una pasión feroz, vertiginosa. Baja las caderas para acudir al encuentro de las mías y luego vuelve a empujar. Nuestras lenguas se unen, se separan y luego vuelven a unirse al ritmo de sus movimientos.

De repente Dominic me agarra las muñecas con una mano y me las sujeta por encima de la cabeza. Una oleada de excitación me recorre. Así se siente alguien cuando está inmovilizado. Verme atrapada bajo su cuerpo mientras él toma el control me produce una sensación alucinante.

—Sí, preciosa, sí —dice con los dientes apretados mientras sus ojos me abrasan con el ardor de sus propias sensaciones—. Vamos, córrete para mí.

Sus palabras me excitan aún más. Es como si estuviese atribuyéndose la propiedad de mi clímax, y aunque me dejo llevar por este momento erótico y feroz, me pregunto si esto es la prueba de lo que se sentirá siendo la sumisa de Dominic. En el caso de que así sea, quizá resulte más excitante de lo que pensaba. Cada nuevo empujón hace que su hueso púbico me golpee el clítoris y lo hunde más en mí. Siento que comienzan las oleadas, las sensaciones vibrantes de placer que nacen en la entrepierna y se extienden por todo el vientre. Cada oleada me hace subir más y más hasta alcanzar la cúspide del placer; la intensidad de lo que siento se vuelve cada vez más insoportable. Entonces, cuando ya no lo soporto más, noto que llega el orgasmo y me hace subir a las alturas en una pirueta de maravilloso placer. Dejo escapar un grito silencioso y, mientras me tensó y me estremezco, noto que los empujones de Dominic son más fuertes y más breves hasta que, con un gruñido, él también se corre con sacudidas largas e intensas, y no deja de empujarme hasta que todo ha terminado.

Nos quedamos tumbados, aturdidos durante unos segundos, jadeando y recuperándonos, con Dominic todavía dentro de mí. Cuando le sonrío sensualmente y le acaricio la espalda con las manos, sale de mí y me doy cuenta de que tiene el ceño fruncido.

—¿Qué pasa? —pregunto al notar la humedad de su eyaculación deslizándose por mi muslo.

—No me he puesto condón.

—Bueno, estoy tomando la píldora —reconozco—. Hace años que la tomo, y no he dejado de hacerlo después de cortar con Adam. Pero...

Asiente con la cabeza.

—Ya lo sé. El sexo seguro. Es importante, no debería haberme dejado llevar. —Me mira muy serio—. Mira, me hacen análisis regularmente como parte de las revisiones médicas. Estoy sano, así que no tienes que preocuparte por mí.

Me gustaría poder decir lo mismo, pero de pronto comprendo que Adam estaba follándose a otra en secreto y no tengo modo de saber con cuántos se acostaba ella, ni si usaban condón. Se me llenan los ojos de lágrimas.

—¿Qué pasa, cariño? —pregunta Dominic con ternura mientras me acaricia el pelo. Cuando se lo explico, con la voz llorosa, añade—: No creo que debas preocuparte, pero si así te quedas más tranquila, mi médico puede echarte un vistazo. Está cerca de aquí, en la calle Harley, y es fantástico. Le pediré cita, si quieres. En el consultorio también hay una doctora, si lo prefieres. Si eso te deja más tranquila...

Me conmueve su preocupación y le beso en la mejilla.

—Sí, puede que vaya. Así podré olvidarme por completo a Adam y todo lo que tiene que ver con él.

—Bien. —Me besa suavemente en los labios—. Y ahora... ¿nos levantamos? El suelo de repente me parece un poco frío y duro.

Nos turnamos para ducharnos y, cuando Dominic vuelve, vestido de nuevo con la camiseta y los vaqueros, le ofrezco una copa de vino en el salón. Yo estoy acurrucada en el sofá con la bata de seda y otra copa en la mano.

—No era esto lo que tenía en mente al venir a verte —dice Dominic sonriendo al sentarse frente a mí—. O a lo mejor sí, no sé...

Le devuelvo la sonrisa.

—He estado muy triste todo el día.

—Yo también. —La expresión de su rostro vuelve a ensombrecerse—. Pero sigue habiendo cosas de las que tenemos que hablar.

—Lo sé —contesto y suspiro—. Para mí es difícil, Dominic. Me cuesta entender por qué algo como lo que acabamos de hacer no es suficiente para ti. Quieres más. Quieres tener ese otro mundo extraño en el que te inició Vanessa.

Dominic asiente con la cabeza.

—No sabría explicarlo. Quizá se parezca un poco a tomar drogas. Una vez que te acostumbras a divertirte así, es difícil volver a lo de antes. De momento, lo que estamos experimentando el uno con el otro es increíble, no lo niego. —Una expresión de tristeza le cruza la cara—. Pero sé lo que va a pasar. Cuando pase un tiempo, ya no me satisfará como ahora. Querré un poco más, querré sentir un poco más esa peligrosa sensación. Querré sentir el subidón que produce el control. —Me mira fijamente con sus ojos penetrantes—. Y tú no quieres que te dominen.

—Eso no lo sabes —protesto—. ¡Quizá sí me guste que me dominen!

Dominic niega con la cabeza.

—No, casi todos los sumisos sienten la necesidad desde una edad muy temprana, se desarrolla al mismo tiempo que su sexualidad. A ver, no es que quiera pegar a las mujeres, no exactamente... Más bien quiero someter a personalidades sumisas que deseen un correctivo. Y como soy heterosexual, disfruto haciéndolo con mujeres. No consiste en maltratar a nadie, todo es consentido y bastante seguro y acotado. Pero no es eso lo que tú quieres. Si hubieses sentido el deseo de que te flagelasen, azotasen o castigasen, seguramente ya lo sabrías a estas alturas.

Le dirijo una mirada penetrante.

—Tú no lo sabías.

Parece sorprendido.

—¿Qué quieres decir?

—Según me contaste, no habías tenido ese impulso hasta que Vanessa te enseñó lo que quería de ti. Y ni aun así sabías que querías ser dominante hasta que viste la flagelación.

Se produce una larga pausa mientras acaricia sin darse cuenta el brazo del sillón y reflexiona sobre lo que he dicho.

—Tienes razón —contesta por fin—. No lo sabía. Pero no sé si para los sumisos la cosa funciona igual.

—¿Y por qué no podemos seguir adelante, a ver qué pasa? —le suplico casi con tristeza—. Puede que esta vez no sientas esos impulsos.

—Eso es algo que no puedo prometerte, Beth. A decir verdad, es algo que siempre me ha pasado. No quiero provocar que sientas algo por mí y luego dejarte porque la cosa no funciona entre nosotros.

—Ya es un poco tarde para eso —contesto en voz baja.

—Lo sé, y lo siento —dice tirando de la funda del sillón, incapaz de mirarme.

Me quedo mirando su cuerpo largo y atractivo, demasiado grande para los delicados sillones de Celia, y me pregunto cómo ha podido llegar a pasar esto.

—¿Quieres decir que, incluso después de lo que acabamos de hacer, lo nuestro ha terminado? ¿Que no podemos seguir?

Dominic me mira con tristeza en los ojos.

—Eso me temo.

Me deja completamente hundida.

—¿Y eso qué ha sido, un polvo de despedida? —exclamo con más cinismo del que pretendía.

—Ya sabes que no —dice en un murmullo.

Estoy furiosa y desconsolada a partes iguales.

—No sé cómo puedes decirme que me deseas, que no has podido pensar en otra cosa... y después puedes correrte como acabas de hacerlo, pero aun así dejarme.

Dominic cierra los ojos brevemente. Cuando vuelve a abrirlos, parece aún más triste que antes de hacer el amor.

—¿Sabes qué? —dice poniéndose en pie lentamente—. Yo tampoco. Pero lo hago por tu bien, Beth. Te lo prometo.

Se acerca a mí, se agacha y me besa en los labios. Su cercanía resulta embriagadora, pero cierro los ojos para intentar que no me afecte.

—Beth —añade con un hilo de voz—. Desearía que conocieras mi parte más oscura. Me gustaría mostrarte hasta el último átomo del deseo que siento por ti y hacerte mía por completo. Pero es un lugar del que no se puede volver, Beth, y no soportaría llevarte hasta allí para luego perderte. —Hace una pausa brevísima y, a continuación, susurra—: Lo siento.

Mantengo los ojos cerrados, pero sé que ya se ha apartado de mí y, por el ruido de sus pasos, parece que ha salido del salón. Entonces oigo la puerta de entrada al cerrarse y siento que se me acaba de romper el corazón.

Capítulo 11

-No, mamá. De verdad que estoy bien.

Hago una mueca mirando a James, que acaba de dejarme una taza de café sobre la mesa, y le indico por señas que no voy a tardar. Me hace un gesto que da a entender que puedo tomarme todo el tiempo del mundo y se aleja a una distancia prudencial para dejarme hablar tranquilamente.

—¿Estás segura, cielo? —Mi madre parece nerviosa—. Estoy preocupada por ti, ahí sola, en esa gran ciudad.

—Estoy bien. Además, ahora estoy trabajando y no puedo hablar...

—¿Me prometes que me llamarás luego? También puedo coger un tren e irme a estar contigo todo el tiempo que necesites.

—No hace falta, pero te llamaré pronto. Ahora tengo que irme.

—De acuerdo. Cuídate. Adiós. ¡Te quiero!

—Yo también, mamá. Adiós.

Cuelgo el teléfono, animada por la charla con mi madre. Aunque no le he contado lo que ha pasado con Dominic, sus finas antenas de madre han debido de captar algo de la tristeza que no he podido evitar que se trasluzca en mi voz.

James se acerca para ver cómo voy con las pruebas del catálogo. Se las enseño; ya están casi terminadas.

—Bien —dice—. Tienes muy buen ojo para los detalles, Beth. Eso me quita un peso de encima, te lo aseguro. A mí no se me da demasiado bien. A veces le pido a Erlend que revise lo que escribo, pero su dominio del idioma no es perfecto, y puede llegar a empeorar las cosas introduciendo errores en lugar de eliminarlos. —Niega con la cabeza mientras se ríe—. Menuda pareja de viejos. En cuanto estén terminadas las pruebas, hay otras cosas con las que tenemos que ponernos.

Revisamos las tareas pendientes. Voy a ayudarle a organizar la siguiente visita privada, que será dentro de dos semanas, y a ocuparme del desmontaje de la exposición actual y la instalación de la siguiente. Hay muchas cosas que hacer de las que puedo ocuparme yo de modo que James tenga más tiempo para tratar con los clientes, que es su punto fuerte. Ya lo he visto trabajar: se acercó a un cliente que acababa de entrar desde la calle y empezó a hablarle de los cuadros que había expuestos. Como tenía cierta cautela ante un posible vendedor agresivo, el cliente tardó un rato en relajarse, pero gracias a los consejos amables de James encontró un cuadro que le gustaba mucho y enseguida cerraron el trato.

Me dejó impresionada. No puede ser fácil convencer a alguien para que se desprenda de cinco mil libras así como así.

—En estos tiempos difíciles económicamente hablando, la gente ve el arte como una inversión —me explicó James—. Me he pasado un rato asegurándole que la obra de este artista va a conservar su valor y que, probablemente, va a aumentar. Eso es lo que más les preocupa a los clientes ahora mismo... Pero, claro, también tiene que gustarles el cuadro. Es una inversión que puede reportar mucho placer.

Ahora me dedica una de esas miradas sabias por encima de las gafas y me recuerda a un búho de algún libro de cuentos.

—Hoy no pareces la misma. ¿Va todo bien?

—Sí, todo va bien —contesto automáticamente, pero la falta de alegría en mi voz me delata.

—Muy bien. Creo que necesitamos una buena charla. La galería está tranquila y las pruebas están casi terminadas. —Coge una silla y se sienta enfrente de mí, con los codos sobre la mesa y la barbilla sobre las manos—. Vamos, cuéntamelo.

Me quedo mirándolo. No me puedo creer que solo lo conozca desde hace unos días. Nos

compenetramos de maravilla y es alguien con quien resulta muy fácil hablar, una de esas personas que no se escandalizan por nada. Me da la impresión de que James ha tenido muchas vivencias y que eso, sumado a su naturaleza encantadora, lo ha convertido en el perfecto paño de lágrimas. Además, se nota que realmente le interesa. *¿Puedo contarle la verdad?*

—Puedes contarme cualquier cosa —dice como si acabase de leerme el pensamiento.

—Pues... —Respiro hondo y lo suelto todo, desde el principio, desde la primera noche que vi a Dominic en su apartamento hasta lo que sucedió anoche y su rechazo categórico a darle una oportunidad a nuestra relación. Soltarlo todo es un alivio, y, cuando termino, James me mira desconcertado.

—Beth —dice por fin, negando con la cabeza—. Reconozco que este no es el típico problema de mal de amores, sino un acertijo de difícil solución.

—No sé qué hacer —comento con tristeza—. No puedo obligarlo a estar conmigo si él no quiere.

—Ah, ese no es el problema, querida. Está claro que él quiere estar contigo —dice James.

—¿Tú crees? —pregunto esperanzada.

—Por supuesto. Está loco por ti, pero intenta comportarse bien contigo. Se está sacrificando por ti.

—¡Pero si no tiene por qué! —grito—. Yo no quiero que lo haga.

—No... Obviamente, tú estás igual de loca por él, y cuando a una persona la invade un sentimiento tan fuerte, es capaz de hacer cualquier cosa. Él presiente que habrá problemas más adelante y no quiere hacerte pasar por eso, pero tú estás dispuesta a aceptar el dolor en el futuro si ahora puedes disfrutar del placer.

Me quedo mirando pensativa la madera clara de la mesa y la pila de pruebas de catálogo con ilustraciones de vistosos colores.

—¿Y si acepto el dolor ahora? —pregunto en voz baja.

James me mira socarronamente.

—¿Qué quieres decir?

—Dominic ha descrito su necesidad de dominar como un tipo de adicción, como las drogas. Quizá pueda entrar en ese mundo con él y juntos podamos encontrar la cura, el modo de dejarlo y aprender a vivir sin eso.

Mientras hablo, lo que digo tiene todo el sentido del mundo. Noto un arrebató de felicidad, como si acabase de dar con la solución perfecta. Pues claro. Si entrar en ese mundo es lo que necesito para estar con Dominic, pienso hacerlo. Recuerdo su mano agarrando mis muñecas mientras hacíamos el amor y cómo me ordenó que me corriese... Eso hizo que todo me diese vueltas y que tuviese un orgasmo. Una deliciosa excitación me recorre el cuerpo. Quizá el viaje de descubrimiento revele placeres ocultos...

—Es algo muy serio, Beth —dice James, y frunce el ceño en señal de preocupación—. Dominic te ha dejado claro que no quiere que participes en esa parte de su vida. Quizá sea un aspecto de su personalidad que, en el fondo, no le gusta o no quiera compartir contigo.

—Si no lo compartes conmigo, nunca podremos tener una relación —digo con firmeza—. Y es algo que quiero con todas mis fuerzas. Además —noto que se me ponen las mejillas coloradas y digo algo que nunca pensé que le diría a nadie en voz alta, y menos a mi nuevo jefe—, una parte de mí siente curiosidad. Quiero comprender el poder que ese mundo tiene sobre la gente. He vivido durante años en estado vegetativo y no quiero regresar a esa existencia adormilada.

James arquea las cejas al mirarme.

—Muy bien. Eso ya es otra cosa. Si quieres hacerlo por ti misma, además de por él... eso lo entiendo. Es menos peligroso, digámoslo así. Si lo hicieses solo para no perderlo, me parecería mal. —Se queda pensativo—. Nunca me ha atraído lo que llaman BDSM: *bondage*, dominación, sadomasoquismo, pero a muchos gays les gusta. Visten de cuero, les gusta atarse y aplicar o recibir castigos. Yo tenía unos amigos, una pareja, que vivían una total relación de amo y esclavo cuando estaban en casa o con amigos de confianza. —James frunce el ceño al recordarlo—. Reconozco que me pareció muy raro. No fue algo que

me atrajese. Ver cómo representaban esa situación resultaba muy incómodo. Gareth era el amo, y Joe, el esclavo, pero Gareth lo llamaba «eso» o «1», y Joe vivía literalmente como un esclavo: cocinaba, limpiaba y servía a Gareth de todas las maneras posibles. A menudo hasta caminaba a cuatro patas. En su casa tenían una mazmorra a la que se retiraban para sus juegos: Gareth torturaba a Joe durante horas. Para satisfacción mutua, todo sea dicho —se apresura a añadir—. Pero, para ser sincero, a mí todo aquello me daba un poco de vergüenza ajena. Más que ponerse firme, mi pequeñín corría a esconderse, no sé si me explico.

Tengo los ojos como platos y noto que por dentro me revolotea algo parecido al nerviosismo.

—¿Crees que eso es lo que quiere Dominic?

—¿Una esclava? —James niega lentamente con la cabeza—. No lo creo. Un sumiso no es lo mismo que un esclavo, hasta donde yo sé. Gareth me contó una vez que Joe era un completo masoquista, algo que a veces se conoce como un «esclavo cerdo».

—¿Un qué?

—Lo sé... suena fatal. Creo que significa que es mucho incluso para los estándares del BDSM, que le gustan las formas más severas de castigo, más allá de lo que suele considerarse seguro. No creo que Dominic necesite algo así. De hecho, el que hayáis tenido una relación sexual tan sana antes de que hayas llegado siquiera a oler el cuero me hace pensar que está muy lejos de ser un sádico declarado.

Vuelvo a ponerme colorada, pero esta conversación me está ayudando mucho. Creo que empiezo a entender algo de ese mundo curioso y misterioso.

—Te agradezco mucho tu ayuda, James —le digo con total sinceridad.

—De nada, querida, pero no sé qué otra cosa puedo hacer por ti.

—La verdad... —digo muy despacio—. Sí que hay algo. Sé que es mucho pedir, pero...

Interesado, James se inclina hacia delante.

—Adelante. ¿Qué es?

Hay una idea a la que he estado dándole vueltas. Vacilo un segundo para aclararme y luego le cuento lo que me gustaría que hiciese.

Más tarde, en casa, estoy agotada por la extraordinaria agitación de estos últimos días. Es como si hubiese pasado por un rodillo emocional, experimentando de todo, desde el éxtasis increíble hasta la desesperación más profunda. Y ahora estoy exhausta. La cena, un baño caliente y una charla con De Havilland me ayudan a recuperarme. Además, me excita la idea de lo que estoy a punto de hacer. Solo de pensarlo, el estómago se me llena de mariposas, y me cuesta creer lo que he planeado, pero también resulta muy excitante.

Limpia y fresca después del baño, me pongo la bata de seda y disfruto de cómo resbala sobre mi piel. Luego entro en el salón. Por primera vez espero que el apartamento de enfrente esté a oscuras, pero no hay suerte. Esta noche las persianas están subidas, las cortinas están echadas y veo el interior, tenuemente iluminado, del apartamento de Dominic, aunque él no está. Es una vista preciosa y que inmediatamente me hace sentirme más cerca de él. Normalmente apagaría las luces del apartamento de Celia para ser relativamente invisible a sus ojos, pero esta noche no. Me paseo por el salón y enciendo las lámparas hasta que la habitación queda iluminada por un suave resplandor. Los plateados paneles lacados cobran vida con la luz eléctrica y brillan y resplandecen como la superficie del agua.

Luego, como esperaba, Dominic entra en su salón. Lleva en la mano un vaso de algo oscuro y aparentemente fuerte (sospecho que whisky, o coñac, o algo así), parece recién llegado del trabajo, como si hubiese dejado la chaqueta y la corbata abandonadas sobre la cama pero no tuviese la energía suficiente para cambiarse del todo. Se me acelera el corazón cuando lo veo y me inunda el deseo de abrazarlo, de besar esos labios perfectos, de acariciar su cara cansada y de pasarle las manos por su pelo moreno. También puedo oler la deliciosa fragancia que su piel exuda por sus poros. Pero la triste realidad es que estamos separados. Cuando entra en el salón, mira en dirección al apartamento de Celia y

se queda parado al ver que estoy aquí. Sé que puede verme con claridad, pero tengo mucho cuidado de no mirarlo directamente. Aunque soy perfectamente consciente de su presencia, de dónde está y de lo que hace, finjo que no tengo ni idea de que está mirándome.

Como una actriz sobre el escenario, aparentemente ajena a su público.

Me paseo por el salón, organizando esto y aquello, ordenando fotos y adornos, cogiendo libros y hojeándolos. Sé que Dominic se ha acercado más a la ventana. Está justo enfrente, mirándome, sosteniendo el vaso contra el pecho y con la otra mano en el bolsillo. Está esperando a que mire hacia fuera, a que me comunique con él. Pero no pienso hacerlo.

No del modo que espera.

Para empezar, enciendo el reproductor de CD. Celia dejó puesto un disco de guitarra clásica que comienza a sonar y llena el apartamento con su suave melodía. Quizá no sea la mejor banda sonora del mundo, pero me valdrá. Me muevo por el salón para librarme de la rigidez de las extremidades y relajarme. Sobre la mesa hay una copa del vino que me serví antes, rojo y sabroso; le doy un sorbo y siento el calor en el estómago y el alcohol en la sangre casi de inmediato. Me ayudará.

Dominic no se ha movido. Sigue mirándome. Compruebo que estoy lo bastante cerca de la ventana y empiezo a acariciarme los brazos y a pasarme la mano por el cuello y el pecho, introduciéndola por el cuello de la bata. La deslizo por mi piel y noto las puntas de los dedos frías sobre los pechos. Después de bañarme, me he dado aceite de rosas por todo el cuerpo y ahora tengo la piel tersa y suave. Me levanto el pelo y lo dejo caer.

¿Le parecerá sensual? —me pregunto—. ¿Le parecerá sexy?

Sé que voy a tener que olvidarme de mi timidez y dejarme llevar para que esto funcione. *Hazlo para ti.*

Cierro los ojos y me olvido de que Dominic está mirándome desde el apartamento de enfrente. Invoco el recuerdo del Dominic que me folló de aquella manera. Me imagino su cara en el momento más álgido de su deseo, la intensidad de su expresión cuando empujaba con fuerza dentro de mí. Recuerdo que me metí su miembro erecto en la boca, que le chupé la punta y que le hice gemir en voz alta. Me estremezco y enseguida llega esa sensación de excitación, ese hormigueo nervioso que cobra vida, y los fluidos empiezan a aflorar para prepararme para lo que venga después, sea lo que sea.

Vuelvo a meterme la mano por debajo de la bata, pero esta vez me agarro un pecho y paso el pulgar por encima del pezón, que ya está duro y tieso y tiene la punta de color rojo oscuro. Responde a mi caricia y enciende una mecha que acaba en mi entrepierna y me hace soltar un suspiro. Hago lo mismo con el otro pecho; lo despierto rozándolo y pellizcándolo para que la sensación se sume a la excitación generalizada que se concentra en mi vientre. Luego, lentamente, me abro la bata y la dejo caer desde los hombros. Ya solo la sostiene el cinturón, pero mi pecho queda a la vista y debajo de la bata llevo un sujetador de encaje negro escotado y con aros para que mis pechos formen dos globos suaves reposando en dos pequeñas copas de encaje.

Tengo los ojos entornados para poder ver a Dominic en la ventana de enfrente. Sé que me está mirando. Me imagino su respiración entrecortada y cada vez más rápida al darse cuenta de lo que estoy haciendo. De pronto se mueve y, un segundo después, su apartamento queda sumido en la oscuridad. Luego vuelve a asomarse a la ventana, pero solo veo su contorno, una sombra, y además se ha apartado de la ventana para que no pueda distinguirlo.

Es la situación habitual, pero al revés. Ahora es él quien está a oscuras mirándome.

Pero sé perfectamente lo que hago. Sé que me está mirando.

Siento una nueva oleada de excitación y vuelvo a acariciarme los pechos con las manos, jugando con los pezones duros que rozan contra la superficie del encaje. Me paso las manos por los brazos, los hombros y el cuello, recorro con ellas mi vientre y vuelvo a los pechos. Esta vez los libero de sus copas para que los pezones queden a la vista, realzados por el sujetador. Cojo la copa, le doy un sorbo al vino, mojo en él las puntas de los dedos y extendiendo el líquido rojo por los pezones.

Este juego delicado también me está afectando a mí. Respiro cada vez más deprisa y mi sexo se está hinchando y llenándose de una humedad caliente y deliciosa. Dominic ha despertado mi cuerpo que ahora está hambriento, deseoso de sentir ese éxtasis de nuevo. Mi instinto hace que baje las manos. Una de ellas desaparece entre los pliegues de la bata para jugar con mi cuerpo y sentir el calor entre las piernas

¿Me estás mirando, Dominic? ¿Te estoy excitando?

Lentamente tiro del cinturón que sostiene la bata y se suelta. Al aflojarse, la bata cae deslizándose hasta el suelo y me quedo únicamente con las bragas de encaje y el sujetador. Mientras me froto y acaricio los pechos con una mano, introduzco la otra en las bragas hasta llegar a mi lugar secreto. Presiono con un dedo ese punto caliente y húmedo. Dios mío, ya estoy lista ahí, ansiosa de que alguien me toque, lista para entregarme al placer al menor contacto. Paso el dedo por encima de los labios hinchados, deslizándolo de una manera deliciosa hasta llegar al clítoris, ese bultito hipersensible que envía unos mensajes exquisitos a todas mis terminaciones nerviosas.

Me paso la lengua por los labios cuando la punta del dedo vuelve a rozarlo y se estremece deliciosamente. Quiere más y más. Lo rozo de nuevo, esta vez con más fuerza, y ejerzo más presión. Me está suplicando que sea más brusca, más firme. Quiere que lo lleve al clímax, todo mi cuerpo lo necesita...

Dominic. Me lo imagino tocándome con esos enormes dedos casi cuadrados, excitándome, hundiéndolos en mí mientras presiona fuerte con el pulgar el bultito de encima.

Ya no puedo resistirlo más. Me tiemblan las piernas al acelerar el ritmo y me froto con fuerza, con largas caricias, el más sensible de todos mis puntos.

—Dominic —jadeo en voz alta, y cuando llega, el orgasmo me hace estremecer de arriba abajo. Tengo que estirar el otro brazo para agarrarme a la mesa y no caerme, porque mis piernas están ocupadas respondiendo a la intensa sensación. Tiemblo y mi cuerpo da varias sacudidas violentas. Entonces va perdiendo intensidad y me deja jadeando.

Dejo caer la cabeza. Tengo los ojos cerrados. Respiro hondo, me agacho y recojo la bata. Me envuelvo en ella, me doy media vuelta y apago las lámparas.

No sé qué sucede en el apartamento de enfrente. Está sumido en la oscuridad, y de todos modos no miro. Me he mostrado ante él de la manera más íntima posible. Ahora ya sabe que puedo ir más allá de lo que él pensaba.

Y esto, Dominic, no es más que el principio.

Capítulo 12

—¿Estás preparada para esto? ¿Estás segura? —James me escruta la cara ansiosamente; quiere asegurarse de que no va a ayudarme a empezar a recorrer un camino que luego voy a preferir no haber pisado.

—Claro —contesto con decisión. Me he puesto el sexy vestido negro que compré el día del cambio de *look* y he empleado todas las técnicas de maquillaje que aprendí para aparentar la máxima sofisticación posible.

—De acuerdo. —Me ofrece un brazo para que le pase el mío por debajo—. Bueno, estás preciosa. Estoy muy orgulloso de llevarte del brazo.

Dicho esto, echamos a andar bajo la luz cada vez más débil del crepúsculo en dirección al Soho. Confío en estar obrando bien. A pesar de lo que sucedió anoche, no he tenido noticias de Dominic. Estoy segura de que lo vio todo, pero el móvil no ha sonado en todo el día. Ni mensajes, ni llamadas. Solo espero que no haya tenido el efecto contrario al deseado.

Lo hecho hecho está.

Pero esto es diferente. Voy a entrar en su mundo sin invitación. Es arriesgado y peligroso, porque no tengo modo de saber cómo va a reaccionar Dominic. Su carácter en este otro ámbito de su vida podría ser muy diferente del de la persona a la que creo conocer.

James no para de hablar. Eso me ayuda a desconectar de los pensamientos que se me agolpan en la cabeza.

—He investigado un poco ese local —me confiesa mientras paseamos. Seguro que no parecemos muy diferentes de cualquier otra pareja elegante de camino al teatro o a un restaurante caro. La verdad es muy distinta de lo que podría sospechar cualquiera que nos viese.

—¿Y qué has averiguado?

—No ha sido fácil. Tiene página web, pero es extremadamente imprecisa y a la mayoría de los apartados solo pueden acceder los miembros. Tampoco explican cómo hacerse miembro. Sospecho que todo consiste en conocer a la persona adecuada, como en todo. Sin embargo, he hecho unas cuantas llamadas y he conseguido encontrar a alguien que es miembro.

—¿No me digas? —Esto me interesa—. ¿Y qué te ha dicho?

—Todo son alabanzas —contesta James lacónicamente—. Le encanta. Se unió cuando encontró el amor verdadero con su novia. Aún no le ha contado que para él el placer implica enemas y lluvias doradas, así que de vez en cuando se deja caer por el club para dedicarse a esos placeres. Según él, vale hasta el último penique de la carísima cuota.

Me quedo boquiabierta. James se da cuenta y se echa a reír.

—Querida, no tienes ni idea de qué va esto en realidad, ¿verdad? —Me da una palmada en la mano de un modo casi paternal—. Tu inocencia me recuerda a tiempos más felices. No importa. No te preocupes, no vamos a ver a nadie haciendo esas cosas delante de todo el mundo. Es demasiado sofisticado para eso. Ya lo verás cuando lleguemos.

James sabe exactamente adónde vamos. Me alegro, porque yo empiezo a tener ganas de vomitar. Si no lo tuviese avanzando a grandes pasos a mi lado, tan seguro de sí mismo, decidido a llegar hasta el fondo del asunto, me detendría, a punto de cambiar de idea y volver a casa. Enseguida atravesamos las bulliciosas calles del Soho y nos desviamos hacia esa zona curiosamente tranquila donde las altas casas georgianas tienen las ventanas cerradas con postigos para aislarlas del mundo exterior. La antigua farola brilla, y la verja de hierro centellea bajo su luz. No resultaría difícil imaginar que hemos viajado al pasado y que en cualquier momento voy a oír el repiqueteo de los cascos de los caballos y el crujido de

las ruedas de un carruaje; quizá hasta vea una figura misteriosa embutida en una levita y con sombrero de copa.

—Bueno —dice James al detenernos ante la casa—. Ya hemos llegado. El Manicomio. Entremos y unámonos a los lunáticos.

Respiro hondo.

—Sí —contesto con seguridad, y bajamos por la escalera metálica hacia la puerta negra.

Dentro, el hombre que vi la otra vez está sentado a la mesa. Parece tan aterrador como lo recordaba: lleva unos tatuajes oscuros que le cubren media cara y se extienden por el cráneo. También tiene unos ojos extrañamente pálidos, casi blancos. Levanta la vista al vernos entrar e inmediatamente dirige la mirada hacia James. Espero que haya olvidado mi breve visita anterior, pero miro al suelo por si acaso.

—¿Sí? —dice en un tono de voz hostil.

—Buenas noches. Por desgracia, no soy miembro —contesta James con más seguridad en sí mismo de la que yo podría reunir jamás—, pero mi amigo Cecil Lewis sí que lo es y me dijo que lo dispondría todo para que pudiésemos entrar esta noche.

—¿Cecil? —El portero ladea la cabeza sin dejar de mirarnos, nada amablemente, pero al menos ya no de un modo tan hostil—. Claro, todos conocemos a Cecil. Un momento.

Se levanta y desaparece por una puerta oscura a la izquierda que supongo que debe de llevar a alguna cripta bajo la acera. James y yo nos miramos, yo preocupada y él divertido, y levanta la mano para mostrarme sus dedos cruzados. El portero vuelve enseguida.

—Muy bien, Cecil ciertamente lo ha arreglado todo. Tengo que expedirles unos pases temporales, y se les cobrará una cantidad por lo de esta noche.

—No hay problema —responde James amablemente, buscando la cartera.

—Aquí no se puede pagar en efectivo —dice el portero, como si tal cosa fuese de lo más vulgar—. Se les emitirá una factura. Necesito que apunten sus datos en este libro. Como vienen en nombre de Cecil, entenderán que, si no pagan, se le cobrará a él.

—Por supuesto. Mi club tiene las mismas normas —contesta James inalterable. Se agacha, coge la antigua pluma de plata y la moja en el tintero. Escribe su nombre y sus datos y la pluma araña sonoramente el papel en medio de ese silencio—. Ya está. Hecho.

El portero me mira a mí.

—Ahora usted.

Cojo la pluma obedientemente. Escribo mi nombre y la dirección del apartamento de Celia y le devuelvo la pluma.

El portero nos entrega dos tarjetas de cartón color marfil. En letras negras tienen grabadas las palabras MIEMBRO TEMPORAL DE EL MANICOMIO, y debajo: SE RUEGA DISCRECIÓN. Cojo la mía y la agarro con fuerza. Mi pase de entrada a este mundo secreto.

—Ya pueden entrar —dice el portero señalando la puerta de la derecha con un gesto de la cabeza. Sé dónde conduce. Al interior del club.

—Gracias.

James echa a andar delante de mí, entramos por la puerta y llegamos a la sala interior, en penumbra. Tiene el mismo aspecto que la otra vez que estuve aquí, pero ahora tengo más tiempo para echar un vistazo. Intento no quedarme mirando fijamente, pero mis ojos se ven atraídos instantáneamente por las jaulas al fondo de la sala. Siguen allí, pero ahora cuelgan vacías y parecen enormes pajareras redondas. Las cadenas cuelgan inertes en su interior.

—La otra vez había gente dentro —le susurro a James señalándolas con la cabeza—. Chicas con máscara.

—Me pregunto por qué estarán vacías esta noche —Me guía entre las mesas y encuentra una vacía—. Vamos a sentarnos aquí.

La sala está a oscuras. La única fuente de luz son unos diminutos faroles de vidrio rojo que hay sobre las mesas y algunos apliques de pared con gruesas pantallas. El ambiente es de lo más sórdido. A nuestro alrededor hay gente sentada a las otras mesas, y entre ellas se mueven los camareros, vestidos con camisetas de cuello de cisne y pantalones negros, sirviendo bebidas. Nadie parece estar comiendo. Me da la impresión de que aquí se sacian otro tipo de apetitos.

Se nos acerca un camarero y nos entrega una carta de bebidas, que James lee detenidamente.

—Una botella de Chateau Pichon Longueville Comtesse de Lalande del 96, por favor.

—Sí, señor. Y... —El camarero nos mira impasible—. ¿Qué tipo de habitación necesitarán después?

—Ah... —James parece desconcertado por primera vez—. Pues... eh... no estoy seguro, la verdad. Aún no lo hemos decidido.

El camarero parece sorprendido.

—¿En serio?

—Bueno... es que somos miembros temporales, no estoy seguro de qué es lo que se ofrece.

—Entiendo —contesta el camarero. La expresión de su rostro se despeja—. Les traeré la carta para que puedan ver nuestra variedad.

—Ahora vamos a averiguar lo que hay aquí —me susurra James cuando se marcha el camarero. Miro a los otros clientes. A primera vista parecen normales, bien vestidos y relajados en este entorno inusual, bebiendo vino caro y cócteles. Sin embargo, al mirarlos más detenidamente me doy cuenta de que se están representando dinámicas inesperadas. En una mesa parece haber dos mujeres bebiendo juntas, pero no tardo en caer en la cuenta de que una de ellas es en realidad un hombre, vestido con ropa de mujer y completamente maquillado. En ningún momento levanta la vista, y solo se mueve para llenarle la copa a su acompañante o para hablar cuando le hablan a él.

—Mira —le digo a James, quien mira discretamente—. ¿Es un travesti?

—No creo —contesta en un susurro—. Pero no me preguntes qué tipo de historia se traen.

En otra mesa hay una mujer que parece estar bebiendo sola, pero un movimiento me llama la atención y veo que debajo de la mesa hay un hombre en cuclillas a sus pies. Solo entonces me doy cuenta de que le está lamiendo con dedicación las botas de cuero, rítmicamente y con el mismo esmero que un gato limpiándose las patas.

El camarero regresa con las bebidas y la carta de habitaciones.

—Hoy es noche de cabaré —anuncia al dejar la botella sobre la mesa—. Es la favorita de buena parte de nuestros miembros. Después suele haber una gran demanda de habitaciones, así que es mejor reservar temprano.

Se marcha y nos deja con la botella abierta de vino y la carta. La cojo y me pongo a leerla como puedo en la penumbra.

—El ala de los bebés —leo en voz alta pero en el tono justo para que solo me oiga James—. Dos habitaciones disponibles, ambas equipadas con todo lo necesario para el cuidado de un bebé. El aula: adecuada para la educación y el castigo de alumnos. El salón del trono: un aposento suntuoso digno de una reina. El monte Olimpo: un *boudoir* divino diseñado para una diosa y su adorador, pero adecuado también para dioses y sus esclavas. La sala húmeda: adecuada para todo tipo de juegos. La mazmorra: tres cámaras subterráneas independientes equipadas con instrumentos, donde los amos y las amas pueden aplicarles a sus esclavos el mejor de los castigos. —Dejo la carta sobre la mesa y me noto mareada—. Dios mío, ¿qué es este sitio?

—¿No te lo contó Dominic? —pregunta James arqueando una ceja.

—Me dijo que era un lugar seguro para que la gente representase sus fantasías. Lo que pasa es que no me había parado a pensar cuáles podían ser esas fantasías.

James niega con la cabeza.

—No hay límite, querida. No existe ningún límite.

—Pero... ¿el cuarto de un bebé?

—Seguro que ahí dentro te encuentras a los bebés más grandes y machotes que hayas visto nunca — comenta James entre risas—. Plantéatelo así: algunos machos alfa ansían tomarse un respiro cuando no están obligados a dirigir el mundo, ni a hacerse cargo de la enorme responsabilidad que conllevan sus trabajos o su dinero. Aquí pueden permitirse regresar a la seguridad de la infancia.

—Sí, supongo que sí —contesto titubeante—. Pero ¿vestirse de bebé? ¿Eso también les parece excitante?

—Te sorprendería saber de qué tipo de cosas puede llegar a disfrutar sexualmente la gente. Supongo que habrá quien disfrute haciendo la declaración de la renta. Conocí a una mujer que se excitaba muchísimo cada vez que hacía un sudoku. Tenía un montón de cuadernos de sudoku en la mesilla de noche y le entraba el pánico cuando se quedaba sin bolígrafos. —Se echa a reír—. Estoy exagerando, pero tú ya me entiendes.

James sirve dos copas de vino, que brilla como un rubí a la luz de la vela.

—Creo que te va a gustar, es bastante bueno —dice admirando el líquido de su copa. A continuación le da un sorbo—. Oh, fabuloso.

Yo también le doy un sorbo. Tiene razón. No entiendo mucho de vinos, pero se nota que este es algo especial, suave y delicioso.

Mientras disfrutamos del vino, sube la intensidad de algunas de las luces y, por primera vez, veo un pequeño escenario en la parte frontal de la sala. Se encienden un par de focos azul claro sobre el escenario y bajo su fría luz aparece una mujer. Es hermosa y curvilínea y lleva un exquisito vestido rojo con mucho vuelo y zapatos de tacón. Su peinado y su maquillaje recuerdan los de una antigua diosa del cine. Suena la música y ella se pone a cantar en un tono de voz grave y ronco sobre su deseo de ser amada, aunque solo sea un poco. Parece el típico cabaré hasta que comienza a desnudarse lentamente. Se quita las dos piezas del vestido y deja a la vista un corsé, apretado alrededor de una diminuta cintura que realza un enorme busto, ropa interior de seda, un ligero y unas medias.

—Es un bombón —murmura James.

Es una actuación de *burlesque*, que está tan de moda en los últimos tiempos. Mientras canta la sensual canción, se quita el corsé y deja a la vista unos pechos más grandes de lo que parecían. Se contonea con gracia, mueve las caderas y posa delicadamente con sus tacones. Luego se quita los zapatos y las medias. Solo se deja puestas las bragas de seda, y, cuando la canción está llegando a su clímax, la cantante se desabrocha algo en la parte de atrás y las bragas también caen y dejan a la vista un pene enorme en estado de relajación sobre unos testículos afeitados. El público suelta algo así como un grito ahogado mezclado con un suspiro. La cantante se tira del pene para que le cuelgue más grande y flácido y sonrío al público como pidiéndoles que admiren su apéndice.

—Oh —exclama James sorprendido—. Eso sí que no me lo esperaba.

Me río como una tonta.

Sale otra mujer encorsetada y empieza a reprender a la cantante, que finge asombro y, acto seguido, vergüenza. La segunda mujer (que parece una mujer de verdad, si no me equivoco) saca una fusta y la cantante se encoge y finge estar asustada. Se tira al suelo y la otra mujer comienza a golpearla con la fusta, descargándola sobre ella con duros golpes sobre la espalda y los hombros blancos, reprendiendo sin cesar a la cantante por su extravagante exhibicionismo.

El público está claramente disfrutando del espectáculo. Quizá esta actuación explique por qué parece haber tantas mujeres dominantes con sus vasallos aquí esta noche.

—No tengo ni idea de qué vamos a decir cuando nos pregunten qué habitación queremos —murmura James sirviendo más vino.

—Quizá podamos poner alguna excusa —digo, sin quitarle ojo a la representación. Alguien se nos acerca entre las sombras—. Creo que ya viene el camarero —le susurro a James—. Más vale que

prepara alguna excusa.

Pero cuando se acerca, compruebo que no se trata del camarero. Es Dominic, con la cara pálida y tensa y los ojos fríos. Se me hace un nudo en el estómago con una mezcla de placer y de miedo y me quedo helada cuando se coloca a nuestro lado.

—Beth —dice en voz baja—. ¿Qué demonios haces aquí? —pregunta, y fulmina a James con la mirada—. ¿Y quién coño es este?

—Hola, Dominic —respondo intentando aparentar calma, aunque no es fácil con él tan cerca. Lleva un jersey negro de cachemir y unos pantalones oscuros. Está guapísimo—. No sabía que vendrías esta noche.

—Pues sí —contesta. La voz le tiembla. Se nota que está intentando contenerse con todas sus fuerzas.

¿Por qué está enfadado conmigo? ¡No tiene derecho! No es mi dueño. Además, por lo que a él respecta, lo nuestro ha terminado.

El mero hecho de pensarlo me da fuerzas.

—¿Cómo has sabido que estaba aquí? —me atrevo a preguntarle.

—Vuestros nombres han aparecido en el sistema —explica brevemente, aunque sigo sin saber cómo le ha llegado esa información. Dominic vuelve a mirar a James—. ¿Quién es? —gruñe.

—Un amigo —digo rápidamente.

Ahora es a mí a quien Dominic fulmina con la mirada. Sabe que no tengo amigos en Londres, pero no quiere hacerme más preguntas delante de James. Se queda mirándome durante unos segundos y añade con frialdad:

—No quiero verte por aquí.

Sus palabras me ofenden horriblemente, pero hago como si me dieran igual.

—Me da igual lo que quieras —contesto en un tono de voz frío—. Yo voy por libre.

—No vengas por aquí. Es un club privado. Puedo pedirte que te vayas.

—Podemos irnos —interviene James—, pero ¿te importa que nos acabemos la botella? Está bastante bueno, ¿sabes?

Dominic lo mira como si un gusano acabase de hablar.

—Muy bien —contesta—. Acabaos la bebida y marchaos.

Se vuelve hacia mí.

—Beth, ¿estás bien con este hombre? Puedo pedirte un taxi para volver a casa.

Cuadro los hombros y levanto la barbilla en señal de desafío.

—No necesito tu ayuda. Puedo cuidar de mí misma.

Dominic abre la boca y vuelve a cerrarla. Se queda mirándome fijamente y añade:

—De acuerdo.

Luego se da media vuelta y se aleja. Lo vemos irse mientras el público no aparta la vista de la paliza del escenario.

—Bueno, solo puedo decir una cosa —comenta James, llevándose la copa a los labios—. Ese joven no ha superado cortar contigo. Más bien al contrario. —Me sonrío—. Si querías soltar a la zorra en el gallinero, creo que lo has conseguido.

James y yo compartimos un taxi a casa, aunque él va en una dirección completamente diferente.

—No me importa —dice—. Puedo dar un rodeo antes de ir a Islington. ¿Estás segura de que vas a estar bien sola esta noche?

Asiento con la cabeza.

—Sí. Estoy acostumbrada. Además, tengo a De Havilland para que me haga compañía.

Una nube negra de depresión ha caído sobre mí y ahora mismo no logro recordar qué esperaba conseguir con lo de esta noche. Si esperaba que Dominic me recibiese con los brazos abiertos, estaba muy equivocada.

—Si tú lo dices... —contesta James, y me da un beso en la mejilla y un apretón en la mano cuando salgo del taxi—. Te veo mañana. Y llámame si me necesitas.

—Descuida. Buenas noches.

Subo lentamente, sintiendo todo el peso de mi desgracia. Mi experiencia en el club ha hecho que ya no esté segura de nada. Quería ir acercándome a Dominic poco a poco, intentando buscar un punto de encuentro a mitad de camino, pero no tengo ni idea de cómo seguir. James ya me ha ayudado todo lo que podía y no tengo a nadie más a quien recurrir.

A menos que... Se me aparece el rostro de Vanessa. Es la única persona que conozco en Londres, aparte de James, y debe de ser la única con tanta influencia sobre Dominic. ¿Podría...? ¿Querría ayudarme? No es probable, supongo, pero quién sabe. Claro que... ¿cómo voy a localizarla?

En el apartamento camino hasta la ventana del salón y miro hacia fuera, pero evidentemente el piso de enfrente está a oscuras. Sé dónde está Dominic. Recuerdo cómo estuve aquí anoche y lo que hice.

¿Lo que hice fue humillarme?

Dejo escapar un suspiro. No tengo ni idea, pero parece que lograr entrar en el mundo de Dominic va a ser más difícil de lo que pensaba.

Capítulo 13

El día siguiente hay mucho trabajo en la galería y James me pide que me quede hasta tarde para supervisar el desmontaje de la exposición actual. El artista acude para comprobar que todo va bien y que estamos tratando sus cuadros con cuidado. James abre una botella de vino blanco y acabamos pasando una velada divertida. Creo que es a esto a lo que quiero dedicarme. ¿Chismorrear sobre artistas y achisparse con el jefe? Me encanta.

Intento no pensar en Dominic y me concentro en mi plan para localizar a Vanessa. Lo único que se me ocurre es volver a El Manicomio y preguntar por ella. Pero Dominic podría estar allí, y eso echaría a perder mi plan. No sé su apellido ni tengo ningún otro dato de ella.

Por la noche me siento más deprimida que nunca. Ya ha transcurrido casi la mitad de mi estancia y veo que el tiempo pasa volando. Me encanta mi trabajo, pero ¿cómo podré seguir haciéndolo si dejo de vivir en el apartamento de Celia? No está bien pagado, y necesito empezar a hacer planes si quiero quedarme en Londres. Ahora mismo, no se me ocurre nada que me apetezca más. La idea de volver al pueblo me horroriza. He iniciado el camino hacia una nueva vida y no puedo imaginarme volviendo atrás.

Y luego está el hecho de que no he avanzado nada en la tarea de localizar a Vanessa.

Lo único positivo es que James me ha invitado a salir el fin de semana. Va a llevarme al teatro y luego a uno de sus restaurantes favoritos, donde me ha prometido que veremos a alguien famoso, ya que siempre hay un par de celebridades cenando allí.

Me siento a ver un DVD que he comprado a la hora de la comida para verlo en el portátil. Como en casa de Celia no hay televisor, me he ido haciendo con algunas películas para entretenerme durante las noches tranquilas en el apartamento, y hoy he optado por una de mis películas antiguas favoritas: *Las tres noches de Eva*, una película en blanco y negro de los años cuarenta con Barbara Stanwyck y Henry Fonda. Sus agudísimos diálogos siempre me hacen reír.

Acabo de sentarme y están saliendo los créditos iniciales cuando alguien llama a la puerta.

El corazón se me acelera instantáneamente. Pongo la película en pausa y me acerco a la puerta de entrada respirando con dificultad. Abro y allí está. Lleva vaqueros, una camisa clara y un jersey gris oscuro de cachemir. El color ahumado hace que sus ojos oscuros resalten aún más.

—Hola, Dominic —digo con un hilo de voz.

—Hola. —Parece distante, y su mirada es dura como el pedernal—. ¿Tienes un momento? ¿Puedo hablar contigo?

Asiento con la cabeza y me aparto para dejarle entrar.

—Claro.

Entra, se encamina al salón y se queda mirando la imagen congelada en el ordenador.

—Ah, estabas viendo algo. Perdona que te moleste.

—No seas tonto. Sabes que prefiero hablar contigo.

Me acerco al sofá y me siento. Ojalá hubiese sabido que iba a venir; me habría cepillado el pelo y afeitado la cara.

No dice nada, se acerca a la ventana y mira hacia fuera. Su perfil se recorta contra el cristal y no puedo evitar reparar en la larga línea recta de su nariz. Por la expresión de su boca, intuyo que tiene los dientes apretados. Parece rígido y tenso.

—¿Qué pasa, Dominic? —pregunto. De Havilland ha subido de un salto a mi lado y se ha sentado sobre las patas como si fuese una gallina negra, alargada y sedosa. Le paso los dedos por el pelo suave y comienza a ronronear.

Dominic se vuelve para mirarme y le brillan los ojos.

—He intentado mantenerme alejado de ti, pero me está matando —estalla—. Tengo que saber quién es ese hombre y qué haces con él. —Avanza hacia mí y me alcanza en dos pasos—. Por favor, Beth. ¿Quién es?

Levanto la vista y me quedo mirándolo. Mantengo la calma concentrándome en el lento y constante ronroneo que suena bajo las puntas de mis dedos. De Havilland sigue sentado a mi lado, impertérrito. ¿Le miento o le cuento la verdad? Tengo la sensación de que lo que diga ahora influirá en el curso de todo lo demás.

—Es un amigo —digo en voz baja. Qué difícil me resulta tener a Dominic tan cerca y aun así no poder tocarlo—. Un amigo que ha prometido ayudarme.

—¿Ayudarte a qué? —me espeta inmediatamente.

Espero un buen rato antes de hablar y no dejo de mirarlo a la cara. Hace muy poco tiempo que lo conozco, pero ya significa mucho para mí. No sé si lo que voy a decir lo cambiará todo, pero sí sé que no quiero que las cosas sigan como están.

—A entrar en tu mundo —digo en voz baja.

La cara de Dominic se queda pálida. Tiene los labios casi blancos y apenas se mueven cuando responde:

—¿Y cómo piensa hacerlo?

—No crees que vaya a poder, ¿verdad? —Todos mis sentimientos afloran y lo miro intensamente—. Pues sí puedo, y quiero hacerlo, y él va a ayudarme.

—Dios mío. —Dominic se deja caer en un sillón y hunde la cara entre las manos. Sé lo que se le pasa por la cabeza: imágenes de James y yo, juntos. En su cabeza le permito a James que me haga todas las cosas que él ha jurado no hacerme jamás. Sé que eso debe de estar torturándolo. Cuando por fin vuelve a mirarme, sus ojos oscuros parecen atormentados—. Vas a dejar que él te haga eso.

Me inclino hacia delante, deseosa de hacérselo entender.

—Quiero estar cerca de ti, quiero estar contigo. Si esta es la condición, entonces quiero hacerlo.

—No —contesta. Parece desgarrado—. Eso sí que no. Puedo aceptar tener que renunciar a ti, pero eso no lo soporto.

Me levanto y me acerco a él. Me arrodillo en el suelo y le apoyo las manos en las piernas, como si le estuviese suplicando.

—Es que no tienes por qué hacerlo —le ruego—. No tiene por qué ser él. Podrías ser tú.

Lentamente se destapa la cara y me mira con una mezcla de desesperación y de reticencia.

—¿Lo dices en serio? ¿Es eso lo que quieres?

—Sí, lo digo en serio. Y si no lo haces tú, ya encontraré a algún otro, si es que ese es el único modo.

Nos miramos fijamente. Nunca me he sentido más plena que cuando lo miro. Dominic se inclina, me levanta de mi posición despacio y me atrae hacia sí.

—Beth —dice con voz ronca—. Dios, cuánto te deseo. No sabes lo que me estás pidiendo. Pero me mata pensar en ti con otro hombre.

—Pues déjame estar contigo.

Le cojo la mano, me la llevo a los labios y la beso. Me meto uno de sus dedos en la boca y lo chupo suavemente, envolviéndolo con la lengua y disfrutando de él. Dominic me mira y va entornando los ojos a medida que se le llenan de deseo. Me acerco más a él, le suelto la mano y dejo que la coloque detrás de mi cabeza para empujármela hacia él. Lentamente, tentadoramente, nuestras bocas se tocan y se aprietan la una contra la otra. Siento el calor de su lengua deslizándose por encima de mis labios y los separo automáticamente para dejarle entrar. Me explora con la lengua y aspiro su sabor delicioso y familiar. Yo también me aprieto contra su boca y nos perdemos en un beso mientras sigue sujetándome la cabeza para atraerme hacia él.

Al final nos separamos, sin aliento. Seguimos mirándonos fijamente y el calor que irradiamos es

increíble.

—Te vi. La otra noche. Aquí —dice.

—¿Quieres decir...?

—Sí. Cuando estabas sola. —Sus ojos oscuros resplandecen—. Fue extraordinario.

—¿Te hizo... feliz?

—¿Feliz? —Me aprieta la mano—. Nunca había visto nada igual.

Sonrí, avergonzada pero contenta.

—Lo hice exclusivamente para ti.

—Lo sé. Fue un regalo precioso. —Se echa a reír y añade—: Confíemos en que el viejo señor Rutherford, el vecino de arriba, no estuviese mirando por la ventana o le habrá dado por fin ese infarto del que tanto habla.

En ese momento los dos nos relajamos.

—¿Quieres quedarte? —pregunto.

—No sé cómo podría marcharme —contesta con los ojos vidriosos de deseo.

—Pues vamos. —Me pongo en pie, lo cojo de la mano y vamos juntos al dormitorio.

Me desviste lentamente, deteniéndose todo el tiempo a besar la piel que está desnudando. La sensación de sus labios rozando los míos y de la punta de su lengua lamiéndome suavemente hace que mis terminaciones nerviosas se vuelvan locas. Cuando estoy en ropa interior, ya no puedo resistir más la necesidad de tocarlo.

—Déjame —digo metiéndole las manos por debajo de la camisa y el jersey, y él me lo permite. Le quito el jersey por la cabeza, luego le desabrocho la camisa lentamente, besándole el torso en el lugar que va revelándose cada vez que suelto un botón. Por la forma de sus vaqueros, veo que tiene una buena erección y que su miembro está deseando liberarse, así que también se los desabrocho y se los bajo, deslizándolos por sus largos y firmes muslos.

Cuando ya solo lleva los calzoncillos, lo cojo de la mano y lo conduzco hasta la cama. Nos tumbamos juntos y acariciamos con la mano la silueta del cuerpo del otro; yo me recreo en la dureza de sus músculos, y él, en las suaves curvas de mis pechos y en mi flexible vientre.

Deslizo la mano hacia abajo y sigo el sendero de vello negro que baja desde su ombligo hasta la cinturilla de los calzoncillos. Cuando le toco la punta aterciopelada de su miembro, siento que late con fuerza y se mueve bajo mi mano.

Subo y bajo la mano por su polla caliente durante unos segundos y luego me inclino para besarle el vientre y lamer la piel suavemente mientras bajo hacia ella.

Dominic gime ligeramente.

—Oh, Beth... eso me encanta.

Me aparto para bajarle los calzoncillos y quitárselos por las pantorrillas y los tobillos. Luego voy subiendo por su cuerpo hasta sentarme a horcajadas sobre sus muslos. Tiene los ojos vidriosos y me mira los pechos, aún encerrados en el sujetador, y las bragas, que ocultan mi sexo a su mirada.

Me inclino sobre su miembro y dejo que mi pelo le roce levemente la piel. Le agarro la polla con ambas manos y se la froto suavemente arriba y abajo.

—Qué grande la tienes —digo en voz baja.

Él no contesta, pero separa los labios y respira entrecortadamente.

—Quiero besarla, metérmela en la boca y chuparla —digo con voz ronca, mirándolo directamente a los ojos. Veo que su deseo crece en intensidad al oírlo. Me agacho y le soplo la punta del pene, su parte más suave y dulce. Saco la lengua, lamo su contorno, le rodeo la punta, la introduzco entre los labios y dejo que me llene la boca. Con una mano sigo agarrando su miembro duro, mientras con la otra juego con sus testículos, y con el índice acaricio la zona que los separa, ese lugar que le hace jadear siempre que lo toco.

Dominic deja escapar un gemido. Sus caderas se sacuden suavemente y eso hace que la polla me entre aún más en la boca. Durante unos minutos, la chupo y juego con ella, disfrutando del efecto que tengo en él, del deseo cada vez mayor que veo en sus ojos y de cómo su muslo duro se aprieta contra mi sexo caliente y húmedo y me estimula el clítoris.

—Beth —dice con voz ronca—. No puedo aguantar mucho más. Voy a correrme en tu boca...

Una parte de mí quiere que se corra ya, pero yo también le necesito. Me lo saco de la boca, me muevo para quitarme las bragas y vuelvo a sentarme a horcajadas sobre él, esta vez deslizándome un poco más arriba. Apoyo todo el peso sobre las rodillas, me coloco justo encima de su miembro y lo sostengo bien recto, separado de su vientre. Sus ojos se entornan pesadamente anticipando lo que estoy a punto de hacer. Dejo descender parte de mi peso sobre la punta y juego con ella contra la resbaladiza humedad de mi sexo. Estoy hambrienta del contacto de su polla hinchada, mi cuerpo entero lo pide, pero también estoy disfrutando de este momento tentador.

Dominic me acaricia las caderas y el culo.

—Hazlo —dice—. Te necesito.

Al oír sus palabras, desciendo y él queda atrapado en mis profundidades, que lo envuelven. Me llena por completo y, por un momento, pienso que me va a atravesar; tan lejos y tan hondo ha llegado. Doy un grito ahogado, sacudo la cabeza y arqueo la espalda ante tan voluptuosa sensación. Dominic mueve mis caderas con las manos al ritmo de sus sacudidas. Tenemos una sincronización perfecta: mi cuerpo sale al encuentro de sus embestidas y ambos inspiramos bruscamente cuando él toca un punto muy dulce dentro de mí.

Algo empieza a crecer dentro de mí y noto que Dominic aumenta la velocidad. La prolongada adoración oral que he dedicado a su polla lo ha dejado al borde de un orgasmo explosivo, y ahora me está empujando con fuerza para lograrlo. Su excitación tiene un efecto increíble en mí. Cada vez que empuja, la sensación se hace más intensa y se convierte en una descarga eléctrica, fuerte y vibrante. Entonces sus muslos se ponen tensos debajo de mí, la cara se le contrae con la intensidad de la sensación física que lo recorre, el orgasmo hace estremecer todo su cuerpo y explota en mi interior. Inmediatamente yo pierdo el control, el clímax hace que todo mi cuerpo se vea recorrido por estremecimientos de placer y me deja exhausta, de modo que caigo sobre su pecho cuando la sensación empieza a desvanecerse.

Dominic suspira al volver en sí, me rodea con los brazos y me acaricia el pelo.

—Ha sido como volver a casa.

—No quiero que vuelvas a dejarme —digo, acariciándole la piel con la mano, húmeda del esfuerzo—. Quiero estar contigo. Haré lo que sea. ¿Qué me dices? ¿Me enseñarás? ¿Me dejarás entrar en tu mundo?

Me agarra la mano con fuerza y me roza el hombro con los labios. Luego me mira a los ojos.

—Sí, te enseñaré. Te llevaré a ese lugar, te lo prometo.

Me invade una sensación de profunda calma, aunque sé que he ganado una batalla que podría no traerme la felicidad.

—Gracias —contesto en voz baja.

Se queda mirándome con sus ojos muy oscuros, pero no dice nada.

La tercera semana

Capítulo 14

Beth: Gracias por una noche maravillosa. Este fin de semana estaré fuera por asuntos de trabajo, pero empezaremos el lunes. Te recogeré al salir del trabajo e iremos a cenar. Besos D. Al despertar, me encuentro la nota sobre la almohada vacía junto a mí. La leo varias veces y, mirando al techo, la abrazo contra mí. He aquí la prueba de que he conseguido el objetivo que me había propuesto. Dominic va a llevarme por un camino oscuro hacia un lugar que no alcanzo a imaginar. No sé qué me espera al otro lado. Nunca me han azotado, al menos no en serio. Mis padres no me daban azotes, y mis hermanos se peleaban entre sí, más que conmigo.

Ahora le he pedido al hombre que más deseo en el mundo que me lo haga. Y no tengo ni idea de qué significa eso en realidad.

Me levanto y entro en el cuarto de baño sin hacer ruido. Hasta que comience el aprendizaje, tengo el fin de semana por delante. James va a sacarme por ahí y aún hace buen tiempo. Soy joven y estamos en verano. Además, hay un hombre maravilloso en mi vida. Al levantarme de la cama, pienso que, en conjunto, la vida podría ser bastante peor.

Durante todo el fin de semana tengo muy presente lo que me espera. Aunque esté disfrutando del teatro y del glamuroso restaurante, o tomando el sol y haciendo una excursión por el río, la sensación de temor y excitación no me abandona en ningún momento.

James quiere saber cómo va lo mío con Dominic.

—Menudo genio tiene, pero es un bombón —dice—. No me extraña que estés colada por él.

Aunque no le digo exactamente lo que va a pasar, lo insinúo y James lo caza al vuelo.

—Ten cuidado, Beth. No olvides que no podemos separar el corazón del cuerpo. Tus sentimientos son la parte más fuerte de ti. Independientemente de lo que creas que puede aguantar tu cuerpo... bueno, lo importante es lo que tú puedas aguantar por dentro.

Sé que habla con toda sinceridad cuando me dice que puedo contar con él si lo necesito.

Solo espero no tener que necesitarlo.

Llega el lunes y noto que esa sensación que es una mezcla de nerviosismo y temor va creciendo en mi interior. Apenas logro concentrarme en el trabajo durante el día y no me queda más remedio que soltarme un buen sermón mirándome en el espejo del cuarto de baño.

Al mirar mi reflejo, me veo diferente. Quizá sea por el carácter austero de mi ropa de trabajo (blusa blanca recién planchada, falda negra y una rebeca negra con cinturón) y por cómo llevo el pelo, recogido en una coleta brillante, pero sé que parezco más madura y más sabia que hace tan solo unas semanas. Quizá esté un poco más preparada para ser valiente.

—Haz el favor, Beth —le digo con seguridad a mi reflejo en el espejo—. No va a saludarte, a sacar un látigo y a emprenderla a golpes contigo. No va a ser así.

A pesar de mis temores, confío en que Dominic sea un buen profesor. Tengo que relajarme y confiar en él. Necesito ponerme en sus manos por completo.

Quizá consista en eso. ¿Con esto ya he accedido a someterme y a proporcionarle ese control que tanto necesita?

Me llama la atención la paradoja de que he necesitado de toda mi fuerza de voluntad y toda mi determinación para llegar al punto en el que voy a entregarme por completo a otra persona. Pero caigo en la cuenta de que confío en Dominic para que me proteja, y esa sensación es profundamente reconfortante.

Esta noche sabré más.

Me brillan los ojos. Me emociona este curioso giro de los acontecimientos. Y la espera ya solo va a durar unas pocas horas.

Dominic llega puntual, justo cuando James está colgando el letrero de cerrado en la galería. Me siento orgullosa cuando lo veo entrar, tan alto, guapo y atractivo con su traje gris oscuro y su corbata de seda dorada. Está impecable, para variar, pero pone cara de asombro cuando ve a James y lo reconoce de la noche de El Manicomio.

—Un placer volver a verte —dice James, imperturbable como siempre—. Pasadlo bien esta noche.

—Gracias, James. Hasta mañana —contesto mientras recojo el bolso y me acerco para unirme a Dominic, que está en la puerta.

—¿Es tu jefe? —pregunta Dominic después de darme un beso en los labios.

Asiento con la cabeza y sonrío maliciosamente.

—Congeniamos enseguida.

Salimos juntos a la calle. Dominic frunce el ceño y veo un destello de celos en su mirada.

—Espero que no demasiado. ¿De verdad iba a tener alguna clase de relación contigo?

—Te contaré un secreto —digo, tirando de él para acercarle la boca a la oreja—. Es gay.

Dominic parece algo más calmado, pero sigue refunfuñando.

—Eso no tiene por qué significar nada en mi mundo, ¿sabes? Te sorprendería saber lo que puede pasar cuando caen todas las barreras.

—¿Adónde vamos? —pregunto, entrelazando el brazo con el suyo y apretándome contra él mientras caminamos. No sé por qué, pero estoy más cariñosa que nunca con él. Me muero de ganas de tocarlo y abrazarlo. Por un momento me pregunto si podríamos cancelar todo esto e irnos a casa para acurrucarnos en el sofá. Enseguida pienso: *Dominic no es el típico tío con el que te acurrucas en el sofá, ¿recuerdas? O lo haces a su manera... o no lo haces de ninguna manera.*

—Vamos a El Manicomio —contesta. Parece algo distraído, pero quizá solo sea el deseo de escapar de las calles llenas de gente a esta hora, cuando todo el mundo sale de trabajar.

—Oh. —Me siento un poco decepcionada. Me había imaginado algún escenario nuevo, pero la verdad es que tiene sentido. Es un sitio que parece ocupar un lugar muy importante en la vida de Dominic, así que voy a tener que conocerlo a fondo.

No tardamos en llegar y bajar por la escalera metálica que lleva a la puerta. Es tan temprano que el local parece desierto. No hay nadie sentado a la mesa del recibidor, pero Dominic me hace entrar con toda confianza. El hombre de los tatuajes está detrás de la barra, con un sujetapapeles en la mano y escribiendo algo. Levanta la vista al vernos entrar.

—Buenas noches, Dominic —dice con amabilidad, algo que contrasta con su apariencia agresiva.

—Hola, Bob —contesta Dominic—. ¿Está ella?

—Está arriba. Voy a llamarla para que baje. —El tipo de los tatuajes coge un teléfono y hace una llamada rápida.

—¿Se llama Bob? —pregunto en voz baja y con incredulidad. Me entra la risa tonta.

—Sí. ¿Qué tiene de raro?

—Pues... que no le pega nada llamarse Bob.

—Hum... Supongo que tiene una pinta bastante rara —reconoce Dominic sonriendo—. Yo ya me he acostumbrado a él.

—Bob —repito, y me echo a reír.

Echo un vistazo al local vacío y pienso en lo diferente que se ve un lugar sin nadie dentro, en cómo le cambia el carácter, y en ese momento se abre una puerta al final de la barra y Vanessa entra con paso decidido.

Está increíble con un traje pantalón color escarlata, una blusa de seda blanca y unos zapatos de tacón. Lleva los labios pintados a juego con el traje y el pelo corto y ondulado suelto, lo que suaviza su aspecto. Su mirada, sin embargo, no parece precisamente cordial.

—Querido —saluda alegremente, sonriéndole a Dominic y dándole un beso en la mejilla. A

continuación se vuelve hacia mí con una mirada fría—. Hola. Volvemos a vernos. Qué placer tan inesperado.

Asiento con la cabeza. De pronto me entra la timidez. Jamás podría aspirar a ser como ella.

—Vamos a mi apartamento —dice ella, y se da media vuelta para volver por donde ha venido—. Seguidme.

Ya está. Ya me ha sacado de mi zona de seguridad.

Echo a andar detrás de ella y Dominic me sigue de cerca. Atravesamos una puerta forrada de tela oscura y llegamos a la parte más privada del club. Al principio, no se ve gran cosa. Un pasillo, una escalera, puertas cerradas. Subimos al primer piso y Vanessa se vuelve hacia Dominic.

—¿Le gustaría ver alguna de las habitaciones?

—¿Por qué no se lo preguntas a ella? —contesta Dominic tranquilamente—. La tienes justo al lado.

Vanessa me mira con frialdad.

—¿Quieres?

Respiro hondo. *¿Por qué no?*

—Sí, por favor.

—Vale. —Vanessa se dirige hacia la puerta más cercana y la abre—. Esta noche esto está muy tranquilo. Esta está vacía. Forma parte del ala de los bebés.

Se aparta para que pueda entrar. Doy unos cuantos pasos hacia el interior y echo un vistazo a mi alrededor.

Parece la típica habitación de bebé de antaño, con tapizados a cuadros azules y rosa por todas partes, una cómoda blanca decorada con graciosos conejitos, una caja de juguetes y una cuna con ropa de cama con puntillas, pero todo a una escala enorme. La cuna es lo bastante grande para que quepa un hombre adulto, y en un rincón hay un orinal enorme con un faldón de volantes que oculta la parte inferior. En una mesa muy grande donde también cabe un adulto tumbado hay toallitas para bebé, polvos de talco y una cesta llena de pañales desechables enormes. Sobre un estante, junto a unos osos de peluche, se ven sonajeros y libros infantiles. Y también hay una bandeja de chupetes y una selección de biberones.

Miro a mi alrededor asombrada. O sea, que es verdad. Hay gente que desea representar esta fantasía.

—Los cuartos para bebés son muy populares —señala Vanessa—. La otra habitación la están usando ahora mismo y me temo que, por lo que se oye, el bebé se ha portado muy mal. ¿Seguimos?

Salgo de la habitación detrás de ella. Por un momento me dan ganas de reírme. Pero también encuentro algo extrañamente reconfortante en saber que si alguien realmente siente la necesidad de volver a la infancia de esa forma, este es el lugar perfecto.

—Quizá también quieras ver esto —dice Vanessa, y me dirige a una puerta en el lado contrario del pasillo. La abre y las dos nos asomamos a mirar. Es un aula antigua con su pizarra, sus pupitres con sus sillas pasados de moda, un estante con libros de texto y cuadernos de ejercicios, botes de bolígrafos y lápices y un antiguo globo terráqueo de latón entre otras cosas. Pero también están muy presentes los instrumentos correctivos: unas orejas de burro, un bastón largo, una palmeta ancha colgando de un lazo de cuero y una correa de cuero. También hay un artilugio de madera que recuerda vagamente a una túnica y que supongo que es otra herramienta de castigo.

—Muy popular. Mucho —señala Vanessa—. El problema es conseguir suficientes institutrices. Las mejor formadas valen su peso en oro.

Cierra la puerta y proseguimos con la visita. Miro a Dominic inquisitivamente, pero él niega con la cabeza sin dejar de sonreír y entiendo lo que quiere trasmitirme: todo esto es interesante, pero no tiene nada que ver con nosotros.

—Creo que las otras cámaras están ocupadas —dice Vanessa—. Iremos directamente a mi casa.

Subimos otro piso por las escaleras y llegamos a la última planta. Vanessa se detiene ante una puerta verde, la abre y entramos. Esto no tiene nada que ver con lo que he visto antes: es una vivienda bonita y

arreglada, un ático con unas vistas impresionantes de los tejados de la ciudad. Nos hace un gesto para que entremos y nos sentemos mientras ella va a por algo de beber.

—¿A qué hemos venido? —le susurro a Dominic al sentarnos en el sofá de terciopelo de color verde oscuro.

—Quiero que Vanessa te acepte. Y seguro que también hay preguntas que querrás hacerle. Ella sabe más de esto desde el punto de vista femenino. —Dominic se lleva mi mano a los labios, la besa y me mira con dulzura—. Quiero hacerlo bien, Beth, y esta me ha parecido una buena manera de empezar.

Vanessa vuelve con una bandeja cargada con una botella de vino, copas y un plato de almendras saladas. Sirve la bebida y nos reparte las copas antes de sentarse con la suya en un elegante sillón de ante marrón enfrente de nosotros. Ya no me mira con antipatía, sino con cautela.

—A ver, Beth, Dominic me ha dicho que estás interesada en convertirte en miembro del club. Asiento con la cabeza.

—¿Qué te ha traído a nuestro mundo feliz? —pregunta arqueando las cejas—. ¿Quieres convertirte en ama?

No tengo claro lo que ha querido decir con eso.

—No estoy segura.

—¿No estás segura? —contesta mirando a Dominic—. Ah. Entonces, creo que podemos estar seguros de que no es eso lo que buscas. Normalmente, un ama suele estar muy segura de lo que quiere.

—Beth está más interesada en convertirse en sumisa —aclara Dominic.

—Ah. Entiendo. Entonces el mundo de las amas probablemente no sea para ti. Hay sumisas también, pero lo más común es un ama con un sumiso. Como habrás visto en las zonas de juego que te he mostrado, el hombre adopta un papel en el que es castigado y corregido por una mujer poderosa. Se ve controlado y encuentra alivio y satisfacción en el castigo... y no solo en el castigo, sino también en actos de rebeldía, en el miedo a las represalias y, finalmente, en la felicidad de la sumisión que debe soportar. —Vanessa suspira, casi felizmente, como si recordase algún momento placentero. Al jugar con la copa de vino, me doy cuenta de que tiene las uñas de una mano largas, y las de la otra, cortas. Me mira de nuevo y prosigue—: El entorno del ama se basa en el castigo y la disciplina. Va acompañado de disfraces e implica un juego, porque hay accesorios y un decorado, pero también es duro. Los niños malos sufren castigos que te harían llorar solo de pensar en ellos. Sin embargo, las niñas malas... —Le brillan los ojos. Se inclina hacia mí y me dice en voz baja y aterciopelada—: ¿Qué castigos crees que deberían recibir las niñas malas, Beth?

Me siento rara, como si el mundo estuviese moviéndose demasiado deprisa, y yo con él.

—No... no sé —tartamudeo.

—Creo que hay chicas que quieren sentir el ardor de la ira de su amo —prosigue con su voz hipnótica—. Chicas que saben que solo llegan a ser ellas mismas cuando se entregan al delicioso escozor de la fusta, al restallido del látigo sobre la espalda o al extraordinario viaje al que las llevará la flagelación. Hay chicas que necesitan sentir el contacto de cuerdas apretadas en las muñecas y los tobillos, tener el sexo necesitado colmado por juguetes sexuales y ver cómo su dolor se transforma en el más intenso de los placeres. —Ladea la cabeza y me sonrío con dulzura—. ¿Eres de esas, Beth?

Se me acelera el corazón y la respiración, pero intento disimular.

—No sé. Quizá —contesto con voz ahogada.

Vanessa deja de sonreír y se vuelve hacia Dominic.

—Espero que sepas lo que haces —le dice en un tono de voz monótono—. Ya sabes lo que pasa cuando...

—Está bien, Vanessa. En serio —la interrumpe Dominic rápidamente.

Ella se queda pensativa durante unos segundos y vuelve a mirarme.

—Quiero asegurarme de que entiendes una cosa, Beth. Hay cosas que algunos adultos quieren hacer y

que la sociedad ve con malos ojos, incluso con repulsión. No encajan en la idea más extendida de la sexualidad y dicen cosas de nosotros mismos que pueden resultarnos incómodas. Pero creo que todo el mundo tiene derecho a ser todo lo feliz que pueda, y que si para eso hace falta algo tan sencillo como unos azotes de vez en cuando, debe existir la posibilidad para que puedan disfrutar de sus placeres. Este lugar lo concibo como un refugio para esas personas, un espacio al que pueden acudir para representar sus fantasías con toda seguridad. La seguridad y el consentimiento son claves en todo lo que sucede en esta casa, Beth. Una vez hayas comprendido eso, te sentirás más segura en el camino que recorres.

—Lo entiendo —contesto, y de pronto pienso que es una especie de privilegio estar aquí, escuchando a una profesional experimentada en la materia.

—Bien. —Da un sorbo de vino—. Tengo que ponerme en marcha, esta noche estoy muy ocupada. Creo que Dominic quiere enseñarte otra cosa. —Deja la copa en su sitio y se levanta. Sonriente y casi simpática, añade—: Adiós, Beth. Me ha gustado hablar contigo.

—Adiós. Y gracias.

—Dominic. Ya hablaremos luego, sin duda. —Echa a andar hacia la puerta y desaparece.

—¡Vaya! —exclamo mirando a Dominic.

Él asiente lentamente.

—Sabe de lo que habla. Ven, quiero que veas otro sitio.

Volvemos al sótano, dejamos atrás la entrada a la barra y pasamos por una puerta gruesa y reforzada. Más allá hay otra puerta. No me gusta la pinta que tiene; está cubierta de una especie de protuberancias de metal que imponen. Dominic entra delante de mí. Al otro lado todo está negro. Enciende la luz y en el techo se iluminan unos focos.

Se me escapa un grito ahogado. No puedo evitarlo. Lo que tengo delante parece una cámara de tortura medieval. Veo un artefacto enorme de madera con esposas y cadenas para los pies y manos. Apoyada en una pared hay una grandísima cruz en forma de X, también con correas para atar a alguien. Del techo cuelgan cadenas, no sé muy bien para qué, al menos de momento. Hay unos extraños bancos deformados en los que la gente debe de tumbarse en posturas de lo más variadas. En el rincón hay algo que parece una ancha caja vertical con agujeros. Todo eso ya tiene bastante mala pinta, pero entonces miro a la pared principal y veo que colgados de una hilera de ganchos hay una gran variedad de instrumentos, a cuál más aterrador. Son instrumentos para azotar. Algunos tienen gruesos mangos y una buena cantidad de colas de cuero. Otros solo tienen unas cuantas tiras de cuero más gruesas que parecen más pesadas y con nudos en los extremos. Hay unos que dan la impresión de ser suaves, casi sedosos, con mangos esbeltos y largas crines. Otros más peligrosos tienen colas trenzadas o una única cola trenzada y serpenteante con una lengua bífida malévola en el extremo. Luego están las fustas: son varas de cuero tenso y elástico que deben de hacer un daño terrible al estrellarse contra la piel desnuda. Y látigos con mangos gruesos que se estrechan y se alargan en una sola cola. También hay bastones, duros y fuertes, y palas de azotes de todos los tamaños, algunas con dos cabezas, otras agujereadas y otras de lo más normal. No sé por qué, pero estas últimas son las que más me asustan.

—Dominic —digo, agarrándolo con fuerza—. No sé... No estoy segura.

—Shhh —contesta. Me toma entre sus brazos y me acaricia la cabeza—. Se supone que debe dar miedo. Es un sitio donde la imaginación se traslada a un lugar que suele ser tu peor pesadilla. Pero no es tan malo, te lo prometo. Entras aquí por voluntad propia, te quedas por voluntad propia y no pasa nada que no quieras que pase.

Me cuesta creerlo, pero Dominic me sonrío con dulzura.

—Te lo prometo. No quiero hacerte daño... al menos no tal como te lo imaginas. Y tranquila, no vamos a empezar por aquí.

Estoy temblando. Tengo miedo, me preocupa lo que he hecho y a lo que he accedido. No sé si podré hacerlo.

Dominic me coge las manos y las besa. Cuando me habla, su voz suena grave y ronca.
—Confía en mí. Es lo único que tienes que hacer: confiar en mí.

Capítulo 15

No digo gran cosa en el camino de vuelta al bloque de apartamentos. Me siento rara y tengo náuseas. No puedo sacarme de la cabeza la imagen de ese lugar, ni me atrevo a pensar lo que puede suceder allí. Veo ojos desorbitados y bocas espumeantes y oigo gritos y el restallido del látigo contra carnes blandas. No tiene sentido. ¿Qué relación puede tener con el amor, con la necesidad de amar y de consolar a alguien, de ser amable y dulce con esa persona?

Dominic intuye mis temores y deja que me tome el tiempo necesario para procesar lo que acabo de ver, pero todo el tiempo me rodea el cuerpo con un brazo y acerca su cabeza a la mía. Es como si pudiese transmitirme su fuerza y seguridad en sí mismo, y eso me ayuda un poco.

—Tengo algo que enseñarte —dice cuando el taxi ya se aleja de Randolph Gardens tras dejarnos en la acera—. Algo solo para nosotros. —Pongo cara de perplejidad—. Vamos.

Parece contento y emocionado y me da la mano mientras entramos y subimos en el ascensor que nos lleva a la zona de su apartamento. Pero esta vez no vamos a la quinta planta, sino a la séptima, que es la última.

—¿Adónde vamos? —pregunto sorprendida.

Sonríe y le brillan los ojos.

—Ya lo verás.

En la séptima planta me guía por el pasillo hasta llegar ante una puerta. Saca una llave y la abre.

Esta noche lo que he descubierto al otro lado de puertas cerradas me ha divertido, sorprendido y horrorizado, pero esto no tiene nada que ver. Lo que ahora ven mis ojos al entrar me deja desconcertada. Es otro apartamento, con la disposición que ya conozco, pero algo más pequeño que los de Celia o Dominic. La decoración y los muebles son bastante sencillos, por lo que veo.

—Pasa —dice Dominic. Cruza el pequeño pasillo y abre la puerta que da al dormitorio. Me acerco para echar un vistazo.

—Esto lo he hecho para nosotros —anuncia mientras intento asimilar lo que veo—. Hice que lo preparasen durante el fin de semana.

Hay un precioso *boudoir* donde destaca una cama enorme con un armazón de hierro clásico y sábanas blancas recién planchadas, una montaña de almohadas y una colcha de seda color lavanda. Las texturas de la habitación son todas suaves y sensuales, desde el sillón de terciopelo hasta la alfombra de pelo blanco, pasando por la hilera de una especie de pequeños plumeros que hay en la mesilla junto a la cama. Hay una cómoda con cajones y un armarito de madera dorada. Veo una extraña butaca, como la que vi en el apartamento de Dominic, pero más ancha y larga, tapizada en piel blanca y suave, con algo que parecen riendas de cuero debajo del asiento y un reposapiés bajo.

—Mira. —Dominic se acerca al armario y lo abre. Dentro hay un montón de lencería exquisita llena de encaje, casi todo negro. Y también otras cosas: largas cintas de seda y cuero que parecen más algún accesorio de equitación que ropa propiamente dicha. Distingo aros, hebillas y pequeñas anillas de acero, pero no le encuentro sentido a lo que veo en las perchas. También hay corsés rígidos con largos cordones y anchos cinturones de cuero con hebillas y cremalleras. Un salto de cama de seda añade un toque de lujo sensual.

Miro a Dominic con incredulidad.

—¿Todo esto lo has comprado para mí?

—Claro. —Hace un gesto con los brazos para abarcar todo lo que hay a su alrededor—. De eso se trata todo esto. Es solo para ti y para mí. Es todo nuevo, no tiene recuerdos ni asociaciones, solo para que juguemos tú y yo. —Se vuelve hacia mí entusiasmado—. ¿Te gusta?

—Me gusta un millón de veces más que la mazmorra —contesto con entusiasmo, y eso le hace reír—. ¿De verdad has hecho todo esto durante el fin de semana?

No me puedo creer todo lo que habrá tenido que organizar, por no hablar del coste de otro apartamento en el edificio y de esos muebles.

Asiente y, al avanzar hacia mí, me mira significativamente.

—Es increíble todo lo que puede hacerse cuando algo es importante. —Con una mano me levanta la barbilla para que nuestras miradas se encuentren—. Quiero que descubras el placer que podemos darnos el uno al otro y los extremos que podremos alcanzar.

Un deseo líquido me inunda el vientre y las imágenes del miedo y el dolor desaparecen. Todo vuelve a ser hermoso, tierno y juguetón.

—Todo esto me resulta nuevo —digo con la voz ronca—, pero quiero aprender.

—Las lecciones serán más sencillas y deliciosas de lo que crees —prosigue—, e iremos paso a paso.

Sus labios rozan los míos, suaves como el ala de una mariposa, y cuando pienso que ya no puedo aguantarlo más, se aprieta contra mí, me abre la boca con la lengua y se apodera de ella. Nos besamos apasionadamente y el deseo que ha ido creciendo entre nosotros lo inunda todo. Me excita estar aquí; no en el apartamento de Celia, ni en el de Dominic, sino en este, el nuestro.

Me desviste rápidamente entre besos y yo contribuyo. No tardo en estar ante él desnuda, con los pezones duros y sensibles, y él me recorre con una mirada de apreciación.

—Eres increíble —dice casi sorprendido—. Te crearon para el placer. —Me acaricia el culo—. Es glorioso. Solo de pensar en él se me pone dura. —Me coge la mano y me la pone sobre su entrepierna, y noto su polla endurecida—. ¿Lo ves?

Dios, cómo la deseo. La deseo ahora mismo. Empiezo a tirar de su chaqueta para bajársela por los brazos y él se la quita a toda prisa y en un momento se desprende del resto de la ropa con la misma rapidez. Estamos los dos desnudos y nuestras respiraciones agitadas delatan nuestra excitación mientras nos empapamos de la imagen del otro.

—¿Esto es el principio? —pregunto con el corazón latiéndome con fuerza. El sexo me late con la misma intensidad. No sabía que fuese capaz de sentir deseo de un modo tan físico y doloroso.

Dominic sonríe. Se inclina hacia delante para acariciarme el cuello con la nariz y recorrermelo con la lengua hasta llegar al lóbulo de la oreja, que mordisquea ligeramente y del que tira de él antes de susurrarme al oído:

—Es un anticipo. Solo para probarlo.

Notar su aliento en la oreja despierta en mí sensaciones casi insoportables, me hace retorcerme de placer y dar un respingo.

Me agarra de la mano, se la lleva a los labios y se mete las puntas de los dedos índice y corazón en la boca. Noto la humedad caliente ahí dentro cuando su lengua empieza a jugar con la punta de los dedos e incluso me roza con los dientes. Siento un cosquilleo de peligro: podría acercar las mandíbulas y morderme los dedos en cualquier momento, haciéndome mucho daño. Aunque estoy segura de que no lo hará, la posibilidad está ahí. Chuparme los dedos es más excitante de lo que hubiese podido imaginar: me recorre los dedos con la lengua y se los mete aún más en la boca. Entonces noto la presencia de su otra mano en mi entrepierna, moviéndose tan suavemente sobre mi vello púbico que al principio casi ni me doy cuenta, pero después me acaricia con más fuerza y decisión. Me mete un dedo, inesperadamente duro y rápido, y empuja hacia arriba. La sensación es deliciosa, pero no suficiente. Quiero más, y lo quiero ya. Esa lengua seductora que juega con mis dedos me está excitando mucho. Echo la cabeza hacia atrás y suspiro de deseo. Dominic parece entender el gesto e introduce otro dedo para acompañar al primero. Noto cómo la pared interior de la vagina se estira deliciosamente para acomodarlo. Pero sigue sin ser suficiente. Sé lo que quiero. Con la mano que me queda libre intento tocarle el miembro, largo y duro, pero Dominic no me deja y se aparta de mí.

Se saca los dedos de la boca y me guía la mano hacia abajo. Agradecida, pienso que va a dejarme que le toque la polla e intento dirigir el brazo hacia el terso y hermoso calor de su miembro, pero me empuja la mano en otra dirección. Lo miro a los ojos y él me devuelve la mirada, intensa y fuerte, y guía mi mano hasta mi vello púbico. Toco su otra mano, moviéndose en mi entrepierna, con los dedos dentro de mí. Me excita aún más conocer la parte mecánica de las deliciosas sensaciones que me está provocando. Entonces saca los dedos y los arrastra por mi vientre, dejando una estela de humedad a su paso; acto seguido, dirige mi mano para que ocupe su lugar.

—Tócate —murmura.

Recuerdo el día que me vio masturbarme por la ventana. ¿Cómo iba a darme vergüenza ahora? Muevo los dedos sobre los labios calientes y húmedos, por debajo del triángulo de vello.

—Eso es —dice mirando cómo mis dedos se abren paso a través de mi sexo—. Ahora métetelos.

Meto un dedo en el calor que siento entre las piernas y lo empujo hacia el interior.

—Y ahora sácalo y chúpate.

Titubeo.

—Vamos —dice, y detecto en su voz la primera insinuación de dureza. ¿Me estará poniendo a prueba?

Me llevo el dedo lentamente a la boca. Dominic me mira muy interesado mientras separo los labios y me meto el dedo.

—Chúpalo —susurra y obedezco. Cierro la boca y dejo que el sabor se extienda por la lengua. Es un sabor penetrante, casi dulce, y obviamente sabe a sexo—. Estás deliciosa —dice—. Y ahora, a la cama.

Me doy media vuelta y camino hacia la cama.

—¿Y ahora qué? —pregunto, pero Dominic me hace callar con la mirada.

—Nada de hablar. Aquí el único que habla soy yo —contesta.

Dios, esto ha empezado de verdad. Pero si ha dicho que era solo un anticipo...

No tengo miedo. Mi primer paso hacia la entrega absoluta es bastante fácil... de momento.

—Tumbate en la cama. Boca arriba —dice—. Pon los brazos por encima de la cabeza y cierra los ojos.

Hago lo que me pide. Al tumbarme, el algodón fresco y las brillantes colchas de seda tienen una textura que me resulta agradable bajo la espalda desnuda. Cierro los ojos, levanto los brazos por encima de la cabeza y los apoyo, un poco flexionados, sobre las almohadas.

Siento que se me acerca y oigo el sonido de un cajón al abrirse y al cerrarse.

—Algo sencillo para empezar —dice. Una tela suave y resbaladiza me recorre la cara y, un segundo después, Dominic me tapa los ojos con ella y me levanta la cabeza para poder atarla. Todo se vuelve negro y siento una pequeña punzada de miedo. *No veo nada. ¡Esto no lo he elegido yo!*

—Tranquila. Todo esto es para ti —murmura, como si me estuviese leyendo el pensamiento—. Estás a salvo, ya lo verás.

Me levanta una de las muñecas y noto que me la ata a los barrotes de hierro del cabecero con una suave tela. Luego me ata también la otra. Las ligaduras no me aprietan ni me resultan incómodas, pero la sensación de estar atada me resulta muy extraña. Tiro un poco de las ataduras y descubro que solo puedo mover las muñecas un par de centímetros.

—Confía en mí —susurra—. Todo esto es para tu placer, te lo prometo. Y ahora, abre las piernas.

Me siento insegura ahora que no puedo verlo, vulnerable al abrir las piernas para dejar a la vista mis partes más íntimas sin saber dónde está ni qué hace. Pero ahora que no veo nada, todas las sensaciones se vuelven más intensas. Al exponer mi sexo caliente, soy más consciente del aire de la habitación. Todo está en silencio, pero sé que Dominic está moviéndose a mi alrededor. Oigo el roce al encender una cerilla y me llega el leve olor de su llama. Un segundo después, percibo un embriagador olor dulzón a jazmín y cedro.

Conque era eso. Está encendiendo una vela perfumada. Está bien, me gusta.

De momento me ha gustado todo lo relativo a esta experiencia: la habitación lujosa, las preciosas telas

y ahora el delicioso aroma. Pero también estoy perpleja. Esta pausa para los preparativos está haciendo que se diluya ligeramente mi excitación. Estoy volviendo a mi ser, y esa impresión de estar perdida entre las sensaciones desaparece.

De repente vuelvo a notarlo a mi lado. La cama se mueve, Dominic se sube y se arrodilla en el espacio que hay entre mis piernas abiertas.

—¿Estás lista? —pregunta en voz baja.

—Sí, estoy lista —contesto. Nada más decirlo, me pongo otra vez nerviosa y el corazón me late acelerado. Estoy perdida en la oscuridad, vulnerable y abierta. Tengo las manos atadas.

—Bien.

Una pausa y, acto seguido, una extraña sensación. Una gota muy caliente en un pecho que enseguida se convierte en una calidez placentera. Luego otra en el otro pecho. Otra me cae en el vientre y le sigue otra. ¿Qué será?

Dominic me roza el pecho con los dedos y comienza a deslizarse con facilidad desde ese lugar caliente. Ya entiendo: me ha echado alguna especie de aceite y ahora está restregándolo. La sensación es exquisita, voluptuosa, mientras me pasa los dedos por la piel y extiende el aceite hasta que se queda suave y resbaladiza. Me extiende el aceite por los pezones y me da un tirón con la punta de los dedos. El aceite reduce la tracción de sus dedos, así que los frota con más fuerza, pellizcándolos y apretándolos hasta que mi vientre arde de deseo.

¿Por qué estarán los pezones íntimamente conectados con la entrepierna?, me pregunto vagamente a la vez que comienzo a retorcerme por la intensidad de la sensación. Me aprieta cada vez con más fuerza y noto que los pezones se me han hinchado y se han puesto duros como balas. Cuanto más se endurecen, más mojada y resbaladiza estoy.

—Estate quieta —dice, e intento no moverme, pero estoy jadeando y me cuesta no responder ante la intensidad de las sensaciones que está provocando en mí. Comienza a masajearme los pechos, a cubrirlos con las manos, a acariciarlos, y luego regresa a los pezones para, un momento después, volver a su masaje anterior. Luego baja hasta el vientre extendiéndome el aceite por la piel. Ya estoy suave y lubricada.

—Eres muy hermosa, Beth —dice, mientras me frota el vientre con sus manos grandes y fuertes, acercándose cada vez más al lugar que me muerdo de ganas de que toque de una vez—. Me encanta verte así, abierta para mí, entregándome tu dulce cuerpo.

Me estremezco al oír sus palabras, pero no puedo hablar. Lo único que puedo hacer es concentrarme en sus dedos que frotan, masajean, y se acercan a la unión de mis piernas, donde la necesidad que siento por él va creciendo en intensidad. Quiero volver a sentir sus dedos dentro de mí. Quiero sentir su polla, su miembro duro penetrándome con fuerza, y lo quiero *ya*.

—Por favor —digo gimiendo—. Dominic, no puedo soportarlo.

—Vas a tener que desarrollar más aguante —contesta. Se nota que está disfrutando con esto.

Para mi frustración, pasa por alto mi entrepierna y deja caer unas gotas de aceite caliente sobre los muslos y las piernas. Lenta, minuciosamente, masajea mi piel con el aceite, bajando por las piernas hasta los pies. Se concentra primero en uno y luego en el otro, frotando cada dedo, la parte superior de la planta y el arco del pie. Es increíblemente estimulante. Nunca habría sospechado que mis pies tenían tantas posibilidades ocultas, pero cuando ya me estoy relajando con el placer del masaje de pies, regresa a las piernas y sube hasta las caderas.

Ojalá pudiese verle la cara... Pero enseguida se me olvida todo porque empieza a extenderme el aceite por el vello púbico. Me agarra las caderas con las manos extendidas y utiliza los pulgares para masajear hacia abajo, cada vez más cerca del clítoris, que está más necesitado que nunca de atenciones. Lo noto tan hinchado y duro como uno de los pezones, y soy muy consciente de sus latidos cada vez que anticipo su contacto. Quiero moverme, girar las caderas y arquear la espalda, pero recuerdo que Dominic me ha

pedido que me quede quieta y quiero hacer todo lo posible para obedecerle.

Luego, cuando pienso que no puedo seguir quieta ni un segundo más, noto la yema de su pulgar tocándome el clítoris. Grito y mi cuerpo da una sacudida sin que yo pueda evitarlo.

—Hoy las normas no son estrictas —dice con voz ronca. Le noto en la voz la excitación que le produce verme en ese estado—. Ya puedes moverte si quieres.

Se pone a acariciarme el bultito cada vez con más fuerza y yo me muero de placer. En mi mundo a oscuras, la sensación es cada vez más intensa, y al moverme sobre la cama, las ligaduras me tiran de las muñecas y eso aumenta mi excitación. No puedo hacer nada. Necesito que él lo haga todo. Sin él, no puedo alcanzar el culmen del éxtasis que necesito desesperadamente.

Entonces se retira.

—Había planeado algo más —dice—, pero yo tampoco puedo esperar.

Noto cómo se acerca por la cama. Ojalá pudiese ver esa magnífica polla. Ya está entre mis piernas, presionando la polla contra la entrada, jugando con las profundidades aceitosas y resbaladizas.

Doy una sacudida para acercarme a él, intentando que entre de una vez, pero se queda ahí durante un segundo más.

—Estás más que lista —murmura. Entonces, con un fuerte empujón, me penetra.

No puedo evitar gritar. *¡Dios! ¡Sí, sí!*

Parece que le noto más adentro que otras veces. Sale muy despacio y vuelve a empujar con fuerza, rápido, profundo. Se retira lentamente y avanza de nuevo, con fuerza. Ya ha encontrado su ritmo, y unos empujones fuertes y deliciosos le hacen chocar contra mi hueso púbico y proporcionan al clítoris la presión que estaba necesitando.

—Quiero que te corras ya —gruñe. Luego acerca su boca a la mía y nuestras lenguas se unen en un beso delicioso y ávido.

Estoy emitiendo un sonido que no me recuerda a ningún otro que haya hecho nunca; esta es la sensación más intensa que he tenido en la vida. Mientras su pene alcanza puntos secretos dentro de mí, yo estoy perdida en la oscuridad aterciopelada de los ojos vendados y en el extraordinario clímax que va creciendo para embargarme de un momento a otro.

—Córrete —me ordena.

El orgasmo me alcanza con una intensa oleada de gozosa euforia y me hace estremecerme con su fuerza durante un espacio de tiempo que a mí me parecen minutos. Luego siento que Dominic se pone tenso, hace una pausa entre las embestidas hundido hasta lo más profundo de mi interior y vuelve a embestirme con fuerza cuando su polla se hincha aún más, y entonces se produce su orgasmo con una fuerza exquisita. Sin verlo, lo siento todo aún más intensamente y me encanta la sensación de su pene latiendo en mi interior. Luego se tumba a mi lado en la cama, jadeando.

A mí aún me cuesta respirar, y sigo asombrada por la intensidad de lo que me ha sucedido mientras Dominic me desata y me destapa los ojos.

Me sonrío y me besa en los labios.

—Bueno —dice con ternura—, ¿qué te ha parecido la primera lección?

—Impresionante —contesto, y dejo escapar un suspiro de satisfacción—. De verdad... alucinante.

—Eso me ha parecido. Me has apretado con mucha fuerza cuando has tenido el orgasmo. Ha sido increíble. —Me da otro beso, esta vez en la punta de la nariz—. Creo que podemos dar la cama por estrenada.

—Hummm. —Me revuelvo feliz—. Me encanta.

—Me alegro de que te guste. Es todo para ti. Este lugar es nuestro para que aquí hagamos lo que nos guste. —Me mira fijamente con ojos inquisitivos—. Y mañana empezaremos en serio.

Capítulo 16

Al día siguiente, todavía estoy eufórica. James no me pregunta directamente, pero coge la costumbre de llamarme «gatita».

—Porque pareces el gato que se comió al canario —dice con una sonrisa comprensiva.

Es cierto que prácticamente me paso el día ronroneando. Todo en mi experiencia de anoche fue placentero. Y empiezo a darme cuenta de lo que me he estado perdiendo todo este tiempo.

Pero solo es porque era Dominic.

Vamos a salir esta noche, lo sé. Me dijo anoche que antes de que la cosa avanzara teníamos que hablar de algunas cosas. Sonaba a algo malo, y él debió ver la expresión de preocupación de mi cara porque me dijo que estaba todo muy claro y que no había nada de que preocuparse.

A las siete en punto, el taxi me deja en el restaurante en el que he quedado con Dominic. No conozco esta parte de la ciudad pero reconozco la Torre de Londres y el Tower Bridge cuando el taxi pasa a su lado. Debo de estar dirigiéndome al lado este de la ciudad.

El restaurante está junto al Támesis, en un almacén reconvertido con unas vistas magníficas del río y del South Bank.

El maître me hace una reverencia mientras le digo que he quedado con el señor Stone. Cuando lo digo, me doy cuenta de que ni siquiera sé si el apellido de Dominic es ese o no. Solo es el nombre por el que me dijo que preguntara.

—Muy bien, señora. Por aquí, por favor. —El maître me guía por la planta baja atestada hasta un ascensor que nos lleva varios pisos más arriba, a la zona espaciosa con la parte frontal acristalada del tejado del almacén. Desde ahí la vista es aún más asombrosa, porque se ve por encima de las cabezas de los demás comensales.

—El señor Stone está en la terraza privada —me dice el maître, y un segundo después me precede para entrar en un área muy bonita, abierta al cielo nocturno, pero rodeada por ambos lados por paredes de cristal aún más aisladas por una hilera de setos en maceteros de granito. Una brisa fresca agita la parte superior de los setos, y allí el aroma salobre del río es muy fuerte.

Dominic está sentado a una mesa, con una copa de vino blanco delante de él. Se levanta cuando me acerco, con una sonrisa asomando a sus labios. Está más guapo que nunca con su traje azul marino, esta vez con una camisa azul pálido y una corbata gris plateado.

—Señorita Villiers. Qué placer verla.

—Señor Stone. Yo también me alegro de verlo.

Mientras el maître me aparta la silla y espera a que me siente, ambos nos besamos educadamente en ambas mejillas.

—Me alegro de que hayas podido venir —me dice Dominic.

El maître me acerca la silla cuando me siento. Me llena la copa con la botella de vino blanco que hay en una cubitera junto a la mesa y después hace otra reverencia y se va.

En cuanto se ha ido, Dominic se inclina, con los ojos oscuros y brillantes, y me dice:

—He estado notando tu sabor en mis dedos todo el día.

Suelto una risita por el contraste entre nuestras personalidades educadas y las sucias y sexys.

—Seguro que te has duchado esta mañana —le digo—, así que eso que has dicho es manifiestamente falso.

—Lo estaré soñando entonces —responde. Levanta la copa—. Por nuestros nuevos descubrimientos.

Yo también alzo mi copa.

—Por los nuevos descubrimientos —repito feliz, y los dos bebemos. Contemplo la tarde de verano que

se va oscureciendo y disfruto de la vista mientras se van encendiendo las farolas. Un poco más arriba veo los puentes iluminados sobre el Támesis y todo el movimiento que hay a la orilla del río. El mundo bulle y no deja de moverse a nuestro alrededor, pero en lo que a mí respecta, todo el universo está aquí, en esta terraza. Todo lo que quiero y necesito está aquí. Dominic tiene todo lo que podría soñar: es inteligente, es educado, gracioso y guapísimo. Es amable y cariñoso, y me lleva a una dimensión de placer que nunca sospeché que existía. La sensación de éxtasis que me embarga siempre que pienso en él es sin duda amor. Es más profundo y más excitante que el que sentía por Adam, que ya no me parece más que un romance adolescente dulce pero superficial, comprensible en su momento, pero ahora solo una sombra que se quedó atrás en mi vida.

—Ya he pedido para los dos —me dice Dominic.

—Vale. —Me quedo sorprendida. Nunca antes había hecho algo así.

Pero yo he dado el primer paso, ¿no? Y esto debe de ser parte de ello.

Bien, pienso apartando esa leve irritación. Confío en Dominic. Y no es que tenga alguna alergia o algo (tampoco es que me lo haya preguntado), así que lo importante es que es una fuente de educación para mí. Lo que haya pedido seguro que merecerá la pena.

Se me queda mirando con los ojos un poco entornados. Me pregunto si está recordando lo de anoche, nuestro encuentro salvaje. Eso espero. Unas suaves olas de placer me recorren al recordarlo.

—Bien —dice—, tenemos que hablar de las normas básicas.

—¿Normas básicas?

Asiente.

—No podemos seguir un camino como este sin tener algunas.

Recuerdo lo que dijo Vanessa: *La seguridad y el consentimiento son claves en todo lo que sucede en esta casa, Beth. Una vez hayas comprendido eso, te sentirás más segura en el camino que recorres.*

—Bien —digo despacio—, pero no sé si realmente hacen falta. Confío en ti.

Una sonrisa aparece en los labios de Dominic.

—Esas son palabras que un hombre como yo está loco por escuchar. Sin embargo, esas normas con necesarias. Solo las relaciones más extremas funcionan sin ellas, y a mí no me atraen. Puede que sea dominante, pero no soy un sádico total.

—Me alegro de oír que hay una diferencia —le confieso. Todavía estoy intentando entender todos los términos relacionados con esto, pero claro que había oído hablar del sadismo. A una compañera de la universidad le hicieron leer los escritos del marqués de Sade como broma en una fiesta y solo hicieron falta unos minutos de oír aquello para que me entraran ganas de vomitar y tuviera que irme.

—Yo inflijo dolor —me explica Dominic—, pero no me gusta la burda tortura del verdadero sadismo. A casi nadie le gusta.

No quiero pensar en eso, así que digo un poco impaciente:

—Bueno, pues acordemos unas reglas, ¿no?

—Muy bien. —Se inclina hacia mí—. Lo primero que tienes que entender es que el Dominic que has conocido haciéndote el amor, o como quieras llamarlo, se va a convertir en el maestro controlador al que has accedido a obedecer. Fuera de esa habitación, nos encontramos en una realidad en la que se obedecen las normas de conducta normales. Pero dentro, las cosas son diferentes. Para marcar el inicio de esa situación, quiero que te pongas un collar.

—Oh. —Me sorprende—. ¿Un accesorio de *bondage*?

Asiente.

—Un collar es un símbolo muy claro de sumisión.

Lo pienso. Tiene razón. Un collar indica posesión. Los animales llevan collares. Los esclavos llevan collares. Es una muestra de que estás domesticada. *¿Y eso es lo que quiero para mí? ¿Que me domestiquen?*

—Nunca he considerado que hiciera falta domesticarme —digo en voz alta casi sin pensar.

Dominic parece preocupado de inmediato.

—No estás entendiendo el concepto —dice con preocupación en la voz—. No se trata de ti en una personalidad real. Es una personalidad de fantasía. No quiero doblegarte o domesticarte en el mundo real. Pero en nuestro mundo especial, accedes a ser sumisa conmigo. ¿Lo entiendes?

Asiento despacio. Tiene sentido. De repente veo que las cosas que hago con Dominic durante nuestra vida sexual no reflejan necesariamente mi verdadero yo. Eso me hace sentir aliviada, aunque no sé muy bien por qué.

—¿Accedes a ponerte el collar? —insiste.

—Sí.

—Bien. Tengo uno precioso para ti en el piso.

Recuerdo el fantástico piso que me ha preparado y algo se funde en mi interior.

—Ojalá estuviéramos allí ahora —le digo en voz baja.

El viento le alborota el pelo. Une las puntas de los dedos y parece pensativo.

—Yo también querría estar allí —murmura—, pero no antes de que hayamos establecido ciertos límites.

En ese momento se abre la puerta de la terraza y sale un camarero con lo que parece un enorme expositor de pasteles metálico, pero, en vez de pasteles, sus pisos están llenos de marisco.

Lo pone en nuestra mesa y dice:

—Los *fruits de mer*, señor.

Inmediatamente después aparece otro camarero con cuencos para lavarse los dedos, unos tenedorcitos y lo que parecen cascanueces, además de un platito con mayonesa, otro con un líquido morado con trocitos de cebollas, mitades de limón envueltas en muselina y una botellita de tabasco.

Tras colocarlo todo ante nosotros, un camarero nos rellena las copas y los dos se van.

—Ostras —dice Dominic levantando una ceja—. Mucho cinc y selenio. Muy sanas.

Pero no solo son ostras. Cada piso tiene una capa de hielo sobre la que hay una variedad de mariscos: langostinos, pinzas de langosta, bígaros y gambas.

Dominic le da un sorbo al vino.

—Este Riesling va perfecto con este plato —dice satisfecho—. Bien. Creo que deberíamos empezar.

Imito lo que hace, utilizando el tenedorcito para los bígaros y los cascanueces para abrir las pinzas de langosta, sacar la dulce carne blanca con el tenedor y untarla en la espesa mayonesa. El vinagre de chalotas sobre las ostras realza su sabor salado y metálico en la boca. Entiendo por qué se dice que es un alimento afrodisíaco: el ritual de la extracción y el realce de los sabores salados y penetrantes lo convierten en una comida muy excitante. Nunca había comido ostras, pero sigo el ejemplo de Dominic y me trago los óvalos resbaladizos con su baño ácido de vinagre o limón o con el toque picante del tabasco. Son un poco raras, casi cremosas, pero deliciosas.

—Hay más cosas de las que tenemos que hablar —dice Dominic.

—¿Ah, sí? —El placer de la comida, el aire del río y el aura de lujosa complacencia han hecho que me relaje. Eso sin mencionar el efecto del Riesling seco, que, decido, es seguramente uno de los mejores vinos que he probado.

—Sí. Primero, quiero que entiendas que todo esto se centra en ti. La gente tiende a asumir que todo esto gira en torno al placer del amo. Eso no es así. Tú serás el centro de mi mundo cuando estemos los dos en él. Serás el centro de todas mis atenciones y tu recompensa será una experiencia intensa, una fantasía cumplida y... —una sonrisa le eleva las comisuras de la boca— unos cuantos orgasmos increíbles.

El estómago se me llena de mariposas al pensarlo. «Cuesta decir que no a eso.»

—Pero tú también obtienes placer, ¿no?

Asiente.

—Mi placer viene de ser tu amo y reforzar tu sumisión. Te quiero en mi poder, haciendo lo que me plazca. Yo tengo mi propia experiencia intensa a través de la fantasía. Lo bonito es cuando nuestras fantasías se encuentran y se mejoran la una a la otra.

—Ya veo. —Sí que creo entenderlo. Mi experiencia en el *boudoir* ya me ha demostrado que todo se ve intensificado por la introducción del suspense.

Dominic moja la cola de un langostino en la mayonesa y se lo come despacio mientras continúa.

—En la habitación, una vez que te pongas el collar, tendrás que llamarme «señor». Es otra señal de que estás preparada para obedecerme.

—¿Y tú cómo me vas a llamar?

Sus ojos resplandecen un momento.

—Lo que quiera. Esa es la idea.

Me siento reprendida, pero aun así contesto:

—Pero eso no parece justo.

—Probablemente no usaré tu nombre —explica Dominic—, pero te llamaré lo que crea que es adecuado en el momento. Lo siguiente es algo que todas las relaciones de este tipo emplean. Siempre que se entra en el mundo de la fantasía, existe el riesgo de que la vivamos con tanta intensidad que nos dejemos llevar. Así que hay una cosa que se llama «palabra de seguridad». Significa que debo parar, que ha sido suficiente.

—¿Y no puedo decir simplemente: «para, no quiero seguir»?

—Habrás veces en que digas «para» o «no» o «no lo puedo soportar» pero quieras decir justo lo contrario. Necesitamos una palabra que rompa la fantasía de repente y lo detenga todo. La elección habitual es la palabra «rojo», pero quiero algo diferente para nosotros, así que creo que utilizaremos «escarlata». ¿La recordarás?

Asiento.

—Claro. Escarlata significa parar. —Pero no espero tener que usarla. No me puedo imaginar que alguna vez pueda querer que Dominic deje de hacerme esas cosas maravillosas que me hace.

—También deberíamos acordar ciertos límites sobre lo que vamos a hacer y lo que no, pero en esta fase, Beth, quiero que confíes en mí en que voy a llevarte por este camino despacio y que no te voy a hacer nada demasiado extremo.

—¿Cómo qué? —Frunzo el ceño—. ¿Te refieres a cosas como las de la mazmorra?

Asiente.

—Ya me he hecho una idea de tu experiencia pasada y de cómo es tu naturaleza. Creo que estás abierta a muchas de las cosas que me gustaría hacer por ti. Gran parte de mi placer lo obtendré de introducirte en esas prácticas. Y si hay algo que no te guste, la palabra de seguridad es tu red. ¿Estás de acuerdo?

Lo pienso un momento. Todo parece muy impreciso, pero lo que había en el *boudoir* era muy diferente de lo que vi en la mazmorra. Era sexy, femenino, erótico. Sin esa desagradable promesa de dolor que encerraban las herramientas de la mazmorra.

—Creo que sí.

—Bien —sonríe Dominic—. Nos queda una cosa más. Quiero que me dediques tres noches esta semana, empezando por el jueves por la noche. El acuerdo acabará el sábado, así dispondrás del domingo para recuperarte y después los dos tendremos la opción de renegociar los términos.

Me lo quedo mirando fijamente, sorprendida de nuevo. ¿Cuándo se ha convertido nuestra relación en un asunto de negocios como parece ahora? Creía que estábamos avanzando, de una forma deliciosa, hacia convertirnos en una pareja. Y de repente suena como si todo eso se acabara el fin de semana, con posibilidad de renovación.

—Es por ti —me dice Dominic en voz baja al ver mi expresión—. Todo es por tu protección. Una vez que accedes a someterte a alguien, puede que te sientas impotente, pero la verdad es que tu poder está

oculto. Todavía tienes todo lo que tenías al empezar. Es importante que eso no se te olvide.

—Está bien —susurro. Supuestamente tengo poder, pero la verdad es que no veo cómo puedo decir que no.

—Bien, entonces ya tenemos establecidas nuestras normas básicas. Disfrutemos de la deliciosa cena. Después te irás a casa a dormir.

Siento una enorme decepción.

—¿No vamos a pasar la noche juntos?

Niega con la cabeza, riéndose bajito.

—Esta noche no. Te veré el jueves por la noche. Creo que un poco de anticipación nos vendrá bien a los dos. Además, tengo que irme por negocios mañana y me marcho antes de que amanezca.

—¿Adónde vas? —le pregunto interesada.

—A Roma.

—¿A hacer qué?

—Una reunión de negocios. Muy aburrida, te lo prometo.

—Roma no suena aburrido —digo nostálgica.

—No es Roma la que es aburrida. Es la reunión.

—Sigo sin saber qué es lo que haces...

—Eso es porque se me ocurren otras cosas mejores de las que hablar. —Coge la copa y cambia de tema—. Cuéntame lo de ese nuevo artista que estáis exponiendo en la galería. Estoy muy interesado.

Seguimos hablando como si fuéramos una pareja normal, disfrutando de la cena en la terraza bajo la brisa de la noche de verano. Como si no acabáramos de acordar nuestra especie de extraño contrato erótico de intercambio de poder. Pero saber lo que me espera hace que una espiral de excitación se forme en mi vientre.

¿Adónde me va a llevar? ¿De verdad puedo dejarle?

Lo voy a saber muy pronto.

Capítulo 17

Sé que Dominic se ha ido a Roma, así que al día siguiente me sorprende recibir una carta entregada en mano por un mensajero en la galería.

Estoy firmando el recibo cuando James entra desde la parte de atrás.

—¿Es para mí? —pregunta.

—No. —Miro el grueso sobre color crema con el nombre escrito con letras de imprenta en el dorso—.

Es para mí.

—Oh. —James parece desconcertado y entonces su cara se ilumina—. Es del encantador Dominic, ¿verdad?

—Supongo que sí. —Lo abro. Hay una llave y un papel doblado que leo.

Beth: Quiero que estés en el piso el jueves por la noche. Aquí te envío la llave. Debes estar recién duchada y arreglada. Recógete el pelo para que el cuello quede al descubierto. Quiero que te pongas el collar que encontrarás junto a la cama. Sobre la cama está la ropa interior que he seleccionado para ti. Debes estar lista para cuando yo llegue a las 7.30 de la tarde. Quiero que estés arrodillada en el suelo al lado de la cama cuando entre. Dominic Me ruborizo y doblo otra vez la carta rápidamente.

—¿Una carta de amor? —me pregunta James. Está a punto de salir para ir a una reunión, así que realmente no me está prestando atención, cosa que agradezco.

—Sí... eso es. —Suenan un poco ridículo, pero supongo que esta carta tan extraña y seca también es en cierto modo de amor. Sin duda encierra la promesa de algo extraño y excitante.

—Qué dulce —dice James.

Curiosa palabra para describirlo.

Me quedó mirando la carta y me doy cuenta de que ahora he comenzado algo serio. Me ha dado tiempo para que me vaya preparando, física y mentalmente. Dominic sabe lo que hace.

JUEVES POR LA NOCHE

Estoy en el piso mucho antes de la hora señalada y he obedecido las instrucciones de la carta. Me he frotado bien en la ducha, me he afeitado las piernas y las axilas y me he dado crema hasta que han quedado suaves. Tengo el pelo recogido en un moño alto y apretado de forma que queden despejados la cara y el cuello. Me siento ritualmente limpia, como si me hubiera purificado antes de empezar esta nueva etapa de mi vida.

El miércoles fui a un consultorio médico muy discreto en Harley Street, donde en un ambiente muy lujoso y tranquilo me hicieron un chequeo completo y análisis de sangre. Los resultados estuvieron listos el mismo día: estoy perfectamente sana.

Me parece algo apropiado de alguna manera, como si esas pruebas me hubieran purificado también por dentro.

Sobre la cama, que está cubierta por una sábana, descubro un conjunto de ropa interior negra colocado allí para mí: aparentemente sencillo, sutil, solo unos trozos de seda negra. Me pongo las bragas, que están hechas de seda y encaje, con tela transparente sobre las caderas y cuyos extremos forman un diamante abierto sobre el sexo, que queda expuesto. Cuando me giro para mirarme en el espejo, veo que, aunque tengo las nalgas tapadas, la parte baja de mis curvas no lo está, y desde ahí también se puede acceder al culo. Los cachetes asoman un poco, blancos y suaves en contraste con el negro. El sujetador es poco más que un par de tirantes de seda negra. Las copas son bajas, pensadas solo para levantar y colocar bien los pechos, no para cubrirlos. Cuando lo llevo todo puesto, el efecto es increíble. Finas líneas muy negras recorren la piel y me abrazan los pechos, enfatizando las curvas y ofreciéndolos como sabrosos bocados.

Esta lencería no se parece a nada que haya llevado antes, y su discreta sofisticación es muy sexy. Hay

un toque de severidad en esas crudas líneas negras, pero uno leve. Mi mirada se ve atraída por la forma en que mi sexo escapa por el agujero de la parte delantera de las bragas y ya tengo los pezones rosas y duros. Me paso las manos por el estómago y los pechos y me estremezco ligeramente. La anticipación ya me está excitando.

Sobre la mesa junto a la cama veo el collar. Me acerco, lo recojo y lo miro. No es el collar de perro con pinchos que me había imaginado. Es de látex, tiene unos diminutos agujeros que parecen formar una filigrana y una pequeña cinta de látex en la parte de delante. Se abrocha por detrás con un corchete. Lo cojo y me lo pongo en el cuello.

Me da un vuelco el estómago cuando lo noto sobre mi piel y de repente comprendo el poder de su simbología. Es la señal de mi sumisión. Me estoy rindiendo totalmente cuando lo llevo. Y esa sensación es, para mi sorpresa, estremecedoramente erótica.

Tal vez esto sea parte de mi ser más íntimo después de todo, pienso. Aprieto el corchete para cerrarlo. Me queda muy ajustado, precioso, como un collar de encaje negro.

Miro el reloj de la pared. Son casi las siete y media. Recuerdo las instrucciones. Estoy vestida como me ha dicho, así que voy hasta la alfombra de pelo blanco que hay delante de la cama y me arrodillo. Al principio me da vergüenza, aunque estoy sola. Paso los primeros minutos, que se me hacen eternos, envolviendo mechones del pelo de la alfombra alrededor de un dedo. Me quedo helada cada vez que me parece oír el más mínimo ruido. Dan las siete y media y yo espero, muy quieta y expectante, pero no ocurre nada.

¿Llega tarde? ¿Algo le ha retrasado?

No sé si levantarme y mandarle un mensaje para saber si está bien o debería quedarme donde estoy.

Oigo el tictac del reloj, los segundos pasan despacio y yo sigo arrodillada. Pasan cinco minutos, después diez, y ya no puedo soportarlo más. Me levanto y voy a la entrada, donde he dejado el bolso, para mirar el teléfono a ver si hay algún mensaje de Dominic. Acabo de pisar el mármol frío de la entrada cuando oigo la llave en la cerradura. El corazón me empieza a latir con fuerza y me embarga un miedo terrible, haciendo que me hormiguen las manos. Me vuelvo, corro hacia el dormitorio y me arrodillo en el suelo otra vez en un segundo. Oigo que la puerta de la casa se abre y unos pasos lentos que cruzan la entrada. Hay largas pausas, se oye ruido de pasos y movimientos, pero no entra en el dormitorio inmediatamente. Me alegro de que me conceda este margen, esperando que a mi corazón y a mi respiración les haya dado tiempo a volver a la normalidad antes de que entre, pero parece que no puedo controlarlos. La culpa por mi desobediencia todavía me atormenta y hace que me tiemblen los dedos.

¿Qué demonios está haciendo? ¿Esta espera es una agonía!

Entonces los pasos llegan a la puerta del dormitorio. Está de pie en el umbral, pero yo no levanto la vista.

—Buenas noches. —Su voz es grave, profunda, y encierra mucho poder.

—Buenas noches —le digo levantando la vista solo hasta sus piernas. Lleva vaqueros. Hay una larga pausa y entonces lo recuerdo—. Señor.

Se acerca a mí.

—¿Has obedecido mis instrucciones?

Asiento.

—Sí, señor. —Todavía no le he mirado a la cara. Estoy nerviosa ante este nuevo Dominic, un Dominic al que he accedido a obedecer.

—¿Ah, sí? —Su voz suena aún más baja, pero con una frialdad inconfundible tras ese tono melodioso—. Levántate.

Le obedezco, consciente de mis pechos desnudos, que las copas bajas del sujetador levantan de forma lujuriosa, y de la descarada invitación que suponen mis bragas con el sexo al aire. Pero también sé que estoy preciosa, y por la honda inspiración que oigo hacer a Dominic estoy segura de que él también lo

cree. Levanto la mirada hasta su cara por primera vez. Está diferente: aún tremendamente atractivo, pero esos ojos negros tienen una mirada dura y los labios muestran un gesto que casi podría ser cruel si no fuera porque también dejan traslucir una cierta ternura.

—¿Me has obedecido? —dice.

—Sí, señor —repito, pero me sonrojo. Estoy mintiendo. Y él seguro que lo sabe. Se me ha vuelto a acelerar el corazón, me tiemblan los dedos y me fallan las rodillas.

—Te doy otra oportunidad. ¿Me has obedecido?

Inspiro larga y temblorosamente.

—No, señor. Fui hasta la entrada cuando vi que llegabas tarde.

—Oh, ya veo. —Sus ojos brillan de placer y la boca se le curva levemente—. Desobedeciéndome, tan pronto. Vaya, vaya. Bueno, vas a tener que aprender rápido la lección para que podamos cortar la insubordinación de raíz. Ve al armario y abre la puerta de la derecha.

Intentando calmar mi respiración y los nervios que noto en el estómago, voy hasta el brillante armarito y hago lo que me ha dicho. Hay una amplia variedad de extraños objetos en los estantes.

—Coge la cuerda roja.

Hay un rollo de cuerda color escarlata en el estante de abajo. Lo cojo. Es suave y sedosa, no áspera, como me había imaginado.

—Tráela aquí.

Se la llevo a Dominic. Se le ve fuerte y poderoso, vestido con una camiseta negra y vaqueros y el pelo peinado hacia atrás. No me sonrío cuando me la coge de las manos.

—La desobediencia es algo muy malo, Beth —dice casi jadeando.

Coge un extremo de la cuerda, que está sellado con cera roja, y empieza a recorrerme el cuerpo con ella, rodeando los pezones y rozándome el vientre.

La excitación me tensa los músculos y siento que mi sexo se despierta y empieza a humedecerse. *Oh, Dios, esto ya es excitante.*

Entonces me obliga a girarme.

—Arrodíllate junto al poste de la cama.

Camino unos cuantos pasos hasta la cama y me arrodillo, preguntándome si me va a azotar con la cuerda.

—Rodéalo con los brazos y agárrate las manos por el otro lado.

Cuando lo hago, se acerca y un segundo después me ha atado las muñecas con unas vueltas de la cuerda y un nudo muy bien hecho. Después deja caer el resto de la cuerda al suelo.

—Abre las piernas —ordena.

Lo hago, sabiendo que tengo los cachetes al aire y todo mi trasero ofreciéndosele con los labios apretados debajo. Sé que ya estoy mojada. Estoy segura de que está viendo los rastros brillantes de mi excitación y eso hace que me excite y me moje más. Apoyo la cara caliente en el antebrazo, que ha quedado apretado contra el poste porque las ataduras me impiden moverlo.

Siento algo contra mi sexo. Durante un momento creo que es el dedo de Dominic, pero es demasiado grande y grueso, y tampoco es lo bastante caliente y duro para ser su polla. Entonces me doy cuenta de que está pasando el extremo encerado de la cuerda por mi piel y jugueteando con mi humedad. La sensación es deliciosa.

—Oh —murmuro.

—Silencio. Ni un ruido. Y no te muevas.

Siento un leve azote en las nalgas. Es la parte sedosa de la cuerda. No duele, pero sin duda es una advertencia. Intento quedarme inmóvil.

—Vamos a empezar tu castigo con una cosita.

Se aparta de mí y por el rabillo del ojo lo veo dirigirse al armarito. Saca algo y lo pone sobre la cama

para que pueda verlo. Es un objeto grande y bastante bonito de cristal, liso y ligeramente curvado, de unos doce centímetros de longitud. Cuando está seguro de que lo he visto, lo coge y vuelve detrás de mí. De repente está de rodillas muy cerca y noto el calor de su cuerpo en la espalda. Acerca la cara a mi cuello y me recorre el collar con un dedo.

—Me gusta —susurra—. Es precioso. Te queda muy bien. —Acerca la cara y me besa el cuello, tirando un poco de la piel con los dientes. Quiero suspirar de placer, pero recuerdo mis instrucciones y me quedo muy quieta.

Ahora algo nuevo está jugueteando junto a mi entrada, algo frío y liso. Sé que es el objeto de cristal.

—Esto es un consolador, Beth —me explica—. Voy a empujarlo dentro de ti. Quiero que lo mantengas ahí. No dejes que se salga.

Mientras habla, noto cómo el objeto frío entra en mí. La sensación de estar colmada es deliciosa, y el frío proporciona una nueva dimensión a la estimulación. Pero es muy liso y resbaladizo y yo estoy muy mojada. Dominic lo empuja hasta que está muy adentro, lo mantiene ahí y después quita los dedos. Instantáneamente siento un tirón cuando el consolador empieza a deslizarse hacia fuera.

—Niña mala —me regaña cuando ve que empieza a salirse—. ¿Qué te he dicho?

Vuelve a empujarlo dentro con una firme presión que hace que de nuevo desee soltar un gemido. Lo aprieto, tensando todos los músculos pélvicos para mantenerlo ahí.

—Muy bien. Te estás esforzando —murmura—. Bueno, creo que tu culo está suplicando que le preste atención.

Su palma me recorre el culo, acariciando la suave superficie y deleitándose en la transición entre el encaje y la mullida carne. De repente me da un azote, no muy fuerte, pero escuece. Doy un respingo y el consolador de cristal da un salto en mi interior, proporcionándome la deliciosa sensación de una embestida. Dominic vuelve a acariciarme la nalga y después otro azote reverbera en todo mi cuerpo. No duele tanto, pero causa un estremecimiento interno que hace que el consolador vuelva a presionar hacia arriba dentro de mí.

Oh, Dios.

—Tienes un culo increíble —me dice con voz irregular. Otro azote. *Oh, Dios, lo siento crecer en mi interior.*

Apoyo la cara contra el poste de la cama, con las manos atadas justo debajo. Ver la cuerda roja que las rodea es excitante. Aprieto los pechos, excitados y sensibles, contra el metal frío del poste de la cama y lo rozo con los pezones. Más abajo, el consolador, que ahora está caliente, amenaza con volver a salirse. Tensó todos los músculos para evitarlo y noto de nuevo ese latido delicioso en el vientre.

—Oh, vaya, pero si no puedes sostenerlo, Beth —dice, y en su voz hay una amenaza juguetona—. No me parecía que fuera tanto pedir. Bueno, pues por eso...

Me da tres azotes fuertes con la mano en rápida sucesión que hacen que un calor irradie desde mis nalgas y recorra todo mi cuerpo. Entonces empieza a meter y sacar el consolador con fuerza. Es una sensación desconcertante, pero deliciosa, estar allí arrodillada delante de él, abierta, dejando que me folle con un juguete de cristal. Su otra mano me rodea hasta llegar a mi clítoris, que me late tan fuerte que me pregunto si llegaré a correrme sin más estimulación, pero entonces empieza a rozarlo con los dedos, bajando hasta entrar en mis profundidades resbaladizas y después volviendo hasta él con fuerza. Como respuesta, potentes y eufóricas oleadas de placer recorren todo mi cuerpo. Mis piernas están perdiendo fuerza, me deslizaría por el poste si no tuviera las manos atadas a él, y tiemblo de arriba abajo por la inminencia de mi clímax.

—Como eres una principiante —me susurra con voz ronca al oído—, voy a dejar que te corras, pero solo si lo haces tan fuerte como puedas. Vamos, córrete para mí.

Eso es todo lo que necesito. Grito cuando el clímax llega y libera en mí un orgasmo enorme, embriagador y que lo abarca todo.

—Oh, sí —dice—. Eso es lo que quería ver. Pero todavía no hemos acabado. —Saca el consolador de mi interior. Sale con facilidad y después lo sube por detrás de mí, para que pase entre mis nalgas. Mantiene la punta lubricada sobre mi otra entrada, presionándola un momento, y justo cuando me estoy preguntando si va a intentar penetrarme por ahí, con una mezcla de curiosidad y preocupación, lo aparta.

Al momento siguiente me está desatando las muñecas, pero si creo que se ha acabado, estoy muy equivocada.

—Túmbate en el suelo —me ordena—. Levanta el culo en el aire y apoya la cabeza en los brazos.

Me pongo a gatas sobre la alfombra y obedezco. No siento ninguna vergüenza al levantar el culo todo lo que puedo, sabiendo que me estoy mostrando ante él: los labios hinchados, húmedos y brillantes tras el clímax. Siento que lo recorre con un dedo, acariciando el vello y recolocándolo con el dedo resbaladizo.

—Qué vista más deliciosa —dice, y su voz suena pastosa por el deseo—. Y es todo mío.

Le oigo desabrocharse los pantalones, pero no se los quita. Se arrodilla detrás de mí, se agarra la dura erección y la acerca a mi entrada.

—Te voy a follar muy fuerte —me dice—. Puedes hacer todo el ruido que quieras.

Me alegro de que me lo permita porque cuando entra en mí con toda su fuerza, parece penetrar hasta el centro de mi ser, y no puedo evitar soltar un grito. No habría podido reprimirlo aunque hubiera querido. Su polla me empuja con fuerza, una y otra vez, y todas las veces llega hasta ese punto en el que el placer roza el dolor, pero quiero más de esta dulce agonía. Quiero que sienta el intenso placer que me está dando y ofrecerme a él entera, todo lo que hay en mí.

Siento la aspereza de sus pantalones contra mi culo cuando se aprieta contra mí y solo eso ya me excita. Me agarra la cadera con una mano y un pecho con la otra, apretando y acariciando el pezón, y su respiración se acelera. Entra una vez, y otra, y otra, su polla se hincha todavía más, llenándome, y entonces noto la tensión en su cuerpo cuando su clímax se acerca y con una última embestida explota en mi interior.

Ahora estamos los dos jadeando mientras los efectos de nuestra actividad anterior empiezan a disiparse. Sale de mí despacio. Se levanta y se acerca a la mesita de noche, de donde coge un pañuelo para limpiarse. Una vez que ha salido de mí, me dejo caer en la alfombra, todavía respirando muy rápido, con el corazón ralentizándose poco a poco y los fluidos de nuestros clímax deslizándose por mi muslo, calientes y húmedos.

—Dominic —le digo—, ha sido increíble. —Le sonrío. Me siento muy cercana a él y añoro abrazarle, inhalar su maravilloso perfume y besarle en la boca tiernamente.

Se gira y me mira casi impasible. Después me devuelve la sonrisa.

—Gracias, Beth —dice—. He disfrutado administrándote tu primer castigo. Y tú lo has recibido con valentía, pero esto ha sido solo el principio.

Observo, sorprendida, cómo se acerca abrochándose los pantalones.

¿Es porque llevo el collar?, me pregunto, y levanto la mano para quitármelo.

Se arrodilla a mi lado, se lleva mi mano a la boca y la besa.

—Gracias —repite—. Ya estoy imaginando nuestro siguiente encuentro con gran placer.

Después se levanta y sale, dejándome tirada en el suelo, con su semen todavía saliendo de mí y muy sola.

Me quedo tumbada, atónita y dolida. «¿Así se supone que tiene que ser?», pienso horrorizada. Quiero abrazarle y que me abrace, besarle y ser cariñosa con él.

Pero he prometido obedecerle. Esta es solo la primera noche. Tengo que esperar y ver adónde planea llevarme. Dominic sabe lo que hace. Tengo que confiar en él.

VIERNES

Me despierto muy temprano en la cama de Celia. Son poco más de las cuatro de la mañana. No sé por qué me he despertado tan pronto; debería estar exhausta después de lo que pasó anoche. No solo fue

físicamente exigente sino también agotador emocionalmente. De Havilland está dormido en la cama a mi lado. No sé si Celia le permite dormir en la cama del dormitorio, pero su cercanía me consuela. Estiro el brazo y meto los dedos entre su suave pelo cálido y un minuto después llega su respuesta en forma de ese ronroneo que parece producido por un pequeño motor.

—Tú me necesitas, ¿a que sí? —le susurro—. A ti te hago feliz, ¿no, gatito? Solo con acariciarte.

¿Por qué el amor es tan complicado? ¿Por qué, de todos los hombres del mundo, he tenido que enamorarme de este, el que tiene un exterior tierno y un interior de acero? Porque me estoy enamorando de él, lo sé. Solo el amor podría hacerme sentir tan desesperada y tan confusa, llena de deseo y sufriendo esta dulce agonía del me quiere, no me quiere. Sé que me desea. Sé que cree que soy preciosa y deseable y que le doy placer... Tanto que está dispuesto a alquilar otro piso y amueblarlo solo para mí.

¿Cuánto costaría eso? ¿Solo para follar una semana?

Otro pensamiento se cuele en mi mente.

A menos que esté planeando seguir durante más de una semana.

No sé cómo me hace sentir eso. Hasta ahora me gusta este juego, pero también me gusta que haya un límite. Puede que no me pareciera lo mismo si nuestra vida fuera así de forma permanente. Porque...

¿Porque necesito amor, no castigos...?

¿Porque quiero dar además de recibir...?

Porque...

Hay algo oscuro y horrible justo en el borde de mi consciencia. Suspiro y me doy la vuelta, lo que molesta a De Havilland, que estira las patas y saca las uñas con un breve maullido y después vuelve a enroscarse y retoma el ronroneo.

Quiero volver a dormir, pero no puedo. Miro con los ojos como platos el papel de pared chino, contando los loros y siguiendo su plumaje con la vista hasta que suena el despertador y es hora de levantarse.

Por culpa de mi falta de sueño, estoy grogui e irritable toda la mañana.

—¿Va todo bien, Beth? —pregunta James cuando suelto una maldición porque el ordenador va lento.

—Sí, sí, perdona —le digo con cara de vergüenza—. He pasado una mala noche. No he podido dormir.

—Eso es perfecto para ponerse al día con lo que estés leyendo —apunta divertido, pero me trata con más amabilidad durante toda la mañana, trayéndome café y asegurándose de que no me falten esas finas galletas de jengibre que sabe que me gustan.

Durante la mañana otro sobre de color crema dirigido a mí llega por mensajero. Leo la carta que hay dentro.

Querida Beth: Enhorabuena por tu iniciación de anoche. Espero que la disfrutases tanto como yo. Esta noche tienes que estar en el piso a las 7.30 de la tarde, preparada para mí. Ponte lo que encuentres sobre la cama. Antes de que llegue, tienes que lavar los objetos que hay sobre la mesa, aplicarles lubricante y volver a colocarlos con sumo cuidado. Después arrodíllate en el suelo como en la ocasión anterior. Dominic Leo la carta dos veces. Otra vez siento mariposas en el estómago por la excitación, pero no estoy tan alegre como ayer. Los azotes que Dominic me dio ayer no me dolieron especialmente, pero sé que eso se debe a mi estado de excitación cuando me los propinó. Comprendo que ya había alcanzado ese punto en el que el dolor y el placer son aliados cercanos y que los golpes que me escocían en el trasero están pensados para aumentar mi disfrute. Pero no sé cómo lo voy a llevar cuando la cosa vaya más allá.

Y estoy segura de que va a querer ir más allá.

—Beth, estás muy pálida —me dice James, acercándose a mi mesa—. ¿Estás bien? —Me examina la cara de cerca—. ¿Todo va bien con Dominic?

Asiento.

Me mira con aire pensativo. Él suele bromear sobre todo, y desde que le confié lo de las necesidades

de Dominic, ha estado provocándome todo el tiempo con chistecitos y juegos de palabras sobre el *bondage* y el castigo. Tengo la sensación de que en circunstancias normales ahora diría alguna cosa por el estilo, pero algo se lo impide. En vez de eso me mira directamente a los ojos.

—Beth, estás aquí sola, lejos de casa. Si Dominic te fuerza a hacer algo que no quieras hacer, o dejas de disfrutar de lo que sea que está haciendo contigo, quiero que me lo digas. Soy tu amigo y me preocupo por ti. —Su mirada es tierna—. Solo eres una niña.

Sus cariñosas palabras me provocan una oleada de emoción. Los ojos se me llenan de lágrimas, aunque no quiero llorar.

—Gracias —digo con voz tensa y aguda.

—De nada, cariño. Hay un mundo muy malo ahí fuera, pero no tienes que sufrirlo sola. Puedes llamarme cuando quieras, incluso en fin de semana.

Cuando me deja, no puedo evitar que una lágrima ruede por mi mejilla. Me la limpio apresuradamente, doblo la carta y me concentro todo lo que puedo en mi trabajo hasta que llega la hora de ir a mi cita con Dominic.

Esa noche, en el apartamento, hay un nuevo conjunto de lencería esperándome. Esto casi no se puede calificar de prendas siquiera. Es una especie de arnés, pero no hecho de cuero, sino de una suave cinta negra elástica. Necesito un rato para entender cómo se pone; cuando lo averiguo, forma un patrón atrevido sobre mi piel blanca. Dos tiras negras forman una larga V desde los hombros hasta la entrepierna, pasando sobre mis pechos, pero dejándolos totalmente al aire. Una correa doble va sobre las caderas; una de ellas es ancha y tiene dos tiras que le cuelgan para sujetar el extremo de las medias. Todo está conectado por debajo de mi ombligo, donde una cremallera lo sujeta. Desde ahí otras dos tiras desaparecen por mi entrepierna, pasan a ambos lados de mi sexo y se conectan por detrás. Cuando me giro para observar el reflejo de mi espalda, veo un efecto entrecruzado por las tiras que me rodean las caderas y los largos accesorios para las medias. También tiene una tira que desaparece entre mis nalgas como si fuera un tanga. Unos diminutos lazos negros marcan el lugar donde todas las tiras se unen en la parte de atrás. El efecto es bastante bonito, algo como geométrico.

Cuando tengo colocado el arnés, me pongo las medias que había sobre la cama y las sujeto con las tiras. En la cama hay un par de zapatos de tacón de aguja negros, así que me los pongo también. Me quedan perfectos.

Me falta el collar. Hoy no es el dulce entramado de látex de anoche. Esta vez es de cuero negro brillante y se cierra con una hebilla detrás del cuello. Está cuajado de una especie de lentejuelas negras, brillantes y en relieve que parecen tachuelas, pero el efecto es más glamuroso. Me lo miro en el espejo. El símbolo de mi sumisión.

Recuerdo las instrucciones y vuelvo a la cama. Sobre las mantas hay un vibrador largo y azul de látex, que no tiene exactamente forma fálica, pero casi, y al lado una botellita morada. Cojo el vibrador y lo examino. Es bastante bonito, con sus líneas limpias y sus delicadas curvas, y el color elimina cualquier reparo que pudiesen dar los que están hechos para parecer piel humana. En la base tiene una pequeña protuberancia que supongo que está pensada para la estimulación del clítoris.

Lo llevo al baño y lo lavo cuidadosamente con agua, aunque estoy segura de que no se ha usado antes. Después de secarlo con una toalla, lo vuelvo a llevar al dormitorio y me siento en la cama. Me echo en la palma un poco de lubricante aceitoso de la botellita morada y lo extiendo sobre el instrumento azul. Me sorprende notar una respuesta en mí mientras cubro el látex con el lubricante. Es un objeto inanimado y aun así me parece que embadurnarlo es un acto íntimo, como si estuviera vinculándome de alguna forma con él, conociéndolo, aprendiendo a anticipar los placeres que voy a experimentar con él. Empiezo a sentir una especie de afecto por su suave curva y su protuberancia mientras el objeto va quedando resbaladizo y brillante. Incluso siento como si el propio objeto se estuviese excitando, preparándose para mí.

Entonces miro el reloj y me doy cuenta de que Dominic va a llegar dentro de solo unos minutos. Dejo el vibrador, que ya está bien lubricado, sobre una toalla en la cama y miró los otros instrumentos de castigo. Igual que el vibrador, no tienen nada que ver con los feos instrumentos de tortura que vi en la mazmorra. Son bonitos y tienen estilo, como si estuvieran hechos para exponerlos y no para tenerlos escondidos. Uno es una especie de látigo con un mango de cuero corto y robusto, con una bola de acero en un extremo y, en el otro, docenas de tentáculos de ante. Paso los dedos entre ellos. Son suaves, me recuerdan a los tentáculos ondulantes de una anémona de mar. Además del látigo hay una fusta larga y delgada de cuero negro con un bucle en el extremo móvil y ligero.

Oh. Oh, Dios mío.

Me estremezco. No sé si voy a poder soportarlo.

Si me ama, puedo soportarlo todo. —El pensamiento aparece en mi mente aunque no tengo ni idea de dónde ha salido—. *Quiero enseñarle a Dominic que soy digna de su amor. Y lo haré.*

Dominic solo llega cinco minutos tarde esta vez, pero ya he aprendido la lección. Me quedo arrodillada en el suelo hasta que llega, y cuando entra, no levanto la vista. Miro fijamente la alfombra blanca, veo solo sus vaqueros y sus zapatos de Paul Smith en el extremo de mi campo de visión.

Se queda mirándome un rato sin decir nada.

—Muy bien —dice de repente en voz baja—. Sé que me has obedecido esta vez. Estás aprendiendo. ¿Qué tal estás esta noche, Beth?

—Muy bien, señor —susurro sin levantar la cabeza.

—¿Te apetece lo de esta noche? ¿Qué has pensado cuando limpiabas la herramienta azul?

Dudo un momento y después digo:

—He pensado en qué sentiría cuando la metas en mi interior, señor.

Oigo algo como un largo suspiro suave.

—Muy bien —murmura—. Pero no te emociones todavía. Hay otras sorpresas esperándote. Levántate.

Me pongo en pie, un poco inestable por los tacones de aguja, que no suelo llevar. Mantengo la mirada fija en el suelo, pero puedo oír su respiración irregular.

—Estás increíble. Date la vuelta.

Me giro para que pueda ver las tiras que se cruzan sobre mi espalda, el entramado con lazos de la base, la tira que desaparece entre mis nalgas y el tentador trozo de blanco muslo que queda entre el arnés y las medias.

—Precioso —dice con voz jadeante—. Vuélvete. Y mírame.

Obedezco, levantando la vista con recato. Lleva una camiseta negra que le marca los músculos y destaca sus anchos hombros. ¿Es el uniforme que necesita para dominarme? Al ver su cara, un estremecimiento de pasión me recorre. Es una cara que amo, no solo porque sea hermosa, sino porque es la suya. Quiero sentirla cerca de mí, besándome, queriéndome.

Extiende una mano y me acaricia el collar del cuello.

—Es muy bonito —dice algo pensativo—. Y funciona muy bien. —Introduce un dedo debajo y me acerca a él. Después une sus labios con los míos y me besa con pasión, explorándome la lengua con la suya, apretándose contra mi boca.

Es el primer beso que compartimos desde hace lo que me ha parecido una eternidad, pero no es tan tierno como el último. Es duro y apasionado al poseer mi boca, y no parece importarle lo que yo sienta.

Cuando se aparta, su boca se curva en una sonrisa.

—Bien —dice—. Tu primera tarea. Coge las cosas de la cama y ponlas en la mesita. Después tumbate boca arriba con los brazos por encima de la cabeza y las piernas abiertas.

Siento ese revoloteo familiar en el vientre y noto que se me acelera el pulso. ¿Y ahora qué? ¿Qué me va a hacer soportar ahora? Temo el dolor, pero a la vez estoy deseando ese torrente de placer exquisitamente doloroso.

Me tumbo en la cama como me ha dicho.

—Cierra los ojos.

Lo hago, y él se acerca. Un momento después una venda sedosa me tapa los ojos. Estoy ciega otra vez. Me levanta las muñecas y siento que me coloca una especie de brazaletes forrados de algo suave y después los ata a los travesaños de la cama. *Esposas*. Va hasta mis pies y me pone unas ataduras similares en los tobillos y los fija a los pies de la cama. *Esposas de tobillo*. No puedo evitar tirar un poco, pero apenas puedo mover los brazos o las piernas excepto para balancearlos un poco.

—No te muevas —ordena Dominic con voz severa—. Y no te lo voy a advertir más veces. Ni sonidos ni movimientos. O te arrepentirás. Así que quieta.

Se acerca otra vez. Siento su cuerpo caliente aproximándose y deseo poder tocarle. Quiero sentir su piel bajo las yemas de mis dedos. La parte más dura de nuestro acuerdo es que no parece querer que yo le corresponda. No esperaba esto cuando me hice sumisa.

Ahora noto las yemas de sus dedos en mis orejas. Me está metiendo algo: dos trocitos de gomaespuma que pronto adquieren la forma de mis oídos, y de repente también me veo privada de los sonidos. Todo lo que oigo ahora es el sonido que proviene de mi propio cuerpo, el latido de mi corazón y el siseo de mi respiración. Es muy raro. Los sonidos suenan muy alto y me dan miedo. ¿Oiría mi voz si dijera algo? No me atrevo a probarlo porque la advertencia de Dominic resuena en mi cabeza.

Estoy sola en una extraña oscuridad llena de sonidos extraños. El calor y el peso de Dominic se han alejado de mí y no tengo ni idea de dónde está. No sé cuánto tiempo me deja en ese lugar, pero con cada segundo crecen el suspense y la sensación de que algo va a pasar, sensaciones o sentimientos que pueden ser placenteros o dolorosos, hasta que la anticipación casi me abrumba y quiero pedir a gritos que pase algo, cualquier cosa.

Cuando creo que si no hablo o me muevo no lo voy a soportar más, siento algo. Me toca el torso en un lugar por encima de los pechos y quema. Algo caliente. Oh, no, espera... no *quema*. Está helado. Parece que mi piel se arruga ante el contacto. *Hielo*.

Noto otra sensación de quemazón en el vientre, que intenta contraerse y revolverse en respuesta. Necesito todo mi autocontrol para no hacerlo. El hielo hace que se me ponga la piel de gallina y me arda. Deseo desesperadamente tocarlo, pero incluso si me lo permitiera a mí misma, no podría. Entonces una fuerza que no puedo ver pasa el cubito por mis pechos, recorriéndolos y frotándome con él los pezones. El hielo realiza un extraño truco con resultados antagónicos, quemándome y helándome, pero el efecto en mí cuando mis terminaciones nerviosas responden es fuerte. El vientre está mandando un ardiente mensaje al calor que siento entre mis piernas para que se intensifique y siento que la humedad empieza a extenderse. *Y todo eso por un cubito de hielo*.

El de mi vientre se está fundiendo y empieza a deslizarse sobre mi piel, dejando frías gotitas en su estela. Choca con la cinta del arnés y sigue bajando lentamente siguiéndola, en dirección a mi cadera. Necesito todas mis fuerzas para no retorcerme y arquearme y hacer que caiga y deje de atormentarme.

Entonces, muy sutilmente, algo roza mis labios hinchados. Ya he sentido eso antes, cuando Dominic utilizó conmigo el consolador, pero esto es un poco diferente. Es cálido, grueso y resbaladizo. Sé que es el vibrador. Va a usarlo conmigo. Un hormigueo me recorre la entrepierna, haciendo que mi sexo tiemble expectante. Espero que juegue con él junto a mi entrada un rato, preparándome, pero no lo hace. Me lo introduce con rapidez, llenándome con él. Me imagino su dulce tronco acomodándose en mi interior, empapándose de mi calidez, listo para empezar a moverse dentro. Pero una vez que lo tengo metido profundamente, con la protuberancia rozándome el clítoris, no pasa nada más. Se queda allí un minuto tras otro, hasta que ya no puedo resistirme a apretar los músculos a su alrededor, introduciéndolo más profundamente por medio de mis esfuerzos, pero por lo que se ve eso no está permitido, porque noto un golpe que escuece sobre el vientre. Me quedo petrificada.

¿He ido demasiado lejos? —Me recorre una especie de miedo mezclado con excitación—. ¿Y ahora

qué? —La respuesta tarda un poco en llegar. Inesperadamente, el objeto que está dentro de mí cobra vida vibrando y empieza a latir en mi interior. *Oh, esto está bien. Está muy bien.*

Es una sensación profundamente sexy: la parte más grande vibra y late y la pequeña protuberancia me acaricia el clítoris. Sin los sentidos de la vista o el oído, es casi como si lo oyera en el fondo de mi pecho, como el ronroneo de un gato. Me quedo muy quieta, dejando que la sensación irradie desde el lugar donde está el vibrador hacia fuera, pero en cualquier momento va a empezar a ser demasiado intensa para mí. Voy a tener que moverme, y, aunque no lo haga, me voy a correr, estoy segura. Me obligo a quedarme quieta y obedecer las órdenes que me han dado.

Entonces, sin la aparente intervención de ninguna fuerza externa, el vibrador cambia de velocidad, aumentando su ritmo y su actividad. Empieza a frotarme y latir en mi interior como si una pequeña bola subiera y bajara por mi vagina, estimulándome de una forma que no había sentido nunca.

Oh, Dios, es estupendo. No sé si voy a poder evitar correrme.

La pequeña protuberancia se aprieta contra mi clítoris con una presión insostenible, sin hacer pausas ni cambiar de ritmo, haciendo que empiece a subir hacia las alturas de un explosivo clímax.

Para, no puedo pensar...

Mi cerebro ha entrado en una espiral, y una oscuridad cuajada de estrellas de colores inunda mi mente. Antes de que pueda detenerme, empiezo a arquear las caderas para acompañarlas con el increíble ritmo que noto en mi interior y oigo mi voz resonando en mi garganta, pero como si me llegara de muy lejos. Y me doy cuenta en medio de ese aturdimiento, en la oscuridad, de que estoy gritando.

De repente el latido se detiene. Con un movimiento brusco extrae el vibrador de mi cuerpo. Estoy aturdida, desesperada y estremeciéndome de pies a cabeza por el poder del orgasmo que esperaba que me proporcionara la liberación que necesito urgentemente.

Entonces me quita los tapones y me oigo, de vuelta en el mundo real, jadeando con fuerza.

—Niña mala. Te has movido. Has gritado. Querías correrme, ¿a que sí?

—S... Sí —consigo articular.

—¿Sí, qué?

—Sí, señor —susurro.

—Eres una chica perversa y voluptuosa con un cuerpo voraz y necesitado de placer que debe ser castigado. —Percibo el placer en su voz mientras me suelta las esposas de las manos y los pies. Pero me deja la venda. Estoy desorientada, como si de repente me viera otra vez en un lugar que creía que ya había abandonado.

Me agarra el brazo con una mano.

—Levántate, ven conmigo.

Hago lo que me dice y bajo de la cama. Mis piernas parecen de gelatina, y me cuesta incluso mantenerme en pie. Me guía por la habitación y yo le sigo a ciegas, sin siquiera saber hacia dónde estoy mirando. Entonces me apoya las manos en una superficie de cuero suave e inclinada. Ya sé dónde estamos. En el asiento de cuero, el extraño objeto blanco con el reposapiés bajo y las riendas de cuero.

¿Qué va a pasar ahora?

Debería estar asustada, pero no lo estoy. Me está tocando con suavidad, ayudándome porque no veo, y yo confío en que él sabe lo que puedo soportar, hasta dónde puede llegar. Su enfado conmigo es una fantasía, diseñada para acercarnos más el uno al otro y llevarnos a lugares deliciosos y prohibidos. Me siento segura sabiendo eso, así que me estremezco sólo de pensar en lo que está por venir.

Dominic me coloca de forma que quedo a horcajadas sobre el asiento, mirando hacia el largo respaldo inclinado, con la espalda hacia él y mi sexo mojado apretado contra el asiento. Momentos después me ha atado las muñecas a algo que hay detrás del armazón, de forma que estoy abrazando el suave asiento como si fuera un amante. Los extremos de las medias se me hunden en los muslos en el sitio donde se aprietan contra los costados del asiento. Se entretiene con las cintas de mi arnés un momento y después

me las quita y se quedan colgando, lo que deja mi espalda desnuda.

—Oh, cariño —susurra—. Ojalá no tuviera que hacerte daño, pero cuando me desobedeces de esa forma tan flagrante, no me queda otra opción.

Le oigo volver junto a la cama y regresar adonde estoy. Se produce una larga pausa y me quedo esperando, casi sin poder respirar, y entonces siento el lento cosquilleo del látigo de muchas colas.

No me duele en absoluto. Más bien es una provocación placentera, un dulce juego sobre mi piel ya muy sensible. Me recorre el cuerpo, los tentáculos haciendo ochos y moviéndose con una fluidez que me recuerda a las algas ondulándose por una corriente submarina. Empiezo a relajarme y mi miedo se mitiga. Entonces los ochos se detienen y recibo un golpe, tan suave que ni escuece. Un golpe, otro y otro. La sensación es casi vigorizante porque la piel me cosquillea bajo los pequeños azotes de esas suaves colas de ante. Empieza a picarme cuando la sangre se concentra en la superficie de la piel.

—Te estás poniendo roja —murmura Dominic—. Estás respondiendo al beso del látigo.

No puedo evitar flexionar un poco la espalda para estirarme cuando el látigo me golpea un poco más fuerte. Eso me escuece, pero queda muy lejos de cualquier cosa que yo describiría como verdadero dolor. Se me hace raro, pero tengo que reconocer que me gusta la sensación de mi espalda expuesta, la caída y el azote de las colas que estimulan mis terminaciones nerviosas y la entrepierna apretada fuerte contra la suavidad aterciopelada del cuero. Tal vez se deba a que tengo todo el cuerpo todavía ardiendo y latiendo por el reciente clímax que casi alcanzo. Una visión surge en mi cabeza: recuerdo al hombre del apartamento de Dominic, al que azotaban sobre una silla muy parecida a esta. Recuerdo mi horror, mi desconcierto, al ver una cosa así. Y aquí estoy, encantada con mi propia dosis de castigo.

Ahora el látigo cae con movimientos más secos, golpeando primero un lado de la espalda y después el otro. Ahora sí escuece, lo que envía millones de relámpagos por mi piel, y doy un respingo. El sonido provoca otro azote más fuerte. Aprieto los muslos cuando lo siento, doy otro respingo y siento que presiono el asiento, frotando mi clítoris y mi sexo hinchados contra él. Empiezo a sentir la piel muy caliente, y las zonas donde me golpean las colas están sensibles, escuecen y duelen. Cada golpe me provoca ahora una inspiración brusca, y al soltar el aire dejo escapar un: «¡Ah!».

—Otros seis más, Beth —dice Dominic, y me da otra media docena, cada uno un poco más suave que el anterior, como si estuviera intentando bajar la intensidad. Siento un dolor ardiente en la espalda, que me escuece, pero, Dios, estoy excitada y lista para algo que me lleve hasta el éxtasis.

—Ahora —anuncia—, ese culo travieso.

No sé a lo que se refiere hasta que de una forma brusca e inesperada siento un azote fuerte de la fusta aterrizar en mis nalgas desnudas. Eso sí duele, y mucho.

—¡Aaaahhh! —grito—. ¡Ay!

Es como si alguien estuviera apretando contra mi piel un trozo de metal al rojo vivo. Todo mi cuerpo vibra con una sensación enfermiza cuando el dolor se extiende. Entonces, para mi desesperación, llega otro golpe. Esto no es como el tierno y suave contacto del látigo de ante, esto es dolor de verdad, que golpea mi trasero y lo deja ardiendo y dolorido. No puedo... No voy a soportar más esto.

Entonces para, y Dominic dice con ternura:

—Has encajado bien el castigo. La próxima vez te acordarás de que no puedes correrte sin permiso, ¿verdad? Ahora dale un beso a la fusta. Pero no con la boca.

Noto el grueso mango rozarme el sexo. Dominic empieza a subir hacia mi culo, se para en mi entrada y lo empuja con un poco más de fuerza en ese otro lugar. Suelto una exclamación ahogada y el mango desaparece. Me quita las ligaduras y la venda. Dominic me rodea la cintura con sus fuertes manos y me gira para que le mire. Está desnudo, su enorme erección alzándose orgullosa casi apretada contra mi estómago en plena excitación. No tengo ni idea de cuándo se ha quitado la ropa, pero supongo que puede haber sido en cualquier momento mientras estaba desconectada del mundo. El negro de sus ojos es más denso que antes, como si los azotes le hubieran transportado a otra dimensión.

Estoy tumbada sobre el asiento, con la espalda ardiente refrescándose sobre el cuero.

—Ahora voy a besarte —me dice. Me levanta las piernas y me doy cuenta por primera vez de que hay unos estrechos estribos que salen de la parte inferior del asiento. Me pone una pierna en cada uno de forma que quedo totalmente abierta para él. Entonces se arrodilla en el reposapiés, con la cara a la altura de mi sexo. Inspira profundamente.

—Hueles genial —murmura. Entonces se inclina, rodeándome los muslos con los brazos y me acaricia el vello púbico con la nariz.

Doy un respingo. El contacto es eléctrico, y noto corrientes de placer latiendo por mi cuerpo.

Su lengua me roza la cabeza del clítoris. *Oh. Oh...*

No tengo palabras, no puedo hacer nada aparte de responder con mi cuerpo. Sé que no voy a poder detenerme, sean cuales sean las órdenes. Me está lamiendo, pasando lentamente la lengua por mi entrada y subiendo hasta el lugar más sensible, donde mueve casi insoportablemente la punta de la lengua. Una electricidad dorada y líquida me recorre el cuerpo, hace que me tiemblen las piernas y tensa todos mis músculos, y sé que está a punto de llegar. Entonces se mete todo el clítoris en la boca y lo succiona con fuerza para después ponerle la lengua encima y lamerlo, excitarlo y...

Oh, yo... No puedo... yo...

Tengo los puños apretados, los ojos cerrados con fuerza, la boca abierta y la espalda arqueada.

Tengo que hacerlo, no puedo esperar, yo...

El orgasmo explota a mi alrededor como si estuviera en medio de unos fuegos artificiales gigantes. No sé quién soy ni qué está pasando, solo conozco ese placer que fluye por mi cuerpo en latidos de éxtasis.

Mientras todavía noto esos latidos, la enorme polla de Dominic toca mis labios y en un momento me está llenando para poder sentir las últimas convulsiones contra su sexo. Se agarra a los reposabrazos de la silla, usándolos para introducirse aún más profundamente en mí. Está muy excitado, con la cara roja y los ojos vidriosos. No dice nada: solo deja que su cuerpo caiga sobre mí y me besa con fuerza cuando el torrente de su orgasmo se libera por fin.

Se queda tumbado sobre mí jadeando, con la mejilla sobre el cuero del asiento. Me pasa la mano por el cuerpo, se gira y me da un beso a un lado de la cara.

—Lo has hecho muy bien —dice en un susurro.

Me estremezco al oírle decirlo. Quiero complacerle. Quiero ganarme su amor.

—Lo de la fusta me ha resultado muy difícil —respondo con humildad—. No me ha gustado el dolor.

—No se supone que debe gustarte —me dice apartándose de mí y levantándose—. Pero luego obtienes la recompensa. ¿No te sientes mejor ahora?

Le miro. Tiene razón, me siento extraordinariamente satisfecha, en una languidez postorgásmica. Pero... No estoy segura de que esto sea suficiente. Le miro, consciente de que todavía llevo el collar al cuello y de que aún estamos en el *boudoir*. No sé si se me permite decir que echo de menos que sea dulce y tierno conmigo. Estoy fascinada y excitada por Dominic, el amo, pero también quiero al otro Dominic, el que era el amante más dulce que se pueda imaginar. El Dominic que me rodeaba con sus brazos y me acariciaba. Lo necesito más que nunca ahora, después de la dureza y el castigo que me ha propinado.

Por favor. —Intento enviarle un mensaje con los ojos—. *Por favor, Dominic. Vuelve a mí. Quiéreme.*

Pero ya está buscando algo con lo que limpiarse y se aleja de mí. Veo su espalda ancha, tan magnífica, su culo firme y sus muslos fuertes, lo que solo sirve para que le eche de menos más desesperadamente aún. Quiero recorrer esa piel con las manos, que me reconforte con su cuerpo y con la forma en que puede usar su fuerza para consolar, además de para hacer daño.

—Te veo por la mañana —me dice girándose y sonriendo—. Quiero que duermas bien hoy. Vas a necesitar todas tus fuerzas mañana.

Me da la espalda y sigue preparándose para vestirse. Continúa en la habitación, pero, mientras sigo tumbada en la silla, observándole, siento como si ya se hubiera ido.

SÁBADO

Por la mañana, miro mi reflejo en el espejo. No tengo marcas en la espalda (Dominic debe de saber muy bien lo que hace con el látigo), pero en el culo sí veo dos leves marcas rojas donde la fusta me golpeó. Sospechaba que estarían ahí porque siempre me han salido cardenales y marcas con facilidad.

No me duele, pero me preparo un baño y me quedo allí un buen rato, relajando los músculos, que siento tensos y cansados después de mantener la postura a la que me obligaban las esposas. Mientras estoy metida en el agua aromática en el apartamento en silencio, me pregunto si mi cuerpo está bien, pero el que está dolorido es mi corazón. Debería ser al revés: tengo lo que quería, después de todo. Dominic está haciendo lo que prometió y llevándome por este camino para introducirme en este mundo hasta donde yo quiera llegar. Me provoca un placer extático todos los días y lo obtiene también conmigo.

¿Y por qué estoy llorando?, me pregunto cuando noto que las lágrimas llenan mis ojos y me caen por las mejillas.

Porque me siento sola.

Porque no conozco a este Dominic, ese que me da órdenes y me pega.

Pero si yo le he pedido que lo haga —me recuerdo—. Él no quería y tú forzaste la situación. No puedes arrepentirte ahora y echarte atrás.

No quiero echarme atrás, estoy segura. Pero cuando acordamos esto, no me di cuenta de que este Dominic iba a reemplazar al que conocía y amaba. Me he dado cuenta de que echo de menos la ternura y el cariño que compartíamos. Las cosas que pasan en el *boudoir*, cuando me pongo ese collar y así declaro mi obediencia, me proporcionan sensaciones exquisitas, pero también tienen la capacidad de humillarme y degradarme. Cuando permito que me traten como una niña mala que necesita un castigo, una parte de mí se siente avergonzada de que me esté rebajando de esa forma.

Necesito que Dominic me diga que todavía me quiere y me respeta, y que en el mundo exterior aún soy la Beth que admira y valora.

¡Pero nunca le veo en el mundo exterior! Ya no.

Hoy es el último día de nuestro acuerdo. No tengo ni idea de lo que va a pasar después. Pero antes, me queda la prueba que haya planeado Dominic para mí. Quiero estar ansiosa, pero solo hay un vacío frío en mi interior.

De todo lo que creí que podía llegar a sentir hacia Dominic, nunca pensé que acabara sintiendo un vacío.

Me visto y hago algunas tareas en el piso de Celia para devolverle su habitual estado impecable. Aunque ahora siento que es mi casa, no puedo librarme de la noción de que ante todo y principalmente pertenece a Celia. Estoy mirando el móvil, esperando un mensaje de Dominic, cuando llaman a la puerta.

Abro, deseando encontrarle allí, pero es el portero.

—Hola, señorita —me saluda, y me tiende un paquete grande envuelto en papel marrón—. Me han pedido que le entregue esto. Por lo que parece, es urgente.

Se lo cojo.

—Gracias.

Lo mira con curiosidad.

—¿Es su cumpleaños?

—No —le respondo con una sonrisa—. Supongo que será algo que me mandan de casa.

Cuando se va, me arrodillo sobre los azulejos de mármol del vestíbulo y rasgo el papel. Dentro hay una caja negra atada con una suave cinta de seda negra, con un sobre color crema metido debajo. Cojo el sobre, lo abro y saco la carta.

Tienes que descansar esta mañana. Te llevarán la comida a mediodía y debes haber acabado para la una de la tarde. A las dos podrás abrir esta caja. Encontrarás más instrucciones en su interior. Me doy cuenta de que cada carta es más controladora que la anterior. Cada una organiza mis actos un poco

más, yendo más allá de mi faceta sexual y afectando a mi vida como persona autónoma.

Hoy, incluso cuando no estoy con él, Dominic estará dictando lo que tengo que hacer. Y sabe que le voy a obedecer. Tengo la sensación de que sabe exactamente lo que hago, como si su mirada llegara más allá del salón y abarcara todo el piso.

No me extrañaría que tuviera micrófonos y cámaras por todo el lugar.

La idea es estrafalaria, y en cuanto pasa por mi cabeza, la rechazo. Pero la sensación de que este nuevo Dominic es capaz de hacer cosas así no me acaba de abandonar.

Me quedo mirando la caja negra, preguntándome qué habrá dentro.

—Oh, bueno —me digo—, no tiene sentido darle vueltas. No la voy a abrir hasta las dos. Tal vez tenga algún tipo de temporizador que le avise de cuándo se ha abierto la tapa.

Y no quiero darle excusas para castigarme. Después de todo, hoy es el día en el que vamos a ir más lejos.

Al pensarlo se apodera de mí una especie de fría excitación.

Por primera vez noto verdadero miedo envuelto en el deseo que siento por Dominic.

Siguiendo sus instrucciones, me tomo una mañana tranquila de descanso. Mi madre me llama para ver qué tal estoy, y aunque creo que sueño perfectamente normal, se da cuenta enseguida de que no estoy como siempre.

—¿Estás enferma? —me pregunta con preocupación en la voz.

—No, mamá. Solo cansada. Ha sido una semana muy larga. He descubierto que la vida en Londres es agotadora. —«Y todo ese sexo...»

—Noto que estás un poco baja de ánimo. Sé sincera, ¿es por Adam?

—¿Adam? —sueño verdaderamente sorprendida. No he pensado en él en muchos días—. No, no, en absoluto. Para mí Londres ha sido la cura perfecta.

—Me alegro de oírlo. —Mi madre suena aliviada—. Siempre he pensado que te merecías algo mejor, Beth, pero no quería decírtelo cuando estaba tan claro que le querías. Estaba bien como primer novio, pero me alegro de que hayas tenido la oportunidad de levantar el vuelo. Necesitas un hombre que merezca más la pena que él, alguien que amplíe tus horizontes y tus experiencias y comparta tus ganas de vivir. Quiero que mi Beth tenga el mejor hombre del mundo a sus pies.

No me salen las palabras. Se me ha atenazado la garganta como si tuviera un objeto duro bloqueándola y lágrimas calientes me llenan los ojos. Empiezan a deslizarse por mis mejillas y no puedo contener un sollozo.

—¿Beth?

Intento hablar, pero solo me sale otro sollozo.

—¿Qué te pasa? —me pregunta—. ¿Qué ocurre, cariño?

Me limpio los ojos y consigo acallar los sollozos lo suficiente para hablar.

—Oh, mamá, no pasa nada, de verdad. Solo es que echo de menos estar en casa.

—Vuelve a casa, cariño, ven a vernos. Nosotros también te echamos de menos.

—No, mamá, solo me quedan dos semanas en el piso. No quiero perder esta oportunidad. —Sorbo por la nariz y suelto una risa débil—. ¡Soy una tonta! Solo es un ataque de llanto, nada serio.

—¿Estás segura? —Todavía está nerviosa.

Oh, mamá, te quiero. Sigo siendo tu niña pase lo que pase. Agarro el teléfono con fuerza, como si eso pudiera acercarme al abrazo tranquilizador y la calidez familiar de mi madre.

—Estoy bien, lo prometo. Iré a casa si me pongo muy triste. Pero seguro que no llego a tanto.

Exactamente a mediodía llaman a la puerta. Cuando abro, un hombre con un uniforme de un hotel elegante o un restaurante caro está ahí sosteniendo una bandeja grande llena de platos cubiertos con tapas plateadas.

—Su comida, señora —anuncia.

—Gracias. —Me aparto y la introduce en el piso. Le señalo la cocina y deja la bandeja, pone la mesa con habilidad con un mantel de tela que ha sacado de alguna parte y coloca cubiertos de plata, una copa de vino y un pequeño jarrón con una rosa de color rojo oscuro. Después destapa los platos y sirve la comida: un filete a la parrilla enorme con un trozo de mantequilla al estragón fundiéndose sobre él, patatas frescas espolvoreadas con especias y verduras verdes al vapor: brócoli, judías verdes y espinacas. El aroma llena la cocina. Tiene una pinta y un olor deliciosos, y me doy cuenta del hambre que tengo. El camarero pone un cuenco con frambuesas frescas con un montoncito de nata montada en la mesa, sirve la copa de vino de una botellita que saca de un bolsillo y se aparta con una sonrisa.

—Su comida está servida, señora. Vendremos a recoger los platos esta noche. Simplemente déjelos fuera.

—Gracias —le digo de nuevo—. Es estupendo.

—De nada.

Tras acompañarle a la puerta, vuelvo a la cocina. El reloj me dice que son las doce y diez. Me siento para tomar mi solitaria comida.

Como esperaba, está delicioso: el filete, rosado por el centro, y todo exactamente como debería. Tengo la sensación de que me han proporcionado una buena ración de todos los grupos de alimentos principales para asegurarse de que tengo la resistencia suficiente para lo que está por venir. Termino bastante antes de la una, pero todavía me queda una hora antes de que pueda abrir la caja.

Sin duda estoy aprendiendo el efecto de la anticipación y del retraso de la gratificación. Los minutos parecen pasar muy despacio, pero no sé si estoy deseando abrir la caja o me da miedo. Está en la entrada, esperándome, y me atrae con tanta fuerza que es casi como si el propio Dominic estuviera metido dentro.

Doy vueltas por la casa, inquieta, a ratos mirando desde la ventana del salón al piso de enfrente y preguntándome qué estará haciendo Dominic en ese preciso momento y qué planes tendrá para mí hoy. No hay ninguna señal de vida tras las ventanas a oscuras.

A las dos en punto vuelvo al vestíbulo y me quedo mirando la caja negra.

Vale. Llegó la hora.

Tiro de las cintas de seda negra, que caen al suelo. Levanto la tapa. Está muy bien encajada y la parte de debajo de la caja pesa, así que tengo que agitarla un poco para poder quitar la tapa. La quito por fin y miro dentro. No veo más que un montón de papel de seda negro y arrugado y otro sobre color crema. Lo abro y saco una tarjeta gruesa del mismo color en la que está impreso en letras negras:

Ponte lo que hay aquí. Tienes que ponerte todo lo que hay en la caja. Y ven al boudoir exactamente a las 2.30. Dejo la tarjeta y aparto el papel de seda.

Vaya. Está bien. Siguiente nivel.

Dentro de la caja hay un arnés, esta vez no de seda suave, sino de un grueso cuero negro. No está adornado con lacitos sino con hebillas y anillas de metal plateado. Lo saco. Por lo que veo, se coloca sobre los hombros y las hebillas son para debajo de los pechos. En la parte de atrás, entre los hombros, hay unas correas finas que se unen con una sola tira a una gran anilla metálica que quedará en el centro de la parte alta de la espalda. Las correas que van bajo los pechos rodean el cuerpo hasta unirse a la anilla. Es un diseño simple pero efectivo.

Saco otro objeto de cuero de la caja. Parece un cinturón ancho, y necesito un momento para darme cuenta de que es una mezcla entre un cinturón y un corsé, como una cincha que va a la cintura. Parece diminuto. ¿Voy a caber ahí dentro?

Y hay un collar. Este es el más sobrecogedor de los tres: es de grueso cuero negro, diseñado para cubrir todo el cuello. Se cierra con una hebilla en la parte de atrás y delante hay una anilla de metal plateado.

Oh, Dios mío.

Recuerdo que tengo que ponerme todo lo que hay en la caja. ¿Qué más hay?

Hay un par de zapatos de tacón de aguja negros, como los que llevé ayer, y dos cajas moradas pequeñas. Abro una. Dentro hay dos bonitas mariposas plateadas.

¿Qué son? ¿Horquillas?

Las miro detenidamente. Cada una tiene una pequeña pinza detrás; al unir las alas de la mariposa, la pinza se abre. De repente lo comprendo.

Pinzas para pezones.

Abro la otra caja. Dentro hay un pequeño óvalo de silicona rosa con una base plateada y un cordón negro. Tiene un mando a distancia al lado. Aprieto el botón y el pequeño huevo rosa empieza a vibrar.

Ya veo.

Así que estos son los objetos que me llevarán a empezar mi viaje para encontrarme con Dominic en ese mundo que tanto le gusta.

El tiempo pasa muy rápido. Tengo que empezar a prepararme.

Diez minutos después, ya llevo el arnés y estoy abrochando las hebillas de las tiras que hay por debajo de mis pechos. El corsé me aprieta y me constriñe la cintura. No tengo ropa interior y en la caja no había. Me he puesto los zapatos de tacón, pero la parte baja de mi cuerpo está totalmente desnuda y expuesta.

Tengo que irme. Ya estará esperándome. Y se enfadará si llego tarde.

Cojo una de las mariposas. ¿Me va a doler? Le doy un tironcito al pezón y cobra vida bajo mi contacto como si supiera que está a punto de pasar algo interesante. Abro la pinza con las preciosas alas y la coloco sobre la punta rosada del pezón. Se fija y parece que la mariposa se ha posado ahí para beber el néctar de mis pechos. Me produce un cosquilleo, pero no es desagradable. No aprieta tanto como yo creía, pero creo que la sensación aumentará según pase el tiempo. Cojo la otra pinza y me la pongo de la misma forma. Las delicadas mariposas plateadas podrían parecer algo incongruente al lado del arnés de cuero, pero extrañamente funciona.

Ahora, a por el huevo.

Abro las piernas y coloco el huevo en mi entrada. Esa zona ya está resbaladiza porque la hora de mi cita con Dominic se acerca. Empujo con el índice, hago que cruce la entrada y se sitúa en mi interior, procurándome una agradable sensación de plenitud. El cordón negro queda colgando por fuera, preparado para cuando el pequeño huevo termine su trabajo. Cojo el mando y aprieto el botón. El huevo empieza a latir y a vibrar dentro de mí, aunque no se oye ningún ruido ni se produce ninguna señal en el exterior. Es mi masajeador interno secreto.

¿Y ahora cómo voy a llegar hasta el boudoir? No puedo cruzar el edificio así.

No se incluye en las instrucciones, pero tengo que ponerme un abrigo. Seguro que Dominic no quiere que salga a la calle casi desnuda. Cojo una gabardina tres cuartos del armario del pasillo y me la pongo. Ya vuelvo a estar decente. Excepto por el grueso collar de cuero que llevo al cuello, nadie podría adivinar que estoy preparada para la sumisión. Meto la llave del piso en el bolsillo y me voy.

Es más excitante de lo que habría podido imaginar caminar por el edificio sabiendo adonde voy y lo que llevo puesto. El huevecito sigue con su actividad interior mientras bajo en el ascensor y cruzo el vestíbulo hasta el otro ascensor que me llevará al séptimo piso.

—¿Ha sido una bonita sorpresa? —me pregunta el portero cuando paso ante su mostrador.

Me sobresalto. Estoy tan concentrada en el lugar adonde voy que ni me he fijado en él.

—¿Qué?

—El paquete. ¿Era algo bonito?

Me lo quedo mirando, consciente de que las pinzas de los pezones empiezan a doler un poco más, del movimiento del huevo y de que estoy casi desnuda.

—Sí, gracias. Muy bonito. Un... un vestido nuevo.

—Oh, qué bonito.

—Bueno, adiós. —Sigo apresuradamente, dirigiéndome al ascensor, desesperada por retomar mi camino. Sé que solo quedan un par de minutos para las 2.30. El ascensor no llega enseguida y noto que mi ansiedad crece por minutos. *¡Voy a llegar tarde!*

Por fin se abren las puertas y entro corriendo y pulsando a la vez el botón del séptimo.

Vamos, vamos.

El ascensor sube despacio a la planta séptima y vuelve a abrirse. Me apresuro por el pasillo, andando con dificultad por los tacones, y llamo a la puerta del *boudoir*, jadeando.

Por favor, que haya llegado a tiempo.

La puerta no se abre. Llamo otra vez y espero. Nada. Doy varios golpes, esta vez más fuertes.

De repente se abre. Está ahí, con una larga bata negra. Sus ojos parecen acero helado y la boca muestra una expresión dura.

—Llegas tarde —dice, y mi estómago da un vuelco por el miedo.

—Yo... Yo... —Tengo los labios tensos y estoy temblando. Casi no puedo hablar—. El ascensor...

—Te he dicho a las dos y media. Nada de excusas. Entra.

¡Oh, mierda! Estoy asustada, el corazón me martillea en el pecho y la adrenalina recorre mi cuerpo. Una vocecilla me dice que me vaya de allí. Que le diga que se vaya a la mierda, que ya no quiero jugar más a ese juego. Pero sé que le voy a obedecer. He llegado demasiado lejos para dejarlo ahora.

—Quítate la gabardina. Que, por cierto, no te he dado permiso para llevar.

Quiero protestar, pero ahora me doy cuenta de que quería que le desobedeciera de alguna forma. He conseguido ponerle muy furioso llegando tarde. La gabardina se desliza por mis brazos y me quedo allí de pie con el arnés, con los pezones rojo oscuro y ahora ya doloridos por la presión de las pinzas. Mi cuerpo traicionero responde ante él, calentándose y hormigueando. El huevecito que llevo dentro sigue con su presión, excitándose con sus caricias vibratorias.

Los ojos de Dominic brillan bajo sus cejas negras y rectas.

—Muy bien —me dice—. Sí, eso es lo que quería. Bien. Ponte a cuatro patas.

—Sí, señor. —Me coloco en el suelo como me ha dicho. Se agacha y hace algo en la parte delantera de mi collar. Cuando se levanta, me doy cuenta de que le ha puesto una larga correa.

—Vamos.

Va hacia el dormitorio y yo le sigo a cuatro patas. No tira de la correa, pero yo sé que está ahí, como símbolo de que soy suya. En el dormitorio, las luces son tenues. Hay un banco largo y bajo a los pies de la cama. Cuando entramos, vuelve a agacharse y me quita las pinzas de los pezones. Es un alivio enorme, pero me dejan los pezones alargados, latiendo e hipersensibles.

—Ve al banco —me ordena Dominic, irguiéndose de nuevo—. Arrodíllate delante y tumbate sobre él.

Obedezco sus órdenes, preguntándose qué irá a pasar ahora mientras me tumbo sobre la madera lisa del banco con las rodillas en el suelo y el culo expuesto.

—Abrázalo.

Rodeo el banco con los brazos y me duelen los pezones cuando los aprieto contra la superficie.

Dominic empieza a caminar por detrás de mí. No veo lo que hace, pero oigo un manoteo rítmico cuando golpea algo contra la palma.

—Me has desobedecido —dice con una voz que es pura seriedad—. Has llegado tarde. ¿Crees que una sumisa debe hacer esperar a su amo, ni siquiera unos segundos?

—No, señor —susurro. La incertidumbre ante lo que sea que va a hacer es terrible.

—Era tu deber estar aquí antes de las dos y media para que pudieras estar en el *boudoir* como te ordené a las dos y media *clavadas*. —Y al pronunciar la palabra «clavadas» vuelve a golpearse la palma.

¿Qué tiene en la mano, por Dios?

Su voz se convierte en un susurro.

—¿Qué debería hacerte?

—Castigarme, señor —digo en voz baja y humilde.

—¿Qué?

—Castigarme, señor —repito más alto.

—Sí. Tengo que enseñarte modales. ¿Eres una niña mala?

—Sí, señor. —Las palabras me están excitando, haciendo que me ponga aún peor. Me pregunto si se habrá olvidado del huevo, que sigue vibrando en mi interior.

—¿Qué eres?

—Una niña mala.

—Sí. Una niña muy mala y desobediente. Necesitas seis azotes de los buenos para aprender la lección.

Deja de caminar y blande en el aire lo que lleva en la mano. Produce un silbido y supongo que será una fusta. Siento una oleada de miedo. No quiero eso... duele. *Aguanta* —me digo—. *No le demuestres que tienes miedo.*

Se produce un largo silencio y siento un cosquilleo en el culo por la anticipación. Casi no puedo soportarlo. Y entonces, ¡zas!

El látigo se estrella contra mis nalgas. Escuece, pero no es el durísimo golpe que me temía. Me quedo quieta, intentando no moverme.

¡Zas!

Vuelve a caer sobre la parte más mullida de mis nalgas, esta vez un poco más fuerte. Doy un respingo. Antes de que me dé tiempo a recuperarme, vuelve a pegarme, aún más fuerte, y después otra vez. Suelto un grito. Siento que me arde el culo, tengo la piel al rojo vivo y muy sensible. El látigo me azota otra vez con un golpe que duele y escuece y que me provoca una agonía terrible por toda la piel. No me gusta nada esta sensación de dolor ardiente. El huevecito sigue vibrando en mi interior, pero ahora casi no soy consciente de él. Solo puedo sentir el contacto doloroso del látigo cuando me golpea por quinta vez. El dolor me provoca un sollozo y los ojos se me llenan de lágrimas. Me preparo para el último golpe, que llega más fuerte que todos los anteriores, cayendo sobre la piel como un atizador al rojo vivo.

Siento un sollozo estremecedor creciéndome en el pecho, pero lo reprimo con todas mis fuerzas. No quiero que me vea llorar.

Se acabó. Del todo.

Pero le voy a decir que no quiero volver a sentir eso. Que no puedo soportar la sensación de la fusta, no solo por el dolor que provoca, sino por el sentimiento de humillación que experimento cuando me azota el culo con ella.

Se agacha y tira del cordón negro que hay entre mis piernas. El huevo vibrador sale con un ruido seco. Lo apaga.

—Muy bien, Beth —me dice en voz baja, y me acaricia el culo con la mano—. He sido duro contigo. No he podido resistir la visión de tu preciosa piel poniéndose tan roja y caliente para mí. Quería azotarla con todas mis fuerzas. —Inspira hondo y deja escapar un suspiro—. Me has puesto muy caliente. Levántate.

Me aparto del banco, con el culo latiéndome de dolor. Casi no puedo ponerme de pie.

—Ven hasta mí de rodillas.

Le obedezco, y cuando llego a su lado, deja caer la bata para mostrar que debajo está completamente desnudo. Su polla está erecta, dura y enorme, evidentemente poseído por la excitación de lo que acaba de hacer. Tiene la mirada profunda por la lujuria mientras me observa acercarme, con los pechos elevados por el arnés. Tengo la correa que ha atado a mi collar en la mano para no tropezarme con ella.

—Dame la correa.

Se la doy, con los ojos bajos para no ofenderle con una mirada directa. La coge y tira un poco, tensándola hasta que me veo forzada a apretarme contra él, con su erección contra mi cara. Mis pechos

quedan contra sus piernas y el collar presiona sus muslos.

El deseo se revuelve en mi interior, contrarrestando el dolor del culo. Su olor es maravilloso, familiar y tranquilizador. Al final me va a dejar quererle como yo deseo. Puedo tocarle, acariciarlo, demostrarle lo que siento por él.

—Métetela en la boca —me ordena—. Pero no me toques con las manos.

La decepción me invade. *Pero al menos voy a poder besarle, lamerle, saborearle...*

Recorro su polla con la lengua: está dura e irradia calor interno. Cuando llego a la punta, me la meto entre los labios, rodeando con la lengua la lisa superficie, lamiendo y chupando. Sus dedos se entierran en mi pelo, agarrándolo con fuerza cuando dejo que su polla me llene la boca, metiéndola todo lo que puedo. Es difícil en el ángulo en el que estoy, y siento la mandíbula dolorida cuando abro mucho la boca para rodear toda su circunferencia, pero la alegría de poder amarle así me anima a ignorar la incomodidad. Oh, adoro lamerle, olerle, notar su sabor almizclado y salado.

Mientras chupo, sus dedos me tiran del pelo. Gime. Entonces sale de mi boca y se dirige a la silla de cuero blanco tirando de la correa para que le siga. Se acomoda en la silla con las piernas abiertas y tira de mí para que suba al reposapiés de modo que pueda inclinarme hacia delante como hizo él ayer conmigo y retomar mi tarea.

Me apoyo en un lado de la silla y me la meto en la boca de nuevo para seguir chupando y lamiendo. Gime más alto. Quiero cogérsela y acariciársela para darle aún más placer, pero recuerdo que está prohibido, así que me concentro en hacerlo mejor con la boca, provocándole con la lengua, a veces recorriéndola con largos lengüetazos y otras usando la punta para jugar con su parte superior.

—Sí, eso es genial —murmura. Me está mirando mientras atiendo a su polla, con los ojos entrecerrados. Me imagino cómo me verá, con el collar y el arnés, rindiéndole honores con la boca a su enorme erección. Ya puedo sentir mi propia excitación, la humedad entre mis piernas, la necesidad creciente de que me llene con su enorme polla.

Gime de nuevo e inspira entrecortadamente. Siento que crece todavía más en mi boca. Mueve las caderas, introduciendo en mí toda su longitud, follándome la boca. Quiero tocarle, lo necesito... Me preocupa un poco que empuje demasiado hacia mi garganta, me ahogue y necesite las manos para detenerle. Empuja más fuerte y temo asfixiarme, pero su placer está ya muy cerca. Empuja con fuerza varias veces y noto un chorro caliente que me llena la boca de un líquido salado que rodea mi lengua. Lo siento flotar en la boca y entonces trago. Sin pensar, le pongo la mano en el pene a Dominic cuando está saliendo de mi boca.

—Ha sido genial, Beth —dice con una voz aterciopelada y a la vez amenazadora—. Pero me has tocado. Y creo que te he prohibido expresamente que lo hicieras.

Le miro, nerviosa. Sigo siendo su sumisa. Tengo que obedecer. ¿Eso significa más castigos? Esperaba que ahora hiciéramos algo para aliviar el calor que siento entre mis piernas y mi deseo creciente.

—Yo... Lo siento, señor...

Me ignora, cortándome con un gesto.

—Levántate y vete a la entrada. Ponte la gabardina cuando llegues y espera.

Hago lo que me dice, preguntándome qué demonios vamos a hacer ahora. Unos minutos después, Dominic sale del *boudoir*. Va vestido con la camiseta negra y los vaqueros.

—Sígueme. —Sale del piso delante de mí y yo le sigo por el pasillo hasta el ascensor. Llevo la correa colgando dentro de la gabardina. Bajamos hasta el vestíbulo. Miro a Dominic, que me ignora y que se dedica a escribir mensajes en su teléfono. Cuando llegamos a la planta baja, cruza el vestíbulo y yo me apresuro a seguirle, con los zapatos taconeando sobre el suelo, hasta un largo Mercedes negro que está esperando afuera. Abre la puerta y sube, dejándome atrás para que le siga. El conductor está oculto tras un cristal tintado. Me siento al lado de Dominic en el asiento de cuero y el coche empieza su marcha lentamente.

Quiero preguntarle adónde vamos, pero no me atrevo. Dominic sigue sin decir nada, ocupado con su teléfono.

Este día está siendo muy raro, y Dominic está más raro aún. Le miro discretamente y me parece muy distante.

Esto no es lo que quiero.

Es la vocecilla de mi mente. Intento no hacerle caso. Sí que es lo que quiero. Yo se lo pedí.

Intento reunir fuerzas para lo que sea que me espera al final del viaje.

No me sorprende cuando el coche aparca en una callecilla del Soho, justo delante de El Manicomio. Había sospechado que antes o después acabaríamos allí, y ahora sé que el momento ha llegado.

Me embarga una oleada de miedo.

—Sal —me dice Dominic.

Obedezco y él me sigue. Entonces me conduce por la escalera metálica hasta la puerta principal. Saca una llave de su bolsillo, abre la puerta con rapidez y entra. Cuando he entrado detrás de él al pequeño recibidor, la cierra detrás de nosotros. Noto que el lugar está desierto. Ahora me quita la gabardina y coge la correa. Sin decir una palabra, entra en el bar vacío a buen paso y yo me veo obligada casi a correr para seguirle mientras va tirando de mí. Sé adónde vamos.

Siempre lo he sabido.

Y obviamente me lleva hasta la puerta con pinchos de metal y la abre. Gira para mirarme por primera vez desde que salimos de Randolph Gardens.

—Ahora vas a aprender el verdadero significado de la palabra castigo —me dice.

Estoy aterrorizada. Siento que un miedo real y asfixiante surge en mi interior. Doy un paso hacia la oscuridad y Dominic pulsa un interruptor que hace que cobren vida en unos apliques metálicos de la pared lo que parecen velas de verdad, aunque supongo que serán eléctricas.

Ahora veo de nuevo esos artilugios: las cruces, las barras, la hilera de látigos de apariencia diabólica. Me da un vuelco el estómago y noto una sensación desagradable y enfermiza.

Pero tengo que hacerlo. Tengo que soportarlo.

Recuerdo que tomé la decisión de confiar en Dominic. No va a ir demasiado lejos conmigo, me lo prometió.

Me lleva hasta las barras fijadas a la pared más alejada, me suelta el arnés y me lo quita. Deja que caiga al suelo, olvidado, y me obliga a quedarme de pie mirando a las barras y dándole la espalda. Levanta uno de mis brazos y me introduce la muñeca en una esposa que hay a la altura del hombro, colocándola de forma que puedo moverme y flexionar el brazo. Me hace lo mismo con la otra. Después me abre las piernas y me coloca un tobillo en una esposa inferior y después el otro en otra. Oigo su respiración trabajosa. Le está excitando.

—Bien —dice en voz baja cuando estoy esposada—, vamos a empezar.

Cierro los ojos con fuerza y noto un calambre en el estómago. Lo voy a soportar. Lo voy a hacer. Y después le explicaré que la mazmorra no es algo aceptable de ninguna de las maneras.

¿Por qué te ha traído aquí si sabe que este lugar te asusta?, me pregunta mi vocecilla interior.

No quiero escucharla. No quiero oírlo. Tengo que concentrarme en soportar lo que me esté preparando.

El primer contacto es leve, sensual, el cosquilleo de la larga y áspera crin sobre mis omóplatos. Parece que Dominic me está pasando algo por la espalda, como si estuviera marcando el territorio, aprendiéndose los contornos para cuando empieza a azotar.

—Este es el castigo por tu desobediencia —declara Dominic. Puedo sentirlo detrás de mí, disfrutando de la escena: la chica esposada, la luz parpadeante, el látigo listo para los azotes.

El primer golpe es suave y flojo, y también los siguientes. Lo hace para calentar. La sangre invade mi piel, haciendo que los azotes parezcan docenas de pequeños cortes. La crin raspa y rasca la piel que ya está sensible. Mantengo los ojos cerrados con fuerza e intento controlar mi respiración, pero mi corazón

late a toda velocidad y siento un nudo en el estómago por el miedo.

El calor empieza a extenderse cuando llegan unos golpes más fuertes y regulares.

Así que esto es que te azoten. Me están azotando con un látigo en una mazmorra.

Ahora ya temo lo que vaya a pasar. Ya estoy fuera de mí misma, reflexionando sobre el apuro en el que estoy metida. Y eso significa que mi vida interior de fantasía empieza a parpadear y a apagarse.

Pero es demasiado tarde.

Los azotes se detienen y oigo a Dominic acercarse a donde están los instrumentos y después volver. Ahora tiene otra cosa en la mano, puedo sentirlo. Lo blande en el aire un par de veces dando golpes oscilantes para practicar y entonces golpea toda mi espalda y docenas de colas con nudos crueles en los extremos se hunden en mi piel.

Echo atrás la cabeza y chilló por la sorpresa y el dolor. Pero antes de que me dé tiempo a pensar en nada, las colas me azotan de nuevo con fuerza desde la otra dirección. Está manejando el instrumento de un lado a otro, dándome golpes cada vez que cambia de lado.

¡Oh, Dios mío, esto es increíble!

Él no para, y los recios golpes se suceden con la regularidad de un metrónomo. El dolor es intenso, y con cada azote grito bien alto, incapaz de mantener el control que me he esforzado por imponerme hasta ahora bajo esa lluvia de azotes. Y cada azote es un poco más fuerte que el anterior, como si los gritos le estuvieran incitando a ejercer más fuerza en cada golpe. Su respiración es pesada y trabajosa.

Las colas me producen dolor en toda la espalda, se hunden cruelmente en mi pobre piel sensible. Es algo atroz. Es más de lo que puedo soportar; estoy temblando y, entre los gritos de agonía, también estoy llorando.

La palabra de seguridad. Tengo que usar la palabra de seguridad.

He perdido la fe en que Dominic se dé cuenta de en qué estado estoy. Me está azotando con todas sus fuerzas, y entre la niebla y confusión de mi mente, creo que es posible que haya perdido el control.

Ahora estoy totalmente aterrada; tengo mucho miedo, y mi llanto se vuelve más fuerte y más intenso mientras el perverso instrumento sigue lacerando mi espalda una y otra vez, y otra, a izquierda y derecha, izquierda y derecha. A veces esas colas hirientes consiguen rodearme y alcanzar los pechos o el estómago.

¿Cuál era la palabra de seguridad?

Debido al dolor, tengo la cabeza caída sobre los hombros, la espalda arqueada hacia dentro para alejarla lo más posible de los golpes, los brazos tensos. No puedo pensar. No me queda más remedio que quedarme esperando con temor el siguiente azote.

La... palabra... de... seguridad... es...

Otro golpe, ¡zas!, y cientos de cuchillas se hunden en mi piel al rojo vivo.

—Rojo, Dominic, para, ¡para!

No es rojo... es... oh JODER, el DOLOR... es... otra cosa... es... POR FAVOR... Me muero, me muero...

—¡Escarlata! —chillo—. ¡Escarlata!

Me tenso esperando el siguiente golpe, pero no llega. Empiezo a estremecerme de forma incontrolable, sollozando sin poder parar. Nunca he sentido ese dolor, ni por dentro ni por fuera.

—¿Beth? —Es una voz que hace días que no oigo. Es la voz normal de Dominic. La voz de mi amigo, mi amante, el hombre que deseaba volver a ver—. Beth, ¿estás bien?

No puedo hablar, el llanto es demasiado fuerte, las lágrimas me inundan las mejillas y me gotea la nariz. Los sollozos estremecen todo mi cuerpo.

—Oh, Dios, cariño, ¿qué te pasa? —Percibo pánico en su voz. Deja caer el látigo y viene corriendo a quitarme las esposas. Cuando me libera los brazos, me dejo caer y me hundo hasta llegar al suelo, meto la cabeza entre las rodillas y empiezo a mecarme sin dejar de llorar.

—¡Beth, por favor! —Me pone una mano en el brazo, con cuidado de no tocarme la piel marcada de la

espalda.

—¡No me toques! —le grito, enfurecida a pesar de las lágrimas—. ¡Ni te acerques!

Se aparta, asombrado e inseguro.

—Has utilizado la palabra de seguridad...

—Porque me estabas dando una paliza, cabrón, más que cabrón. Después de todo lo que he hecho por ti, todo lo que te he ofrecido y soportado... Dios mío, no me lo puedo creer... —Los sollozos casi me ahogan, pero consigo hablar a pesar de ellos—. He sido una idiota. ¡He confiado en ti, cabrón, he puesto mi fe en ti y mira lo que me has hecho...!

Estoy tan dolorida, por la agonía física y por los tristes trozos de mi confianza destrozada, que todo lo que puedo hacer es seguir llorando.

Durante varios minutos Dominic me observa en silencio como si no tuviera ni idea de cómo ha llegado a esta situación o de cómo consolarme. Entonces va a por mi gabardina sin decir nada y me cubre con ella. Incluso el suave algodón de la gabardina me hace un daño horrible al rozarme la espalda machacada.

Me ayuda a levantarme y me saca de la mazmorra, atravesando el bar vacío hasta la puerta. El coche sigue esperándonos arriba en la calle. Subimos. Sigo llorando y no puedo apoyar la espalda en el asiento durante el viaje de vuelta a Randolph Gardens.

No dejo de llorar durante todo el camino. Dominic no dice una palabra.

La cuarta semana

Capítulo 18

Ese domingo es el peor día de mi vida. Me duele todo, para empezar, y tengo la espalda cubierta de un montón de lívidos verdugones rojos que me hacen dar un respingo de horror cuando me los veo en el espejo. Yo sola no puedo extenderme crema o algún ungüento en la espalda, así que me paso mucho rato en un baño con agua fresca, intentando reducir el calor de mi piel.

También estoy en un estado emocional terrible; no puedo dejar de sollozar cada vez que recuerdo lo que me ha hecho Dominic. Me parece una traición espantosa. Me pidió que tuviera fe en él y yo lo hice. Me pidió que confiara en que él sabía cuáles eran mis límites, y también lo hice. Le dije que no me gustaba la mazmorra, pero me llevó allí para infligirme un dolor indescriptible.

Y yo lo dejé.

Eso también me duele. Puede que Dominic fuera el que blandía el látigo, pero yo dejé que me metiera en esa situación. Entonces me recuerdo que es Dominic quien perdió el control y llevó todo el asunto a un nivel más allá de lo que yo podía soportar. En plena acción debió de olvidársele que soy una novata en esto, pero era su responsabilidad cuidar de mí y ser consciente de lo que yo podía soportar. Y no lo hizo.

También me duele mucho que Dominic no se haya puesto en contacto conmigo para hablar. Se ha quedado mudo. Recibí un mensaje en el móvil que simplemente decía: «Lo siento. D.», y nada más.

¿De verdad cree que un mensaje es suficiente para arreglar las cosas después de esa... esa agresión?

Va a tener que hacerlo mejor.

El lunes por la mañana llamo a James y le digo que estoy enferma y que no puedo ir a trabajar. Parece un poco preocupado, como si supiera que no estoy siendo del todo sincera, pero me dice todo lo que cabía esperar acerca de que me cuide y no vuelva a trabajar hasta que me ponga bien. Permanezco todo el día sola, pensando obsesivamente en los días que he pasado con Dominic e intentando analizar por qué ha salido todo tan mal. Me hago un ovillo en el sofá junto a De Havilland y aprovecho todo el consuelo que me proporciona su suave calidez ronroneante.

Al menos el gato todavía me quiere.

Los verdugones de la espalda todavía están en carne viva y duelen, pero el dolor se va mitigando. El calor de mi piel, que me ha mantenido despierta toda la noche, está disminuyendo. Me imagino que llegará un momento en que no me dolerá y me curaré.

El martes llamo para decir que sigo enferma, y ahora James parece preocupado de verdad.

—¿Va todo bien, Beth?

—Sí —dijo—, bueno... más o menos.

—¿Tiene algo que ver con Dominic?

—Sí y no. Mira, James, necesito un día más. Volveré a trabajar mañana, te lo prometo. Ya te lo contaré entonces.

—Muy bien, preciosa. Tómame el tiempo que necesites. Lo comprendo.

Sé la suerte que tengo por tener un jefe como él.

El martes por la tarde ya me siento un poco mejor. La espalda todavía me duele, pero está mejorando sin duda. Aún sigo teniendo dolor de corazón, y no sé nada de Dominic. Cada vez que lo pienso, me siento desolada porque me ha tratado así de mal y después me ha abandonado. Seguro que sabe que estoy hecha una mierda...

Ya está avanzada la tarde del martes cuando oigo que llaman a la puerta. El corazón se me acelera de repente cuando pienso inmediatamente que quizá sea Dominic.

No, me regaño mientras me acerco a la puerta. Seguramente será James, que se ha pasado para traerme sopa de pollo y chocolate. Pero no puedo evitar desear que sea él cuando llego a la puerta y abro.

Para mi asombro, el hombre que hay en la puerta del apartamento no es ni Dominic ni James. Es Adam.
—¡Sorpresa! —exclama con una gran sonrisa.

Me quedo mirándole con la boca abierta, incapaz de creer lo que ven mis ojos. Ahora me parece muy diferente, aunque está exactamente igual que como lo recuerdo. Su ropa está gastada y no tiene ningún estilo; lleva una camisa de cuadros barata bajo una sudadera gris con el nombre de un equipo deportivo, unos vaqueros anchos con la cintura por debajo de su barriga, unas enormes zapatillas de deporte blancas y una bolsa de deporte colgada al hombro. Se me queda mirando, claramente encantado con su aparición por sorpresa.

—¿No me vas a saludar? —me dice cuando sigo sin habla.

—Eh... —Todavía me cuesta procesar lo que ven mis ojos. No tiene sentido. ¿Adam? ¿Aquí, en el piso de Celia?—. Hola —consigo decir sin mucha emoción.

—¿Puedo entrar? Me muero por echar un pis y tomar una taza de té. No todo a la vez, claro.

No quiero que entre, pero necesita ir al baño y me parece que no me puedo negar. Me aparto para dejarle entrar. Es muy raro ver esa parte de mi vida, algo que pensé que pertenecía a un capítulo cerrado, entrando en esta nueva existencia que me he creado. Y no me gusta nada la sensación que me produce.

—Ahí está el baño —le digo señalándole la puerta, y él se apresura a entrar, lo que me proporciona el momento que necesitaba para pensar. Cuando sale, silbando feliz de una forma que una vez me pareció dulce y adorable y que ahora me hace apretar los dientes, le digo—: Adam, ¿qué haces aquí?

Parece sorprendido por mi tono cortante.

—Tu madre me dijo que estabas aquí y he querido venir a verte. —Extiende las manos como si le extrañara que cuestionara algo tan simple y tan natural.

Me lo quedo mirando. Tengo un vago recuerdo de haber amado a ese hombre una vez, de estar destrozada cuando me rompió el corazón, pero ahora me parece ridículo. Parece pálido y mal hecho en comparación con Dominic, con ese indescriptible pelo alborotado, esa cara rechoncha y esos ojos azul pálido.

—Pero Adam —le digo intentando sonar tranquila y razonable—, la última vez que te vi, rompimos. Te estabas tirando a Hannah, ¿te acuerdas? Me dejaste por ella.

Adam hace una mueca y agita la mano en un gesto impaciente.

—Oh, eso. Sí, mira, he venido a decirte que lo siento. Se ha acabado. Fue un error y me arrepiento. Pero las buenas noticias son que quiero darle otra oportunidad a lo nuestro. —Me sonrío y se queda esperando, como si yo fuera a ponerme a chillar y a saltar de alegría.

—Adam... —le miro con impotencia. No sé qué decir.

—¿Qué tiene que hacer un hombre para poder tomarse una taza de té? —pregunta, y empieza a abrir puertas. Cuando encuentra la cocina, dice—: Bingo —y entra. Le sigo, pero odio que se esté inmiscuyendo en mi ordenada vida. Ahora recuerdo que siempre se ponía cómodo y cogía lo que quería, dejando todo hecho un desastre a su paso.

—Adam, no puedes aparecer aquí así. Deberías haberme llamado.

—Quería darte una sorpresa —me dice, y parece un poco ofendido. Lleva el hervidor de agua al fregadero y empieza a llenarlo—. ¿No te alegras de verme? —Me mira con esa expresión de niño pequeño que antes me derretía el corazón.

—Para serte sincera, no es un buen momento.

¡Por Dios, no intentes no herir sus sentimientos! ¡Él no se preocupó de hacer lo mismo contigo! Dile que se dé la vuelta por donde ha venido y se largue.

—No parece estar muy ocupada. Tu madre me dijo que tal vez estuvieras en el trabajo y que esperara a venir más tarde o que te llamara, pero pensé que sería mejor pasarme a ver y ¡aquí estás! Será el destino. —Vuelve a poner el hervidor de agua en su soporte y lo enciende.

Vale, una taza de té y lo echo.

Hago dos tazas de té mientras me cuenta su viaje a Londres en tren y su experiencia en el metro. Le llevo al salón, donde De Havilland está sentado mirando por la ventana, vigilando a las palomas como suele hacer. Nos mira con sus ojos amarillos, parpadea y vuelve a dirigirse a la ventana con la cola enroscada alrededor de sus patas.

—Menudo pisazo —dice Adam mirando la habitación—. ¿De quién es?

—De la madrina de mi padre. Se llama Celia.

—Oh. Bueno, si juegas bien tus cartas, tal vez consigas heredarlo. —Me mira fijamente—. Eso estaría bien.

Nos sentamos en el sofá. Me pregunto de qué demonios puedo hablar con él. Y recuerdo el pasado reciente.

—¿Y lo de Hannah? ¿No ha funcionado?

Arruga la nariz como si le resultara desagradable.

—Bah... No congeniamos. Era más bien una conexión física, ¿sabes? Que al principio estaba muy bien, pero después se volvió aburrida.

Veó la imagen de los dos en la cama, pero ya no me impresiona ni me hace daño. De hecho parecían pegar juntos. Me asalta un recuerdo fugaz de Adam haciéndome el amor a mí, jadeando con fuerza junto a mi oreja mientras empujaba, dentro, fuera, dentro, fuera, de la misma forma todas las veces. Era algo mecánico y rápido. Dulce porque yo le quería, pero ¿apasionado?, ¿conmovedor y excitante?, ¿cruzaba los límites y me ayudaba a descubrir aspectos de mí misma que no sabía que existían?

Claro que no. Ese era Dominic.

De repente me doy cuenta de que mi experiencia con Dominic me ha cambiado para siempre. Nunca podría volver con alguien como Adam ahora. Sí, Dominic tiene unos gustos pervertidos y disfruta de los placeres inusuales, pero al menos no es aburrido.

Adam me está mirando, con las manos rodeando la taza.

—Por eso quería venir a verte. Porque lo que teníamos era realmente especial. Y fui un idiota y te hice daño, pero eso ya ha quedado atrás. Quiero que volvamos.

—Yo... No creo... —Inspiro hondo y digo—. No, Adam. Eso no va a pasar.

Le cambia la cara.

—¿Ah, no?

Niego con la cabeza.

—No. Ahora tengo una nueva vida. Y un trabajo.

—¿Un novio? —me pregunta apresuradamente.

—Bueno, no exactamente. No. —«Creo que Dominic y yo hemos terminado, después de todo»—. Pero eso no cambia nada. Nosotros no tenemos futuro.

—Por favor, Beth. —Me mira de manera encantadora—. No me rechaces así. Sé que te ha desconcertado verme aparecer así. Piénsatelo un poco.

—Eso no va a cambiar nada —le digo convencida.

Suspira y le da un sorbo al té.

—Bueno, podemos hablar de eso luego.

—¿Luego?

—Beth, no tengo donde quedarme. Creí que podría quedarme contigo.

—¿Y por qué creíste eso? —chillo exasperada—. ¡Hemos roto!

—Pero quiero que volvamos.

Me encojo de hombros y suspiro exasperada. Estamos otra vez donde empezamos.

—No puedo volver a casa esta noche —me dice Adam—. Deja que me quede aquí. ¿Por favor?

Suspiro de nuevo. No tengo elección realmente; no voy a echarlo a la calle.

—Está bien. Puedes dormir en el sofá. Pero solo esta noche, ¿entiendes? Lo digo en serio.

—¡Mensaje recibido! —dice alegremente, y veo claramente en su cara que está seguro de que una noche es todo lo que necesita para recuperarme.

Cuando me acostumbro a la presencia de Adam, empiezo a alegrarme en cierta manera de que haya venido. Me hace compañía y pronto empieza a parlotear y a contarme todos los cotilleos que me he perdido y lo que está haciendo su hermano, que está un poco loco. Preparo una cena sencilla a base de pasta y la compartimos mientras sigue cotorreando. Me resulta raro oír tanto ruido en el apartamento de Celia, que siempre está tan silencioso.

Después volvemos al salón y Adam se pone cariñoso y empieza a recordarme los bonitos momentos que pasamos juntos y las promesas que nos hicimos. No me importa recordarlo, pero no va a tener el efecto que espera. Cuando le traigo una almohada y una manta y le dejo para que se acomode como pueda, intenta besarme, pero le rechazo con firmeza, lo que parece aceptar con aparente ecuanimidad.

Estoy segura de que cree que es cuestión de tiempo que yo claudique.

Me voy a dormir al cuarto de Celia, todavía asombrada al pensar que Adam está en la habitación de al lado, tal vez incluso planeando cómo colarse en mi cama. Por suerte no oigo ni un solo ruido en toda la noche.

A la mañana siguiente me siento mucho más alegre y tengo ganas de volver al trabajo.

—¿Te irás más tarde? —le pregunto a Adam después de desayunar, cuando estoy recogiendo mis cosas para irme.

—Bueno... —Se está haciendo el inocente—. He pensado que podría quedarme, si no te importa. Me gustaría ver un poco Londres, ya que estoy aquí, y como tienes sitio...

—Adam... —empiezo con tono de advertencia.

—¿Solo una noche más? —suplica.

Me lo quedo mirando fijamente. Supongo que por una noche más no pasa nada.

—Una más. Y se acabó.

Sonríe.

—Hecho.

Estoy encantada de volver a ver a James. Le he echado de menos.

—¡Gatita, pero si has vuelto! —me dice cuando entro en la galería—. Me tenías muy preocupado. —Se acerca e intenta abrazarme, pero yo me aparto con una mueca de dolor—. Ah —me mira comprendiendo y parece un poco triste—. Oh, Beth, ¿te ha hecho daño?

Asiento lentamente. Es un alivio poder confiarme a alguien por fin.

—Qué cabrón. ¿Y tú no querías?

Asiento de nuevo, sintiendo que estoy traicionando a Dominic.

—Eso está prohibido —asegura James, con expresión seria y mirándome por encima de las gafas de esa forma tan característica suya—. Lo lamento, Beth, no me importa lo que sientas por él; seguro, sensato y consensuado: esas son las reglas del BDSM. Si las ha roto, no vuelvas a acercarte a él, ¿me oyes?

Algo en mi interior se desinfla por la desesperanza que me producen sus palabras. Pero tal vez tenga razón. Solo desearía que fuera más fácil de llevar.

Pasamos una alegre mañana poniéndonos al día, riéndonos de que Adam haya aparecido y esté intentando volver a conquistarme. Le digo a James que tengo intención de decirle que se vaya mañana, pase lo que pase.

A la hora de comer, me toca traer el sushi, así que salgo y cruzo Regent Street para ir a nuestro sitio favorito a comprar comida para llevar. Cuando salgo de la galería, paso por delante de una vieja iglesia apartada del mundo tras muros de ladrillo rojo y una verja de hierro que está un poco abierta para que la gente pueda echar un vistazo. Para mi asombro, alguien sale del pequeño patio cuando paso y me agarra del brazo.

Me sobresalto, y al mirar de quién se trata, me encuentro a Dominic, agarrándome el brazo con fuerza, con los ojos muy abiertos y con un aspecto insólitamente desarreglado.

—¡Dominic! —Noto una tensión en mis entrañas por la emoción al volver a verle.

—Tengo que hablar contigo —me dice apresuradamente, y tira de mí para que pase por la puerta y entre al patio.

¡Se va a disculpar! —Mi corazón da un salto solo de pensarlo—. *Tal vez quede esperanza...*

Me mira con cara de enfado y la expresión alterada.

—¿Quién es él, Beth? —pregunta.

—¿Quién?

—No te hagas la inocente... ¡Le he visto! ¡El hombre de tu apartamento! ¡Quién demonios es?

—Es Adam —respondo sin pensar.

Inspira bruscamente, me dedica una mirada intensa y casi desesperada y después me suelta el brazo, cruza el patio y sale sin mirar atrás.

—¡Mierda! —exclamo, y corro tras él. Ya ha desaparecido por una calle transversal. ¿Por qué le he dicho eso? ¿Por qué no he fingido que era mi hermano? Ahora va a pensar que he vuelto con Adam. Suelto otro taco. Tendré que llamarle después y explicárselo.

Y, vamos a ver, ¿por qué debería hacerlo? Todavía no se ha disculpado por lo que me ha hecho. Tal vez le venga bien darle algunas vueltas a esto.

Cuando vuelvo con el sushi, todavía no he decidido qué hacer.

Ya lo pensaré luego.

En un día, Adam ha conseguido desparramar todo lo que traía en la bolsa por todo el piso. Eso sin contar todos los desperdicios de la comida que ha comprado y que se ha hecho. Siento una oleada de irritación cuando veo el poco cuidado que tiene en el apartamento y a la vez me siento aliviada porque en el futuro no me pasará la vida limpiando a su paso.

—¿Qué tal tu día? —me pregunta amablemente cuando llego a casa—. He pensado que podría invitarte a cenar esta noche.

—Gracias, Adam, pero ¿por qué no salimos a tomar algo y después ya decidimos? —Ya me he convencido de que voy a ser muy sincera con él esta noche y le voy a decir que no tiene ninguna oportunidad y que debe marcharse a primera hora de la mañana. Y un pub me parece un buen sitio para mantener esa conversación.

—Vale, bien. Vamos entonces.

Salimos del edificio de apartamentos y paseamos por las cálidas calles. El aire es bochornoso y el cielo está cubierto de nubes blancas por primera vez en mucho tiempo. Creo que se acerca una tormenta, pero es probable que sea lo que hace falta después de tantos días de cielos azules y calor.

—¿Sabes qué, Beth? —dice Adam mientras paseamos. Me dirijo al lugar adonde me llevó Dominic aquella noche—. Estás distinta, ¿sabes? Pareces más... no sé... más adulta. Más sofisticada. Más sexy. Sin duda más sexy. —Me mira de arriba abajo de una forma que se supone que es insinuante, pero a mí me resulta un tanto extraña.

—¿Ah, sí? —Me interesa lo que dice, a pesar de todo. Me he preguntado varias veces si las experiencias de las últimas semanas me han cambiado en algo. Y parece que sí.

—Sí —dice, gentil—. Estás muy atractiva.

—Gracias. —Me río y entonces recuerdo que voy a verter un jarro de agua fría sobre sus esperanzas en cualquier momento—. Adam, aunque es muy agradable oír esas cosas, eso no cambia el hecho de que no va a pasar nada entre nosotros.

Nos paramos. Me mira a los ojos. Y entonces sonrío tristemente.

—Se ha acabado de verdad, ¿no?

Asiento.

—Sí. Ya no te quiero. Se ha acabado del todo.

—¿Hay otra persona? —pregunta.

Me pongo roja y no digo nada.

—Lo suponía —dice con un suspiro—. Oh, bien. Había que intentarlo. Me he portado como un idiota, Beth, lo sé. No sabía lo que tenía hasta que lo estropeé. Ese tío tiene suerte, es todo lo que puedo decir.

Le sonrío y me siento un poco abrumada.

—Gracias por decir eso, Adam. De verdad. Has arreglado muchas cosas con eso. Y todavía podemos ser amigos.

—Sí, claro —contesta sinceramente—, pero algo me dice que no te vamos a ver mucho por casa en el futuro. Puedo equivocarme, claro, pero me lo dice mi instinto. —Se queda pensativo un momento y después dice—: ¿Nos tomamos esa copa de todas formas? Por los viejos tiempos.

—Sí, claro.

—Bien. Me iré mañana.

Nos miramos un momento más, reconociendo lo que una vez significamos el uno para el otro y que ha llegado el final de esa etapa en nuestras vidas. Después seguimos caminando en dirección al pub.

Bastante más tarde, cuando volvemos, abro la puerta del apartamento para entrar. Adam, que está un poco borracho después de cuatro pintas, está hablando muy alto y no se fija en el sobre color crema que me está esperando en el suelo.

El corazón se me acelera al verlo y lo recojo rápidamente. Mientras Adam sigue hablando solo, me meto en el dormitorio y lo abro con manos temblorosas. Dice:

Para mi señora: Tu esclavo solicita humildemente pasar una noche contigo. Por favor, hónrale con tu presencia mañana por la noche en el boudoir. Estaré esperándote a partir de las 8. Lo aprieto contra el pecho.

Oh, Dios mío. ¿Mi esclavo? ¿Qué quiere decir eso?

Iré. Claro que iré. ¿Cómo podría no ir?

Capítulo 19

Al día siguiente me despido de Adam y le veo irse hacia la estación de trenes, de vuelta al mundo que he dejado atrás. Dentro de poco, Celia volverá a casa, ¿y qué haré yo entonces? La inquietud empieza a apoderarse de mí. No tendré adónde ir, y cuando el ayudante de James salga del hospital, tampoco tendré trabajo.

Decido escribir un correo electrónico a Laura para decirle que estoy interesada en compartir piso con ella, y tal vez James encuentre una solución para que siga trabajando en la galería.

Una cosa está clara. No puedo regresar a mi vida de antes. Ya no.

Paso todo el día sumida en un estado de gran expectación ante el próximo encuentro, aunque no sé muy bien qué sentimientos me inspira. Me refugio en mí misma para descifrarlos, dividida entre la ilusión y el temor. Aunque el dolor físico de la espalda ha remitido y ya casi no queda rastro de los verdugones, todavía me siento herida por la forma en que se han desarrollado los acontecimientos. He hecho cuanto estaba en mi mano por cumplir todo lo que Dominic esperaba de mí, pero, al final, él necesitaba más de lo que yo podía darle. Y lo que más me duele es que no se haya disculpado; eso duele mucho más que los latigazos. Le he amado y me he entregado a él, pero él ha desaparecido de mi vida sin más, como si nunca hubiese estado en ella.

Recuerdo la expresión encendida de sus ojos cuando me preguntó por Adam. Debe de pensar que volvemos a estar juntos. Bueno, pronto lo averiguará por sí mismo cuando no vea a Adam en el apartamento.

Hay otra cosa que me intriga. ¿Mi esclavo? Dominic no es sumiso. Sé que empezó así, siendo el juguete de Vanessa cuando ella lo iniciaba en la dominación, pero es algo que ya ha dejado atrás.

Algo va a pasar, eso seguro. Lo que no sé es qué.

Cuando llego a casa, me doy un largo baño para ocupar mis horas. Me visto, prestando mucha atención a lo que me pongo: nada de disfraces, esta vez me voy a poner el vestido negro. Hoy no habrá bragas abiertas ni arneses, pero decido sin dudarle ponerme mi mejor ropa interior.

Por si acaso.

Secretamente espero que esté deseando rodearme con sus brazos, besarme y decirme que ha cometido un gran error, que no es un dominante, sino un tío normal de los de corazones y flores y sexo solo un pelín perverso, y que quiere estar conmigo. Eso resolvería de un plumazo todos nuestros problemas. Pero me da que no va a ser así.

Cuando subo al *boudoir*, ya son más de las 8.30. Sé que hacerle esperar resulta un poco infantil, pero no puedo evitar tomarme cierta revancha por la forma en que él me hizo esperarle. Cuando llamo a la puerta, se me ha disparado el pulso y noto las manos húmedas. Percibo un revoloteo de nerviosismo en el estómago. Estoy deseando verlo, ver al Dominic que una vez conocí, pero también me da miedo lo que pueda ocurrir en esa habitación. Prometí ser sumisa cuando estuviera allí.

Pero no llevo puesto el collar, me recuerdo.

Un instante después, se abre la puerta y solo se ve oscuridad. Me asomo dentro y doy un paso para entrar.

—¿Dominic?

—Beth —Su voz es grave y ronca—. Entra.

Una tenue luz sale desde el *boudoir*. Entro en la habitación. El banco bajo ya no está, pero el asiento de cuero blanco sigue allí. Hay dos sillones enfrentados al pie de la cama. La luz de las lámparas de la habitación está atenuada. Dominic está en uno de los sillones, y cuando entro se pone en pie, con la cabeza gacha, como si mirara al suelo.

—Gracias por venir —dice en tono lacónico—. Es más de lo que merezco.

—Estoy deseando oír lo que tengas que decirme —contesto con más seguridad en la voz de la que siento—. Me preguntaba cuándo volverías a hablarme, si es que ibas a hacerlo alguna vez.

Levanta la vista y sus ojos muestran tal amargura que estoy deseando salir corriendo hacia él, abrazarlo y decirle que todo se va a arreglar. Pero consigo contenerme. Necesito oír lo que tenga que decirme.

—Ven, Beth, siéntate. Quiero explicártelo todo.

Me hace un gesto para señalarme el otro sillón. Cuando estamos los dos uno frente a otro, me dice:

—Lo he pasado muy mal desde la última vez que nos vimos. Lo que ocurrió entre nosotros el sábado fue algo horrible, y me ha sumido en una gran crisis. He tenido que pasar un par de días fuera para ir a ver a una persona a la que pudiera confesarle lo que he hecho y pedirle consejo.

—¿Un terapeuta? —pregunto.

—No, no es eso. Más bien una especie de mentor, podría decirse. Es alguien que a veces me ha sabido orientar en este camino, con una sabiduría y una experiencia que respeto y admiro. No quiero hablar más de esta persona, pero sí te digo que me ha hecho comprender la gravedad de lo que he hecho. —Vuelve a bajar la cabeza, abatido, y se agarra las manos en el regazo como en actitud suplicante.

Mi corazón está con él. La penumbra le da un aspecto hermoso, con su silueta recortada por la lámpara que tiene detrás, y deseo con todas mis fuerzas tocarle, acariciarle la cara con un dedo y susurrarle que le he perdonado.

Sin embargo, ¿le he perdonado?

Aún no. Hay cosas que necesito contarle antes de eso.

Alza la vista hacia mí y la luz convierte en carbón líquido sus ojos negros.

—Este tipo de relación está regido por ciertas reglas, Beth, como ya sabes. Y yo he sido muy arrogante. Cuando establecimos nuestras reglas básicas, te dije que podría leerte sin problemas y saber cuándo habías alcanzado tu límite. No te di la oportunidad de establecer tus límites, aunque sabía que no te gustaba la mazmorra. Ahora veo que estaba empeñado en llevarte allí, sin tenerte a ti en cuenta. Me... —titubea y hace una mueca—. Me han hecho entender que he reproducido las relaciones sin amor que he tenido en el pasado, en las que mis sumisas estaban en mi vida solo para proporcionarme placer sexual. Pero esto... nuestra relación... va mucho más allá. Sé que te has entregado a mí por amor, no por tu propio placer. Me angustia pensar que he usado esa cosa tan preciosa de forma tan egoísta.

—No has sido tan egoísta —le digo en tono amable—. Muchas, de hecho, la mayoría de las cosas que has hecho conmigo me han encantado. Lo he disfrutado mucho. Me has proporcionado un placer inmenso, de una clase que no sabía ni siquiera que existía. Pero hubo algo que estuvo muy mal.

Él asiente.

—Creo que sé de qué se trata. Pero sigue, dímelo tú.

Sé lo que voy a decirle. Llevo días ordenando los pensamientos en mi cabeza.

—Cuando te convertiste en Dominic, el amo, perdiste de vista al otro Dominic. No me besaste ni una vez, al menos no con algún atisbo de ternura, y apenas me tocaste. Eso podía sobrellevarlo mientras representábamos la escena, mientras yo era tu sumisa. Pero después, cuando me sentí tan rara... cuando me sentí tan cercana a ti pero demasiado vulnerable por todas las cosas que me habías hecho, y sobre todo cuando me pegaste y azotaste, necesitaba que me amaras y me protegieras. Necesitaba tus besos y tus brazos estrechándome y que me transmitieras la seguridad suficiente para convencerme de que no me había equivocado. —Se me llenan los ojos de lágrimas—. Y, sobre todo, necesitaba saber que no era para ti una esclava sin valor ninguno, sino tu chica preciosa.

—No sigas, Beth —me dice. Su voz es ronca, como si le resultara doloroso oír lo que tengo que decirle—. La he jodido, y sé lo que hice mal. Me resulta duro reconocerlo, porque nunca antes había perdido el control de una escena, jamás. Yo creía que eso era imposible para mí, que soy un gran experto en mis dominios. —Ríe con amargura—. Pero ha resultado no ser así. Y no sé cómo ha podido pasar. Solo se me

ocurre que no estoy acostumbrado a implicarme tanto emocionalmente con alguien. —Se pone en pie, se acerca al armario, abre la puerta y saca un objeto. Me lo trae y lo deja sobre mis rodillas—. Por eso quiero que uses esto.

Me quedo mirándolo. Es el látigo de nueve colas que empleó conmigo en la mazmorra, y solo verlo me produce náuseas.

—No, Dominic, no puedo...

—Por favor, Beth. Es lo que quiero. No podré perdonarme hasta que haya recibido una muestra de lo que tú has sufrido. —Me dirige una mirada intensa, suplicándome que lo haga.

Pero lo que yo quiero es arrojar ese maldito trasto lo más lejos posible.

—¿Por qué no podemos ser normales? —le grito—. ¿Por qué no conformarnos con una disculpa? ¿Por qué tiene que estar siempre *esto* de por medio?

—Porque es mi castigo —dice en tono bajo, como repitiendo algo que se hubiera aprendido de memoria—. Tengo que hacerlo.

Dicho esto, se quita la chaqueta y luego la camisa, quedándose desnudo de cintura para arriba.

Ay, mi hermoso Dominic. No quiero pegarte. Solo quiero quererte.

—No —le digo, casi susurrando.

Él se me acerca para arrodillarse a mis pies, con la cabeza gacha. Recorro con la mirada la bronceada superficie de su espalda, el suave pelo oscuro de su nuca, la curva de sus anchos hombros. Quiero sentirle, tocar su embriagadora mezcla de duro músculo y suave piel. Extiendo la mano y le acaricio el pelo negro. Él dice en tono suave:

—Quiero disculparme contigo, Beth, por esto tan horrendo e imperdonable que te he hecho. La parte más importante de nuestra relación es la confianza, y yo he abusado de ella. Lo siento muchísimo.

—Estás perdonado. No quiero castigarte.

—Beth, por favor... —Sus ojos negros se vuelven suplicantes hacia mí—. Lo necesito. Necesito sufrir como tú has sufrido. No hay otra forma.

Miro otra vez el látigo que hay en mi regazo. Por sí solo parece algo inofensivo, casi inocuo. Pero manejado con la fuerza del deseo humano, puede despellejarte viva.

—Por favor. —Dos palabras cargadas de una necesidad imperiosa.

¿Cómo puedo decirle que no?

Me pongo en pie con el látigo en la mano, sopesándolo. ¿Es este mi momento más sumiso de todos?, me pregunto. Mi precioso, dominante y controlador Dominic quiere que le administre el mismo castigo que él me infligió a mí. Me lo ha pedido y yo obedezco.

—Está bien, si es eso lo que quieres.

Su cara muestra alivio.

—Gracias —dice, en un tono casi de alegría—. Gracias.

Se levanta y se acerca al asiento de cuero blanco. Recuerdo el éxtasis que sentí allí, cuando Dominic me elevó a las cotas más altas del placer. Ahora él está tumbado encima, rodeándolo con los brazos y sujetándose al armazón. Toda su espalda está expuesta ante mí, desde la nuca hasta la cintura.

—Estoy listo —me dice.

Me acerco y me quedo de pie ante el asiento, sintiendo el pesado látigo en mi mano. La excesiva longitud del mango no me permite agarrarlo cómodamente, y me imagino que no es el tipo de instrumento que utilizaría una atenta dominatriz para una sesión de azotes.

Recuerdo que Dominic siempre me ha ido preparando con golpes delicados y materiales más suaves antes de utilizar herramientas más radicales.

¿Seré capaz de hacer esto?

Es lo que él quiere, me repito. Y, a pesar de todo, yo le quiero a él.

Levanto el látigo y lo descargo sobre la espalda de Dominic con un golpe circular. Apenas le roza y no

le produce ningún daño, pero la sensación es tan extraña que apenas puedo aplicar energía alguna. Lo intento una y otra vez, pero sigo sin conseguir que los latigazos surtan ningún efecto. Me temo que es porque no quiero.

—Prueba de otra manera —dice Dominic—. Echa el brazo hacia atrás y golpea en línea recta para que me azote la cola y después repite el proceso. No sigas el movimiento con todo el cuerpo entero; la fuerza está en el brazo y la muñeca.

Lecciones de mi amo, pienso con ironía, pero hago lo que me dice y descargo el primer golpe significativo sobre su espalda. Cuando lo siento reverberar en mi brazo, dejo escapar una exclamación.

—Así —dice Dominic con voz firme—. Sigue. Más fuerte.

Vuelvo a hacerlo por el mismo lado, echando atrás el brazo y después imprimiéndole fuerza. Empiezo a ver cómo se oscurece la piel en los puntos que han tocado las colas, y cambio el sentido de los azotes, barriendo el otro lado con ellos.

—Mucho mejor, Beth. Sigue así.

Voy encontrando mi propio ritmo conforme me acostumbro al peso del látigo y a la sensación de las colas azotando la espalda de Dominic. Ahora estoy atenta a los sonidos y al modo en que le imprimen una especie de ritmo a mis acciones. Empiezo a olvidar que los golpes de las colas en su espalda le causan dolor, aunque sé que es así.

Los latigazos se intensifican. La espalda de Dominic se enrojece, se hincha con cada latigazo. Me doy cuenta de que estoy empezando a sentir cómo es ese poder y cómo la necesidad de despellejar a una víctima bien dispuesta puede dominarte con una fuerza oscura y primitiva. Puede que haya una faceta brutal en mí después de todo.

Por eso tal vez la persona a la que más necesita dominar un amo es a sí mismo. Sus deseos deben regirse por lo que el sumiso es capaz de aguantar.

Ahora entiendo que ahí es donde Dominic se ha fallado a sí mismo. Y a mí.

Al pensar en esto, todo deseo de disfrutar del dolor que le estoy infligiendo se desvanece. La visión de la piel enrojecida, de los surcos rojos y blancos que aparecen allí donde le han azotado las colas, hace que brote una tremenda tristeza en mi interior.

Y aun así, sigo.

El instinto me ordena que cambie de posición, y me coloco casi a un lado de Dominic, echando atrás el brazo para después proyectarlo con fuerza como un tenista ejecutando un fuerte golpe de raqueta. Justo antes de que golpee el látigo, interrumpo la inercia para frenarlo y que sean las colas las que golpeen la piel con su fuerza.

Al sentir el primero de estos intensos golpes, Dominic grita. El sonido me desgarrar el corazón. Él grita una y otra vez cuando todas las colas del látigo se estrellan contra su piel. Me doy cuenta de que la piel de su espalda ha empezado a supurar un líquido transparente, y esa visión hace que se me llenen los ojos de lágrimas calientes. Se me van acumulando los sollozos en el pecho, y siento que escapan por la garganta acompañados con los latigazos que sigo descargando sobre su espalda. Esto está empezando a ser demasiado, pero aprieto los dientes y sigo adelante.

Ahora Dominic está conteniéndose. Tiene los ojos cerrados y advierto la tensión de su mandíbula mientras lucha por asimilar el dolor lacerante y no gritar. Sin embargo, sé que cada golpe le purifica, le proporciona la redención que necesita.

Pero no sé cuánto más podré resistirlo. Esto es inhumano, es una brutalidad.

—No pares —me ordena Dominic con los dientes apretados—. Sigue.

¿Que siga? Las lágrimas me ruedan por la cara mientras le obedezco, alzando el brazo y obligándolo a descargar otro golpe paralizante para dejar una marca en su espalda. Los surcos son ya imposibles de diferenciar en la masa roja e hinchada de su espalda. El líquido claro sigue brotando de su piel, pegajoso y brillante.

—No puedo —digo. Los sollozos están empezando a ahogarme—. No puedo.

Y entonces las veo. Unas gotitas rojas aflorando en la superficie de su torturada piel, surgiendo como volcanes en miniatura. Cubren toda su espalda y empiezan a crear regueros.

Sangre.

—¡No! —exclamo, a la vez que suelto el látigo, cuyas colas han perdido todo vigor. No puedo contener las lágrimas—. No, no puedo seguir. Mira tu pobre espalda, está sangrando.

Abrumada, me dejo caer de rodillas, el látigo se precipita al suelo, hundo la cabeza y empiezo a llorar. ¿Cómo hemos llegado a esto? Estoy azotando al hombre al que amo hasta hacerle sangrar.

Dominic se incorpora lentamente. Está rígido por el dolor, y cuando se vuelve para mirarme, sus ojos también están húmedos.

—No llores, Beth. ¿No lo ves? No quiero que sufras por mi culpa.

La paradoja suena tan dolorosa a mis oídos que lloro con más fuerza.

—Ya está, mi niña. Mi niña. —Se aparta del asiento y se acerca a mí para arrodillarse a mi lado y cogerme las manos—. No llores.

Pero su cara también refleja una tristeza absoluta y las lágrimas brillan en sus ojos. Ni siquiera puedo abrazarle con la espalda como se la he dejado. En vez de eso, sujeto su adorable cara entre las manos.

—¿Cómo hemos podido acabar así? —susurro y me pongo en pie despacio—. No puedo seguir con esto. Sé que necesitas expiar tu culpa o lo que sea esa mierda que estás sintiendo, pero no puedo seguir siendo tu instrumento para conseguirlo. Duele demasiado, Dominic. Lo siento.

Acto seguido, me dirijo hacia la puerta y le dejo allí. No quiero abandonarle así, pero sé que, si no me voy ahora, mi corazón va a explotar.

Capítulo 20

En el trabajo, James me trata con cariño. Se da cuenta de que estoy alterada y de que lo que me pasa es serio. Seguro que se arrepiente de haberme contratado, he sido un auténtico desastre desde que empecé.

Al final consigo centrarme en el trabajo: eso me ayuda, porque organizar la exposición me permite olvidarme de la horrible escena de anoche. Cada vez que me acuerdo, siento como un terror sordo. Me siento como si estuviera atrapada en una especie de pesadilla en la que el amor y el dolor están profundamente e inextricablemente entrelazados, y por primera vez creo sinceramente que no voy a poder soportarlo.

Pienso en Adam, tan tranquilo y predecible, esperándome en casa. Quizá él sea la respuesta a todo. Quizá el mundo de las grandes pasiones y del melodrama no sea lo mío.

Parece que no hay solución: tanto si sigo como si no, voy a sufrir igualmente.

Por la tarde, James me trae una taza de café y me dice:

—Tengo noticias de Salim.

Salim es su ayudante habitual, y, por lo que puedo deducir por sus archivos, es de lo más organizado y eficiente.

—La semana que viene le dan el alta —continúa diciendo, un poco avergonzado—. Y después volverá a trabajar aquí.

—Ya lo sabía —le contesto yo—. Tú nunca me lo has ocultado.

Con un suspiro, James se quita las gafas de montura dorada y añade:

—Lo sé. Pero me ha encantado trabajar contigo, Beth. Además, le has dado un poco de chispa a mi vida. Ojalá pudiéramos encontrar la manera de que siguieras con nosotros.

—No te preocupes —digo con una sonrisa—. De todas formas tengo que dejar el piso de Celia la semana que viene. Siempre he sabido que esto era algo temporal.

—Voy a echarte de menos, Beth —dice, cogiéndome la mano—. Espero que me consideres siempre un amigo.

—¡Pues claro que sí! No vas a librarte de mí tan fácilmente.

Me esfuerzo por parecer natural, pero por dentro siento una enorme espiral de inseguridad. ¿Qué voy a hacer ahora? Incluso aunque Laura quiera compartir piso conmigo en otoño, hasta entonces tendré que volver a casa. Sin trabajo y sin un sitio donde quedarme, ¿por qué iba a quedarme aquí? ¿Por Dominic?

Intento abstraerme de esa idea. Me resulta demasiado duro pensar en cualquiera de las dos alternativas: me resulta igual de duro estar con él que sin él.

—Si surge algo que te pueda venir bien, te llamaré —me dice James.

—Estupendo, James. Te lo agradezco.

—¿Cómo va todo con Dominic? —me pregunta con cautela—. ¿Alguna novedad?

Yo me quedo callada un instante, preguntándome hasta dónde puedo contarle.

—No creo que la cosa funcione —respondo—. Somos demasiado diferentes.

—Ya. Es como cuando una mujer se enamora de un gay. Te crees que puedes cambiarlo, pero en realidad no puedes. —Me acaricia el brazo para consolarme—. Lo siento, chica. Pero tranquila, estoy seguro de que encontrarás a otra persona.

No creo que pueda hablar, así que me limito a asentir. Luego agacho la cabeza y sigo con los cambios en la base de datos de clientes para ocultar mis lágrimas.

Al volver a casa, en Londres reina el ambiente típico del viernes a pesar de que el sol ha desaparecido completamente bajo unas espesas nubes grises. Aun así, el ambiente es cálido, casi bochornoso, y el aire está menos cargado de lo habitual.

Nada más subirme al ascensor, noto algo diferente, y cuando ya me dispongo a abrir la puerta del

apartamento estoy segura de que ha habido un cambio en el ambiente. Por primera vez De Havilland no viene corriendo a recibirme con el rabo en alto. Entonces veo dos maletones en el recibidor.

—Holaaaa —dice una voz, y un instante después una mujer mayor aparece junto a la puerta del salón. Es alta y elegante. Lleva un vestido cruzado de seda, su piel tiene un aspecto arrugado pero suave y luce una melena corta y gris. Es Celia.

Me quedo boquiabierta.

—Lo sé, lo sé —dice extendiendo los brazos hacia mí—, ¡tendría que haberte llamado! Y de verdad que iba a hacerlo, pero cuando quise hacerlo, el teléfono no funcionaba, y cuando al fin funcionó ya estaba demasiado liada con el pasaporte y los billetes de avión y con todo.

Aún no he terminado de digerir los cambios cuando me coge de las manos y me besa en las mejillas.

—¿Es que te entendí mal? —pregunto—. Pensaba que volvías la semana que viene.

—No, tienes razón, ¡pero es que no podía soportar ni un minuto más ese maldito retiro! Nunca me había sentido tan encerrada ni aburrida. Se me ha hecho eterno. No me puedo creer que haya aguantado tanto. Y eso por no hablar de la comida... —añade con gesto desesperado—. No te niego que soy un poco delicadita, ¡pero no creo que haya ningún imperativo moral para que las comidas sepan a rayos! De hecho, suelo estar de mucho mejor humor cuando puedo comer cosas deliciosas tres veces al día. No te enfades conmigo por volver tan pronto.

—Claro que no —respondo, pero en el fondo estoy molesta. Muy molesta.

—No hace falta que te vayas, puedes quedarte, lo único que te pido es que me devuelvas mi cama. Me temo que las ancianitas de setenta y dos años necesitamos nuestros colchones de lujo y nuestras almohadas especiales. Pero tengo entendido que mi sofá es bastante más cómodo que muchas camas de hotel. Así que te lo presto —dice con una sonrisa. La verdad es que tiene una piel alucinante. Parece suave como el culito de un bebé.

—De acuerdo, si no es molestia... —digo, indecisa. En realidad no tengo ningún otro sitio al que ir, y aún me queda una semana más de trabajo con James. Quizá la semana que viene pueda buscar otra cosa, aunque ahora mismo no puedo pensar en eso.

—En absoluto. El piso está estupendo, y a De Havilland se le ve radiante. Está claro que has cuidado muy bien de mi pequeñín. Por cierto, ¿tienes algún plan para esta noche o me dejas invitarte a cenar?

No tengo planes, salvo intentar vislumbrar a Dominic en el apartamento de enfrente. Pero supongo que eso tendrá que esperar.

—Será un placer cenar contigo, Celia, gracias —digo animada.

—Estupendo. Iremos a Monty's. Tienen una carta fabulosa, y creo que me lo he ganado después de todo lo que he sufrido.

Tanto el Monty's como la cena a la que me invita Celia son una maravilla, pero no puedo evitar desear estar sola en su silencioso apartamento para ver si Dominic está en casa. Celia es una mujer muy interesante y divertida y me pregunta por mi estancia en Londres y por mi trabajo en la galería, pero yo siento que tendría que estar en otro sitio. Al llegar a casa ya es tarde, y cuando consigo por fin mirar por la ventana del salón, el apartamento de enfrente ya está a oscuras.

Celia me prepara el sofá con unas sábanas, unas mantas y una almohada. Yo me acurruco en él, pero durante un buen rato no consigo conciliar el sueño. Lo único que hago es mirar por la ventana y preguntarme qué estará haciendo él.

El sábado por la mañana me doy cuenta de que a Celia le apetece quedarse en casa haciendo cosas, así que me voy temprano, dispuesta a pasar un largo día sola. Me siento casi como al principio de todo, paseando por Londres entre los demás turistas, haciendo cola en el Museo Británico y en el Victoria and Albert Museum. Compruebo el móvil cada media hora, con la esperanza de que Dominic se ponga en contacto conmigo, pero no parece muy probable. Cuando nos separamos, le dije que ya no podía seguir haciendo lo que él quería. Seguramente habrá decidido que soy una causa perdida, y ahora que ha

recibido su extraña forma de castigo, ya no me necesita.

Aun así, no puedo evitar desear, contra toda esperanza, que luche por mí, que intente cambiar incluso. Pero las horas pasan y sigo sin recibir ningún mensaje suyo.

Llego a casa acalorada y cansada hacia el final de la tarde. Celia me está esperando, tranquila y relajada después de haber deshecho el equipaje.

—Creo que necesitas un té —me dice, y prepara una tetera de Earl Grey que acompaña con unas deliciosas galletitas de albaricoque. Mientras nos tomamos el té, ella me va contando cosas, y de repente dice:

—Ah, por cierto, ahora que me acuerdo... Ayer, cuando llegué, había una carta para ti en la alfombra de la entrada. La dejé en la mesa y pensé en decírtelo luego, pero se me olvidó. La he vuelto a ver esta mañana, pero ya te habías ido.

Dejo la taza y salgo corriendo hacia la entrada. Allí encuentro el habitual sobre de color crema dirigido a mí, con la letra de Dominic, y lo abro con las manos temblorosas. Dentro hay una tarjeta escrita a mano.

Querida Beth: Nunca dejaré de admirar tu valor y coraje. Lo que te pedí anoche era demasiado para ti. Sé que te he llevado hasta el límite y entiendo perfectamente que has llegado a tu máximo absoluto. Si uno de los dos debía renunciar a sus necesidades, ese era yo, Beth, no tú. He sido muy egoísta, pero he descubierto que eso no va a darme lo que necesito más que nada: a ti. Sé que he perdido mi oportunidad. Te quedaste conmigo más tiempo del que habría aguantado ninguna otra mujer. Sé que es más de lo que puedo pedir después de todo lo que ha pasado, pero, si quieres hablar, esta noche estaré en mi apartamento. Si no tengo noticias tuyas, entenderé que no quieres seguir en contacto conmigo y respetaré tu decisión. Espero que Adam y tú seáis muy felices juntos. Con todo mi amor, D.P. S. El boudoir está a tu disposición. Puedes usarlo todo el tiempo que necesites. Me quedo horrorizada. Anoche se quedó esperándome.

Mientras yo estaba cenando con Celia, él estaba allí, en su apartamento, preguntándose si yo aparecería.

Y por su nota, parece como si quisiera cambiar, como si estuviera dispuesto a hacer las cosas de otra manera.

Socorro. ¿Será demasiado tarde?

Vuelvo corriendo al cuarto de estar y miro hacia el apartamento de enfrente. Las cortinas de gasa están echadas, pero veo una silueta moviéndose en el interior.

Está ahí. Todavía estoy a tiempo.

Me vuelvo hacia Celia, que me mira ligeramente sorprendida desde el sofá.

—Tengo que irme. No sé cuándo volveré.

—Haz lo que tengas que hacer, querida —dice ella, acariciando a De Havilland, acurrucado sobre su rodilla—. Te veo luego.

Estoy tan acelerada que ni siquiera me despido de ella.

Capítulo 21

Tardo unos cuantos frenéticos minutos en llegar al edificio de enfrente, pero por fin empiezo a recorrer el pasillo que me lleva al apartamento de Dominic. Llamo con fuerza a la puerta.

—¡Dominic! ¿Estás ahí? ¡Soy Beth!

Hay una espera angustiada y luego oigo el sonido de unos pasos que se acercan. La puerta se abre y aparece la silueta alta y delgada de Vanessa, con sus altos pómulos.

¿Qué hace aquí?

—Ah, Beth —me dice con frialdad—. Vaya, vaya.

—¿Dónde está Dominic? —le pregunto jadeante—. Tengo que verle.

—Un poco tarde ya para eso, ¿no?

Se da media vuelta y entra de nuevo. La sigo con la respiración entrecortada.

Se gira otra vez y me mira con dureza.

—¿Es que no has provocado ya bastantes problemas? —me pregunta sin abandonar el tono de frialdad—. Lo has dejado todo patas arriba. Todo iba muy bien hasta que tú llegaste.

—Que yo... No... no lo entiendo. ¿Qué he hecho?

Vanessa entra en el salón y yo la sigo. Es una sensación horrible estar aquí sin Dominic. El lugar carece de toda vida sin él.

—Bueno, lo que está claro es que has provocado un problema serio. —Me mira fijamente—. Dominic no está. Se ha ido.

—¿Que se ha ido? —Noto cómo me pongo pálida y tengo la sensación de que me voy a desmayar—. ¿Dónde ha ido?

—La verdad es que no es asunto tuyo, pero, ya que quieres saberlo, te diré que va camino de Rusia. Su jefe le necesita allí y pasará algún tiempo fuera.

—¿Cuánto tiempo?

Vanessa se encoge de hombros.

—Semanas. Meses. No lo sé. Cuando su jefe le dice que vaya, él va. Puede que después de Rusia le mande a Nueva York o a Los Ángeles, a Belice o al Círculo Polar Ártico. ¿Quién sabe?

—Pero... vive *aquí*.

—Vive allá donde sea necesario. Y si necesita estar en otro lado, hay un montón de asuntos que le pueden mantener ocupado. —Camina por la habitación mientras habla y recoge diversos objetos que va metiendo en una bolsa de lona—. Así que me temo que vuestro romance veraniego se ha acabado.

La miro sin comprender nada todavía. ¿Cuánto sabe de lo que ha ocurrido? Sé que ella y Dominic son muy amigos, pero, ¿son tan íntimos como para que le haya contado todo sobre nuestra relación?

Vanessa se detiene y se vuelve hacia mí. La expresión de su rostro es inescrutable, y se apoya una mano en la cadera.

—Creo que eres una estúpida, por si quieres saberlo. Estaba dispuesto a hacer por ti más de lo que jamás ha hecho por nadie. Estaba dispuesto a intentar cambiar. Y tú lo echaste todo a perder.

—Pero se trata de un error —le digo todavía jadeante, pero capaz por fin de hablar otra vez—. Cree que salgo con Adam, pero no es así. Tendría que haberme reunido con Dominic anoche, pero no he visto la nota hasta ahora mismo.

Vanessa se encoge de hombros, como si todos estos detalles fueran demasiado aburridos.

—Sea cual sea el motivo, has perdido la oportunidad. —Me sonrío de un modo lúgubre—. Ese pajarito ha volado para siempre y de una vez por todas. La mayoría de las mujeres habrían hecho lo que fuera necesario para retener a Dominic, sin importar sus pequeñas manías. No creo que tengas otra

oportunidad.

Sus palabras me atraviesan de un modo doloroso. ¿De verdad he sido tan estúpida?

De repente se inclina hacia mí y su expresión casi parece amable. Se le ablanda la mirada antes de hablarme.

—Vete a casa y olvídale. De verdad, es lo mejor. No iba a funcionar, eso está claro. Ya te has divertido. Ahora vuelve al lugar al que perteneces.

La miro fijamente y, de repente, pierdo todas las ganas de luchar. *Seguramente tiene razón. Conoce a Dominic mejor que nadie.* Si estuviéramos destinados a ser pareja, no se habría complicado todo tanto. El modo en el que se extravió la nota... Debe de ser cosa del destino. ¿Qué sentido tiene luchar ahora que se ha ido?

—Muy bien —digo en voz baja—. Lo entiendo. Por favor, ¿le dirás... le dirás que ojalá todo hubiera acabado de un modo distinto entre nosotros? Y que jamás me arrepentiré de haberlo conocido. Lo que compartimos significa mucho para mí.

—Por supuesto. —Me sonrío como si se alegrara de que la conversación se acabe—. Adiós, Beth.

—Adiós.

Me doy la vuelta y salgo del apartamento de Dominic, sospecho que por última vez.

Celia está escuchando a Händel y bebiendo una copa de vino blanco mientras lee un libro cuando entro en casa. En cuanto me ve la cara, sirve otra copa de vino y me la pasa.

—Pobre Beth —me dice con voz llena de comprensión—. La vida puede ser un asco, ¿verdad? Supongo que se trata de un asunto amoroso.

Hago un gesto de asentimiento, todavía aturdida, aunque empiezo a aceptar que Dominic se ha ido.

—No tienes que contarme nada, querida, pero, si quieres hacerlo, aquí me tienes.

Me siento y tomo un trago de vino. El frío sabor ácido hace que me recupere un poco.

—Creí... que iba a tener una relación con alguien, pero no ha funcionado. Se ha ido.

Celia niega con la cabeza.

—Cariño... ¿Y todo ha sido por culpa de un malentendido?

Hago otro gesto de asentimiento y se me llenan los ojos de lágrimas. Hago todo lo que puedo por contener lo que siento. No quiero perder la compostura. No sé si lograría recuperarla.

—Eso creo. Ya ni siquiera estoy segura. Creí que era demasiado doloroso estar con él, pero ahora me doy cuenta de que no sé cómo voy a vivir sin tenerlo.

—Ay, cariño —Celia suspira—. Sí, es lo que parece.

—¿Qué parece?

—Pues parece que es amor, querida. Mucha gente prefiere mantenerse alejada del amor. Escogen algo más fácil, menos absorbente, menos peligroso. Porque, como ya dijo Shakespeare, los placeres violentos terminan en la violencia. Las grandes pasiones conllevan dolor. Pero vivir sin amor... ¿merece la pena?

—Me mira con ojos brillantes—. Yo no lo tengo claro. No todos tenemos la oportunidad de sentir esa pasión sublime por otra persona, o la agonía que lo acompaña. Yo tuve la suerte de sentirlo más de una vez, y por eso ahora vivo felizmente sola. Después de probar esa maravillosa copa, prefiero atesorar ese recuerdo que conformarme con algo inferior.

La miro fijamente mientras me imagino a la joven Celia entregada a la pasión con su amante, viviendo, como he hecho yo últimamente, en el filo de la navaja entre el placer y la desesperación.

—Todo eso ocurrió hace mucho tiempo ya —me dice con una sonrisa centelleante—. Y supongo que será difícil creer que una anciana como yo haya sentido jamás lo mismo que tú.

—No, por supuesto que no —me apresuro a responderle.

—Quiero darte un pequeño consejo. —Se inclina hacia mí—. No te conformes con una vida tranquila. La juventud se esfuma con mayor rapidez de la que te esperas. Aprovecha tu fuerza, tu vigor y toda la vida que todavía tienes en tu interior para atrapar, disfrutar y sentir todo lo que se te presente. Incluso el

dolor te recuerda que estás viva, y sin ese dolor no sabríamos lo que es el placer. No te olvides de que todos los privilegiados acabarán convertidos en polvo, exactamente igual que un deshollinador cualquiera. Y vamos a pasar mucho tiempo muertos.

Sus palabras despiertan algo en mi interior.

Tiene razón. Lo sé.

La idea de que alguna vez haya querido dejar atrás a Dominic, con todo lo que me ha dado y lo que me ha hecho sentir, es algo absurda. Fue demasiado lejos, pero tengo la certeza absoluta de que jamás permitirá que pase de nuevo. Estaba dispuesto a escucharme y a aceptar un compromiso.

No hay placer sin dolor. No hay pasión sin sufrimiento. Prefiero sentirme viva a sentirme segura.

Dominic, ¿dónde demonios estás?

Más tarde, acurrucada en el sofá mientras intento dormir, recuerdo lo que Dominic me ha escrito sobre el *boudoir*. La llave está en el bolsillo de la gabardina de Celia. Entro en el salón y la saco. La sostengo en la mano, lisa y fría.

Al parecer, ahora puede ser mío mientras yo quiera.

Se trata de un regalo extraordinario que no debería aceptar. Pero me doy cuenta de que supone la solución a mi problema de alojamiento. Puedo ir allí cuando quiera. Ahora mismo, si quisiera.

El problema es que todo es demasiado reciente. Ahora no puedo ir, no sabiendo que es el último lugar donde vi a Dominic y que recordaré todo lo que hicimos. ¿Estará todo allí todavía? La ropa interior, los juguetes, el asiento. No sé si seré capaz de mirarlos siquiera. Guardo la llave en un lugar seguro. Ya decidiré más tarde qué hacer.

Al día siguiente una tormenta descarga su fuerza sobre Londres y la lluvia cae como una tromba acompañada por unos truenos ensordecedores y el chisporroteo y centelleo de los relámpagos. La presión atmosférica ha aumentado sin cesar a lo largo de los últimos días y ahora está descargando de un modo torrencial.

Me quedo en casa, viendo caer la lluvia y sin dejar de pensar en el *boudoir*. Tendría que contárselo a Celia, pero ella se preguntará cómo he conseguido acceso a un apartamento en su edificio. Luego probablemente se lo contará a mis padres y eso suscitará más preguntas incómodas, pero tampoco quiero mentirle.

Cuando suena el teléfono, me abalanzo para descolgarlo con la esperanza de que sea Dominic, pero se trata de James.

—Hola, cariño. Perdona que te moleste en fin de semana, pero ha surgido algo y me parece que deberías saberlo. ¿Podemos vernos?

—Claro. ¿Todo va bien?

—Todo va bien, pero me gustaría verte, si no tienes inconveniente. Quedamos en la Pâtisserie Valerie de Picadilly dentro de una hora.

Salgo protegida por un paraguas y chapoteo al cruzar las calles brillantes por el agua de camino a Picadilly. Solo tardo unos minutos en llegar, y disfruto del evidente ambiente de domingo. Las calles siguen llenas de gente, pero se nota una menor intensidad con respecto a la locura habitual de un día laborable.

James ya me está esperando cuando llego. Tiene la nariz enterrada en un periódico y un expreso humeante delante de él. Levanta la vista cuando llego y me sonrío.

—Bien, has podido venir. Espléndido. Deja que te pida un café.

Empieza a contarme cuando tengo entre mis manos un *caffè latte* y una napolitana de chocolate para acompañarlo.

—Sé que te sonará extraño, pero es que tenía que verte para contártelo. Esta mañana he tenido un desayuno de trabajo con un cliente especialmente interesante. Se llama Mark Palliser y resulta que es el marchante personal de arte de un individuo muy rico. Mark quería hablar de unas cuantas cosas conmigo,

y como se trata de un hombre muy ocupado que de vez en cuando se gasta mucho dinero en mi galería, acepté de inmediato reunirme con él.

Mojo la napolitana en el café y le doy un mordisco. Dejo que el hojaldre se deshaga sobre mi lengua. Todavía no tengo claro qué tiene todo esto que ver conmigo.

—Tomamos un desayuno delicioso en el comedor de su casa de Belgravia. Como te puedes imaginar, Mark tiene un gusto exquisito. A propósito, está buscando un ayudante y le he hablado de ti. Sería alguien excelente para quien trabajar. Aprenderías mucho.

—¿De verdad? Eso está muy bien. Un trabajo interesante siempre es una buena noticia. ¿Pero me has llamado por eso? ¿No podía esperar al lunes?

James sigue hablando.

—Estábamos tratando ciertos asuntos cuando llegó otra visita, y Mark me pidió que esperara unos minutos en la salita de estar, que está conectada con el comedor mediante un arco precioso, así que pude ver quién era el recién llegado y oí todo lo que decían. —Me mira fijamente—. Era Dominic.

Se me escapa una exclamación.

—¿Dominic? No puede ser. Se ha ido. Se ha marchado a Rusia.

—Todavía no —me contradice James—. Creo que se marcha esta noche. Lo llevan en un avión privado. Por lo que él y Mark hablaron, va a pasar cierto tiempo allí.

El corazón me late con fuerza y se me acelera la respiración.

—Creí que ya se había marchado. Fue lo que me dijo Vanessa.

—No sabía si te habías enterado. Me dio la impresión, por lo lúgubre que le vi, de que tú no lo sabrías. —James me sonríe—. Beth, me lo he pensado mucho antes de contártelo. Sabes que tengo mis dudas sobre si Dominic es capaz de cumplir o no las reglas del BDSM. Pero yo no debería decidir lo que tú debes o no debes saber. Le amas, eso está más que claro, así que tenía que contarte lo que había descubierto y darte la oportunidad de elegir qué hacer. Pero quiero que te lo pienses bien. ¿Me entiendes?

—Por supuesto que te entiendo, y te agradezco que me lo hayas dicho. Aprecio mucho que te preocupes tanto por mí. ¿No te vio?

James niega con la cabeza.

—No lo creo. Me parece que no se dio cuenta de que había alguien en la habitación de al lado, y además, había un enorme jarrón chino colocado de un modo muy conveniente a la altura de su vista. Al menos, yo hice todo lo que pude para que lo estuviera.

Inspiro profundamente con los ojos muy abiertos.

—Pero, James, ¿qué puedo hacer?

—¿Quieres verle otra vez antes de que se vaya?

Asiento con los ojos llenos de lágrimas. La idea de poder ver a Dominic, decirle lo que siento y que cometí un error al marcharme la noche anterior me acelera el corazón y hace que la adrenalina viaje por todo mi cuerpo. James se me acerca un poco.

—No sé si te servirá, pero dijo que volvería a su apartamento a las tres de esta tarde. Allí le recogerá su chófer para llevarlo al aeropuerto.

La emoción me estalla en el pecho.

—¡Gracias, James! ¡Muchas, muchas gracias!

—De nada. Quería verte la cara cuando te lo contara. Vete ya, a ver si tú eres capaz de hacer que ande ese burro testarudo.

Capítulo 22

Vuelvo corriendo a Randolph Gardens. Entro un momento en una papelería para comprar un sobre y papel de carta. No tengo mucho tiempo para poner en marcha mi plan.

La lluvia ya no me parece tan desoladora y deprimente como antes. Por el contrario, cruzo los charcos chapoteando llena de felicidad y no me preocupa empaparme porque ni me he molestado en abrir el paraguas. No me importa lo que ocurra: tengo la oportunidad de ver otra vez a Dominic, de pasar unos momentos con él, de contarle lo que necesito desesperadamente que escuche.

Llamo a la puerta del apartamento de Dominic, pero nadie me responde. Me siento aliviada. Vanessa debe de haberse marchado ya.

Me pregunto por qué creyó que debía mentirme y por qué quiere que deje en paz a Dominic, pero no tengo tiempo de pararme a pensar en eso ahora. En vez de eso, subo corriendo al *boudoir*. Me siento extraña al entrar sabiendo que no habrá nadie dentro. Enciendo la luz. La entrada tiene el mismo aspecto que antes, vacía y desnuda. Me dirijo al dormitorio y también enciendo la luz. La habitación ha cambiado. Ya no está el asiento de cuero y el armarito está cerrado con llave. En el armario ya no están los conjuntos de *bondage*, pero el picardías y la lencería de encaje siguen allí. Ha retirado cualquier objeto que pudiera revelar las actividades inusuales que llevábamos a cabo allí, pero ha dejado las cosas que supone que todavía me gustan.

Hummm... Todavía se pueden hacer unas cuantas cosas... Después de todo, los conjuntos exquisitos de bondage hechos a medida no son la única opción...

Antes de hacer nada más, le escribo una nota a Dominic. Solo dice:

Ven enseguida al boudoir. Es urgente. B. Eso debería ser suficiente, o eso creo. Bajo y la deslizo por debajo de la puerta y luego vuelvo al *boudoir* para empezar a prepararme.

A las tres soy ya un manojo de nervios. Camino arriba y abajo por el *boudoir*. He tenido un rato para echar un buen vistazo y es un apartamento con pocos muebles pero perfectamente habitable, más pequeño que el resto de los apartamentos de los pisos inferiores pero lo bastante grande para mí. ¿De verdad puedo hacer lo que quiera con él?

Tengo que acordarme de preguntárselo a Dominic, pero estoy demasiado nerviosa por la impaciencia como para concentrarme en nada. Llevo puesto un conjunto de ropa interior de encaje negro que había en el armario, el par de zapatos de tacón de la segunda noche que pasé aquí y la gabardina, que tomé prestada para la cita con James. Me he arreglado el pelo y he hecho todo lo posible por resaltar mis rasgos teniendo en cuenta que solo dispongo de un brillo de labios y la pequeña bolsa de maquillaje que llevo en el bolso.

A pesar de todo, me miro en el espejo del baño y creo que estoy bien. Los ojos me brillan por la emoción y tengo las mejillas un poco sonrosadas: colorete natural. Me quedo mirando el reflejo.

—Buena suerte —me digo.

A las tres y diez oigo que llaman con fuerza a la puerta. Me sobresalto y doy un respingo. Ha venido. Está aquí. Es mi última oportunidad. Pase lo que pase, debo hacerlo bien.

Respiro profundamente, me esfuerzo por contener los nervios que siento en el estómago y me dirijo a la puerta. La abro y allí está Dominic, maravillosamente atractivo con un bonito traje negro, el pelo oscuro despeinado y la mirada nerviosa.

—Beth, ¿estás bien? He visto tu nota.

Noto la preocupación en su voz.

—Entra —le ordeno con voz tranquila pero firme.

Lo hace frunciendo el ceño.

—¿De qué va esto? Dime que estás bien...

Cierro la puerta y apoyo la espalda contra ella en la oscuridad.

—No, no estoy bien —le contesto en voz baja.

—¿Qué? ¿Qué te pasa?

Cuando hablo de nuevo, mi voz es dura.

—Estoy muy, muy enfadada contigo.

—¿Qué? —Noto su desconcierto—. Pero Beth...

—Cállate —le replico—. No digas ni una palabra más. Estoy furiosa contigo porque pensabas irte sin decirme nada. Te van a recoger dentro de poco y te llevarán al aeropuerto para viajar en un avión privado hasta Rusia.

—¿Cómo demonios sabes eso?

Ahora está sorprendido. Cada frase que digo le desconcierta más.

—No hagas preguntas. El problema es que ibas a huir sin pedirme permiso, y eso me ha puesto furiosa. Y mucho. —Me inclino hacia él y veo que empieza a darse cuenta de la situación—. Y ahora voy a asegurarme de que recuerdes que jamás, jamás, debes hacerlo otra vez. ¿Entendido?

Me mira fijamente durante unos momentos y luego me responde en voz baja.

—Sí, lo entiendo.

—Bien. Sígueme.

Entro delante de él en el dormitorio, donde he bajado las persianas y encendido las lámparas con luz tenue. Me doy la vuelta y me quito la gabardina para dejar a la vista la ropa interior. Inspira bruscamente y recorre con la mirada mis pechos cubiertos de seda negra y luego baja por el vientre hasta llegar a las bragas de encaje.

—¿Te gusta, Dominic?

Asiente con lentitud sin dejar de mirarme fijamente a los ojos.

—Excelente. Ahora, quítate la ropa...

—Beth...

—Ya me has oído. Hazlo.

Me mira como si estuviera a punto de protestar, pero se queda callado y tras unos instantes me obedece. Se quita la chaqueta, los pantalones y todo lo demás hasta quedarse solo con los calzoncillos. Veo que su pene ya está empujando el algodón de la ropa interior a medida que aumenta su erección.

—Ay, vaya. ¿No te he dicho que te quites la ropa? ¿Es que los calzoncillos no forman parte de tu ropa?

Asiente de nuevo.

—Pues quítatelos. Ya.

Los baja por las piernas y se los quita. Y veo ante mí su magnífico cuerpo: el pecho ancho, el vientre liso y las piernas largas y musculosas. Su erección ya es grande y dura, y su mirada cargada de deseo me sigue recorriendo todo el cuerpo.

—Ahora vas a comprender lo que significa que tu señora esté furiosa contigo. A la cama.

Se da la vuelta y casi se me escapa una exclamación de sorpresa. Su espalda está cubierta de una maraña de surcos rojos que acaban de empezar a curarse. Me entran ganas de echar a correr hacia él, besarle las heridas que le he infligido yo y darle alguna loción calmante para aliviarle el dolor y hacer que se sienta mejor, pero no es lo que tengo pensado, al menos no en este momento. Quiero demostrarle que puedo infligir otro tipo de tormento.

—Tumbate boca arriba —le ordeno, aunque espero que me avise si le resulta demasiado doloroso.

Pero no me dice nada y no demuestra dolor cuando se tumba. Me acerco a la cama con el cinturón de seda del picardías. Le ato las muñecas y luego anudo el extremo del cinturón a las barras del cabecero de la cama.

Me mira fijamente y esa mirada se vuelve más intensa cuando se nota indefenso.

Me tumbo a su lado en la cama y le acaricio con suavidad. Le paso los dedos por el pecho, le rodeo los pezones y bajo hasta el vientre. Me llega su olor, ese leve aroma almizclado con un toque cítrico. Oh, es perfecto. Hace que de todo mi cuerpo se apodere un deseo líquido, ardiente y delicioso.

—Quiero castigarte con mi propia clase de tortura —le susurro—. Así te lo pensarás dos veces antes de dejarme otra vez.

Luego me dedico por completo a su cuerpo. Le beso cada centímetro bajando poco a poco hasta los pies, donde le chupo y le mordisqueo los dedos. Luego subo de nuevo dejando atrás su erección sin prestarle la más mínima atención mientras le acaricio el resto del cuerpo, estimulándole con suavidad en las zonas más sensibles, lamiéndole y tirando de los pezones, y su respiración se vuelve irregular. Cuando creo que ya es hora de un poco más, me siento a horcajadas sobre su vientre, me quito el sujetador y lo dejo caer. Luego me agacho para que los pechos queden a la altura de su boca. Está ansioso por hacerse con ellos. Tira de los pezones y los chupa con fuerza al tiempo que los mordisquee hasta que los deja duros y sonrosados. Después dedico unos cuantos minutos a besarle lentamente el cuello y la mandíbula, a morderle los lóbulos de las orejas y le atormento con mi boca hasta que está desesperado por besarme, algo que finalmente le permito para que pueda saciar su necesidad de mí.

Ya he ignorado su maravillosa erección durante demasiado tiempo. Estoy impaciente por infligirle mi propia clase de tortura, y lo voy a hacer con los dedos, la lengua y los labios. Me está esperando y se estremece cuando acerco la boca, demostrando una impaciencia deliciosa que hace que se le ponga aún más dura. Recorro con la lengua esa polla dura como el hierro al mismo tiempo que jugueteo con el vello que tiene en la base, antes de bajar los dedos hasta los testículos, una zona que sé que es muy sensible y donde mi contacto hace que se endurezca, gima y suspire. Paseo la lengua por casi toda la superficie, pero dejo que la punta sufra esperando agónicamente el contacto húmedo de mi boca. Cuando ya no puedo esperar más para disfrutar de la sensación de envolverle esa suavidad tibia con la lengua, me la meto en la boca y le masajeo el resto con la mano. Ahora empieza a tener ganas de más, a querer más presión, más intensidad de la gloriosa sensación que le estoy proporcionando.

Todo esto también me está afectando a mí, que necesito desesperadamente un poco de atención. Mi cuerpo, húmedo y excitado, también necesita adoración.

Me quito las bragas y me tumbo sobre su cuerpo, apretándome contra su pecho. Noto su polla dura contra mi vientre. Gime contra mi pelo.

—Beth, eres tan hermosa. Me encanta verte así, tan seductora, tan preciosa...

—Quiero que me hagas el amor —le interrumpo—. Hemos follado mucho, han sido unos polvos maravillosos. Ahora quiero amor. Voy a desatarte y quiero que me demuestres lo hermosa que soy y lo que te hace sentir mi cuerpo.

Alargo una mano y tiro del nudo del cordón de seda. Se deshace y Dominic queda libre. Me coge el culo y gime de placer cuando nota las nalgas en las palmas. Las acaricia y las aprieta.

—Esto es maravilloso... Nunca me canso de tu precioso culo.

—Haz lo que te digo —le susurro—. Ya sabes lo que quiero.

—Tus deseos son órdenes —me contesta con una mirada ardiente al tiempo que se pone de costado—. Ábrete para mí, Beth.

Abro las piernas para que vea lo que le espera. Inclina de inmediato la cabeza para besarme los labios hinchados y lamirme esa humedad resbaladiza. Pasa la lengua por el bultito sensible del clítoris y la deliciosa sensación me hace suspirar.

—Sabes a miel... —murmura—. Es dulce...

Se aparta justo cuando quería que no parara de chupar y lamer. Cambia de postura y tira de mí para ponerme debajo de él. Es fuerte y decidido, y utiliza su peso para abrirme más las piernas y colocarse en su posición.

—¿Tú me quieres? —me pregunta entre dos besos ardientes.

—Sí —le respondo con voz anhelante.

—Abrázame.

No quería tocarle la espalda, pero le obedezco. Siento la aspereza de sus heridas bajo la yema de los dedos.

—Estás haciendo que me sienta mejor —me susurra. Luego coloca el extremo de su erección junto a mi dulce entrada y comienza a empujar—. Tu dulce amor hace que me sienta mejor.

No puedo contestarle porque estoy completamente concentrada en la maravillosa sensación que me proporciona su polla entrando lentamente en mí hasta hacerme sentir plena. Subo las caderas para unirme más a él y dejar que entre en mí más profundamente. Durante unos largos minutos nos entregamos al ritmo de sus caderas, que chocan contra las mías, a los momentos en los que arqueo la espalda y su polla se hunde en mi interior y a sus besos profundos.

Luego, sin decir nada, el ritmo se acelera, las embestidas se vuelven más largas e intensas y el deseo de llegar al clímax empieza a poseernos. Le rodeo con las piernas para que pueda adentrarse todavía más en mi interior y además así se aprieta contra mí de una forma que sé que me llevará al mejor orgasmo que existe, ese que te estremecerá por dentro y por fuera.

No pretendemos llegar al clímax al mismo tiempo, pero notamos la excitación que aumenta en nuestro interior, y eso hace que el placer se incremente también. Dominic jadea con fuerza y aprieta la mandíbula de un modo que delata que su orgasmo no está muy lejos.

—Dominic... —le digo con un gemido—. Por favor, no pares, no pares de hacerlo así...

—Quiero que te corras, mi chica preciosa.

Es lo único que necesito. Me tenso a su alrededor y echo atrás la cabeza al tiempo que abro la boca en un grito de éxtasis. Sé que también él se está corriendo y derramando el producto caliente de su orgasmo en mi interior. Me retuerzo y me estremezco en una oleada tras otra, hasta que finalmente todo se detiene y me quedo aturdida y sin aliento. Dominic se queda tumbado sobre mi pecho, también jadeante tras el tremendo clímax.

Cuando ambos nos hemos recuperado un poco, me habla.

—Dios, Beth, ha sido increíble. —Se echa a reír y me cubre la cara y el cuello de besos. Por primera vez desde hace mucho tiempo, parece verdaderamente feliz—. Gracias.

—Gracias a ti.

Le miro y sé que me brillan los ojos.

Se echa a reír otra vez.

—Ha sido un placer totalmente inesperado. No sabía que tenía un ama tan decidida esperándome aquí arriba.

—No tienes que irte ahora mismo, ¿verdad? —le digo mientras me acurruco contra él y disfruto de su delicioso cuerpo—. ¿Tu chófer ya te está esperando?

Dominic mira el reloj y suelta un suspiro.

—Sí, probablemente. No quiero irme. Quiero quedarme aquí contigo.

Me recorre una maravillosa sensación de calidez. Esto es lo que quería de él: amor que aliviara mi sufrimiento.

—Pero no puedo. Lo siento, cariño. Tengo que marcharme ya.

Se me encoge el corazón.

—¿De verdad tienes que irte?

—Sí. Y no sé cuándo volveré.

—¿Y eso qué significa para nosotros?

Dominic me mira fijamente durante un momento.

—Deduzco que no has vuelto con Adam.

—¡No, no! —Niego con vehemencia—. Nunca volvimos. Vino a verme y le dije que lo nuestro se había

acabado. ¡De verdad!

Fija la mirada en el techo y al cabo de un momento me responde.

—Mira, Beth, todo esto me resulta difícil de asimilar —me dice con lentitud—. Hace una hora creía que todo se había acabado entre nosotros e intentaba aceptar ese hecho y cuanto había ocurrido. Sé que a ti te ha dolido, pero a mí también —Se gira de nuevo hacia mí y me mira—. Para serte sincero, todavía me duele. Lo que ocurrió entre nosotros, lo que hice... Bueno, me ha dejado muy preocupado.

Alargo una mano y le acaricio el pelo.

—Pero ahora... todo está bien, ¿verdad? Ahora sabes que te quiero.

Me aprieta la mano y se ríe de un modo tierno, casi melancólico.

—Beth, ojalá fuera todo tan fácil. Verás, me siento aterrorizado por lo que te hice. No tenía ni idea de que era capaz de hacer algo así, de perder el control como lo hice. Tengo que descubrir por qué me pasó antes de entregarme otra vez a ti. ¿Lo entiendes? —Se me acerca y veo que sus ojos tienen un color chocolate oscuro, no negro. Las largas pestañas que los rodean son muy hermosas, y más con una expresión tan triste en su mirada—. Si no descubro lo que me hizo comportarme de esa manera y lo soluciono, es muy probable que lo vuelva a hacer, y si eso pasara... Bueno, no lo soportaría. Necesito estar seguro de que no te pasará nada si tenemos una relación.

—¡Por supuesto que no me pasará nada!

—Me conmueve tu fe en mí, pero yo no la comparto.

La ansiedad me invade.

—¿A qué te refieres? ¿Qué vas a hacer?

—No estoy seguro, pero, antes de volver, debo enfrentarme a mis demonios. Creo que hay en mi interior una oscuridad que tengo que curar.

—¿Te refieres a tu deseo de dominar? —Frunzo el ceño—. ¿Esa es tu oscuridad?

Niega con la cabeza.

—No. No es tan fácil. Es tan complejo que ni yo mismo lo entiendo. He mantenido separados el sexo y el amor durante tanto tiempo que tengo la sensación de que unirlos de nuevo ha provocado un cataclismo. Ha removido algo en mi interior. Tengo que cerciorarme de que todo es seguro antes de volver a intentarlo. —Suelta un suspiro—. Verás, cuando hice que me castigaras, te obligué a realizar algo que no querías. Ahora lo veo con claridad, y es algo difícil de aceptar. Mi deseo de dirigirlo todo me domina de tal modo que está más allá de mi propio control. —Ríe en voz baja ante la ironía—. Espero que entiendas lo que digo. Es difícil de explicar. No quiero prometerte nada, Beth, pero si me esperas mientras lo soluciono, quizá descubramos que podemos tener un futuro juntos.

—Por supuesto que te esperaré —le contesto, aunque apenas soy capaz de soportar la idea de separarme de él—. Pero, ¿cuánto tiempo?

Traza un dibujo en mi mano con el dedo antes de contestarme.

—No lo sé. ¿Podrás esperarme, Beth?

—Sí. Todo el tiempo que haga falta.

—Gracias. —Me besa en la frente—. Mantendremos el contacto mientras esté fuera. Te cuidarás, ¿verdad?

Hago un gesto de asentimiento. Después de todo, nos vamos a separar. Se marcha lejos, a un lugar al que no puedo seguirle. Quizá vuelva cambiado. Y si vence esa oscuridad que tanto teme, ¿seguirá siendo el mismo Dominic? ¿O será otra persona completamente distinta? Le abrazo, presa de un temor repentino.

—¡Por favor, no te vayas!

Me besa. Es un beso muy largo y muy dulce.

—Ojalá pudiera quedarme, pero volveremos a estar juntos. Te lo prometo.

Me separa los brazos con delicadeza y se escapa de mi abrazo. Se incorpora y se me queda mirando, y sus hermosos ojos están llenos de ternura.

—Volveré, Beth. No me olvides, por favor.

¿Olvidarte? Como si pudiera hacerlo.

—Jamás te olvidaré —le susurro—. Adiós, Dominic.

Cierro los ojos, porque me resulta demasiado doloroso ver cómo se viste y se marcha. Noto el cambio del peso en la cama cuando se levanta y le oigo moverse por la habitación mientras recoge sus cosas y se pone la ropa. Siento un dolor detrás de los ojos y sé que son las lágrimas que estoy conteniendo. Cuando está listo para marcharse, se acerca otra vez a la cama y se arrodilla. Me coge la mano y la envuelve en una de las suyas, tan fuertes, y acerca tanto la cara que llega a apoyar la mejilla contra la mía. Se me escapa un leve suspiro tembloroso y una lágrima se cuele por mi párpado cerrado y cae por la nariz.

—No llores, Beth. —Me lo dice con una voz tan suave y cariñosa que tengo que hacer acopio de toda mi fuerza de voluntad para no derrumbarme. Me limpia la lágrima con un beso y luego me roza los labios con los suyos—. Te llamaré pronto.

No puedo abrir los ojos. Me duele demasiado ver cómo se marcha. Me suelta la mano y noto cómo se aparta de la cama y se pone en pie. Se aleja y abro los ojos a tiempo de verle la espalda ancha y el cabello oscuro antes de que la puerta se cierre tras él. Después oigo la puerta principal cerrarse con una irrevocabilidad lúgubre.

Ha ocurrido. Cierro los ojos otra vez para bloquear la visión del *boudoir*. En vez de eso, le veo de pie a mi lado en el jardín: es fuerte, es feliz y me está sonriendo. Me está contando que algo le dijo que fuera a ese lugar a buscarme y que resulta que me ha encontrado justo ahí.

Pero se ha ido.

Y ahora comienza mi espera.

Agradecimientos

Quiero darle las gracias a todo el equipo de Hodder & Stoughton, sobre todo a mi editora, Harriet, y a mi correctora, Justine. Su apoyo y sus ánimos me ayudaron muchísimo.

También quiero darles las gracias a mi agente y a todo el equipo de David Higham Associates.

Me han inspirado todas aquellas personas que tienen el valor y la imaginación de vivir sus vidas como quieren, y que lo hacen respetando a los demás. Todos tenemos un don maravilloso del que disfrutar: hagámoslo con un autocontrol descuidado, con un frenesí sensato y con un placer delicado.

Título original: *Fire after dark*

Esta obra ha sido publicada por primera vez en Gran Bretaña en 2012 por Hodder & Stoughton, una empresa de Hachette UK

Edición en formato digital: 2013

Copyright © Sadie Matthews, 2012

El derecho de Sadie Matthews a ser identificada como la autora de la obra ha sido confirmado por ella, de acuerdo con la ley de Copyright, Diseños y Patentes de 1988

© de la traducción: M.^a del Puerto Barrietabeña Diez, 2013

© Punto de fuga. Grupo Anaya, Madrid, 2013

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

ISBN ebook: 978-84-206-8290-7

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.

Conversión a formato digital: REGA